

15 ANIVERSARIO
1998-2013

El Legado de Julia Arantxa Jordá

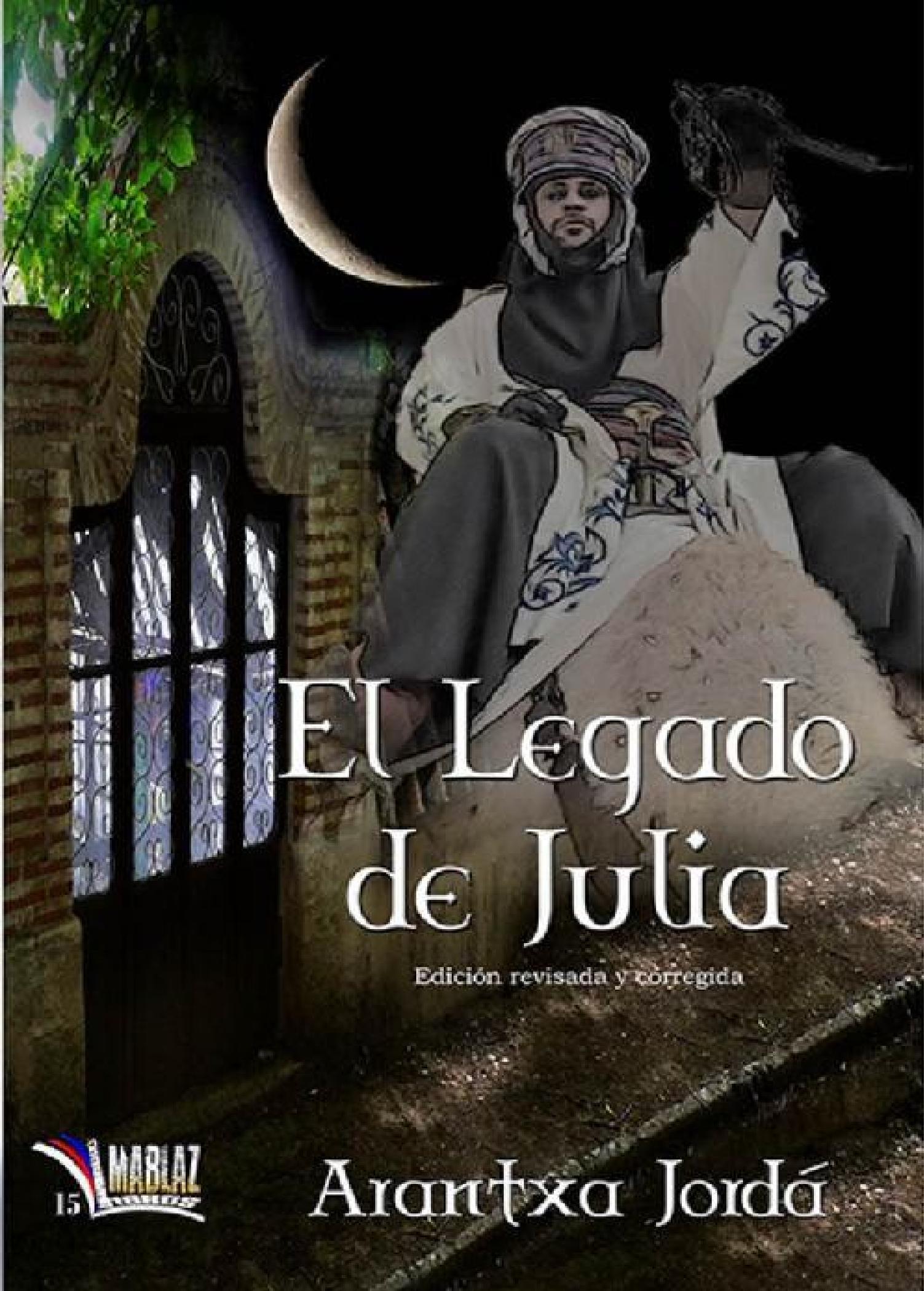
15



El Legado de Julia

Edición revisada y corregida

Arantxa Jordá



El legado de Julia

Arantxa Jordá

El legado de Julia

Primera Edición, Enero 2014

©

Libros Mablaz: Madrid, 2014 Ricardo Muñoz Fajardo

www.librosablaz.com

Libros Mablaz en Facebook:

<https://www.facebook.com/groups/530547690292189/>

Tu Librería en Casa:

<https://www.facebook.com/TuLibreriaEnCasa>

Librería Crisis—Neogénesis:

http://www.todocoleccion.net/neog%C3%A9nesis_vendedorTCrimufa2002@yahoo.es

Diseño de Cubierta: Mari Carmen López Pérez

Corrección y grupos: María José López Pérez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley.

Editor: Libros Mablaz

ISBN: 978-84-941895-7-9

Depósito Legal: M-35296-2013

Libros Mablaz - 15



A la memoria de mi padre, José Jordá Sancho

Como él decía:

“No hay belleza más pura y perfecta que la de un caballo de raza árabe”.

Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado.

William Shakespeare

Contacto

Eran las diez de la noche y hacía mucho frío; la nieve había hecho acto de presencia un par de veces y todavía estábamos a principios de enero.

Me encontraba en mi coche de camino a casa; volvía al hogar después del trabajo. Daba clases de ballet clásico en el Conservatorio Superior de Música y Danza; tenía a mi cargo alumnos de varios cursos y solía terminar bastante tarde.

Al llegar, mi perra Gilda —una *basset hound* naranja— me esperaba, como siempre, para recibirme dando saltos, ladrando y moviendo su gran cola. Decidí preparar la cena mientras Ramón llegaba, cansado de todo el día. Estaba acabando de poner la mesa cuando lo oí entrar.

—¡Hola Julia, ya estoy aquí! ¿Cómo te ha ido la jornada de hoy? —Se acercó hasta mí y me dio un beso, sujetando mi cara entre sus manos.

—Muy bien, estamos empezando a preparar los exámenes y tengo mucho trabajo —mientras hablaba le rodeé la cintura—. Ya sabes, lo típico en estas fechas pero, en general, nada que no podamos superar. Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—¡Ufl, peleando con mucha gente —él, era abogado y últimamente llevaba algunos casos bastante complicados—. ¡Ah! por cierto, tengo que marcharme unos días. Se nos ha presentado un caso en Madrid, así que no sé cuánto tiempo estaré fuera, seguramente mañana te diré cuando tengo que irme. Es una lástima que tú tengas trabajo porque podrías acompañarme; sabes que me revienta dejarte sola en esta mansión.

—¡Ah! no —protesté—, cuando te vas por asuntos de trabajo no me gusta acompañarte, y tú lo sabes. Siempre terminas muy tarde y la mayoría de las veces tengo que comer e incluso cenar sola. Aunque de todas formas, como tengo trabajo no puedo acompañarte, así que será mejor que lo dejemos para las vacaciones —dije levantando el dedo índice—. ¡Mira! Iré pensando a dónde me va a apetecer ir este verano... Mmm... ¿Por qué no al Caribe?

—¡Pero cielo!..., si el Caribe lo tenemos aquí, o por lo menos yo —dijo levantando una de sus cejas—, ya sabes que cada vez que miro tus ojos es como ver un trocito de mar; me apasionan y me vuelven loco —cerró los ojos y suspiró profundamente.

—¡Ah, pues mira qué bien! yo no puedo decir lo mismo ¿sabes? —Nos reímos y nos dimos un beso—. Se está enfriando la cena, venga, vamos a cenar.

—¡Tengo un hambre atroz! Apenas he comido este mediodía, y ahora el estómago me está gritando de manera irracional —mientras lo decía se dirigía hacia el baño y yo, colocaba los platos en la mesa.

La cena transcurrió hablando de nuestros trabajos y de los compañeros. Al terminar, me dirigí a la cocina para recogerlo todo; él, como siempre, me ayudó y entre los dos lo dejamos todo recogido.

—¡Oye cariño! —le dije mientras nos dirigíamos al salón para ver un rato la televisión—, quería comentarte algo que llevo pensando durante unos días.

Nos acomodamos en el sofá los dos juntos; me acurruqué entre sus brazos mientras él me rodeaba y me besaba en la frente.

—Dime Julia, ¿qué es lo que tanto te preocupa? —Llevábamos casados diez años y me conocía más de lo que creía.

—Cuando vengas de tu viaje, podríamos plantearnos lo de tener un hijo —musité—, lo hemos intentado en muchas ocasiones y nunca ha salido bien, y sabes que es mi mayor deseo. ¿Te importaría que nos hiciéramos las pruebas para una inseminación? —Y añadí— de sobra sabes que los niños son mi pasión y no me voy a sentir del todo realizada, si no tenemos por lo menos uno. ¿Te parece bien que lo intentemos?

—¡Pues claro, cariño! Cuando vuelva, te prometo que iremos, aunque no sé si ahora será buena época para mí, ando bastante estresado pero te prometo que lo intentaremos —nos miramos y me dio un beso—. Juegas con ventaja, ¿lo sabes, no? —Dijo con un mohín.

—¡No! ¡No lo sé! —Y le dediqué una sonrisa muy picarona.

—¿Cómo que no lo sabes?... ¡Vaya mentirosa que estás hecha! —Exclamó mientras se carcajeaba.

—Quién. ¿Yo? —Hice un gesto de sorpresa—, pero si soy un angelito... ¿No ves mi cara de niña buena?

—Sí. Ya veo tu cara y por eso sé que te aprovechas de mí, porque sabes muy bien que no me puedo resistir a esos ojos tuyos... —Me abrazó con fuerza, apoyando su cabeza contra la mía—. Me tienen cautivo.

Para cuando había terminado la película, ya me había adormilado en su regazo, pero noté cómo me despertaba y luego me tiraba suavemente de la mano para levantarme del sofá, con cuidado.

—Vamos a dormir cariño, que mañana es viernes y todavía tenemos que trabajar. Te espero en la cama.

Me dirigí hacia la cocina para coger la cena de la perra. Solía dársela en el jardín, donde tenía su casita de madera ya que, con sus largas orejotas, me

ponía el suelo perdido, además, ella siempre ladraba a todo lo que se movía por fuera y así, nos avisaba de la llegada de cualquier inoportuno.

Cerré la puerta con llave y pasé el cerrojo, apagué todas las luces de la casa y fui hasta la habitación. Ramón ya estaba metiéndose en la cama; me lavé los dientes, me puse el camisón y me acurruqué a su lado, colocando mi brazo encima de su cuerpo; le di unos besos y acabamos haciendo el amor, apasionadamente.

A la mañana siguiente, mientras la cafetera exprés alcanzaba la temperatura suficiente, me acerqué hasta la puerta donde, Gilda, entró dando saltos de alegría como hacía todas las mañanas.

—¡Oye Julia! dentro de un rato te llamaré para decirte cuando me voy, ¿no tienes clases hasta las doce, verdad? —Afirmé— bien, a ver si te puedo llamar antes de que te vayas y así no te molesto en mitad de una clase —me dio un beso y lo acompañé hasta el garaje; allí nos despedimos hasta la noche y luego me dirigí a dar mi paseo matutino por el jardín, junto a mi mascota, como tenía por costumbre cada mañana.

Aunque hacía mucho frío, era muy agradable pasear; mientras, iba observando las plantas, que ahora, en pleno invierno, estaban adormecidas. Una ligera capa de escarcha, se extendía como un manto blanco que crujía bajo mis pies.

La finca tiene un enorme jardín y una gran piscina. En medio de una rosaleda y, debajo de unos enormes cedros, hay un cenador muy antiguo, hecho en madera muy trabajada y de estilo árabe; hacía que nuestras cenas, durante las noches de verano, fuesen preciosas. En el jardín, varios caminos serpentean por entre miles de flores y plantas y, sobre todo en primavera, los paseos resultan muy embriagadores; algunos bancos están situados a orillas del camino, donde se puede tomar el fresco en las calurosas noches de agosto bajo los árboles centenarios.

Más adelante, tenemos unas caballerizas que, en alguna época, debieron de albergar a un buen número de animales ya que hay muchas cuadras con nombres escritos en las puertas. De entre todos ellos hay uno que siempre me ha llamado mucho la atención, su nombre es “Schezade”, me recuerda mucho a la protagonista de las *mil y una noches*. ¿Sería un animal tan bello como lo era la princesa Scherezade?

En una esquina del jardín, hay una bonita casa, donde vivían un matrimonio, cuya familia se había ocupado siempre de la jardinería y de las tareas de la casa.

Me dirigía hacia la casa de Luís y María, que moraban allí durante todo el

año. En tiempos de mis bisabuelos y abuelos, sus antepasados ya se encargaban del cuidado de la finca. Al llegar, oí que Luís me abría la puerta.

—Buenos días Julia —dijo esbozando una sonrisa.

—¡Hola, buenos días! —Exclamé y luego añadí— Ramón se marcha de viaje unos días, podríamos aprovechar su ausencia para asear a fondo su despacho; además nos vendrá muy bien para limpiar los ventanales. —Como la casa es tan antigua, la limpieza de los cristales es un verdadero suplicio y resulta mucho más cómodo hacerlo, por lo menos, entre dos.

—Sí, muy bien, ya nos organizamos, no te preocupes. Y ya sabes, si necesitas algo mientras Ramón esté fuera, aquí nos tienes, pero eso no hace falta que te lo diga, lo sabes de siempre. Que tengas un buen día, Julia —me dijo mientras me dedicó una gran sonrisa.

—Muchas gracias Luís, lo mismo te digo. ¡Ah! Se me olvidaba..., dile a María que este fin de semana me pasará a tomar café y charlaremos un rato. Hasta luego —le dije y proseguí mi camino.

Los quería mucho a ambos; era una gente encantadora y nunca habíamos tenido problemas. Ramón y yo solíamos pasarnos, de vez en cuando, por su casa para hablar y estar con ellos. Habían tenido dos hijos, Luís y Andrés, eran más o menos de mi edad. De pequeña siempre jugábamos los tres juntos y recuerdo que lo pasábamos genial, prácticamente, eran como mis hermanos; ahora los dos estaban casados y tenían, cada uno, dos hijos preciosos.

De nuevo en casa, me dediqué a recoger. Yo me ocupaba del ático, y Luís y María mantenían el resto de la finca en muy buenas condiciones.

La propiedad está situada en las afueras de la ciudad de Alcoy. Es un palacete que, según tengo entendido, se construyó algunos siglos atrás y, como se han hecho obras y remodelaciones, se conserva en muy buen estado. Hasta donde yo sé, la casa ha pertenecido siempre a la familia de mi madre. Junto a la espalda de una pequeña montaña llamada el Castellar que forma parte de la hermosa y aromática sierra de Mariola, enclavada en un rincón muy bello. A unos trescientos metros hay una bonita cascada de unos ochenta metros de altura, llamada el Salt (el salto), a su lado, una roca sobresale y queda expuesta en el aire, es como un balcón suspendido a la misma altura del Salt. Al mirar desde allí la vista es maravillosa y, si no fuese por las montañas que rodean la ciudad, se podría divisar el bello mar mediterráneo; no puedo explicar la magnitud de tal belleza pero sí, la sensación de vértigo que produce tanta altura.

La casa tiene tres plantas y es grande y muy espaciosa. En uno de sus lados,

hay un enorme invernadero con una cristalera que forma toda la fachada, de arriba hasta abajo; junto al mismo, se alza la vivienda con una enorme vidriera en el centro y a ambos lados están, el ala norte y el ala sur. La planta baja la forman los garajes donde se supone que, antiguamente, debían de guardar los carruajes de caballos y demás enseres.

Cuando yo era pequeña, recuerdo que llegamos a vivir juntos, mis bisabuelos; mis abuelos; mis padres y yo. Cada familia tenía su lugar, unos en un ala de la casa y otros en la otra, respetando la intimidad de cada núcleo familiar, pero teníamos un salón-comedor muy grande, que compartíamos todos a la hora de las comidas. Dicho salón cuenta con una alacena muy antigua, que contiene innumerables cacharros de épocas anteriores —siempre me dijeron que han pertenecido a nuestros antepasados—. Una mesa de unos ocho o nueve metros rodeada de sillas con respaldos muy altos. En el centro, cuelga del techo una gran lámpara de hojas, formando un pequeño bosque, está hecha de hierro forjado, en un principio era de cirios pero, con el paso del tiempo, se adaptó para la electricidad. Un par de sillones que hacen conjunto con las majestuosas sillas, y al otro lado del salón, hay tres sofás muy antiguos, tapizados con tela estampada en tonos oscuros. El conjunto se completa con una mesa, bastante baja, de madera maciza oscura y con dibujos muy trabajados. En la pared que queda libre hay una gran chimenea en el centro y el resto del tabique está recubierto por unos paneles de madera con relieves, que parecen copiados de *La Alhambra*. En ambos rincones hay dos esculturas majestuosas, también de madera, inclinadas hacia el centro dando cobijo al hogar. Son palmeras del desierto.

Ubicados por las paredes una especie de soportes que, en alguna época, debieron de sujetar diversas antorchas y, que hoy en día, se han convertido en apliques de pared. Ésta, luce recubierta por bellos azulejos que forman rombos y triángulos en varios colores, mostrando unos dibujos simétricos. El resto de la casa probablemente haya ido cambiando a la vez que los tiempos.

Ramón y yo vivimos en el ático. Lo arreglamos para casarnos; es tipo buhardilla. Ésta parte de la casa siempre se utilizó de trastero, por lo que no había ningún vestigio antiguo, que fuera digno de respetar. Lo que más me gusta del ático es, sin duda alguna, la terraza que lo rodea completamente, a excepción de la cristalera del centro cuya sala utilizamos de galería de invierno y de solárium.

Ahora vivimos solos, ya que mis padres murieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía trece años. Poco después mis abuelos también murieron al no

superar la pérdida.

Desayuné y me metí en la ducha. Al salir, me envolví con una toalla y me enrollé la cabeza con otra, para que no goteara mi cabello moreno, que me llegaba hasta la cintura. Mi tez, también morena, provoca que el color azul de mis ojos resalte todavía más. Desde siempre la gente me llama cariñosamente, “la de los ojos azules”. Recuerdo que mi madre también los tenía como yo, aunque su color no era tan intenso como el mío. Me puse espuma en el pelo y, como de costumbre, lo dejé tal cual, ya que a pesar de estar en invierno, no me gustaba secarlo con el secador. Después de vestirme me preparé la ropa para las clases. Cogí el bolso con las llaves de casa y las del coche, y salí. Le indiqué a Gilda que cuidase de la finca durante mi ausencia y me dirigí hacia el garaje.

Llegué bastante pronto al conservatorio, por lo que me equipé con la ropa para el ejercicio y empecé a coreografiar, con la ayuda del metrónomo, uno de los ejercicios para el examen de primer curso. Cuando ya me encontraba metida de lleno en pleno ejercicio, sonó el móvil. Era Ramón.

—Hola cariño, ¿qué tal? —Dije sonriendo.

—Hola Julia, todavía no has empezado con las clases ¿no?, sabes que no me gusta molestarte mientras trabajas.

—¡Ah! No, no te preocupes. He venido un poco antes para preparar los ejercicios. ¿Ocurre algo? —Pregunté.

—No. Solo te llamo porque tengo que salir mañana mismo de viaje.

—¡No me digas eso! ¿En serio? —Volví a preguntar algo decepcionada.

—Me temo que sí. Tenemos un montón de trabajo para hacer; se ha adelantado la fecha del juicio y vamos a tener que ir de cabeza. No sabes lo mucho que me fastidia, más que nada, por tener que dejarte sola. —Nunca me metía en los temas de trabajo de Ramón pero sabía que llevaba un caso difícil.

—¡En fin, qué le vamos a hacer! El trabajo siempre es lo primero. ¿Vendrás pronto esta noche? —Dije con resignación.

—Lo intentaré y, como es viernes, procuraré llevarte a cenar a alguna parte ¿te apetece?

—Pero se nos hará muy tarde. ¿A qué hora sales mañana? ¿Te vas en avión o en coche? —Pregunté un poco desconcertada.

—Nos vamos en avión Jaime y yo, y sale a las nueve de la mañana, pero no tendrás que llevarnos hasta el aeropuerto, ya nos llevará Rafa. —Y luego añadió dando un toque de ánimo en su voz— venga Julia, te recojo a las diez, cenamos y luego preparamos el equipaje. ¿Te parece bien?

—Está bien —contesté—, entonces te espero a la salida del conservatorio a las diez. Un beso, hasta luego.

—Bien. Hasta luego. —Y colgamos.

Sin darme apenas cuenta había pasado la tarde. Corrí a la ducha y me vestí rápidamente, pues no quería hacerle esperar y, además, me apetecía mucho cenar con él, ya que me iba a quedar sola durante todo el fin de semana.

Cenamos en el “Sonora”, una tasca que nos gustaba mucho a los dos; picamos de algunos platos variados y para cenar pedimos un pepito de ternera, luego nos permitimos un extra y nos comimos una ración de tarta de mousse de chocolate; un café puso punto final a nuestra cena del viernes.

Ya en casa, entre bromas y risas, organizamos la maleta y mientras yo me ponía el camión, él sacó a Gilda y cerró. Ya en la cama los dos, nos susurramos cosas en el oído y, entre abrazos y caricias, acabamos haciendo el amor.

Ramón se levantó temprano. Se acercó hasta la cama y dándome un beso muy suave, me despertó.

—Buenos días mi amor, siento haberte despertado, pero estabas tan guapa mientras dormías que no me he podido resistir. —Saqué los brazos de entre las sábanas y lo cogí desprevenido por la cintura, lo arrastré hasta mí y en un momento, estábamos los dos juntos, de nuevo sobre la cama.

—¡Eh! ¡Pero qué traviesa eres! ¿Sabes qué voy a llegar tarde? —Me preguntó tratando de esconder una sonrisa.

—Está bien —dije—, te dejo con una condición..., prométeme que no te vas a olvidar de lo que hablamos y..., a cambio, te dejaré libre si me das un beso.

—Te lo prometí cielo, y ya sabes que yo siempre cumplo mis promesas. Y en cuanto al beso... —Me abrazó con fuerza y lo hizo con pasión; mi cuerpo se estremeció. Una de las cosas que más me gustaban de él, era su forma de besar —. ¿Está bien así? —Dijo mientras sonreía de manera muy sensual.

—Mmm... —Cerré los ojos pensando mi respuesta—. Sí, creo que sí. ¡Venga que llegas tarde! Mientras acabas de vestirte voy a hacer el café.

Salí deprisa para abrirle a la perra; le di los buenos días y corrí hasta la cocina; allí mismo, nos lo tomamos juntos. Después lo acompañé hasta el garaje. Rafa acababa de llegar.

—Hola Rafa, ¿qué tal todo? —Le pregunté— ¿Cómo están Sole y los niños?

—Habían sido mis amigos desde la infancia, Ramón los conoció más tarde.

—Bien, todos estamos bien, cada uno a lo suyo y dando mucha guerra, lo normal en los niños. —Sole y Rafa tenían dos hijos, de cuatro y seis años;

desde que los habían tenido, ya no solíamos ir juntos pero, a menudo, nos reuníamos los fines de semana, para comer o cenar.

—Dales muchos besos de mi parte. Tened mucho cuidado en la carretera, por favor —insistí—. Id con mucho cuidado.

—¡Claro! no te preocupes, estaremos bien. Vamos a recoger a Jaime y nos vamos directos al aeropuerto —dijo Ramón mientras me cogía por la cintura y me daba un beso de despedida—. Te llamo en cuánto lleguemos a Madrid. ¡Cuídate mucho, ojazos! —Me susurró en el oído.

—Sí, lo haré. Y no te olvides de llamarme. —Me quedé mirándolos como se marchaban.

¡En fin!, era sábado y tenía todo el fin de semana por delante. Como todavía era bastante temprano, me dirigí al solárium. Allí teníamos una gran chimenea, y unos sofás de mimbre muy acogedores. Delante de la vidriera había una mesa y unas sillas, del mismo material, que completaban el conjunto. Un enorme balancín convertible en cama, era el culpable de que muchas veces me quedase dormida ya que su balanceo resultaba, casi siempre, muy traicionero. El solárium era nuestro lugar favorito mientras desayunábamos los fines de semana; allí se gozaba de una vista excelente.

Encendí el fuego de la chimenea. Me preparé un café con leche y después bajé hasta la sala de música que había al lado del invernadero, en la primera planta, y cogí las partituras que dejé encima del piano de cola, la noche anterior. Me proponía dejar terminado hoy todo el trabajo de música para los exámenes. Volví de nuevo al solárium, me acomodé en el sofá y me puse manos a la obra.

Estaba muy concentrada en lo que estaba haciendo, cuando me sorprendió un precioso amanecer que teñía el cielo con suaves pinceladas de un color intenso, en tonos rojizos y anaranjados, acabando con matices dorados. Desde allí, los amaneceres se ven muy bellos; el día era frío pero radiante, no había señal de nubes, por el momento. De pronto noté que el fuego crepitaba con fuerza, e inconscientemente me di la vuelta para observarlo y me pareció ver que las llamas se desplazaban hacia la izquierda. «¡Qué raro!», pensé. Normalmente el solárium está todo cerrado y, por lo tanto, no puede haber corrientes de aire. No quise darle más importancia y continué disfrutando del bello amanecer.

Al cabo de un rato había terminado el trabajo del conservatorio, así que, eché otro tronco de leña en el fuego y me dirigí a la cocina para desayunar; eran las diez y cuarto. Al acabar las tostadas y el zumo de naranja, volví a la sala de

música y dejé las partituras, nuevamente, sobre el piano. Me acerqué un momento a la ventana por si veía a Luís o a María, pero no los conseguí ver; resolví que más tarde me acercaría hasta su casa. Al darme la vuelta, algo llamó mi atención. «Vaya, hubiera jurado que había dejado los libros sobre el piano», parece que con la cabeza todavía llena de notas y partituras, los había dejado en la banqueta sin darme cuenta o... ¿Sería que en mi casa había duendes? Sonreí. «¡Qué tontería! vaya ideas que me vienen a la cabeza».

Opté por acercarme en un momento hasta la ciudad y comprar lo que necesitaba para el fin de semana aunque, estando sola, no iba a necesitar muchas cosas pero, aun así, me vestí y salí hacia el garaje. Por el camino me encontré con Luís.

—Buenos días Luís, Ramón se ha marchado esta mañana temprano, ahora me dirigía a la ciudad para hacer algunas compras. ¿Necesitáis alguna cosa? — Pregunté— Volveré dentro de un rato, seguramente me pasará esta tarde o bien mañana. ¿Estaréis en casa? —Me gustaba tenerles informados. Me querían mucho y yo a ellos también. Siempre se preocupaban mucho por mí.

—Sí, claro. Como hace tanto frío seguramente nos quedaremos en casa, y me parece que tenemos de todo. Pásate cuando quieras y nos tomamos algo caliente. ¡Ve con cuidado! Hasta luego, Julia. —Me había acompañado hasta el coche. Después se marchó.

Como todos los sábados, en la ciudad, la gente iba y venía de aquí para allá. Los niños corrían y saltaban; algunos, con balones de fútbol, se acercaban hasta los colegios para entrenar, otros, solo iban para jugar con los amigos. Alcoy bullía de gente, sobre todo a las horas en las que el astro rey calentaba tímidamente las calles. Cuando el día era tan radiante como hoy, y a pesar del frío, la gente mayor solía salir a los parques para pasear y tomar un rato el sol. Una vez en el centro comercial di una vuelta por las tiendas y luego bajé hasta la planta baja, donde están los supermercados. Ya en el coche decidí que podría acercarme hasta la tienda de música, por si habían recibido algún libro nuevo de partituras, así que me fui directamente. Al entrar me encontré con Ana. Las dos impartíamos clases en el Conservatorio y éramos compañeras desde que íbamos a la guardería, habíamos estudiado lo mismo y, además, seguimos siendo muy buenas amigas.

—Hola Ana, ¿viendo partituras nuevas? —Imaginé que había venido a lo mismo que yo.

—Sí, lo de siempre —dijo examinando uno de los libros de música.

—Justo a eso he venido también —y dirigiéndome a la chica de detrás del

mostrador, le pregunté si tenía algo nuevo.

—Sí, acabamos de recibir estos dos libros, échales una mirada. —Me los tendió y los examiné por encima—. Me parece que me los voy a llevar, creo que me van a ir bien.

—Estupendo, enseguida te los preparo. —A continuación la dependienta los metió en una bolsa y se los pagué.

—¿Adónde vas, Ana? —Me dirigí de nuevo hacia mi amiga— Si quieres puedo acercarte a dónde me digas; yo ya me iba a casa —y añadí— Ramón se ha ido esta mañana y estoy sola así que, voy a aprovechar para dedicarle unas horas a la lectura; hace días que me apetece mucho leer. —Mientras hablaba con ella, me di cuenta de que la empleada sonreía y hacía un gesto de querer compartir mi idea.

—Bueno, si no te importa —me dijo—, podrías acercarme hasta casa. ¡Qué bien que me has venido, Julia! Así gano un poco de tiempo. Jorge ha quedado en ir el domingo a comer a casa de sus padres y ya sabes que, con los niños, prácticamente tengo perdido el día —se lamentó debido a la falta de tiempo.

Ana también compró un libro de partituras y salimos juntas de la tienda.

—Si quieres que te eche una mano no me importa, como estoy sola, tengo tiempo de sobra.

—Muchas gracias, Julia, pero..., creo que me lo voy a tomar con calma. De todas formas, si veo que no llego a tiempo ya te pediré que me eches una mano —comentó, al tiempo que entrábamos en el coche.

—Como quieras. —Metí la llave y le di al contacto.

—Has dicho que Ramón se ha ido. ¿Adónde? —Preguntó mientras me miraba.

—A Madrid. Tenían un trabajo que presentar allí y lo tienen que preparar durante el fin de semana. Jaime lo acompaña. —Había mucho tráfico por la ciudad.

—¡Mira!..., por allí veo a Jorge con los niños —exclamó, señalando con el dedo índice hacia la acera de la derecha—. A ver si puedes parar por aquí cerca —comentó, al tiempo que buscaba un lugar donde detener el coche.

Di un toque de claxon para llamar la atención de su marido y, cuando nos vio, levantó la mano para saludarnos y esbozó una gran sonrisa. Encontré un vado por allí cerca y estacioné el coche. Mientras salía, los niños corrieron para besarme, muy contentos de verme.

—Hola Julia. ¿Cuándo podemos ir a tu casa? —Me preguntaron en un tono elevado.

A los niños les gustaba mucho venir, allí se lo pasaban muy bien; yo les

contaba cuentos de reyes y reinas y, a mí, me encantaba verles con sus boquitas abiertas imaginando que, en mi casa, habían vivido un montón de príncipes y princesas, reyes y reinas, incluso, sospechaban que hubo un mago como Merlín.

—Cuando los papás os quieran traer. Ya sabéis que me fascina que vengáis a jugar. —No podía ocultar que los niños me gustaban mucho.

—Hola Jorge. ¿Cómo va todo? —Le pregunté mientras le daba un beso en la mejilla, luego añadí— Ramón se ha marchado esta mañana, si queréis, dejadme a los niños un rato y así tenéis más tiempo para vosotros.

—¡No nos tientes, no nos tientes! —Exclamó— Se nota que tú no tienes hijos, yo quisiera rifarlos..., a veces se ponen pesadísimos. Pero este fin de semana no va a poder ser —dijo él mientras colocaba las manos sobre las cabezas de sus hijos, muy cariñosamente— hemos quedado en ir a comer con mis padres y, cómo viven en el campo, los niños lo pasan genial y, al mismo tiempo, los abuelos disfrutan de los nietos. Pero si la próxima semana está Ramón, sí que podríamos quedar; ya sabes..., el fútbol, la fórmula uno, las motos..., todo eso que nos gusta tanto a los hombres —dijo soltando una carcajada.

—Sí, sí ya os conocemos muy bien —afirmó Ana con cara de resignación.

—¡Vale! ¡vale! —gritaban los niños ante la idea de venir la próxima semana.

—Bien, pues así quedamos, os dejo que estoy molestando. —Un conductor quería entrar al garaje donde yo estaba estacionada, y tocaba el claxon de su automóvil.

—Adiós Ana, nos vemos el lunes. —Me dijo al tiempo que levantaba la mano, a modo de despedida.

De nuevo, puse el vehículo en marcha y me dirigí hacia la finca.

Una vez allí, me cambié la ropa por un chándal y unas cómodas zapatillas. Después fui hasta la cocina para prepararme la comida; había pensado en unos espagueti a la carbonara y un poco de ensalada. Puse el agua a hervir con un poco de sal y, mientras se calentaba, empecé a guardar lo que había comprado. Dejé a la vista los ingredientes que iba a utilizar para cocinar mi plato y el resto, lo fui colocando en su lugar. Busqué el cuchillo para cortar una cebolla pero, al ir a cogerla, ésta no estaba. Miré por todas partes, estaba segura de que la había dejado allí mismo, junto con el resto de los ingredientes «¡Vaya día que llevo!» —pensé—. Abrí nuevamente la nevera y cogí otra del cajón. Al darme la vuelta para picarla me quedé de una pieza al ver que, la cebolla de antes, estaba allí mismo.

—¿Acaso hay algún duende por aquí? —Pregunté en voz alta—, quizás me

estoy volviendo loca, me están pasando cosas un poco raras.

Puse la pasta a hervir y salí para llamar a la perra, que estaba en el solárium.

—¡Ven aquí, Gilda!, ven a hacerme compañía.

Estaba segura de haberla dejado allí mismo pero, había desaparecido sola. ¿Qué me estaba ocurriendo? Recordé entonces que, de igual modo, había sucedido con las partituras; yo solía dejarlas siempre en el mismo lugar. El fuego de la chimenea también había hecho cosas raras. ¿Cómo se había movido la llama, como si el viento la quisiera apagar?... Todo aquello me resultaba muy extraño. Pensando en aquel misterio, la comida ya estaba terminada así que, me la serví en un plato y lo coloqué en una bandeja junto con una Coca-Cola Zero; acto seguido salí hacia el solárium para comer allí tranquila, disfrutando de la hermosa vista. Mi compañera, como siempre, seguía mis pasos.

Cuando terminé, me preparé un café cortado y cogí el libro que estaba leyendo; *las mil y una noches*. Me venía muy bien su lectura para sacar ideas de cara al final de curso.

Me llevé la mano hasta el bolsillo del pantalón para asegurarme de que tenía el móvil, miré la hora en el reloj, eran las dos y media; Ramón todavía no había llamado, miré la pantalla por si había alguna “llamada perdida”, pero no, así que me acomodé en el sofá y me dispuse a leer.

Cuando todavía no había leído ni dos páginas, sonó el teléfono. «¡Por fin!», pensé.

—¡Hola cariño! —dije contestando a su llamada.

—Vaya mañanita que llevamos. Había un montón de policías en el aeropuerto que estaban registrando a la gente, al final, nos hemos librado y ya estamos en el hotel, debe de haber ocurrido algo importante. ¡Menudo jaleo se ha montado! —exclamó.

—Ya me extrañaba que no me llamas antes, pero..., ¿estáis bien? —Notaba cierta excitación en su voz; supuse que sería normal si la policía había estado registrando equipajes.

—Sí, sí, todo está bien. Lo que ocurre es que nos han hecho perder un tiempo muy valioso y ahora vamos a tener que recuperarlo pero, por lo demás, todo está bien. ¿Y tú qué tal? ¿Me echas mucho de menos? — Preguntó suavizando el tono de su voz.

—Pues..., fijate que con Gilda y todo..., —suspiré— me parece que sí, pero solo un poquito..., —y me reí imaginando su cara.

—¡Vaya!, ya veo que sabe reemplazarme bien. Bueno, vamos a ver si

empezamos a recuperar el tiempo perdido, te llamo esta noche. Perdona pero tenemos mucho trabajo, no te importa ¿verdad?

—No, tranquilo, ya hablamos luego. Un beso, y no trabajéis demasiado.

—Bien, hasta la noche, un beso. —Y colgó.

Seguramente habrían dicho algo en las noticias acerca del incidente que me había comentado, pero al no encender el televisor no me había enterado. Respiré hondo y proseguí con la lectura. La sabueso, estaba recostada a mi lado, en el suelo, y parecía dormir profundamente pues, de vez en cuando, emitía algunos ronquidos; hacía eso muchas veces, al tiempo que sus músculos se contraían y le provocaban un movimiento como si estuviese inquieta; yo siempre pensaba que debía de estar soñando. La llamaba entre susurros, le acariciaba la cabeza y se despertaba, me miraba con sus lánguidos ojos y luego continuaba con su siesta. Dormida nuevamente seguí leyendo.

Al cabo de una hora, poco más o menos, me pareció oír música que llegaba desde la sala del piano. ¿Sería María limpiando el polvo? pero..., ¿a estas horas? Era del todo extraño. Ella solía venir cuando nosotros no estábamos; ambos respetaban mucho nuestra intimidad, aun cuando yo estaba sola, además, aquello era música y al quitar el polvo solo suenan notas al azar. Agucé el oído para escuchar mejor. Sí, sonaba música, era una pieza que nunca había escuchado antes pero... ¿quién podía estar tocando el piano si yo estaba sola en la vivienda? Curiosa y algo asustada caminé en dirección a la sala. A medida que me acercaba notaba como la respiración se me aceleraba y los latidos del corazón, sonaban sordos en mis oídos. Unos metros antes de llegar la música cesó por completo. Seguí caminando más despacio, intentando no hacer ruido y, con el corazón latiéndome como un caballo desbocado, sin darme cuenta, jadeaba de puro miedo que sentía y me ahogaba; las manos me temblaban ligeramente. De pronto mis pies se pararon. «¿Qué hago?», pensé en entrar directamente y sorprender a quién fuese el que había entrado en mi domicilio, sin mi permiso, pero... ¿y si fuese alguien que quería hacerme daño? o ¿alguien que quería robar?, aunque a estas horas de la tarde y sabiendo que había gente, puesto que el coche estaba en el garaje, descarté por completo esta opción, además, alguien que entra sin permiso y con malas intenciones, no se para a tocar el piano.

Estaba muy indecisa y me preguntaba qué podía hacer. No sabía con quién me podría encontrar pero, por otra parte, si no entraba no sería capaz de pasar el resto del día sola y, mucho menos todavía, pasar la noche. Al final me armé de valor y me decidí por entrar. Ahora notaba que las piernas me flojeaban y el

cuerpo me temblaba de manera visible. Asomé la cabeza y..., allí no había nadie, miré por todas partes pero era inútil, el gran instrumento estaba cerrado, como siempre, y no había indicios de que allí hubiese alguien tocando, pero..., ¿y la música? Yo había oído muy claramente cómo interpretaban una preciosa melodía. ¿Qué me estaba ocurriendo?, desde que Ramón se había marchado por la mañana, me estaban sucediendo unas cosas muy extrañas. Miré por la ventana pero tampoco había nadie por los alrededores, todo parecía estar en calma.

Con el miedo metido en las venas subí de nuevo hasta el ático, opté por prepararme una tila con el fin de tranquilizarme; iba mirando por todos los rincones de la casa. Me parecía ver, de reojo, sombras que se movían. «¿Quién podría ser?», me preguntaba constantemente. La perra parecía estar muy tranquila, ni siquiera se había despertado. «¡Eso sí que es, del todo, extraño!» pensé.

Estaba muy nerviosa. Ya en la cocina puse un vaso con agua en el microondas y la calenté durante un minuto, mientras, saqué una bolsita de tila para prepararme la infusión pero, al sacar el vaso con el agua ya caliente, me quemé y sin darme cuenta lo solté, éste tropezó con el borde del aparato derramándose el agua sobre mi mano izquierda, quemándome de nuevo; el vaso se hizo añicos en cuánto tocó al suelo. Quise correr hasta el grifo para que, el agua fresca, me aliviase las quemaduras pero, sin darme cuenta, pisé uno de los cristales rotos y resbalé, dándome un golpe en la cabeza contra uno de los pomos de los cajones de la cocina.

De pronto me encontré en una oscuridad total, quería ver, pero no había ninguna luz. Los ojos me dolían de tanto abrirlos; estaba muy asustada. Por fin pude divisar, a lo lejos, una tenue luz azulada. Caminaba hacia ella notando como temblaba mi cuerpo; casi no tenía aire para respirar y los pulmones me dolían cada vez que lo hacía. A medida que me iba acercando hacia la luz, ésta se iba agrandando. Por fin llegué al final; parecía un escudo que tenía que atravesar. Lo hice, y me encontré en medio de un prado con flores, de todas las formas y colores imaginables. Había muchos árboles frondosos de un verde que me llamaba mucho la atención. Miles de mariposas, de colores muy variados, revolotearon a mi alrededor. Alucinada por aquella visión, me sorprendí al oír una voz lejana que susurraba mi nombre.

—¡Julia! ¡Julia!

Era una voz varonil, extremadamente suave y que me resultaba muy sensual; su tono era, más bien, como un susurro.

—¡Julia, despierta! Te has dado un golpe en la cabeza, pero estás bien — de nuevo repetía aquella bonita voz.

—¡Julia! ¡Julia! Despierta, ya ha pasado todo —seguía insistiendo.

No sabía dónde me encontraba y no alcanzaba a ver a la persona que me hablaba. Tenía los ojos cerrados y me costaba mucho abrirlos pero no quería quedarme así por mucho tiempo. Sentía gran curiosidad por conocer al dueño, de aquella voz tan dulce y melodiosa, así que, con gran esfuerzo, los abrí muy despacio y cuál fue mi sorpresa cuando me encontré con unos ojos, que me miraban. ¡Eran como los míos! Muy impresionada, los cerré.

—¡Madre mía! Qué golpe me he dado; todo me da vueltas —musité acostada en el suelo. Después de un instante, los abrí nuevamente, y me topé, por segunda vez consecutiva, con aquellos del mismo azul y de la misma intensidad, incluso con la mirada más penetrante, que me miraban con cierto sufrimiento. Sacudí la cabeza e intenté aclarar mis ideas; inconscientemente me llevé la mano hasta la cabeza. Justo detrás, en la parte baja, sobre la nuca, tenía un chichón grande y bien hermoso y, por si faltaba algo, aquellos ojos tan atractivos no me quitaban la vista de encima. Nerviosa y azarada, me miré la mano para ver si tenía sangre pero, por fortuna, solo parecía ser un buen tolondro.

Extrañada, mucho más que alterada o asustada, hice ademán de levantarme pero sentí un pequeño mareo y me quedé sentada en el suelo, cogiéndome la cabeza con ambas manos.

—Tranquila, no es nada —dijo el extraño personaje—, es el golpe que te has dado, ve despacio hasta que se te pase el mareo. —Entonces se levantó y se dirigió hacia la pila del fregadero, cogió un vaso que llenó con agua y se acercó a mí para dármelo, con sumo cuidado.

—¡Toma bebe! Te sentará bien.

Me quedé atónita y sin poder hablar. Nunca había visto a un hombre tan hermoso y tan guapo como él. De cara teníamos un cierto parecido; su piel era un poco más morena que la mía pero sus ojos eran, del todo iguales. Comprobé que no estaba asustada y no entendía bien porqué. ¿Quién sería aquel hombre tan perfecto, tan guapo y tan atractivo, que tenía cierto parecido a mí?

Mientras bebía el agua que me había traído no pude dejar de mirarle. Su cabello era negro y lo llevaba largo, a la altura de los hombros. Lucía una barba y bigote de unos quince días, pero observé que estaban muy bien recortados y bien cuidados; se le entremezclaba alguna cana que le daba un

aspecto muy atractivo y sensual. Vestía un pantalón de color marfil y una casaca larga del mismo tejido y color que el pantalón; le llegaba hasta las rodillas y calzaba unas babuchas que parecían ser muy cómodas. Me pareció ver en él a un sultán de la India quizá, atraída sin duda, por la lectura de *las mil y una noches*.

—Perdona, pero creo que no te conozco. ¿Me vas a hacer daño? —Le pregunté muy tranquila, cosa que me sorprendió ya que se trataba de un extraño pero, al mismo tiempo, sentía una fuerte atracción por aquella belleza varonil. Tenía curiosidad y, a pesar de no conocerlo, no me provocaba ningún miedo, más bien era todo lo contrario.

—¡No! tranquila. No soy ningún ladrón, ni tampoco quiero hacerte daño. —Su voz sonaba embriagadora y los ojos me tenían hipnotizada; no podía dejar de mirarlos—. ¿Te ayudo a levantarte? o ¿sigues mareada? —preguntó.

—Creo que puedo levantarme, ya me siento mejor. Gracias. —dije ruborizándome.

Entonces me cogió la mano y pude notar su suave tacto. Me levanté sin dejar de mirarlo a los ojos. Su piel estaba tibia, no demasiado caliente, más bien fría. Una vez de pie pude comprobar que era muy alto; debía de medir alrededor de un metro noventa. No sabía la edad que podría tener pero no debía de ser mucho mayor que yo. No salía de mi asombro, era tan... ¡Perfecto!

—Perdón —empezó a decir—, no me he presentado como es debido, me llamo... —Por un momento, el extraño personaje cerró los ojos y meditó durante un pequeño instante—, me llamo al-Sähuir. Y sé que tú te llamas Julia. Le tendí la mano para estrechársela pero me quedé boquiabierta cuando él la tomó entre las suyas —de dedos largos y perfectos— y la llevó hasta sus labios; apenas sentí el roce pero sí noté que me estremecía.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Acaso me conoces? —No quise tartamudear pero no lo pude evitar. Sin darme cuenta volví a tocarme el chichón que me estaba produciendo alguna que otra molestia y, sin querer, hice un gesto de dolor.

—Espera, deberías sentarte un momento, te has dado un buen golpe. —Sus ojos me miraban con ternura.

—Sí, creo que debería hacerlo, después recogeré el estropicio que he ocasionado.

Algo aturdida, me dirigí de nuevo al solárium; advertí que él me seguía de cerca. Una vez allí me acomodé en el sofá y él se sentó en una silla, frente a

mí.

—Bueno, aquí estaremos mejor —comenté manteniendo la vista en el suelo, esperando a que él hablase.

—Voy a contestar a tus preguntas —dijo con suavidad— pero no quisiera asustarte de nuevo; sé que es muy difícil de entender lo que te voy a decir pero, por favor, no me tengas ningún miedo y, ante todo, créeme; no te voy a hacer daño, es más, nunca podría hacértelo. Y bien, aclarado este punto, primero —y levantó el dedo índice—, no te conozco pero sé quién eres. Segundo —dijo formando una v con los dedos índice y corazón—, hace cosa de quince días, más o menos, que merodeo por tu casa y he oído a tu marido que te llama Julia, sé que él se llama Ramón y que sois un matrimonio, yo diría..., perfecto. —dijo, elevando la mirada hacia un punto imaginario.

—Pero... ¿Cómo que merodeas por aquí desde hace quince días? —Mi voz sonó con un tono de alarma, no quería que hubiese sonado de esa manera pero estaba muy confundida, sorprendida y, también nerviosa y no pude controlar la voz.

—Aquí entra la parte más difícil. —Se tocó la barbilla y puso los ojos en blanco, buscando las palabras adecuadas para que yo pudiese entenderle. Después me miró y de nuevo noté cómo me ruborizaba.

—A ver de qué forma te digo esto para que lo entiendas —carraspeó—, creo que será más fácil andar sin rodeos. Verás..., en realidad, y valga la redundancia, no soy real. —Mi boca se quedó entreabierta debido a lo que mis oídos acababan de escuchar. ¿Cómo que no era real? ¿Acaso iba a resultar ser un espíritu; un fantasma?

—Lo cierto es que nací en una época muy lejana donde las cosas y la gente eran muy diferentes a las de ahora; eran otras costumbres, otra forma de vivir. Durante el transcurso de una guerra, fui presa de un engaño y el enemigo aprovechó para quitarme la vida. En mi agonía hice una súplica que, como ves, se me ha concedido. —No podía dar crédito a lo que estaba oyendo y, sin embargo, parecía totalmente cierto. ¡Tenía un alma errante viviendo en mi casa! y, además, hacía quince días que merodeaba por los alrededores. Había sido testigo de todo lo que nosotros habíamos dicho y hecho. Mi cara —y estaba segura de ello— debía de reflejar tanto asombro, que era incapaz de controlar, y la mano se me fue directa hasta la boca que tapé para dejar que él se explicara y me contase su “historia”.

—¿Puedo continuar? —Afirmé con la cabeza ya que no podía gesticular ningún tipo de sonido—. Bien, como te iba diciendo, pedí que se me

concediera el poder recuperar mi existencia, aunque solo fuese de forma espiritual, claro. Por ello, cada cien años, vuelvo a..., digamos, renacer — dijo mientras levantaba una ceja—. Y justamente es este, mi año concedido.

Se quedó callado por unos momentos. Yo era incapaz de reaccionar. Durante todo el año iba a convivir con un fantasma en mi vida y en mi casa. ¿Cómo le iba a explicar a Ramón, todo eso? De repente una duda me asaltó.

—¿Cómo es que puedo verte? —Todo era muy nuevo para mí; tenía entendido, por las películas y demás historias de ficción, que a los espectros no se les puede ver ni tocar, en cambio yo lo veía, lo oía e incluso había tocado su mano y había notado el ligero roce de sus labios en mi piel.

—Esa es una cuestión que solo yo, bueno mejor dicho, únicamente los redivivos podemos decidir. Y por esta vez he tomado la decisión de mostrarme ante ti. —A medida que le escuchaba todo mi ser se iba serenando. Su cálida voz no tenía tonos, ni muy altos ni muy bajos, hablaba de forma tranquila pero siempre, muy sensual.

—¿Quieres decir que solo yo puedo verte? —Pregunté extrañada.

—Sí —afirmó.

—Bueno, por lo menos no tendré que dar ninguna explicación sobre tu presencia. Pero..., ¿por qué has decidido mostrarte ante mí?

—Necesito que tú me conozcas y yo también deseo conocerte. —Al decir estas palabras vi que sus labios me deleitaron con una hermosa sonrisa que me dejó casi sin aliento.

—Pero, si necesitas que nos conozcamos tú y yo, debe de ser por alguna razón en concreto. No creo que hayas venido solo para conocerme. —Intenté sonreír pero mis labios se negaron.

—Sí, es cierto. Tengo algo que dartte pero, exactamente, no sé lo que es—negó con la cabeza y entrecerró los ojos—. Tendremos que descubrirlo juntos. —Frunció el ceño y juntó las manos a la altura de su cara, como suplicando un ruego.

—Entiendo. Por favor, dame un minuto para que me aclare —suspiré—. A ver... Te presentas aquí y me das un susto de muerte; me dices que eres un espíritu del pasado —al decir esto volvió a sonreír e hizo un gesto que me pareció una delicia—, que apareces cada cien años. Y, entonces, decides mostrarte ante mí. ¿Para qué?... Acto seguido, me explicas que tienes que entregarme algo pero que no sabes de qué se trata en realidad y que, por lo tanto, es algo que tenemos que descubrir juntos. Pero... ¿Por qué yo? —Mi pregunta me pareció bastante obvia ya que, con tanta gente en el mundo, tenía

que venir a mi casa y mostrarse ante mí. ¿Por qué?

—Me temía esta pregunta, pero solo sé que tú y yo estamos relacionados de alguna manera. Espero que tengamos el tiempo suficiente para descubrirlo.

El ligero dolor de cabeza que tenía hacía unos momentos, se estaba convirtiendo, ahora, en un dolor que comenzaba a ser molesto; sin darme cuenta la incliné hacia delante y puse mis dedos sobre las sienas.

—¿Te encuentras mal? —Le oí decir casi en un susurro—. Si te duele por el golpe que, por mi culpa, te has dado puedo ayudarte. ¿Me dejas que lo intente? Su cálida voz y la forma de hablar me dejaban perpleja. Lo miré a los ojos y no pude pronunciar ninguna palabra; me resultaba tan atractivo que cualquier cosa que me pidiese sabía que se la concedería al momento. Hice un gesto afirmativo y se levantó. Se situó detrás de mí. Colocó las manos en mis sienas y noté un suave masaje, que me erizó; al momento sentí una gran sensación de paz que corría por mi cuerpo, y mi cabeza, despejada totalmente, parecía pensar con mucha más claridad. Durante un minuto, más o menos, me pareció estar en una nube; me sentí muy relajada.

—¿Te encuentras mejor? —Preguntó sin dejar de masajear en ambos lados de mi frente.

—Oh sí. Ya me encuentro mucho mejor, gracias. ¿Cómo lo haces? —Quise saber.

—No lo sé. Me resulta del todo extraño. He sentido que te podía ayudar y es lo que he hecho. Me alegro de haberlo conseguido, el dolor suele resultar bastante molesto. —Entonces se detuvo y se volvió a sentar donde estaba—
¿Mejor así?

—Sí, muchas gracias. —Me deleitó con otra sonrisa, mientras dirigía las palmas de las manos hacia arriba y, levantando uno de los hombros, mostró un gesto de poca importancia.

—¿Puedo preguntarte algo? —Mi cabeza parecía trabajar ahora con más rapidez, el malestar y el nerviosismo acumulados por el miedo que había pasado, se habían esfumado gracias a él.

—Por supuesto. Me puedes preguntar todo lo que quieras. ¡Adelante! No tengas miedo —murmuró.

—Has dicho que viviste en una época muy lejana y que cada siglo vuelves para vivir un año. ¿Cuántos has vivido ya? —Pregunté con mucho interés.

—Si no me equivoco..., me parece que éste es el octavo año que regreso.

—Y en todo este tiempo, ¿has estado con otra gente? Me refiero a si has compartido, digamos..., tus vivencias místicas de la misma manera que lo

estás haciendo conmigo, quiero decir, si también te has hecho visible. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí, te entiendo, sé lo que me quieres decir. Verás, tengo que reconocer que contigo es todo muy distinto, nunca hasta hoy había establecido contacto alguno, simplemente había convivido sin dejar que nadie me viese, tampoco sentía la necesidad.

Me quedé callada, no llegaba a entender por qué conmigo se había mostrado físicamente. Había dicho que los dos teníamos alguna relación, pero ¿cómo podía yo tener una relación con alguien que había vivido ocho siglos atrás? Mi mente no dejaba de pensar, pero era incapaz de comprender lo que me estaba diciendo. Estaba claro que si conmigo se había establecido un contacto, algo relacionado con los dos tendría que haber pero..., ¿qué podía ser?

Hacía ya un buen rato que había oscurecido, las luces de la ciudad se veían con una gran claridad, la noche estaba serena y muy estrellada. La vista, desde el solárium, era excelente. Me había puesto de pie absorta en mis pensamientos, estaba contemplando las estrellas pero sin verlas, ya que mi mente seguía queriendo descifrar un montón de preguntas sin respuestas.

—Preciosa noche. ¿No te parece? —Musitó.

Por un instante me sobresalté porque no lo había oído llegar; el susurro de su voz venía justo de detrás de mí.

—Sí que lo es —y añadí—, este sitio me encanta, es el preferido de toda la casa. Aquí paso muchas horas.

—Ciertamente hay una hermosa vista; yo también pasaría aquí mucho tiempo. De pronto recordé la melodía que había escuchado unas horas antes.

—Oye..., al-Sáhuir —era la primera vez que pronunciaba su nombre, al decirlo en voz alta, experimenté un raro sentimiento que me gustó—. ¿He dicho bien tu nombre?

—Sí, perfectamente —sonrió.

—¿Eras tú quien estaba tocando esa preciosa melodía en el piano?

—Sí, ¿te gusta? —Dijo levantando las cejas.

—Es muy bonita, nunca la había oído antes. Pero... ¿cómo es que sabes tocar este instrumento? Hace ochocientos años no existía. —Recordé de cuando estudiaba, que el clavicémbalo y otros instrumentos parecidos, databan del siglo XVI, por lo tanto en la época en la que al-Sáhuir vivió, todavía no había indicios, y menos aún, del piano.

—Sí, tienes mucha razón pero siempre me gustó mucho la música aunque en mi época no había tantos instrumentos como ahora; y te olvidas de que llevo

vagando por aquí mucho tiempo y, aunque no sé nada de música, sí cuento con un buen oído y cuando no hay nadie aprovecho para tocar la canción que mi madre me cantaba cuando yo era un niño.

—Oh, vaya. Es una pieza preciosa, ¿me la enseñarás algún día? Me gustaría mucho aprenderla. —Por lo que decía aquella melodía era muy antigua pero tenía mucho encanto.

—Claro, cuando quieras. —Su sonrisa dejó a la vista unos dientes perfectos y blancos. Sus ojos tenían ahora un brillo especial.

—¡Vaya, qué tarde es! —dije mirando el reloj—, tendremos que cenar. ¿No te parece? —No sabía exactamente qué clase de vida llevaban los espíritus, no obstante, me pareció de muy mala educación no preguntárselo.

—Sí que es un poco tarde para ti, si quieres te acompaño pero me parece que yo no voy a cenar.

—¿No comes nada? —Supongo que era lo más lógico puesto que se trataba de un espectro; un alma metida en un cuerpo para poder ser visto por alguien, o eso es lo que siempre me habían hecho creer—. Entonces no te importará que yo me prepare cualquier cosa; algo ligero como un sándwich, por ejemplo.

—Un ¿qué?, me temo que esa palabra no está en mi vocabulario. Lo siento.

—¡Ah!, perdona —exclamé—, tienes mucha razón es una palabra moderna. Se trata de dos rebanadas de pan con un poco de queso y jamón de york.

—Jamón de ¿qué? —Dijo frunciendo el ceño.

—De nuevo perdón —dije colocando las manos como si fuese a rezar—. Es carne de cerdo cocida. Está muy bueno.

Mientras le explicaba en qué consistía el sándwich habíamos llegado hasta la cocina y me puse manos a la obra. Saqué el pan de molde, las lonchas de queso y las de jamón de york, unté dos rebanadas con margarina y monté el sándwich, seguidamente lo coloqué en el grill. Al-Sáhuir, no dejaba de mirar todo lo que hacía, parecía fascinado.

—Hay que ver cómo ha progresado el mundo desde mis tiempos. —Mientras hablaba no dejaba de mirar, acercaba la mano hasta el grill para notar el calor que despedía—. ¡Está caliente! —Exclamó.

—Sí. Ahora verás cómo se derrite el queso y cuando el pan esté tostado, ya estará listo. Es una lástima que no puedas probarlo. Lo siento mucho.

—Por lo menos puedo oler su aroma. Estoy viendo que me queda mucho por aprender y ahora que nos conocemos espero que me ayudes. Me está gustando mucho todo lo que veo. —No dejaba de mirar por todas partes, parecía un niño pequeño al que todo le llama la atención.

—¡Bueno! pues esto ya está listo para comer. —Saqué el sándwich con mucho cuidado de no quemarme. Lo serví en un plato junto con un vaso que llené con agua. Salimos al salón y nos sentamos. Puse la televisión en marcha, aunque por mera rutina. Ya eran más de las diez y, en todos los canales, habían dado las noticias; no me acordé del suceso que había tenido lugar en el aeropuerto, ya que con la llegada de mi particular invitado, todo se me había olvidado. Ramón me había comentado que llamaría por la noche, así pues pensé que no tardaría mucho en hacerlo.

Al-Sähuir estaba mirando la televisión, yo iba cambiando de canales sin darme cuenta. Buscaba algo que fuese interesante.

—Perdona —dijo—. ¿Cómo haces eso?

—¿Cómo? ¡Ah!, quieres saber cómo cambio los canales. Verás, este aparato que tengo en la mano hace que le mande una señal al televisor, que es esa caja que tú ves con imágenes y sonido, entonces cada vez que yo aprieto este botón, en el televisor, se ven distintos programas. —Ponía mucha atención a todo lo que yo le explicaba.

—Desde que estoy en tu casa observo todos los aparatos que tenéis, siento mucha curiosidad por saber cómo funcionan y para qué sirven, así que ahora no me arrepiento de haber contactado contigo.

—Una cosa al-Sähuir —pregunté sin dejar de mirar sus azulados y penetrantes ojos.

—Dime Julia.

—Mi marido está a punto de llamar por teléfono, él no te puede ver, ni oír, solamente yo, ¿no es así? —Afirmó con la cabeza— Sí..., bueno..., solo quería asegurarme, así será mejor para los dos, creo que no le voy a hablar sobre tu presencia. De todas maneras sería muy difícil que me creyese.

—Sí, estoy de acuerdo contigo, ¡Ah! una cosa, cuando estés con él o con alguien, tú tampoco me podrás ver aunque sí podrás oírme, si es que necesitas que te hable. Tranquila, que mi voz solo la oirás tú.

—Quizá sea lo mejor, ya que estar con él y verte a ti me puede resultar muy difícil. De todos modos si me tienes que hablar voy a tener que practicar.

—En ese caso me parece que lo mejor será que me quede en silencio, así seguro que no tendrás que preocuparte por crear alguna situación embarazosa —y posó su dedo en los labios como pidiendo silencio.

De pronto sonó el teléfono fijo, al-Sähuir parecía haberse sobresaltado. Me dirigí hacia donde estaba, para contestar a la llamada.

—Este debe de ser él, un momento por favor —y descolgué el auricular.

—¿Diga?

—¡Hola ojazos! ¿Qué tal todo por ahí? ¿Me echas mucho de menos?

—Hola Ramón, ya pensaba que te habías olvidado de mí. Por aquí todo está bien, sin novedades. —Al decir esto, miré a mi huésped. Él sonreía por lo que yo acababa de decir— Y por cierto, te diré que un poco sí te echo de menos, pero solo un poquito, Gilda se encarga muy bien de hacerme compañía.

—Vaya, ¡mira qué bien! Ten perros para esto, ya veo que me quiere quitar mi puesto —una carcajada se oyó desde el otro lado del auricular—. Pues dile, que no se acomode demasiado —volvió a reír.

—Y ¿qué tal el trabajo? ¿Habéis adelantado mucho?

—¡Ya lo creo! la cosa está bastante clara, mañana tenemos aún todo el día para terminarlo, así que me parece que en unos días estaré en casa para ver tus ojazos y darte dos achuchones. Mmm..., —le oí suspirar—. ¡No sabes lo que daría ahora por estar contigo!

—No me digas esas cosas que me voy a ruborizar —me reí al imaginar la cara que debía de estar poniendo—. ¿No sabes que estoy casada y mi marido no está en casa? —Algunas veces solíamos bromear cuando él estaba de viaje.

Al-Sähuir estaba pendiente de la televisión y no parecía estar escuchando.

—Bueno, pues en ese caso no le digas nada a tu marido —nos reímos los dos de nuevo—. Cambiando de tema, acabamos de cenar ahora mismo pero como estamos tan cansados nos vamos a dormir, mañana todavía nos queda bastante trabajo por hacer, esperemos que no haya complicaciones.

—No me gusta que trabajes tanto y, además, tienes que estar lejos, pero bueno ya me vengaré cuando vuelvas a casa. ¡Vete preparando! —Dije a modo de advertencia.

—¿Me amenazas?, entonces tendré que estar preparado —su risa sonó de nuevo a través del auricular—. Creo que me voy a dormir, estoy rendido, si te sientes muy sola llámame, ¿quieres?

—Tranquilo que ya me voy acostumbrando poco a poco. Espero que descanses, mañana te espera otro día duro. Buenas noches. Un beso.

—Otro para ti. Buenas noches, hasta mañana. —Y colgó.

Yo también colgué el auricular y dirigí la mirada hacia mi fantasma. Estaba mirando la tele y cambiaba los canales, parecía muy absorto en lo que hacía. En ese mismo momento se dio la vuelta.

—¿Oyes a tu marido a través de ese aparato? —Imaginé que todo aquello sería para él más extraño que para mí su presencia.

—Sí. Este aparato se llama teléfono y puedes hablar con quién quieras, esté

donde esté, no importa la distancia en que se encuentre. Es un gran invento, lo malo es que a veces sale un poco caro.

—¿Pagas por hablar por ahí? —preguntó extrañado y con el ceño fruncido.

—¡Uf! —Bufé—, en este mundo en el que vivimos hoy en día hay que pagar por casi todo, ya lo irás viendo —puse los ojos en blanco y le dediqué una amplia sonrisa.

Nos quedamos charlando durante un rato más pero sentía que el cansancio me vencía.

—¿Vas a estar toda el tiempo conmigo? —No sabía exactamente qué era lo que él hacía durante la noche en mi casa, esperaba que no nos hubiese espiado; no me hacía demasiada gracia pensar que nos hubiese visto haciendo el amor, o que hubiese escuchado nuestras conversaciones íntimas.

—¡Oh!, no, a no ser que me necesites. Prefiero estar por ahí, dando un paseo por el jardín y vigilando la casa para que nadie entre sin tu permiso —explicó—. Ahora debo cuidarte mientras tu marido esté fuera, no me perdonaría que te ocurriese algo malo estando él ausente —me sentí muy dichosa al oír sus palabras.

—Gracias, me siento muy..., protegida. Buenas noches.

—Buenas noches, que descanses.

Ángel de la guarda

Al llegar a la habitación cerré la puerta tras de mí. Me sentí muy rara, se suponía que estaba sola. Mi marido se encontraba en Madrid por asuntos de trabajo y yo, tenía a un hombre en casa. Bien pensado tampoco se podía decir que era un hombre pero, al fin y al cabo, yo lo veía como tal y, para colmo de males, era guapo y atractivo en exceso; culto como no conocía a nadie que lo fuera hasta ese extremo; muy educado y con una sensibilidad desmedida. Poseía un encanto sobrenatural. Además, a todo aquello se sumaba una gran curiosidad por conocerlo. Estaba convencida de que sería algún sultán de la India —a juzgar por sus ropas, su aspecto y su tez tan morena—, y sentía deseos por saber cómo fue su vida anterior. ¿Cómo era posible tener a un redivivo? Había muchas cosas que no me encajaban. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Qué relación podía tener yo con al-Sāhūr?, por más vueltas que le daba cada vez lo veía más oscuro, más extraño, no veía relación entre los dos por ninguna parte.

Sumida en mis pensamientos, al fin me dormí siendo ya muy tarde. Pasé la noche soñando y me despertaba a menudo. Tuve una pesadilla; me levanté algo nerviosa. Respiraba agitadamente y el corazón me latía con fuerza. Cerré los ojos pensando que todo había sido un mal sueño nada más. Me quedé en la cama durante un momento, miré la hora; eran las siete y cuarto. Respiré muy hondo con el fin de relajarme cuando, de pronto, me acordé de “mi particular invitado”. Sentí algo de culpabilidad pero..., ¿por qué? Supuse que todo tendría que ver con lo que acababa de soñar e hice un esfuerzo por quitármelo de la mente. Tomé aire un par de veces e intenté serenarme.

Me vestí con un chándal y unas zapatillas de deporte para ir a dar mi acostumbrada vuelta por el jardín. Antes miré por la ventana para ver qué tiempo hacía y, para mi sorpresa, había un palmo de nieve. Seguramente la carretera estaría cortada.

Me abrigué con un buen anorak. Como seguía nevando, aunque ahora lo hacía débilmente, me coloqué la capucha y salí para recibir a Gilda que dormía dentro de su acogedora casita de madera. Estaba muy contenta y entre saltos y ladridos fuimos pisando la nieve que parecía una alfombra mullida; mis pies se hundían por encima de los tobillos, al tiempo que sonaba un agradable sonido. Como ella era una perra “salchicha” —así la llamaban muy

cariñosamente por la calle— se le hundía medio cuerpo en la nieve; cuando llegáramos a casa tendría que secarla para evitar que se enfriase. Corría y saltaba dando círculos a mi alrededor, de vez en cuando hundía su hocico en la nieve y la mordía. Sus grandes y largas orejas parecían barrer el blanco tapiz. Mientras paseaba pensaba en “mi fantasma”, este vocablo me gustaba más que el de espíritu, espectro o cualquier otro, ya que yo lo sentía como a un ser casi “real”. Iba escudriñando por si lo veía pero no lo vi por ninguna parte.

En aquel momento empezó a nevar con más frecuencia. Seguíamos el camino bordeando el cenador árabe. Al pie de la pequeña escalera, Gilda se detuvo para olfatear algo, miré pensando que quizás se podía tratar de al-Sähuir. ¿Estaría él allí bajo el bello tejado del cenador, admirando como caía la nieve?; la inspeccioné en busca de huellas, pero no pude divisar ninguna.

Notaba que el frío y la humedad empezaban a calarme los pies, tenía las zapatillas de deporte mojadas y comenzaba a notarlos húmedos. Como no me había secado el pelo al salir de la ducha, el frío me lo estaba dejando tieso, helado, así que decidí ir deprisa para encender el fuego de la chimenea. A pesar de la calefacción era imprescindible, sobre todo, en un día como el de hoy.

Al entrar en casa le dije al animal que esperase fuera un momento y corrí hasta el baño para coger una toalla, y regresé de nuevo para secarla; estaba empapada, la froté con fuerza y sequé sus largas orejas y después la dejé entrar. Subí hasta el solárium para encender el fuego pero al llegar allí vi que ya estaba encendido, miré a mi alrededor pero no había ni rastro de al-Sähuir.

En aquel momento oí la melodía del día anterior, sonando de nuevo en la sala de música. El corazón me dio un vuelco. Mi respiración volvió a acelerarse. Observé que la perra se había acomodado al pie de la chimenea y estaba ya dormida. Di media vuelta y fui hasta la cocina, me obligué a tranquilizarme y, mientras, me preparé unas tostadas y un zumo de naranja. Escuché la bonita melodía que acariciaba mis oídos, con más atención. Cuando terminé de desayunar, bajé hasta la sala de música. Temblaba ligeramente antes de entrar por la puerta. Nada más traspasar el umbral, me ruboricé cuando le contemplé sentado al piano con una dulce expresión en su semblante. Él me miró esbozando una hermosa sonrisa. Durante el tiempo que no lo había visto, se me había olvidado su rostro tan bello y el intenso azul de sus ojos, que me seguían hipnotizando; me costaba dejar de mirarlos.

Tenía el aspecto de un príncipe de cuento de hadas, la presencia y la majestuosidad de un rey o de un sultán. Mi respiración se agitó más todavía e

hice un gran esfuerzo por controlarme. También le sonreí.

—Buenos días Julia. ¿Has dormido bien? —Me preguntó con su aterciopelada voz que me produjo un gran escalofrío.

—Más o menos, he tenido alguna pesadilla pero nada importante. —Noté cómo me subía un calor a las mejillas y supuse que me había sonrojado; bajé la cabeza y fijé la mirada en el suelo, mientras me dirigía hacia la ventana.

—¿Has visto cómo nieva?... está todo precioso. La nieve me encanta pero, a veces, resulta algo engorroso a la hora de viajar o de trabajar —dije pensando en Ramón.

—Empezó anoche un poco después de que te fueras a descansar. Lo hizo con mucha intensidad y, en poco tiempo, todo quedó cubierto. —Entonces se levantó y vino hacia mí para mirar también por la ventana. Se colocó junto a mí, no me rozaba, pero lo sentía muy cerca; mi corazón empezó a latir con desmesurada fuerza y rapidez y temí que pudiese oír sus latidos. Opté por dar media vuelta y dirigirme hacia el centro de la sala.

—¿Te importaría tocar de nuevo la melodía?, me gustaría escribir sus notas para aprenderla —mientras hablaba cogí mi bloc pautado para escribir la pieza.

—¡Claro que no! Pero dime... ¿cómo se puede escribir la música? —preguntó mientras iba a sentarse para interpretarla de nuevo.

—Tiene su lenguaje —le dije—, son signos y se llaman notas musicales y según estén dispuestas y de la forma que sean, suenan de una manera o de otra. Te lo enseñaré. Empieza a tocar mientras yo te voy mirando y escribiendo al mismo tiempo —puso cara de sorpresa y empezó a tocar las notas que componían la dulce melodía.

Yo comencé a escribirlas en el pentagrama, primero las notas correspondientes a la mano derecha; le pedí que la tocara un par de veces más. Cuando ya la tenía le pedí, de nuevo, que la tocara otras dos veces. Muy atentamente le seguía su mano izquierda e iba anotando las notas en el cuaderno. Cuando la tuve acabada se la enseñé.

Se quedó mirando fijamente la partitura.

—¿Así es la música? —preguntó con un suave susurro.

—Sí, es un lenguaje universal, de este modo todo el que quiere puede leerla e interpretar lo que lee. Pero ahora necesito que tú me corrijas —se quedó mirándome a los ojos con un aire de extrañeza.

—Pero..., ¿cómo puedo ayudarte, si no sé leer lo que has escrito? —La expresión de su rostro parecía la de un niño.

—Sí..., verás, ahora yo tocaré lo que acabo de anotar y tú me corriges, y entre los dos, habremos escrito tu música que yo conservaré para siempre.

—¡Ah! ya entiendo, me gusta. Empieza por favor. —Sus palabras sonaban con mucha ternura.

Solamente corregimos un par de cosas o tres pero, prácticamente, la melodía estaba terminada.

—¿Sabes que es una delicia? ¿Me enseñarás también la letra de la canción?, aunque es una lástima que no tenga niños para podérsela cantar. —Noté como temblaba mi voz y me esforcé para que él no lo notase. La melodía me había entrado en lo más hondo del corazón y me entristecí al pensar en la dificultad para tener hijos.

—¡Claro que sí! la letra es muy bonita. Mmm..., me parece que te has puesto triste y no me gusta. ¿Qué es lo que te ocurre?

—Perdona, es que la música... Verás, mi marido y yo hace diez años que nos casamos y la ilusión de mi vida es ser madre. Al principio no queríamos tener niños enseguida, pretendíamos disfrutar de la nueva vida de casados, además éramos muy jóvenes y decidimos esperar un par de años, tres a lo sumo, pero luego lo intentamos muchas veces, y parece que algo falla.

—Entiendo. Ya veo que eso te deprime sobremanera. —Estaba de pie, con las manos apoyadas en el piano, todavía lo veía más alto estando yo sentada a su lado.

—Sí, pero no hay que preocuparse demasiado, hoy en día los médicos pueden hacer que, incluso mujeres sin maridos, puedan quedar embarazadas, y Ramón y yo queremos ir a que nos hagan algunas pruebas. —Mientras le explicaba esto, en su rostro se dibujaban gestos de asombro y de incredulidad al mismo tiempo; debía de ser muy difícil entenderlo, teniendo en cuenta que se trataba de un hombre que tenía ochocientos años.

—¿Pueden hacer eso los médicos? —Cruzó las manos por detrás de su cuerpo y empezó a caminar por la habitación, tenía la mirada fijada en el suelo y la expresión pensativa.

—Sí bueno, supongo que para ti debe de ser muy complejo, pero la vida ha ido cambiando y, demasiado deprisa, en especial estos últimos años, y hoy en día casi todo es posible ya.

No dijo nada mientras se paseaba por toda la estancia. No quise interrumpirle, parecía muy concentrado. Habló de nuevo pasados unos minutos.

—A este paso, dentro de cien años más, no sé lo que me podré encontrar aunque, seguramente, solo observaré sin tener que contactar con nadie. Sí, me

parece que eso será lo mejor.

—¿Cómo era tu vida anterior? —Le pregunté curiosa.

—En mis tiempos la vida no tenía nada que ver con la de ahora. Yo nací muy cerca de aquí. Mi padre era musulmán y mi madre cristiana. Me eduqué con los dos idiomas y conocí las dos religiones. Me enseñaron a utilizar toda clase de armas puesto que, por aquel entonces, había muchas guerras generalmente entre árabes y cristianos. La mayoría de los musulmanes que vivíamos aquí trabajamos las tierras e hicimos con ella verdaderas filigranas; como estas sierras son tan abruptas, en las mismas faldas de las montañas hicimos pequeños bancales con piedras puestas una a una, para poder cultivar la vid y los olivos. Construimos aljibes para recoger el agua de la lluvia de forma que, cuando hubiese sequía, pudiésemos regar nuestros campos. También levantamos numerosos acueductos para poderla transportar de un lugar a otro. Aprendimos a tejer delicadas telas con los telares valencianos, llevábamos los comercios y trabajábamos de sol a sol. En su mayor parte, mi gente era la que estaba bajo las órdenes de los nobles cristianos, quiénes les cobraban sus impuestos. Los musulmanes que aquí morábamos, nos habíamos establecido desde hacía ya algunos siglos por lo que, en su mayoría, nacimos en nuestras tierras —mientras hablaba movía las manos para explicarse mejor—. Mi padre no quiso que yo fuese uno de ellos. Me llevó un tiempo a Granada, y aprendí mucho del emir Muhammad I; también viví, durante unos años, en Aragón y en Valencia. Tuve mucha suerte porque, además del arte de la guerra, pude estudiar muchas otras cosas—hablaba y paseaba por la habitación manteniendo la vista en el suelo pero, de vez en cuando, levantaba la cabeza para mirarme—. Agradecí mucho —prosiguió— que mi padre me diera la educación que recibí aunque, fue muy exigente conmigo a la hora de aprender el arte de las armas. Hizo de mí un excelente tirador con arco y llegué a manejar como nadie, la espada, la cimitarra y el alfanje, entre otros —dijo enarcando una de sus cejas.

Yo estaba totalmente asombrada. Por lo visto, mi fantasma había sido todo un personaje. Estaba tan fascinada, que me quedé con la boca abierta y el cuerpo no me respondía. Por fin, al cabo de unos minutos de reflexión, pude respirar hondo y reaccionar.

—¿Llegaste a luchar contra la gente que conquistaba estas tierras? —Aquello me resultaba muy excitante y me venían un montón de preguntas a la mente. Tenía que poner orden en mi cabeza, ya que se me amontonaban todo tipo de imágenes y dudas.

—Tuve que luchar muy duro por los míos. Por aquellos días, el soberano que reinaba en estas tierras había dictado una orden para que todos los sarracenos abandonásemos las que, de hecho, eran nuestras posesiones también. Pareces muy impresionada —dijo al ver la expresión de mi cara.

—Es que... ¡No me lo puedo creer! y yo que pensaba que venías de la India.

—¿De la India? —Exclamó poniendo los ojos en blanco— Seguro que la India es un hermoso país pero en realidad yo nací aquí, ésta es mi tierra —Inclinó la cabeza y elevó los hombros.

—Y llegados a este punto..., creo que necesito tomarme algo bien caliente. ¿Me acompañas? —Era preciso poner mis ideas en orden, no estaba preparada para saber algo así, no tenía ni idea de fantasmas y, menos todavía, de almas errantes con ochocientos años que habían formado parte de la historia.

Llegamos a la cocina, me preparé un café con leche y decidí, nuevamente, que estaríamos mejor y más cómodos en el solárium y así podíamos ver si nevaba todavía.

Nada más entrar, me incliné para poner más leña en el fuego pero él, no me lo permitió.

—Nada de eso, deja que lo haga yo, por favor —y me sonrió.

Colocó su mano sobre mi hombro y noté una sensación muy extraña. Siempre había visto en las películas que los fantasmas no se podían tocar, ni podían coger las cosas, y que no se reflejaban en los espejos, pero cuando él me tocaba yo notaba su piel cálida; podía verle y oírle perfectamente. Todo aquello me producía mucha curiosidad; quería saber muchas cosas acerca de él, pero debía esperar. Si iba a estar todo el año conmigo, seguro que tendría días para ir conociéndole, así que me relajé y me contuve para no hacerle demasiadas preguntas.

Fuera había dejado de nevar, la vista desde allí era muy hermosa, se divisaba toda la ciudad bajo el espeso manto blanco, los campos parecían grandes alfombras de algodón, las ramas de los árboles y los arbustos se doblaban bajo el peso de la nieve. Las montañas, a lo lejos, lucían espectaculares vestidas de blanco.

—Oye al-Sáhuir, me preguntaba qué pasará cuando regrese mi marido. No quisiera decirle nada acerca de ti, porque seguro que no me creería, además no me sentiría cómoda sabiendo que tú estás aquí.

Cada vez que pensaba en Ramón, me sentía mal, pero... ¿Por qué? No tenía nada de lo que pudiese arrepentirme. No había hecho nada malo pero tener un

hombre en casa y que Ramón no lo supiese era lo que, seguramente, me hacía sentir incómoda.

—No debes sentirte mal. Cuando él esté contigo todo será como siempre, a mí no me podrás ver y no te voy a hablar si no lo veo necesario. Además, yo no estaré aquí con vosotros; no me gusta oír conversaciones íntimas, ni me gusta permanecer en sitios en los que no debo estar. —Había llegado hasta la cristalera y, allí de pie, la luz que entraba por la ventana se proyectaba por encima de él y, ahora, sabiendo quién era lo veía como alguien más perfecto, si cabe. Era tan alto y con su porte tan elegante; con la barba tan bien cuidada y el pelo largo que tanto le favorecía, sus ropas le daban un aspecto exótico, pero lo que más me impactaba, eran sus ojos; su mirada tan penetrante.

—Llevo en tu casa cerca de dos semanas y media, y no te habrías enterado de que yo merodeaba por aquí, a no ser porque he contactado contigo. Así que no te preocupes, todo seguirá igual que siempre.

—Pero no es igual que siempre, ahora yo sé que estás aquí, no sé para qué, pero estás, y ya verás cómo digo o hago algo que a él pueda hacerle daño. ¿Sabes?..., —añadí— yo lo quiero mucho. Verás..., mis padres murieron en un accidente de coche cuando aún era pequeña. Lo pasé muy mal y me quedé con mis abuelos; ellos me querían muchísimo, me adoraban, pero no era lo mismo. También me ayudaron Luís y María y sus hijos son como mis hermanos, aunque a mí me faltaba el calor de mis padres, pero ante todo, necesitaba a mi madre; quizás por eso, mi deseo de ser madre sea mayor todavía. Entonces conocí a Ramón y él supo darme todo aquello que mis padres no me pudieron dar. Sé que me quiere, igual que yo a él y no quisiera, por nada del mundo, hacerle daño. No se lo merece —sin quererlo me había puesto triste.

—Tranquila Julia, ya verás como no habrá ningún problema. Yo tan solo soy un “fantasma”, como tú me llamas, y estoy aquí de paso. Simplemente seré..., digamos tu ángel de la guarda —abrió las manos con las palmas hacia arriba —, te cuidaré y te protegeré mientras tu esposo esté ausente, eso es todo. —Se paseaba por delante de la cristalera y movía las manos y los brazos mientras hablaba. Supuse que lo podrían ver desde fuera, pero no era el caso, para el resto del mundo yo estaba sola en mi casa.

Ya era tarde y no había comido todavía. Pensé en decirle que me iba a comer, pero él se me adelantó.

—Voy a echar un vistazo por fuera mientras tú aprovechas para comer y descansar un rato —salió del solárium pero no sin antes dedicarme su hermosa

sonrisa.

No me apetecía prepararme algo complicado, hice una ensalada y unas tostadas con un poco de queso, que acompañé con un refresco, luego volví a subir al solárium; se estaba muy confortable al lado del fuego, junto a la chimenea. Me senté en el balancín tratando de poner un poco de orden en mi cabeza. A los pocos minutos noté que un sueño dulce se apoderaba de mí debido al suave balanceo y el crepitar del fuego; decidí recostarme. Media hora más tarde me desperté sobresaltada. Al abrir los ojos me encontré con los suyos; no esperaba verlo allí y me asusté.

—Perdona —dijo— no quería asustarte, solo te miraba. ¿Sabes?... te pareces un poco a mi madre, es curioso ¿verdad? O tal vez será que yo también la echo de menos, como tú a la tuya. —Estaba sentado frente a mí en un sillón de mimbre. Tenía una pierna cruzada sobre la otra, sus brazos estaban relajados acomodados sobre los brazos del sillón. En uno de sus dedos vi un anillo negro, no me había dado cuenta hasta ahora, me pareció que era un sello pero no podía verlo bien desde donde me encontraba. Por un momento lo idealicé vestido con las ropas del libro que estaba leyendo «¡vaya coincidencia!» pensé. Con aquella belleza tan perfecta supuse que habría tenido un montón de mujeres a su alrededor bailando para él la danza del vientre, con el fin de seducirlo.

—¿Has estado casado alguna vez? —Le pregunté de sopetón. Cuando terminé de hacerle la pregunta me reprimí a mí misma, «no debía preguntarle eso».

—Sí, estuve casado y tuve un hijo, Abdallah. Cuando creció también le educé como mi antecesor lo hiciera conmigo; él también debería luchar por estas tierras.

A medida que iba hablando en mi cabeza se formaban todo tipo de escenas; imaginaba una pequeña aldea y, como en tantas películas históricas, casi podía ver a un bando contra otro, luchando ambos por el poder.

—Como verás —prosiguió—, la vida ha cambiado mucho en ocho siglos, ¿no te parece?

—Sí, eso es cierto, ahora vamos en coches, tenemos casas grandes, también tenemos aparatos que nos lavan la ropa, nos limpian los platos, tenemos agua caliente en toda la casa, podemos hablar con todo el mundo sin importar las distancias y..., en cambio en tu época no había nada de esto. Pienso que en tu tiempo la vida debió de ser muy dura y muy difícil.

—No es cuestión de ser dura o no, simplemente era así. No se conocía ninguna otra forma de vivir que no fuese aquella —musitó.

En ese momento sonó el teléfono, seguramente sería Ramón, me levanté y fui a toda prisa para atender la llamada. Él se quedó en el solárium.

—¿Diga? —Contesté con una voz que me sonó demasiado fuerte.

—Hola cariño. ¿Cómo estás?

La voz de Ramón sonaba cansada, debían de haber estado trabajando mucho y se lo notaba.

—Hola Ramón, te noto cansado por la voz. Deberíais tomaros un respiro.

—Sí, por eso te llamo ahora. Hemos estado todo el día trabajando y ya lo tenemos resuelto, así que hemos pensado en ir a dar una vuelta por Madrid y tomarnos algo hasta la hora de cenar. ¿Y tú, te aburres mucho en casa?

—¡Uf!, no sabes la nevada que tenemos aquí. ¿No ha nevado por ahí? — Parecía no saber que estaba incomunicada, sin poder coger el coche.

—¡No me digas! ¿En serio?, pues vaya faena. Por aquí hace mal tiempo incluso hay nieve, pero solo en las montañas. Y ¿Luís y María? —preguntó entonces, nervioso.

—Están en casa, tranquilo que tengo compañía —Sabía que él estaba más conformado si yo no estaba totalmente sola. Aunque, por esta vez, estaba muy bien acompañada por “mi ángel de la guarda”—. ¿Ya sabes cuándo vas a volver? ¿A qué hora tenéis el juicio? —Solo pensaba en su vuelta, aunque hoy en día las máquinas quitanieves están muy preparadas.

—Mañana sobre la diez. Pienso que el martes o miércoles podré estar en casa. ¡Ah! —Exclamó de pronto—, quería decirte que pidas hora en el médico por aquello que tenemos pendiente tú y yo, ya ves que no me olvido, seguramente tenga que volver a salir de viaje, otra vez, en un par de semanas.

—Gracias por no olvidarte de algo que significa tanto para mí. ¡Ah! y divertíos un rato que lo tenéis bien merecido —dije sonriendo.

—No puedo olvidarme de algo tan importante como tú y además, sabes perfectamente que, aparte de ser algo que tú anhelas tanto, a mí también me hace mucha ilusión.

—Sí, lo sé. Por favor cuídate mucho mientras estés fuera.

—Descuida, sabes que ya lo hago. Un beso. —A través del auricular oí que llamaban a su habitación y la voz de Jaime que lo llamaba. —Cielo te dejo que Jaime va a tirar la puerta abajo. ¡Ya voy, un momento! —Oí que le gritaba.

—Está bien, ya me llamas. Divertíos un rato. Un beso.

—Gracias, lo intentaremos. Hasta luego. —Y colgamos.

Eran ya cerca de las nueve. Volví de nuevo al solárium donde al-Sāhuir, avivaba el fuego. A través de las vidrieras la fría noche caía sobre el blanco y

helado manto. Al fondo, las luces de la ciudad brillaban dándole un bello aspecto. La habitación estaba iluminada solo por la luz que emanaba la chimenea. Él estaba arrodillado frente a ella, tenía la cara de un color rojizo que le proporcionaban las llamas del fuego. Su cuerpo lucía con gran belleza y perfección; a la vez exótica, a la vez principesca. Me fijé que algo pendía de su cuello; era una especie de cordón trabajado en colores vivos en cuyo extremo, colgaba algo similar a una pequeña llave de unos dos o tres centímetros a lo sumo, no parecía de oro, pero desde la distancia en la que me encontraba, no podía apreciarla bien del todo. Al verme entrar se levantó y, muy cortésmente, me habló.

—¿Está bien tu marido? —Su voz tan varonil y con aquél toque sensual, me embriagaba lentamente.

—Sí. Me ha dicho que seguramente para el martes o el miércoles, volverá. — Sentía un poco de inquietud cada vez que pensaba en el momento en que estuviésemos los “tres juntos”. No tenía por qué preocuparme puesto que, alSähuir, sería como si no estuviese en casa. Nadie lo iba a ver, ni nadie iba a saber que estaba allí, pero yo sí lo sabría y ésa era, lo que se estaba convirtiendo en, mi obsesión. Entonces reparé en algo que no había pensado.

—Dime una cosa, cuando yo no estoy en casa, ¿dónde estás tú? ¿Estás también conmigo? —pregunté algo confusa.

—No, me temo que no puedo salir de este recinto, solo puedo pasear por la casa y por el jardín, pero creo que tampoco debo salir de aquí, no debes olvidar que tengo cierta edad y pienso que, tal vez, podría volverme loco. — Hizo una mueca en la que mostraba miedo, al mismo tiempo que agitaba las manos abiertas a la altura de su pecho.

—Sí. Creo que si me pongo en tu lugar yo también estaría aquí mucho más a gusto y segura que ahí fuera. Tienes toda la razón. Te entiendo muy bien. —No había pensado que realmente su época fue muy diferente a la mía y que ahora, con tanto progreso, y sobre todo con el tráfico, estaba claro que no podría soportarlo o por lo menos es lo que a mí me pareció.

—Creo que ya es hora de cenar. —Me pillaron por sorpresa sus palabras; este hombre estaba en todo, bordeaba la perfección. Me dije a mí misma, que la clase de hombres a la que pertenecía, ya no existía ¿Sería así tal vez porque era “mi fantasma” o tal vez porque era “mi ángel de la guarda”?

—Sí tienes razón —dije—. Estoy tan a gusto contigo que el día se me ha pasado volando.

—Venga pues, te dejo para que cenes tranquila mientras voy a dar un paseo. —

Nos dirigimos hacia la puerta, al-Sähuir llegó delante de mí y se inclinó en una reverencia para darme paso.

—Muchas gracias, caballero —sonreí mientras le miraba a los ojos y salí de la sala por delante de él—. ¿Vas a volver luego? —Le pregunté con cierta duda.

—Si tú me lo pides aquí estaré y si prefieres descansar de mí..., te doy las buenas noches ahora. Como tú prefieras. —Me resultaba difícil dejar de verlo hasta el día siguiente, estaba fascinada por su físico y sus ojos, había estado muy a gusto hablando y sobre todo conociéndolo; era muy fácil escucharle y que él me escuchase a mí.

—No, creo que voy a cenar y luego me acostaré.

—Como quieras, entonces que descanses y duermas bien. Buenas noches. —Y se marchó en dirección al jardín.

Después de cenar me acomodé un rato en el sofá mientras reflexionaba acerca de todo lo ocurrido durante el fin de semana. Puse un poco de orden en mi cabeza.

Al contrario que la noche anterior esta vez tuve el sueño tranquilo. Dormí toda la noche de un tirón, quizás porque sabía que, Al-Sähuir, velaba mis sueños.

Resultados

A la mañana siguiente un sol radiante entraba por la ventana. Los rayos de luz inundaban toda la habitación, eran muy nítidos, ya que venían alimentados por la blancura de la nieve que lo cubría todo.

Frotándome los ojos me levanté y me acerqué para ver el hermoso día. Fuera, los árboles estaban repletos de nieve; las ramas se inclinaban y, en algunos casos, casi tocaban el suelo debido a su peso. De vez en cuando, ésta resbalaba cayendo en la tierra y esto provocaba que se agitasen, aparentemente, solas. En el centro del jardín hay un enorme cedro del que se cree que tiene más de quinientos años, está protegido ya que alguien había informado de su existencia y gente experta vino para examinarlo. Con tanta nieve me preocupaba que se pudiera romper parte de su enorme ramaje. Desde la ventana pude ver a Luís peleando con una manguera; su propósito era echarle agua al cedro desde lo alto para deshacer la nieve, y así proteger sus ramas.

Puse la radio local para enterarme del estado de las carreteras. Dijeron que todas ellas estaban totalmente despejadas y abiertas al tráfico pero que, durante el día de hoy, las clases se suspendían hasta mañana.

Acto seguido busqué el número de mi ginecólogo para pedirle hora. Me dio cita para el jueves a las cuatro de la tarde.

Desde pequeña siempre tuve la ilusión de ser mamá y después de la pérdida de mis padres esta idea se había reforzado todavía más. Sin saber por qué recordé el fatídico accidente. Se iban de viaje por trabajo, mi madre se decidió a acompañar a mi padre después de que los abuelos y yo la convenciéramos. A ella no le gustaba demasiado dejarme a solas con ellos, pero entre todos se dejó convencer. En el viaje de ida todo fue bien pero a la vuelta y, a lo largo de una recta, un coche que venía de frente perdió el control y, saltando la mediana, salió volando estrellándose contra el coche de mis padres; los dos fallecieron en el acto. Recibimos una llamada y, llena de emoción, cogí el teléfono pensando que era ella pero una voz que no conocía, al otro lado, me preguntó si era su hija y me pidió que llamase a alguno de mis abuelos. Cuando el abuelo cogió el auricular supe enseguida que algo muy grave había sucedido. Su cara cambió totalmente de expresión y las lágrimas resbalaron por sus mejillas. Mi abuela se sentó en el sillón y me abrazó con

fuerza. «Tenemos que ser muy fuertes», me dijo ahogando sus palabras. Esta fue la parte de mi vida más difícil de superar; me costó mucho tiempo y también muchas pesadillas, hasta aceptar que nunca más volvería a verles.

Absorta en mis pensamientos no reparé que al-Sähuir estaba apoyado en el quicio de la puerta. Tenía una preciosa sonrisa. Mantenía los brazos cruzados a la altura del pecho y se apoyaba sobre una pierna, la otra la tenía recogida por detrás. Hoy vestía unas ropas parecidas a las de los días anteriores, pero sus colores eran distintos; los tonos azul oscuro, hacían que sus ojos resaltaran todavía más provocando que su mirada fuese muy intensa. Llevaba unas babuchas de cuero en tonos claros. Cada vez que lo veía el corazón me daba un vuelco. ¿Cómo se podía ser tan hermoso? A veces hasta dolía mirar su belleza varonil, tan perfecta.

—Buenos días, Julia. ¿Va todo bien? ¿Algún problema? —Su voz me produjo un escalofrío.

—Hola, buenos días. Todo está bien, gracias. —Esperaba poderme controlar para que no notase mi excitación en la voz.

—Perfecto. ¿Tienes mucho trabajo hoy? —Me preguntó acercándose hasta mí. Noté que me ruborizaba. No podía creer como aquel ser espiritual hacía tal efecto en mí y cómo podía estremecerme tanto el tono de su voz. Era muy extraño, nunca había experimentado algo así. ¿Qué clase de poder me ejercía alSähuir?

—No tengo trabajo —le dije— así que me quedo en casa. ¿Por qué me lo preguntas?

—Había pensado en dar un paseo contigo, pero te he notado muy abstraída y he creído que tendrías algún problema —musitó.

—¡Ah! Recordaba algo que sucedió hace mucho tiempo.

Me sentía alterada debido a la seducción que me provocaba.

—Ya me doy cuenta. No era mi intención sacarte de tus pensamientos. Lo siento.

Su tono de disculpa me resultaba algo inusual; la gente no se disculpa por ese tipo de cosas. A veces su comportamiento, sus palabras o la forma de decir las, me resultaban extrañas; como perdidas en el tiempo. Aunque debo de reconocer que sentía una gran atracción hacia su manera de hablar, su forma de ser, incluso —y me daba mucho miedo admitirlo— me atraía su persona, su físico, su encanto natural, su exotismo, sus ojos; en realidad todo en él me seducía y me fascinaba. «¿Qué es lo que me está pasando? ¿Será que me estoy enamorando de un ser que realmente no existe? ¿Qué poder sobrenatural está

ejerciendo sobre mí? ¿Es él consciente de lo que yo estoy sintiendo?» pensé rápidamente en una respuesta para todas estas preguntas pero, en mi cabeza, no existía la palabra “amor” hacia otra persona que no fuese Ramón.

—¡Oh! —exclamé—, perdona pero otra vez estaba en mis cosas. Acabo de pedir hora al médico para que nos oriente con lo del bebé, quiero decir..., para que nos hagan las pruebas necesarias y, así, poder quedar embarazada. Me asusta que mi cuerpo no esté capacitado para concebir un hijo y, eso, me dolería demasiado.

—A veces —dijo mirándome con ternura—, el hecho de desear tanto una cosa provoca una reacción contraria y el mismo cuerpo se niega a aceptarlo. Es muy posible que, en algún otro momento de tu vida, no estés tan obcecada en esa idea y, sin darte cuenta, lo consigas sin demasiado esfuerzo. —En su voz había un toque de sinceridad y me pareció que lo decía muy seguro de sí mismo.

—Sí. Eso es lo que me ha dicho el médico. Pero mi deseo es tan grande que no paro de darle vueltas. Pienso que si el problema radica en mí a veces no hay ninguna solución y si, por el contrario, el problema lo tuviese él ¿cómo voy a tener un hijo?, tampoco le veo solución. O quizás suceda que todo está bien; y que ninguno de los dos tenemos ningún problema, entonces ¿por qué no vienen los niños? Sé que me resultaría muy duro. —Sin quererlo me había puesto muy triste, con el tema del bebé y el recuerdo por la pérdida de mis padres estaba demasiado sensible y notaba un nudo en la garganta, mi voz empezó a quebrarse y luché para que las lágrimas no resbalasen por mis mejillas.

—No te preocupes tanto, ya verás cómo todo tiene solución. —Se había acercado a mí y me había cogido una de las manos; mi corazón se aceleró por momentos —No debes temer nada. Las cosas, a veces, son más sencillas de lo que uno se imagina. Incluso puede que tengas la solución más cerca de lo que crees.

Muy cariñosamente me había rodeado con sus brazos y me estrechaba contra su torso. Mi corazón latía como un caballo desbocado; notaba su calidez en mi cuerpo. Me sentía muy pequeña y, a la vez protegida, parecía una niña. Su cabeza estaba muy por encima de la mía y notaba su barbilla apoyada suavemente sobre mi cabeza. La mía estaba contra su pecho y sentí que me estremecía. No me pude contener y las lágrimas salieron de mis ojos sin control. Luchaba por contenerlas, pero ya era inútil. Él se dio cuenta y suavemente colocó dos dedos debajo de mi mentón y, con mucha delicadeza, me alzó el rostro para que le mirase. Tan cerca de él y mirándome a los ojos

sentí que el corazón me latía más agitadamente. Con mucha suavidad puso sus labios en mi mejilla y me dio un beso. Mi cuerpo temblaba sin que yo pudiese controlarlo; nunca antes, había sentido algo parecido.

—Tienes que estar tranquila y no debes sufrir por eso, ya verás cómo al final lo vas a conseguir, hazme caso —dijo con ternura—. Quizá yo esté aquí para ayudarte en esta tarea.

De nuevo me estrechó contra su cuerpo, seguramente para que me tranquilizase. Permanecimos así durante un momento que, a mí me pareció una eternidad. Ya me encontraba más tranquila cuando me di cuenta de que estaba sintiendo los latidos de su corazón. «¡No puede ser!» pensé. Me concentré y descubrí entonces que al-Sáhuir también lo tenía y le latía de igual modo que lo hacía el mío, pero..., «¡los fantasmas no tienen corazón!, o ¿sí?... ¡Qué lío tengo en la cabeza!» recapacité. Sin darme cuenta levanté la mirada y me encontré nuevamente con su penetrante y sensual mirada.

—Esos latidos que acabo de oír en tu pecho... ¿Son tuyos? —le pregunté entre balbuceos.

—¡Pues claro! ¿Por qué te extrañas?

Me seguía abrazando muy cálidamente. Suspiré y entonces fue cuando sentí su olor. Era un olor a limpio; sin colonias, ni desodorantes. Un olor a hombre, el aroma de una piel curtida y varonil que me producía cierta embriaguez.

—Yo pensaba que los redivivos no teníais corazón, ni tampoco alma. Que simplemente sois ilusiones ópticas, como los espejismos.

—¿Es que has visto a muchos fantasmas en tu vida? —Me preguntó con un susurro y con una sonrisa que me estremeció.

—No —dije—. Tú eres el primero y espero que seas el último —añadí mirándolo a los ojos.

—¿Por qué dices eso? ¿tanto miedo te doy? —Volvió a sonreír y sus ojos le brillaron.

—No, ¡claro que no me das miedo! —exclamé.

—¿Entonces? —dijo ladeando la cabeza.

—Lo que sucede es que de todas las teorías que tenía sobre los fantasmas, ninguna de ellas es cierta, y al sentir tu corazón me he sobresaltado.

—¡Ah! Bueno... —En este momento sus manos se posaron en mis hombros. — Cuando se me concedió lo que tanto deseé y, mientras la vida abandonaba mi cuerpo, supe que volvería pero hasta ahora no he sentido necesidad de establecer contacto alguno y, mucho menos, “aparecer” físicamente.

Me quedé allí, de pie, mirándolo sin saber qué decir. No me sentía capaz de

pensar; tenía la mente en blanco. De pronto noté que sus manos se posaron en mis mejillas. Algo en el estómago se me encogió y percibí un ligero dolor. El corazón volvía a latirme como un caballo a la carrera; deseaba con anhelo que me besara. Muy despacio inclinó la cabeza hacia mí. Creí que lo iba a hacer. Apenas podía respirar y notaba que me estaba ahogando. Sus labios llegaron a la altura de los míos y sentí un ligero roce en ellos, pero, después, se desviaron hasta llegar al cuello, donde un suave susurro acarició mis oídos.

—¿Me ayudarás a descubrirlo? —preguntó apenas en un hilo de voz.

—Pero... ¿Cómo puedo ayudarte? —Sentí deseos de abrazarle y besarle. Me costó un gran esfuerzo controlarme

—¿Recuerdas que tengo algo que darte? Pues bien, ahora ya sé lo que es; solo hay un pequeño problema; tendremos que esperar. No puedo decirte nada al respecto, antes tengo que estar totalmente seguro. De momento no puedo hacerlo todavía, pero no te preocupes, tenemos tiempo. —Su voz tenía un toque de ternura que me tranquilizaba.

Ya por la tarde, fui a la sala del piano. Allí había bastante espacio donde yo solía preparar los ejercicios, y comencé a coreografiarlos. Al principio, me distraía con mucha frecuencia ya que no conseguía quitarme de la cabeza, el momento en que sentí el suave roce de sus labios; qué delicadeza y cuánta ternura. No podía dejar de pensar en él. Cada vez que lo recordaba mi cuerpo se estremecía de nuevo. No obstante, al pensarlo con más detenimiento, vi claras sus intenciones; él solamente me estaba animando, no quería verme deprimida y me consolaba. Seguramente al ver mis lágrimas, se sintió mal por mí y lo que quería en realidad era darme su cariño, pero no de la forma en que me estaba afectando a mí. No debía de estar en mi sano juicio, ¿cómo podía haber deseado que me besara? ¿Dónde quedaba Ramón? ¿Qué pasaría ahora? Era consciente de que sentía una gran atracción hacia él. Pero al-Sáhuir no era humano, no era real y dentro de un año se marcharía para siempre. ¿Qué ocurriría entonces?

Mis dudas cada vez eran mayores y tenía que evitar de algún modo esos sentimientos. Tenía que verle como lo que era, un espíritu que en menos de un año se iría para no volver. Nadie se enteraría de su existencia, salvo yo.

Poco a poco me fui concentrando en la coreografía del ejercicio y logré terminar el trabajo. En todo el día no había visto ni a Luís ni a María, por lo que decidí acercarme hasta su casa. Llamé a Gilda y me enfundé el anorak. Al salir al exterior comprobé que hacía mucho frío. En el cielo las estrellas brillaban con fuerza, la noche era radiante.

Al pasar junto al mirador que hay en una esquina —cerca de la casa, junto al pozo— me detuve para contemplar las luces de la ciudad. En ese lugar siempre me parece sentir algo especial; es una sensación que flota en el aire y que hace de él, un lugar único; sin duda, es uno de los lugares en el jardín que más me atraen. Hay unos bancos que están dispuestos en forma de L. No me senté ya que estaban cubiertos de nieve.

En lo alto del cielo, la luna empezaba a menguar, pero todavía estaba casi llena, por lo que inundaba de luz todo lo que alcanzaba la vista. Alcoy está rodeada de montañas y todas ellas tienen mucha vegetación de pinos y encinas; desde allí se alcanza a ver varios kilómetros; a menudo paso las horas admirando el paisaje. Respiré hondo, y noté como el aire frío y limpio llenaba mis pulmones.

—Hola buenas noches ¿Qué tal por aquí? —Solía estar la puerta abierta y entré sin llamar. Luís en la cocina, preparaba la cena y María estaba doblando la ropa de la colada.

—Hola Julia, pasa, pasa, no te vayas a enfriar. No te hemos visto hoy en todo el día —María me hablaba pero sin dejar de organizar la ropa.

—He estado aprovechando para preparar exámenes, por lo menos algo he adelantado. Mañana ya se reanudan las clases, esperemos que el tiempo mejore, ya que este año parece que la nieve no nos abandona. ¿Tú que crees, Luís? —Me acerqué hasta la cocina; olía muy bien.

—En las cabañuelas de este verano —dijo Luís sin dejar de remover el contenido de la sartén— ya se anunciaba mucho frío.

Había aprendido con su abuelo y también con su padre. Antiguamente la gente del campo solía hacer las cabañuelas para saber si el tiempo favorecería a sus cultivos.

—¡Vaya, qué pinta tiene lo que estás cocinando! —Inhalé profundamente— Mmm... ¡Qué bien huele! Además de preparar un café delicioso, sigues guisando como un gran chef.

—¡Oh! Gracias —dijo carcajeándose— ¿Sabes una cosa?, deberías quedarte a cenar con nosotros, hay de sobra y sería una lástima tirarlo. ¡Qué! ¿Te animas?

—Me dirigió una de sus sonrisas; supe que no podía negarme.

—Bueno está bien, pero solo porque tú me lo pides... —Los tres nos reímos y empecé a poner la mesa.

En su casa estaba tan a gusto como en la mía. De pequeña comía muchas veces allí, incluso me quedaba a dormir y en otras ocasiones eran sus hijos quienes venían a la mía, nos encantaba jugar a los tres. Crecimos juntos y ahora los

echaba de menos en muchas ocasiones. Al casarse se habían ido a vivir a la ciudad, aunque seguían viniendo con bastante frecuencia.

La cena estaba muy buena y agradecí que me invitasen a cenar ya que estaba un poco cansada. Estuvimos charlando y pasamos una velada muy agradable. Cerca de las once les di las buenas noches con la excusa de que Ramón tenía que llamar, pues en todo el día no había sabido nada de él. Regresé paseando, esperaba encontrarme con al-Sähuir de un momento a otro; no lo había visto por la tarde. Al llegar a casa, aproveché para darle la cena a la perra y cerré como cada noche.

Di un respingo al oír sonar el teléfono en mi bolsillo.

—¿Diga? —Era Ramón.

—Hola Julia, perdóname por no llamarte antes. Todo ha ido bien, pero se ha alargado bastante. ¿Cómo estás? —A pesar de lo tarde que era en su voz le notaba un toque alegre pero, además, me parecía oír sonidos extraños, como si estuviese en un coche.

—¿Dónde estás? —le pregunté.

—En un taxi, ya voy a casa, en unas horas podré abrazarte.

—¿En serio?, qué alegría me das, no contaba con que vinieras tan pronto, qué contenta estoy. ¿Sobre qué hora llegarás? —A pesar de todo lo que me había sucedido durante el fin de semana, sentí muchas ganas de verlo y de abrazarlo.

—El avión sale a la una de la madrugada, así que llegaré sobre las tres o las cuatro ¡Ah! no pases el cerrojo o no podré entrar. No quisiera que te levantas para abrirme.

—Tranquilo, no te preocupes —mientras hablaba con él iba llegando, nuevamente, hasta la puerta.

—Bueno, ya te dejo, dentro de unas horas estaré contigo. Un beso cariñoso.

—Un beso a ti también —y colgué.

Estaba quitando el cerrojo, cuando oí que llamaban a la puerta. No esperaba a nadie y mucho menos a esas horas. Muy sorprendida, pregunté quién era.

—Soy al-Sähuir —me extrañé mucho de que él llamase; en los días que había estado aquí, siempre había entrado y salido de casa sin que yo me diese cuenta. Le abrí.

—Buenas noches ¿Te encuentras mejor? —Preguntó con una sonrisa en los labios.

—Sí gracias, ya estoy más animada, no sé qué me ha pasado. Perdona no quería ponerme triste y mucho menos llorar delante de ti, lo siento mucho.

—No tienes por qué disculparte, es lógico y normal. Sé que viene tu marido

esta noche —me sorprendí al oír sus palabras, acababa de hablar con Ramón y él ¿ya lo sabía? —No te sorprendas, hay cosas que puedo saber sin que tú me las digas. Solo quería darte las buenas noches y decirte que estés tranquila. Seguramente no estaré visible por aquí, en unos días, así no te pondré en ningún apuro y te será mucho más fácil estar con tu marido. Si quieres verme bastará con que pienses en mí o, simplemente, llámame; estaré contigo enseguida. Que descanses. Buenas noches.

—¡Oh!, buenas noches, está bien, lo tendré en cuenta y, gracias por todo. Ya nos veremos —sonrió y me acarició la mejilla, después se marchó por el jardín.

Cerré la puerta tras de mí y, bastante sorprendida, subí a la habitación.

Eran poco más de las tres y media cuando oí que Ramón entraba en casa. Me había despertado al oír ladrar a Gilda. Me levanté, me puse una bata y salí en su busca; ya entraba cargado con la maleta.

—¡Hola cariño! —Al verme la dejó en el suelo y dirigiéndose hacia mí, abrió los brazos para abrazarme, yo le pasé los míos alrededor del cuello y nos besamos.

—Deja que te vea esos ojos —cogió mi rostro entre las manos y me miró mientras una gran sonrisa inundaba de alegría su cara—. ¡No sabes cómo echaba de menos toda esta hermosura!, ¡qué preciosa eres!

—¡Qué ganas tenía de estar contigo!..., ¿quieres comer algo? —Le pregunté mientras caminábamos en dirección a la habitación.

—Lo que yo quiero es comerte a besos. Cada vez que estoy sin verte durante unos días, te veo más guapa —habíamos llegado a la habitación.

Del bolsillo de su americana, sacó un pequeño paquete con un lazo rojo.

—¡Toma mi amor! para que tengas mi corazón cerca del tuyo, cuando no estemos juntos —y me lo entregó.

—Pero... ¿Me has traído un regalo? Si no habrás tenido tiempo para nada. —Me encantan los regalos. Casi siempre que se iba fuera solía traerme alguno. Pero esta vez ni siquiera lo había pensado.

—¡Qué nerviosa estoy!

Quitó el lazo y el papel y descubrí una pequeña caja. Al abrirla encontré un corazón de oro del tamaño de un garbanzo más o menos; colgaba de una fina cadena, también de oro.

—Vaya cariño —dije sorprendida— es una preciosidad.

Ramón lo cogió y delicadamente me lo colocó alrededor del cuello. Cuando lo abrochó, noté como sus labios me besaban por debajo de la oreja izquierda,

sentí un escalofrío por la espalda. Lentamente me di la vuelta.

—Gracias cariño, lo llevaré siempre conmigo —y le besé.

—Ahora llevas mi corazón junto al tuyo —me dijo mientras me besaba en la frente.

—Gracias otra vez —le di un fuerte abrazo—. Vamos a acostarnos que es muy tarde ya.

—Sí, tienes razón.

Nos metimos en la cama, nos abrazamos y nos arrullamos. Hicimos el amor y muy juntos, nos quedamos dormidos.

Al día siguiente, el sol volvía a hacer acto de presencia. En la habitación, Ramón seguía dormido, me quedé mirándolo. Él también era muy guapo, pero no se podía comparar con la belleza tan perfecta de mi “invitado”. Por la mañana y con él a mi lado, sentí que al-Sāhūr formaba parte del pasado, pero, sin embargo, casi podía notar su presencia. Inconscientemente llevé mi mano hasta el pequeño corazón que me había regalado. Entonces acerqué los labios hasta su mejilla y le di un suave beso. De pronto noté unos fuertes brazos que me rodearon y me abrazaron con fuerza.

—Buenos días mi amor ¿Has descansado bien? —Ramón me susurraba en el oído.

—¡Oh! no quería despertarte, pero estabas tan seductor en la cama que no he podido contenerme.

—Conque me encuentras seductor..., vaya, vaya. Tú sí que eres seductora y preciosa. ¿Tienes clases hoy? —Preguntó mientras me daba pequeños besos, tendidos en la cama.

—Sí. ¡Ah! —dije de pronto— antes de que se me olvide, ayer llamé al médico y me dio cita para el jueves a las cuatro. ¿Tendrás algún problema con la hora?

—Espero que no, de todos modos voy a anotar en la agenda que tengo una reunión contigo y con el médico —nos reímos.

—¡Ale venga! vamos a la ducha, que tenemos todo el día por delante —Nos besamos fugazmente y juntos, nos dirigimos al baño.

Por fin llegó el día señalado. Por la tarde teníamos la visita en el médico. Ana y yo pudimos hablar antes del trabajo.

—¿Qué tal estás, Julia? —Me preguntó mientras nos cambiábamos en el vestuario.

—Si te soy sincera, bastante nerviosa. Sé que tengo que tranquilizarme y que debo olvidarme del asunto, pero tú sabes que me resulta muy difícil. —Le dije mientras sacaba las zapatillas de la bolsa.

—Lo sé, pero no debes obsesionarte, ya sabes que eso a veces es peor. Ya sé que tienes muchas ganas. Seguramente os hagan las pruebas y luego puede que te quedes embarazada. A veces pasa.

—Ya, pero me da mucho miedo que, por problemas en alguno de los dos, no podamos tenerlos. Entonces todo será inútil y en ese caso jamás podré ser madre. Eso es lo que más me preocupa y lo que me hace estar nerviosa — respiré hondo.

—Bueno, yo creo que es normal y creo que deberías esperar hasta saber los resultados, luego según lo que salga ya pensaréis en algo. Lo que debes hacer es relajarte y pensar en positivo —al decir esto se acercó hasta mí y me abrazó. Me di cuenta de lo mucho que siempre ha significado para mí.

—Gracias Ana, no sabes la suerte que tengo de tenerte... Lo sé, lo sé. Tengo que relajarme y convencerme a mí misma de que todo saldrá perfecto —le di un beso y seguimos con lo nuestro.

—Ya te contaré luego —le dije mientras íbamos, cada una, a nuestra respectiva clase.

Llegamos cinco minutos antes de la hora prevista. Entramos en la consulta y hablamos con el médico. Después me hizo una revisión.

—En principio veo que nada está fuera de lo normal —empezó a explicarnos—. Julia, yo creo que todo está bien, no he visto nada que pueda ser un problema a la hora de concebir. No obstante, cuando tengamos los resultados de los análisis, ya veremos si hay algún inconveniente y trataremos de solucionarlo, pero lo que sí te voy a recetar, es que te tranquilices y que no te obsesiones demasiado. Es muy probable que tu cuerpo no esté todavía listo para tener hijos, pero eso no quiere decir que no puedas tenerlos. Cuando tengamos los resultados nos volveremos a ver. Y por favor, no te ofusques.

—Está bien, lo intentaré. Gracias.

La enfermera nos dio cita para la próxima semana. Como los dos teníamos trabajo aún, me acercó hasta el conservatorio y nos despedimos hasta la noche.

Durante el fin de semana nos reunimos con los amigos. Como había carrera de motos, quedamos con Rafa y Sole y también con Ana y Jorge. Vinieron con los niños; en casa no daban guerra y apenas te enterabas de ellos. Estuvieron jugando por el jardín ya que el día era radiante y no hacía demasiado frío. Gilda también jugaba con ellos. Solamente entraron en casa a la hora de comer. Los hombres se sentaron en el salón para ver las carreras donde teníamos un inmenso televisor de pantalla plana, mientras que nosotras nos

fuimos al solárium para hablar de nuestras cosas.

—¡Qué bien se está en tu casa, Julia! Siempre que vengo me resulta muy difícil después, estar en la mía. —Comentó Sole, sentadas alrededor de la mesa—. Esta sala es de lo más. Te vienes aquí un poco depre y con solo admirar estas vistas, te vuelves a casa siendo otra. ¡Cómo me encanta! — Exclamó.

—¿Sabes? —dijo Ana cruzando una pierna sobre la otra—. A mí esta parte de la casa es la que más me gusta de todas, sobre todo en invierno, aunque debo reconocer que en verano también se está bien, pero cuando fuera hace tanto frío y puedes estar tan a gusto al lado de la chimenea, ¡no tiene precio!. Cómo me gustaría tener una casa como esta, aunque fuese más pequeña, con eso me conformaría —y añadió— oye Julia ¿no te decides a indagar sobre los orígenes de la casa? —Me preguntó de pronto.

—Me gustaría mucho hacer un árbol genealógico pero no sé si lo podría conseguir, ya no queda nadie de mi familia y debe de ser muy complicado encontrar información al respecto —les dediqué una sonrisa.

—¿Qué tal os fue con el médico? —Me preguntó Sole, al cabo de unos instantes cambiando de tema—. Me comentó Rafa que estuvo hablando con Ramón y que teníais una cita.

—Sí, así es —afirmé—. Fuimos el jueves y parece que todo está bien; el martes tenemos que volver para ver los resultados de los análisis. Estoy un poco preocupada, pero bueno lo primero que debo hacer es tranquilizarme. Así que ya os contaré qué es lo que sucede.

—Ya verás cómo todo va a ir bien —dijo Sole mientras consultaba el reloj. — ¡Eh chicas! tenemos la comida por preparar, se está tan bien aquí que no te das ni cuenta de que el tiempo pasa volando.

Salimos hacia la cocina y nos pusimos manos a la obra. Preparamos la comida y la mesa, llamamos a los niños y nos sentamos todos a comer. Después, recogimos entre todos, y luego nos tomamos unos refrescos mientras hablábamos en el salón. Pasamos un día muy agradable. Los niños lo pasaron en grande. Cerca de las ocho, se marcharon todos.

Por fin llegó el martes. Estábamos en la consulta y notaba que estaba nerviosa; en unos minutos la enfermera nos hizo pasar. Tenía los nervios a flor de piel, quería estar tranquila pero no podía evitarlo. En ese momento me acordé de alSáhuir, un escalofrío me recorrió la espalda. Era extraño, desde que Ramón había vuelto apenas había pensado en él, y ahora me venía a la mente. Respiré hondo antes de sentarme junto a Ramón.

—Y bien, vamos a ver —empezó diciendo el doctor.

El médico tomó los resultados de los análisis y los revisó muy detenidamente y en silencio, al acabar nos habló con voz tranquila.

—En principio no veo nada fuera de lo normal —dijo dirigiéndose hacia mí—. Ambos estáis perfectamente. No encuentro nada negativo en ninguno de los dos, todo está correcto.

Sentí una gran tristeza que se apoderó de mí, por momentos. Si todo estaba bien y, si durante los diez años que llevábamos casados no lo habíamos conseguido, estaba claro que nunca lo conseguiría o, por lo menos, por el método tradicional. Noté que Ramón me cogía la mano y la apretaba con suavidad.

—Yo creo —nuevamente el médico se dirigió hacia mí—, que lo mejor será que trates de olvidarte del tema, vuelvo a repetirte que no es nada bueno que te obsesiones; a veces, el cuerpo no reacciona de la manera que nosotros quisiéramos. No obstante vuelvo a insistir, tranquilízate y relájate todo lo que puedas; durante los fines de semana procura dar algún paseo y tómatelo con calma y si al cabo de un año, las cosas siguen igual, tal vez sea hora de plantearos una inseminación. No te preocupes Julia, aún eres joven y remedios hay muchos antes de tirar la toalla y, en la mayoría de los casos, suelen ser efectivos.

Procuré que Ramón no notase mi angustia, pero él sabía que yo estaba triste. Me pasó el brazo alrededor de mis hombros y fuimos hacia el coche.

—Julia no estés abatida, vamos a esperar un año más y si no lo conseguimos pensaremos en lo que nos ha propuesto el médico. Aún somos jóvenes y un año más, no nos hará ningún daño. Además, sabes que la inseminación es bastante efectiva en la mayoría de los casos. Ya verás cómo lo vamos a conseguir. Debes tener fe.

—Sí. Si ya lo sé —un nudo en la garganta apenas dejaba salir mi voz—. Es solo que me hace tanta ilusión tener un bebé entre los brazos y llevarlo en mi vientre, fruto de nosotros dos. Ramón, ¿tú sabes lo que eso significa para mí?

—Claro que lo sé, mi vida, pero no está todo perdido. Mira, tenemos todo un año por delante. Tienes que prometerme que te lo vas a tomar con calma, además, te voy a cuidar tan bien que seguro que lo vamos a conseguir —dijo sonriente—. Venga cielo, ¡hazlo por mí! Dedícame una de tus sonrisas..., —no pude negarme y le sonreí.

Era muy bueno conmigo y, pensándolo bien, tenía razón. Me propuse hacerle caso y me animé un poco. Nos despedimos hasta la noche y seguimos con lo

nuestro.

Reflexioné durante unos días y decidí que tenía que aceptar la opinión del médico, pero me resultaba muy difícil apartar de mí la obsesión. Ana me ayudaba mucho en el día a día, pero cuando llegaba la noche, se me hacía más costoso.

Una tarde, Ramón me había telefoneado para decirme que iba a salir un rato con Rafa y con Jorge, y que llegaría un poco más tarde que de costumbre; sobre las once o las once y media. Hacía tiempo que no se reunían fuera del trabajo y les apetecía tomarse unas cervezas.

Cuando llegué a casa me noté muy cansada, habíamos trabajado duro y me dolía la cabeza. Fui en busca de un analgésico. Ya en la cocina apareció al-Sāhūr. Me llevé un gran sobresalto, pues hacía casi quince días que no lo había visto, ni sabía nada de él. Estaba apoyado en el vano de la puerta. Sus ropas, de un color verde esmeralda, hacían resaltar el moreno de su piel. Sus ojos me miraban con ternura; al mirarlos, sentí que el cuerpo se me alteraba y me estremecía por momentos; mi respiración se agitó y oí los latidos del corazón.

—Soy yo, no te asustes —me dijo con tal entonación, que sus palabras sonaron como música para mis oídos. Se me había olvidado el tono de su voz, casi siempre me hablaba susurrando y, eso, me provocaba cierta excitación—. Supe que venías y al acercarme, he oído que te dolía la cabeza. No tomes nada, espera por favor, antes deja que yo te ayude.

Al pronunciar aquellas palabras, recordé el día que lo vi por primera vez, cuando me sentí mal a causa del chichón que me hice al caer; me puso las manos en las sienes y, con un suave masaje, hizo desaparecer el dolor en un momento.

—¡Ah sí!, ya lo recuerdo. Bien pensado creo que me vendrá bien un buen masaje que me alivie. —Ramón no estaba en casa y tardaría por lo menos una hora en llegar aunque, de todos modos, si llegaba antes de tiempo tampoco pasaría nada ya que al-Sāhūr desaparecería sin dejar rastro alguno. Así que me dejé llevar atraída por su magia.

Allí mismo en la cocina, se colocó detrás de mí y me pidió que cerrase los ojos. Noté el suave tacto de sus manos sobre mis sienes, al momento de masajearlas, empecé a sentir un gran alivio. Cuando terminó, mi dolencia se había esfumado como por arte de magia, me di la vuelta para agradecerle que me hubiera liberado del fastidioso malestar.

—Gracias de nuevo. Es una sensación tan agradable. —A pesar del alivio,

sentía que mi cuerpo temblaba al mirarle a los ojos. Me pareció que se dio cuenta, y bajé la mirada para evitar la suya.

—¿Te ocurre algo? —Preguntó.

—No, no. Estoy bien, es que cuando te miro a los ojos noto una extraña sensación. —Le hablé un poco molesta, ya que no quería que notase mi excitación.

—Eso me pasaba a mí también, y en muchas ocasiones. A la gente le daba cierto reparo mirarme a los ojos. Por lo visto resulta un tanto extraño que un musulmán tenga los ojos claros, aunque me consta que los hay. Por aquella época me pusieron el sobrenombre de “el azul”, debido a su color. Pero..., — me sonrió— los tuyos son muy parecidos a los míos, así que no debería darte ningún reparo cuando me miras.

—Sí, es quizá por eso que noto esta extraña sensación al mirarte, a mí también me suelen llamar “la de los ojos azules”. Por lo menos algo en común sí que tenemos. —Dije, tratando de sonreír.

—Sí, eso es verdad, tienes unos ojos muy bonitos, pero en realidad, toda tú eres preciosa. —Ahora sí que el corazón se me desbocó totalmente. Hacía mucho tiempo que nadie me decía esas cosas, salvo Ramón, pero que dichas palabras vinieran de alguien que tenía ochocientos años, era algo muy inusual. Sus palabras me hicieron sentir mucha excitación y provocaron en mí una reacción que no esperaba. Nuevamente tuve unas ganas locas de sentir sus labios sobre míos. Me fascinaban sus ojos, su cuerpo perfecto, sus maneras tan fuera de la época; él me atraía de forma incontrolada.

«¿Puede que sea amor lo que estoy sintiendo en estos momentos? o ¿tan solo es el deseo de estar junto a él?» pensé. No cabía en mis pensamientos el amor hacia otra persona que no fuese mi marido, pero este extraño sentimiento que no sabía a qué correspondía, me hacía estremecer al pensar que me estaba enamorando de al-Sáhuir. Pero él no era una persona real. Bueno, sí lo era para mí, aunque para nadie más, pero ¡qué estaba yo pensando! No. ¡No lo era! Tenía un lío enorme en la cabeza pero mi deseo de besarle cada vez crecía más. Noté que me había puesto muy nerviosa y decidí alejarme de él para no cometer una locura, de la que pudiese arrepentirme más tarde.

—Perdona —se lamentó—, no debía haberte dicho esto. Lo siento. No era mi intención molestarte.

Noté cierta preocupación en su voz y me di la vuelta, pero al ver su mirada, mis rodillas flaquearon y casi estuve a punto de caerme al suelo. En menos de un segundo tenía sus brazos alrededor de mi cintura. No podía respirar, el

corazón se me salía del pecho.

—¡Julia! ¿Estás bien? —Preguntó— ¿Qué te ocurre?

Su voz sonó alarmada, o eso me pareció a mí. Tuve que concentrarme y respirar hondo un par de veces. Sus brazos me sujetaban con mucha suavidad. Su aroma me provocaba un cierto mareo, más bien era un fuerte frenesí. Tuve que hacer un gran esfuerzo para hablarle y, sobre todo, controlarme.

—Estoy bien, no es nada. Seguramente es el cansancio.

Confiaba en que no notase mi lucha interior, no imaginaba lo que él pudiese pensar pero no quería que se diese cuenta de que, una parte de mi ser, luchaba por evitarle y salir corriendo pero, sin embargo la otra —y me temía que ésta era, sin duda alguna, la más fuerte— luchaba para que me abrazase y me besase. Fue entonces cuando noté que se acercaba a mí, sus brazos me arrastraban con suavidad hacia él; pensé que lo iba a hacer, lo estaba deseando con todas mis fuerzas. Me tomó suavemente la barbilla con una mano y con la otra me mantenía sujeta por la cintura y, mirándome fijamente a los ojos, musitó:

—Deberías cenar algo y acostarte para descansar, estás trabajando mucho últimamente.

—Sí. Me parece que tienes razón.

Quise que mi voz sonara normal pero tartamudeé sin poder evitarlo. Mi lucha interior seguía siendo más fuerte que antes. Por un momento, estuve a punto de pasarle mis brazos alrededor del cuello y besarle con pasión. Su estatura me hacía levantar mucho la cabeza para mirarle a los ojos, tuve que agacharla porque me estaba resultando muy difícil el contenerme para no besarle yo. Al bajar la mirada, mis ojos se toparon con el colgante que llevaba en el cuello. El cordón estaba muy bien trabajado formando unos dibujos que se combinaban con los colores del mismo, al final colgaba una sencilla llave de color oscuro. Él se dio cuenta de que me quedé mirándola fijamente.

—¿Te gusta? —Preguntó.

—Sí —le dije—. ¿Lo llevas como un colgante o realmente es una llave? —Le pregunté con curiosidad.

—En realidad ahora es un colgante que llevo siempre junto al corazón. Me la regaló una mujer maravillosa —dijo, con una hermosa sonrisa y un brillo especial le iluminó los ojos— El cordón me lo hizo ella expresamente para mí. Iba junto con otra llave que tengo guardada. —Mientras decía esto, la tomó en su mano y me la ofreció para que yo la examinara más de cerca.

—¡Oh qué maravilla!, se nota que esa mujer tenía muy buenas manos para

confeccionar algo tan bello.

La llave era muy sencilla y no supe de qué material estaba hecha. Con mucho cuidado la acerqué hasta su pecho y dejé que colgara, nuevamente, de su cuello. Entonces noté que mis dedos rozaron su piel y me estremecí. —Esa mujer debía de quererte mucho.

—Ya lo creo que sí. Se llamaba Favila. Yo también la quise mucho —volvió a sonreír— Esa mujer era mi madre. Y por eso siempre la llevo junto a mi corazón. Nunca me la he quitado. Supongo que, como todas las madres, era muy especial.

—Sí, supongo que sí.

Con mucha suavidad tuve que soltarme de sus brazos porque ya no podía resistirme más.

—Ya me encuentro mejor —espeté— Cenaré algo y me acostaré. Me parece que te haré caso. Creo que será lo mejor. —Estaba bastante aturdida—. Por cierto, me he alegrado mucho de verte. En estos días que has estado ausente me preguntaba si estarías por aquí.

—Me pareció que lo mejor sería dejaros a los dos solos. Sé que os habéis hecho las pruebas y no estaba muy seguro de tu estado de ánimos, así pues, consideré que lo mejor sería no meterme por medio, hasta que me necesitaras.

—Gracias de nuevo, eres muy considerado. No sabes cuánto te lo agradezco — y añadí— no han salido como yo esperaba y las cosas siguen igual. Nos hemos dado un año para ver si lo conseguimos por nuestros medios, pero no estoy segura, así que estoy un poco decepcionada y me temo que bastante desanimada.

—No debes estarlo, tienes que confiar más en ti. —Noté un brillo especial en sus ojos.

—Ya sé qué debo hacerlo. Discúlpame ahora, pero necesito acostarme. — Sentía que, de nuevo, las piernas me fallaban, el deseo de arrojarme en sus brazos seguía creciendo. Tenía que salir de allí a toda prisa. Me costó mucho, pero al fin lo logré.

—Buenas noches al-Sähuir. —Le dije dándole la espalda.

—Que descanses, princesa de ojos azules. —Al oír aquellas palabras me di la vuelta para mirarle. Estaba sonriendo y me hizo un guiño. Noté que su mano me cogía del brazo con suavidad, pero seguro de lo que estaba haciendo. Me atrajo hacia él, lo que hizo que me estremeciese desde los pies hasta la cabeza. Sin darme tiempo a nada, noté sus cálidos labios sobre los míos. Mientras me besaba perdí la noción del tiempo. Aquel beso me dejó perpleja.

Ahora ya estaba totalmente segura; me había enamorado de él sin remedio. Ramón todavía no había vuelto, eran las once y cuarto. Raras veces solía venir tarde, pero sabiendo que estaba con los amigos, supuse que tendrían muchas ganas de pasarlo bien y no se habría dado cuenta de la hora. Así que me acosté. Al meterme en la cama noté un gran cansancio. Cerré los ojos y sentí de nuevo la dulzura de su beso. Mis pensamientos empezaron a divagar, y me dormí.

Una visita inesperada

Me desperté al notar unos suaves labios sobre los míos, muy despacio abrí los ojos algo confusa. Ramón me estaba mirando.

—Hola cariño. ¿Cómo te encuentras? Me extrañó mucho que anoche no me esperases. Me quedé preocupado, porque no me dijiste nada cuando te di las buenas noches; incluso te di un beso, pero no pareciste darte cuenta de ello — me sonreía muy dulcemente mientras me hablaba.

—Estaba agotada y me dolía la cabeza. Tomé una cena ligera y quise esperarte en la cama pero, por lo visto, me dormí. Lo siento —Le miraba pero en mi mente solo veía a al-Sáhuir.

Observé que Ramón ya se había duchado. ¿Cómo había dormido tanto? ¿Tendría que ver con el masaje que recibí la noche anterior? Rápidamente me levanté. El día era radiante y hacía un sol espléndido.

Mientras paseaba por el jardín, junto a mi fiel compañera, pensé que me preocupaba lo que sentía hacia mi huésped particular. Tenía que buscar un rato para estar a solas conmigo misma y pensar las cosas con más detenimiento. No podía consultarlo con nadie, entre otras cosas, porque nadie me creería. Estaba claro que tenía que meditarlo muy seriamente así, que decidí que, cuando volviese a verlo, le pediría que me diese unos días para reflexionar; estaba segura de que si no lo veía durante un tiempo, mis sentimientos volverían a donde debían estar.

Como era viernes, quería pasar el fin de semana con Ramón, sin detenerme a pensar para nada en él. Supuse que esto me ayudaría a centrarme y también a despejar todas mis dudas. ¿Cómo había sido capaz de enamorarme de otro hombre?

Organizamos una comida con los amigos para el domingo. Pensamos en hacer una barbacoa en el jardín, si el día era bueno. Durante las clases se lo comenté a Ana que se alegró muchísimo, en parte, por sus hijos ya que allí lo pasaban genial. Ramón se encargaría de avisar a los demás.

A la mañana siguiente, decidimos acercarnos hasta la ciudad. Entramos en una cafetería para desayunar y mientras, acabamos la lista de lo que íbamos a necesitar. Después nos dirigimos hacia el centro comercial y estuvimos mirando alguna ropa para Ramón y también para mí. Poco después bajamos hasta el hipermercado y compramos todo lo necesario. Al terminar, volvimos a

casa, pero mientras lo guardábamos todo en su sitio, comprobamos que se había hecho tarde.

—Oye Julia, ¿te apetece que vayamos a comer a nuestra tasca favorita? Mañana ya comeremos en casa, así que podemos irnos a comer fuera. ¿Qué me dices? —Preguntó enarcando una de sus cejas.

—Mmm..., pues que no está nada mal. ¡Vale, vamos! pero invitas tú. Agradecí la idea que tuvo de ir a comer fuera; prefería no estar en casa porque así, me resultaba mucho más fácil no pensar en al-Sáhuir.

Cuando terminamos de comer, decidimos ir a un Pub para tomar una copa y disfrutar de la tarde. A la media hora más o menos de estar allí, entraron Rafa y Sole.

—Os hemos pillado in fraganti, “tortolitos”. —Casi siempre, los amigos nos hacían bromas de este tipo, ya que no teníamos hijos y estábamos muy enamorados.

—¡Vaya!, ya me parecía a mí que tanta tranquilidad no iba a durar mucho —dijo Ramón riéndose mientras se levantaba de la silla—. ¿Cómo es que habéis venido? ¿Habéis rifado a los niños?

—¡Por fin una tarde libre! —Exclamó Sole, mostrando una enorme sonrisa.

—Están en un cumpleaños, así que hemos pensado en tomarnos algo. Rafa también estaba eufórico por tener unas horas libres, para disfrutar los dos solos

—Hace tanto tiempo que no venimos, que me siento anticuado —añadió mientras soltaba una de sus características carcajadas, tomó asiento junto a Ramón y Sole se sentó a mi lado.

—¿Necesitáis algo para mañana? Queríamos llamaros por si teníamos que llevar alguna cosa, pero... —Ramón le cortó la frase que dejó a medias.

—Ya lo tenemos todo, espero que no se nos haya olvidado nada —dijo y puso los ojos en blanco.

—He oído decir que mañana hará un día perfecto, la verdad es que hoy se está muy bien por la calle —aventuró Sole.

—Esperemos que sí, los niños están muy contentos. No piensan en otra cosa desde que se lo hemos dicho —afirmó Rafa—. ¡Por cierto! —Dijo de pronto — ¿Lo habéis oído? creo que en algunas urbanizaciones han entrado a robar. Tened cuidado. A veces destrozan hasta los muebles; parece que esta gente es algo violenta.

—Creo haber oído algún rumor sobre este tema —dijo Ramón— Esperemos que no lleguen hasta casa. —Me pareció que no le dio demasiada importancia

o, tal vez, lo que quería era que yo no me asustase más de lo necesario. Estuvimos un par de horas con ellos, hasta que se marcharon a recoger a los niños. Nosotros decidimos irnos al cine ya que hacía mucho que no íbamos y nos apeteció mucho la idea. Al llegar al domicilio, nos pusimos cómodos, preparamos unos sándwiches y vimos otra película en la televisión. El domingo, tal y como lo comentamos, demasiado frío y se estaba genial en el exterior. amaneció radiante; no hacía

Desayunamos en el solárium. Ramón echaba una ojeada al periódico y yo mientras, disfrutaba del sol que entraba por la cristalera. Al cabo de un rato salimos al jardín mientras esperábamos a los invitados. Él se había acercado hasta casa de Luis y María, y yo me dirigí hacia el invernadero. Se accede a través de un gran rellano; éste es bastante grande y se alarga hasta llegar a un parterre en el que hay un viejo madroño que, por las Navidades, luce lleno de frutos rojos y hace las delicias de los niños.

La puerta del invernadero, está adornada por seis arcos de estilo árabe que albergan sendos cristales semejando ventanas. La puerta es doble y está situada bajo los dos arcos centrales, que se levantan majestuosos, sobre unas columnas con grabados en la piedra. Justo en el arco del centro y encima de cada una de las puertas, hay dos vidrieras redondas con cristales de colores vivos, formando dibujos simétricos.

En uno de los huecos que forman los arcos, hay un gran escudo tallado en la misma piedra de la fachada. En él, se aprecian unos dibujos, también simétricos, en los que se ven unas palmeras inclinadas hacia el centro que dan cobijo a una media luna, se parecen mucho a las que hay en el salón. Debajo de la misma se aprecian grabadas unas letras escritas en árabe.

Por encima de los arcos y a lo largo de todo el invernadero, una barandilla de piedra que forma círculos y dibujos, sujeta los cristales que, con un armazón de madera gigantesco, forman la pared del gran invernadero. Éste tiene la altura de dos plantas y en su interior, el techo está totalmente forrado de madera. En lo alto y, a ambos lados de la nave, hay dos majestuosos balcones; uno frente al otro. Y a lo largo de toda la pared, unas ventanas con forma de abanicos abiertos, adornadas con unas rejas muy elaboradas. Hay muchas plantas, casi todas ellas de hojas grandes, todas tienen un tamaño considerable, incluso las enredaderas que, en algunos casos, llegan hasta los balcones. Me gusta pasar las horas allí contemplando las plantas. Es un sitio perfecto para pensar y meditar, pero hoy no era el día más indicado. Entonces oí llegar a los niños y salí para recibirlos.

Mientras los hombres se encargaron de la comida, las mujeres nos dedicamos a dar un paseo por los alrededores. Subimos y bajamos las diferentes escalinatas que conducen a los demás jardines colindantes, ya que al estar situada a los pies de la sierra, la finca cuenta con muchos espacios verdes a diferentes alturas. A lo largo de nuestro paseo, disfrutamos del agradable sol.

Por toda la finca, hay muchos rincones donde sentarse, algunos son bancos de piedra que forman círculos; lucen cubiertos por cúpulas hechas de hierro forjado que, por lo general, están cubiertas de enredaderas y que, en verano, se llenan de flores provocando que las tardes sean muy agradables. A lo largo de toda la muralla se alza una barandilla, también de hierro forjado. La mansión posee algunos lugares donde los bancos de piedra, ubicados de diferentes maneras, invitan a sentarte y admirar el paisaje que se pierde en el lejano horizonte. Nos sentamos un rato en mi lugar favorito, allí donde los bancos están dispuestos en forma de L. Es un lugar muy especial; en la estación de las flores hay centenares de ellas que, curiosamente, son todas blancas —Luís siempre ha insistido en ello— pero de muy diversas clases y formas; te invade un intenso olor, fruto de los variados aromas que dichas flores emanan. Sin duda alguna, para mí es el lugar más bonito y confortable de todo el jardín.

Pasamos un día muy agradable. Sobre las cuatro de la tarde empezó a refrescar y optamos por entrar en casa. Decidimos jugar, todos juntos, en el salón del ático a uno de esos juegos donde tienes que adivinar personajes por medio de la mímica. Nos reímos hasta que nos dolió la cara y el estómago. Sobre las nueve de la noche, se marcharon todos, dando paso a una tranquilidad y un silencio que, en parte, agradecemos Ramón y yo.

Al día siguiente, al volver a casa sobre las diez de la noche, tuve que detenerme en mitad de la carretera porque me adelantaron un montón de coches de la policía con las sirenas ululando sin parar y con las luces girando a toda marcha. Me asusté un poco, aunque a veces se oyen sirenas por la carretera cerca de allí. Una vez pasaron todos, reanudé mi camino. Cuando Ramón llegó le conté lo sucedido.

—¿Has visto los vehículos de la policía que han pasado justo cuando yo venía? Creo que nunca había visto tantos coches patrulla juntos, me ha parecido contar hasta cinco.

Estaba preocupada mientras le contaba a Ramón lo sucedido, a pesar de que la finca está bien protegida y tiene sus alarmas. Entonces recordé lo que se

comentó el día anterior.

—No. No me he enterado de nada, aunque ahora que lo dices, me ha parecido oír unas sirenas antes de salir del despacho. Mañana en el periódico seguramente dirán de qué se trata. Lo miraré sin falta.

Habían pasado algunos días desde mi último encuentro con al-Sāhuir, no sabía si habría escuchado mis pensamientos —aunque no tenía constancia de que, como fantasma, pudiese hacerlo —ya que se mantuvo en silencio y sin que lo viese.

El último viernes del mes, Ramón me llamó de nuevo al trabajo. —Julia, perdona que te moleste a estas horas, pero tengo que marcharme otra vez de viaje, esta vez vamos a Barcelona y de nuevo tengo que dejarte sola durante el fin de semana, no sabes lo que me duele tener que hacerlo, pero no tengo otra opción —dijo lamentándose.

—Vaya, bueno, si no hay más remedio, ¿quién va contigo esta vez? —Le pregunté decepcionada.

—Nos vamos los tres, Jaime, Rafa y yo. Así que Sole estará sola con los niños, lo digo porque podrías irte el fin de semana a su casa y así no te quedarías sola tantos días, además, podrás disfrutar de los niños.

—Bueno eso estaría bien, ya hablaré con ella para ver qué planes tiene. ¿Cuándo os vais? —pregunté nuevamente.

—Ahí está lo malo, salimos esta tarde en el vuelo de las ocho. Es un poco precipitado pero así aprovechamos el sábado y el domingo para preparar el trabajo. De verdad que lo siento mucho.

—Está bien, no te preocupes —dije resignada—. Hablaré con ella mañana y ya quedaremos. Pero estoy pensando que no te podré ver antes de irte, con tan poco tiempo no puedo buscar a nadie para que me sustituya.

—Podemos comer juntos, hago la maleta y paso a recogerte, y después de comer me voy hacia el aeropuerto. ¿Te parece bien? —Me gustaba estar con él mientras hacíamos el equipaje, me quedaba más tranquila si lo revisaba todo bien antes de que se fuera, pero esta vez no podría ser, así que lo mejor sería comer juntos.

—Sí. No te olvides de nada y pásate a por mí, puedo estar lista a las dos menos cuarto. —Dije mientras consultaba el reloj.

— Perfecto. Te recogeré a esa hora. Hasta luego Julia.

—Está bien, hasta luego entonces. —Y colgamos.

Comimos en un restaurante que había cerca del conservatorio, de esa manera podíamos dedicarnos un poco más de tiempo. Sobre las cuatro de la tarde, se

marchó para recoger a sus compañeros. Tenían el tiempo justo; el aeropuerto está a una hora más o menos y como su vuelo salía a las ocho, no tenían tiempo que perder. Le insistí varias veces que me llamase en cuánto llegaran al hotel, a veces resultaba algo pesada, pero necesitaba estar tranquila.

Al llegar a casa, preparé una cena ligera, y estuve viendo la televisión durante un rato. Como no vi nada interesante decidí coger el libro que estaba leyendo, pero no podía concentrarme. Eran cerca de las once y mientras esperaba la llamada de Ramón, volví a pensar en al-Sāhuir. No había sabido nada de él desde aquel incidente en la cocina. Seguía sin quitarme de la cabeza aquel beso. A menudo sentía remordimientos e intentaba olvidarlo de alguna manera, pero me resultaba del todo imposible. Cuando lo volviera a ver, tendría que ser fuerte y saberme controlar, no estaba nada bien que tuviese esos sentimientos tan fuertes hacia él.

Como Ramón tardaba en llamar, decidí acostarme. Media hora después, por fin, sonaba el teléfono. Luego me dormí.

Sobre las cuatro de la mañana, al-Sāhuir me despertó. Su voz sonaba diferente, inquieta.

—¡Julia!, ¡Julia!, por favor levántate.

Todavía soñolienta, me parecía que soñaba cuando noté una mano que me agarraba del brazo y me pedía con insistencia que me levantase. Aturdida y desconcertada encendí la luz y lo vi. Su cara tenía una expresión preocupada y me asusté.

—¡Por favor Julia, date prisa!, no tenemos mucho tiempo— Seguía insistiendo.

Parecía como si hubiese fuego en alguna parte de la casa. No acababa de asimilar su prisa. ¿Qué estaba ocurriendo? Con el cuerpo medio entumecido y medio adormilado, me calcé las zapatillas de ir por casa y apenas me dio tiempo de coger la bata que tenía en el perchero, ya que salí apresurada. Al-Sāhuir, me tiraba del brazo y salimos a todo correr escaleras abajo.

—Pero ¿qué ocurre? ¿qué es lo que pasa? ¿por qué esta prisa y a estas horas? Me estaba poniendo nerviosa y preguntaba sin dejar que él me respondiera.

—Hay una banda con malas intenciones merodeando por las afueras de tu casa, es necesario que te escondas. Yo trataré de evitar que puedan entrar, pero es muy conveniente que tú estés segura, por si acaso consiguen entrar. No permitiré que nada malo te ocurra. Confía en mí —dijo tirándome de la mano.

—Pero ¿a dónde me llevas? —Pregunté muy alterada.

Corríamos escaleras abajo, no veía muy bien donde ponía los pies y me

asustaba caerme y arrastrarle conmigo.

—Tenemos que llegar al salón de las palmeras —afirmó con contundencia.

—¿Al salón de las palmeras?, pero... —No me dejó terminar la frase.

—Es el único sitio dónde estarás segura. Confía en mí —repitió de nuevo con mucha seguridad e insistencia. Pero yo no comprendía nada.

Ya casi habíamos llegado, estaba muy nerviosa y no sabía por qué me llevaba al salón, seguía sin entender nada. Al-Sähuir, llevaba consigo una linterna para evitar encender las luces, pero su luz era bastante débil. Cuando llegamos, me llevó directamente hasta la chimenea y me dijo que esperase junto a una de las imponentes esculturas.

—Espera un momento, tengo que abrir el panel.

¿Abrir el panel?, pero ¿de qué estaba hablando? Llevaba viviendo allí toda mi vida y nunca había oído que se pudiese abrir ningún panel. Pero antes de formularme otra pregunta, oí el sonido de una puerta que se deslizaba. Abrí los ojos todo lo que pude, al-Sähuir volvió para asirme de la mano nuevamente y me alumbró el camino con la suave luz de la linterna. A duras penas fui capaz de ver que uno de los paneles se había deslizado, dejando un hueco oscuro por donde él pasó primero.

—Toma la luz, yo no la necesito. Ahora tengo que dejarte aquí, no te asustes, voy a cerrar de nuevo. Aquí estarás a salvo, hay luz y puedes encenderla, nadie la verá desde ninguna parte. Cuando no haya peligro volveré a por ti.

Acto seguido, y sin darme tiempo a decir ni una sola palabra, desapareció en la oscuridad por dónde habíamos entrado; el panel volvió a deslizarse y me quedé totalmente a solas y rodeada de un gran silencio. Ayudada por la débil luz de la linterna, encontré una especie de llave y la accioné. Tardó unos segundos en encenderse; una suave luz amarillenta me permitió ver donde me encontraba. Mis ojos no daban crédito a lo que estaban viendo. Seguía nerviosa y muy alterada pero la curiosidad era más grande. Me hallaba en una espaciosa sala. En uno de sus rincones había un escritorio, me asombré por su gran belleza; un sillón estaba detrás de la mesa. A lo largo de toda la pared había una gran librería que contenía, por lo menos, un centenar de libros que, a primera vista, me parecieron muy antiguos. En el centro de la habitación, una gran mesa ovalada para ocho o diez comensales, lucía espléndida rodeada de unos sillones, exquisitamente tapizados y de formas extrañas, al igual que los dos candelabros que decoraban la mesa. Una gran lámpara colgaba del techo y caía sobre el centro; era una maravilla en cristal tallado.

Todo estaba muy limpio; no había ni una mota de polvo por ninguna parte. A

pesar de que parecía herméticamente cerrado, porque no vi ni una sola ventana, el aire no estaba cargado.

En el suelo, una enorme alfombra lo cubría prácticamente todo. De pronto, mis ojos se tropezaron con un mueble que me dejó con la boca abierta. Era una copia exacta de mi casa, pero en el lugar de las vidrieras, los cristales de colores que las formaban, eran de piedras preciosas. La barandilla parecía hecha en oro blanco, o por lo menos es lo que yo pensé. Incluso la veleta que tenía en la cúpula del solárium. Me quedé de piedra al ver tanta precisión en los pequeños detalles. Tenía incrustaciones en oro por todo lo que era una réplica exacta de mi casa.

No podía creer lo que estaba viendo. Un montón de dudas y preguntas acudían a mi mente. ¿Cómo sabía al-Sähuir, de la existencia de esa habitación secreta? ¿Quién habría vivido allí? ¿Por qué nunca había sabido de aquel escondrijo? Nada encajaba dentro de mi cabeza.

Seguí mirando y distinguí una puerta también de madera tallada y con grabados de estilo árabe. Muy curiosa, la abrí. Una angosta escalera de caracol apareció ante mí, apenas estaba iluminada, por lo que tuve que echar mano de la linterna que me había dejado. Los escalones eran muy estrechos y estaban cortados en espiral para adaptarse a las vueltas que daba la misma; tenía que mirar dónde ponía los pies para asegurarme de que no caer. Apoyándome en la pared con una mano y con la otra dirigiendo el débil haz de luz por delante de mis pies, llegué al final. Miles de preguntas acudían a mi mente. Llevaba treinta y dos años viviendo allí y nunca había sabido de la existencia de aquella cámara oculta. Pero de todas las dudas, la que más me extrañaba era como sabía al-Sähuir, de aquel escondrijo que me había dejado sin palabras. Nunca me lo podría haber imaginado. ¿Para qué habrían construido ese recinto escondido? ¿Y quién lo habría hecho?

Seguí inspeccionando la zona. Vi un recibidor; en él había dos puertas como la de arriba, me decidí por la más cercana. Al entrar me encontré con un baño, había algo parecido a un palanganero, aunque no tenía nada que ver con las antigüedades que yo había visto, también vi lo que me pareció un antiguo retrete, aunque tampoco era como los que me habían explicado mis abuelos y mis bisabuelos, cuando me contaban cosas de cuando ellos fueron jóvenes. Todo estaba muy limpio, a pesar del tiempo que parecía tener, pensé que debían de ser siglos seguramente, porque me parecieron muy rudimentarios, no obstante todo se encontraba dentro del estilo morisco.

Después me decidí por la otra puerta. Cuando entré busqué allí cerca y

encontré un interruptor como el que había encontrado en el piso superior, al encenderse, de nuevo una suave luz mortecina inundó la estancia. Eran unos aposentos. Pegado junto a la pared y en el rincón, vi una especie de camastro, su base era de piedra y encima había algo semejante a un colchón muy antiguo y bastante gastado; estaba cubierto por una colcha estampada en varios colores y dibujos que llamaron mucho mi atención. En el otro rincón había un armario, también hecho de piedra y cerrado con puertas llenas de grabados, siguiendo el mismo estilo morisco. Al abrirlo, no pude evitar dar un grito de asombro. Estaba repleto de ropas árabes. Eran como las que al-Sähuir, solía llevar desde que le había conocido. ¿Serían suyas? En el suelo —muy ordenadas— había una gran variedad de babuchas de diferentes formas y colores, algunas tenían piedras preciosas y todas tenían las puntas delanteras hacia arriba, formando un pico.

Junto a la puerta, había un gran baúl de madera tallada; tenía unos delicados dibujos. Intenté abrirlo pero estaba cerrado. Opté por salir y volver arriba, pensaba que al-Sähuir podría estar al llegar, si no lo había hecho ya. Apagué la luz y cerré las puertas, luego me dirigí hacia la escalera. Cuando subí, me percaté de que todavía no había regresado. ¿Qué estaría pasando? ¿Cómo podría detener a toda una banda? Si nadie lo podía ver, ¿cómo iba a conseguir que no entrasen en la finca? Noté que estaba todavía más nerviosa. Intenté controlarme. Respiré hondo un par de veces, pero no lo conseguí.

Me acerqué hasta la gran librería y examiné, más detenidamente, algunos de los ejemplares con la intención de distraerme. Cogí uno al azar que me pareció una delicada obra de arte. La tapa del libro era de piel y tenía dibujos árabes en oro, al igual que el borde de sus hojas. Lo abrí por la primera página, estaba escrito en su idioma. Con sumo cuidado lo cerré y lo volví a dejar en su lugar. Aquellos libros eran muy antiguos pero se conservaban bien, a pesar de que se había hecho buen uso de ellos. Repasé con la mirada algunos volúmenes más pero sin sacarlos de su sitio. En la misma librería, al lado casi de la puerta por dónde entramos, había un hueco; parecía que faltaban un par de libros.

No podía ya controlar mi nerviosismo. No sabía qué hacer. Me dirigí a la mesa del escritorio; tanto ella como el sillón —ambos con la misma decoración— eran de una gran exquisitez. Me senté y puse las manos sobre la mesa. En ella había un tintero; una bandeja con dos botecillos de cristal. Estaban tapados con un material que no pude identificar, uno de ellos parecía contener tinta y el otro arena. A su lado, bien erguida, había una enorme pluma

de escribir de las de antaño, no supe de qué animal sería pero me sorprendió su gran tamaño. También había otro pequeño recipiente que me pareció que contenía una cera roja, que en su día, quizás se utilizara para sellar algunos documentos.

Mientras en mi cabeza bullían toda clase de preguntas sin respuestas y mis nervios me provocaban ya, un cierto temblor en las manos, el panel volvió a deslizarse. Bajo la tenue luz amarilla me encontré con los ojos de al-Sáhuir. Instintivamente me levanté y con paso rápido me acerqué hasta él, ya no podía controlarme; temblaba de manera visible. Lo cogí por los brazos sin darme apenas cuenta de ello.

—¿Qué ha pasado, estás bien? —Le pregunté sintiendo el miedo dentro de mi cuerpo. Pensé que no lo podían matar porque, al fin y al cabo, ya estaba “muerto”, pero no sabía si los habría detenido o si, por el contrario, estaban en mi casa, entonces solo sería cuestión de tiempo que me encontrasen.

—¡Tranquila! ¡tranquila! todo está bien —su voz sonaba con calma, quiso tranquilizarme al notar lo nerviosa que estaba—. No te preocupes, ya se han ido.

—¿En serio que se han ido? pero ¿cómo los has detenido? Si nadie puede verte.

Un montón de preguntas se amontonaron en mi garganta mientras notaba que balbuceaba debido al miedo que sentía.

—¡Espacio, espacio! Tranquilízate que estás muy nerviosa. Tengo mis armas, ¿recuerdas que soy un fantasma? Todo está bien, de verdad —dijo con voz suave, tratando de calmarme.

—¿Y Luís y María?

De pronto me acordé de ellos, ¿les habría sucedido algo?, tenía los nervios a flor de piel. Las dudas me asaltaban por todas partes, además, después de ver todo lo que escondía mi casa, tenía la cabeza hecha un lío y estaba muy alterada. Mis manos seguían aferradas a sus brazos.

—Tienes mucha fuerza, ¿lo sabías?

Al decir esto sentí que me dolían los dedos debido a la presión que estaban ejerciendo. De inmediato le solté.

—¡Oh! perdón —quise disculparme—. No me había dado cuenta. Lo siento.

Bajé por un momento la mirada, entonces noté que me rodeaba y me abrazaba con suavidad. Muy dulcemente, me sujetó la cabeza y la llevó hasta su pecho, sentí como latía su corazón.

—No tienes que temer nada, ya te dije que confiaras en mí. Tranquilízate —su

voz suave me atraía—. Luís y María están bien los dos. No te preocupes, antes de que pudiesen darse cuenta de nada, estaban a salvo de cualquier peligro.

—¡Uf..., qué alivio! —Di un bufido, que me salió sin querer—. Muchas gracias, menos mal que estabas aquí porque de lo contrario, no sé lo que hubiera podido pasar —estaba aterrada.

—Ya ha pasado todo, princesa.

Era la segunda vez que me llamaba princesa. Desde que era pequeña, nadie me lo había dicho; me invadió una agradable sensación al recordarlo.

Un calor me subió y sentí que mi cara se enrojecía de manera visible. Mi cuerpo aún temblaba y seguía sin poderlo controlar, además del miedo y los nervios que había acumulado, ahora se unía la pasión que se me estaba despertando de nuevo y con demasiada rapidez. ¡Yo que pensaba que lo tenía controlado!

—Estás temblando todavía, no debes tener miedo.

Fue entonces cuando posó sus manos sobre mi cara y, con un delicado movimiento, acercó la suya hacia la mía, noté que las rodillas se me doblaban y luché por mantenerme de pie. El tacto de sus labios acarició los míos, el corazón me iba a cien por hora y notaba como saltaba dentro de mi pecho. Esta vez no me contuve y pasé los brazos alrededor de su cuello y lo besé con pasión. Él, me lo devolvió; en ese momento supe que no tenía ningún control sobre mí, estaba a su merced.

Después de aquel beso —que me dejó totalmente descontrolada y exhausta— me apartó con suavidad pero sin dejar de abrazarme, y me miró muy fijamente. Su mirada era más penetrante todavía y temí por un momento que mi reacción pudiese haberlo molestado.

—Espera princesa. —Hablabla con la voz más embriagadora y sensual que nunca había oído hasta entonces. Yo estaba fuera de control. Sentía una fuerte atracción hacia él que no reconocía en mí.

—¡Perdóname! Yo no quería..., —dejé la frase a medias, sentí que mi comportamiento no había sido correcto y me avergoncé por aquel beso que le había robado.

—No te preocupes, no pasa nada, sé que estás muy asustada.

Una sensación muy extraña se apoderó de mí y me reprendí por mi comportamiento; estaba muy avergonzada. ¿Qué pensaría él de mí? De pronto se me hizo un nudo en la garganta. Tenía tanto encogimiento que sentí el impulso de llorar, pero no quería hacerlo, ni que me viese, todavía estaba muy nerviosa pero al final, sin apenas controlarme, las lágrimas hicieron acto de

presencia. Muy disgustada conmigo misma, me alejé de él sin pensar dónde me encontraba. El panel estaba abierto y salí al salón. Quise correr para escapar lo más lejos posible de su lado, pero las lágrimas, que corrían por mi rostro, no me dejaban ver; tenía los ojos anegados y temí tropezar con una de las gigantescas palmeras, además, el salón estaba totalmente a oscuras, tan solo llegaba una luz muy débil que venía del interior del escondrijo. Me detuve un instante para aclararme los ojos con las manos, pero entonces sentí la presencia de al-Sāhūr que ya estaba allí. Colocó las manos sobre mis hombros y me dio la vuelta. Yo mantenía la cabeza agachada, me moría de vergüenza. De nuevo tomó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarle; a pesar de la débil luz, pude ver sus ojos con toda claridad.

—¿Por qué lloras? —Musitó. En su cara se dibujaba un gesto de preocupación.

—Perdóname, por favor —dije entre balbuceos—, no sé cómo he podido hacerlo. Yo no quería... —Su boca se unió a la mía y nos fundimos en un largo y apasionado beso. Sentí de nuevo una sensación incontrolable. No sé cómo ocurrió y apenas sin darme cuenta, me encontré tumbada sobre el sofá. Al cerrar los ojos, la cara de Ramón pasó por mi mente, pero era demasiado tarde; no tenía ningún control sobre mí. Los besos de al-Sāhūr los sentía arder en mi boca, su atrayente aroma y el tacto de su piel, desnuda sobre la mía, me hacían estremecer de forma muy extraña, pero maravillosa. Me dejé llevar, atraída irremediablemente por aquel hombre de tal perfección, y sentí que me poseía, haciendo que me estremeciese como nunca lo había hecho jamás.

Al cabo de unos largos y muy intensos minutos de loca pasión, se levantó y cogiéndome con sus fuertes brazos, me alzó en volandas como si de una ligera pluma se tratara y, juntos, atravesamos el hueco, hacia la nueva sala que acababa de descubrir. Una vez allí, me dejó de pie en el suelo. Nuevamente me besó. Tenía el torso desnudo. Su cuerpo era el de un atleta. Se le marcaban todos los músculos que tenía muy bien formados, y le vi el pecho recubierto de un suave vello, cosa que me sedujo todavía más.

—Lo siento, princesa —ahora era él quien se disculpaba.

—¿Por qué te disculpas tú si he sido yo quién ha obrado mal? —Yo era la que estaba casada y debía sentirme culpable por todo lo que había sucedido, por dejarme llevar y no poner ningún impedimento; sabía que si yo me hubiese resistido, él no lo hubiese hecho; su nobleza se lo impedía. Pero no me arrepentí sino, todo lo contrario. La manera en que me había poseído, me dejó atónita y sin respiración; valió la pena. Todo mi cuerpo temblaba ahora, pero

por la excitación que acababa de experimentar. Tuve que hacer un gran esfuerzo y controlarme de nuevo. No estaba bien lo que había hecho, pero a pesar de todo, seguía deseándole. Pensé por un momento en mí marido, lo había traicionado, pero nunca podría decirle ni explicarle nada al respecto, ni pedirle perdón ya que nunca llegaría a entenderlo, puesto que para él, al-Sāhūr no existía.

—Me disculpo, porque no debí hacerlo. Debí haberte respetado.

—No te eches la culpa tú solo, yo lo he hecho sabiendo lo que podía ocurrir. Pero a pesar de todo, quizá algún día me arrepienta de lo que ha pasado, pero ahora no puedo más que darte las gracias —Al oír mis palabras, en su cara se dibujó una expresión de sorpresa —nunca jamás había sentido algo parecido, me da la impresión de que todavía estoy en éxtasis por lo sucedido y te lo agradezco, no sabía que se podía amar de esta manera tan..., intensa. Le di un beso y le cogí su mano. Después tomé aire antes de formular la siguiente pregunta.

—Ésta era también tu casa ¿verdad? —noté que le había cogido por sorpresa. En su rostro se dibujó una expresión inesperada.

—Sí —respondió mientras sus ojos me miraban extrañados.

—¿Cómo no me lo has dicho? —Repliqué.

—No pensé que fuese necesario, además, de esto hace ya mucho tiempo y no creí que fuese importante —dijo acariciando mi mejilla.

—¿Cómo que no es importante? —Pregunté—. Espera un momento, necesito aclarar mis ideas y voy a empezar desde el principio. Vamos a ver..., cada vez que “despiertas” vuelves a la que fue tu casa y te refugias aquí, en este escondrijo —dije señalando toda la sala—. Me dices que hasta ahora, nunca tuviste contacto con nadie.

A medida que le iba hablando me paseaba por la habitación gesticulando con las manos, según mis palabras. Él asentía a todo lo que yo le iba diciendo sin comentar nada.

—Entonces —proseguí— decides mostrarte ante mí y me revelas que tienes ochocientos años. Que te vuelves humano —fue entonces cuando me corrigió.

—Solo a medias —murmuró.

—Vale, “medio humano”. Y ¿qué es lo que quieres de mí? ¿Por qué has decidido mostrarte para conocerme? Me parece que algo no me cuadra.

Estaba de pie delante de él, lo miraba fijamente a los ojos, todavía me estremecía al ver su intensa mirada.

—Ven, siéntate a mi lado.

Me cogió de la mano y me llevó hasta la gran mesa ovalada, apartó una silla y me indicó que me sentase; muy educadamente me la acercó. Él se sentó justo en frente de mí, posó uno de sus brazos sobre la mesa y entrelazó sus manos.

—Tienes mucha razón —continuó— creo que debo explicarte algunas cosas, me parece que necesitas que te cuente algo. Bien, pregúntame lo que quieras, por favor. Te doy total libertad para que me formules lo que desees saber.

Había tantas preguntas que me martilleaban dentro de la cabeza, que no sabía por dónde empezar. Me detuve unos segundos para reflexionar y exponerle mis dudas.

—Este zulo, ¡oh!, lo siento, este escondrijo, ¿lo construiste tú?

—Sí. Verás... «Hace mucho tiempo, yo vivía en el castillo del que fue el último caudillo musulmán de estas tierras. Por aquel entonces, el soberano que reinaba y el caudillo, se conocían desde la juventud; se llevaban bien. Pero con el tiempo se habían convertido en enemigos, por así decirlo, curiosamente los dos nacieron en el mismo año y, cosas de la vida, el destino también quiso que muriesen, uno a continuación del otro; el caudillo tan solo murió tres meses antes que el rey —tomó aire—. Ambos firmaron un tratado en el que, el rey Jaime I, le daba total libertad al caudillo para su pueblo musulmán durante los tres años siguientes. Pero resultó que dicho rey no cumplió su parte del tratado. Y por ello nuestra gente se sublevó. Entonces el visir supo de mis estudios y me mandó llamar para que le asesorara en las maniobras y estrategias de la guerra; convirtiéndome, de esta forma, en su hombre de confianza. Así que decidí construir esta casa y este escondrijo. En aquella época yo me había casado y esperábamos un hijo. Aquí vivíamos muy tranquilos sin que nadie supiese dónde residíamos, ni mi familia ni yo. En el caso de que alguien descubriera que ésta era mi casa, el escondrijo nos mantendría a salvo —hizo una breve pausa—. Desde aquí mismo, planeé las estrategias para la guerra en vez de hacerlo desde su castillo, donde podíamos quedar a merced de algún delator. El rey de Aragón había prometido tres años de tregua para nuestro pueblo, pero unos años después, él mismo ganó la plaza de Valencia al último rey musulmán, el Emir Zayyán Ibn Mardanish, el nueve de octubre de 1238, entonces Zayyán o Zahén como también se le conocía, tuvo que huir de Valencia junto con cincuenta mil musulmanes, que se asentaron en Cullera y en Denia. Años más tarde, y en esta misma habitación, tuve que pensar y planear cómo podríamos acabar con la vida del rey. El caudillo se desplazó personalmente hasta aquí, para que yo le pusiera al corriente de mis planes y poner fin a las pesadillas que, el pueblo musulmán

padecía por aquellos tiempos»).

Estaba sentada frente a él, escuchándole intrigada. Curiosamente nunca había leído acerca de la historia de mi ciudad y de mi entorno y sabía bien poco al respecto, por lo que sentí un gran interés en saber que más ocurrió.

—¿Quieres decir que el mismo caudillo árabe, estuvo aquí en mi casa? — Pregunté muy sorprendida.

—Sí. Y justamente se sentó en la silla donde tú estás ahora —me dijo mostrándome una sonrisa en sus labios.

—¿En serio?, pero... ¡Esto no puede ser verdad! —Estaba alucinando.

—Sí, sí que lo es. Y puedo constatarlo.

—¿Tu caudillo se llamaba Al-Azraq? —Le pregunté. Por unos momentos su cara me pareció que palidecía, pero no estaba segura.

—Sí, así se llamaba. ¿Has oído hablar de él? —Su gesto me pareció de preocupación.

—Bueno, parte de su historia ha llegado hasta nuestros tiempos. Al igual que la del rey Jaime I, el Conquistador. ¿Y qué pasó luego? —Le insté para que siguiera contándome su historia.

—«Acto seguido, el rey volvió a las andadas y comenzó por elevar los impuestos a nuestra gente, además se veía acosado por el Papa Gregorio IX quién obligó a nuestro pueblo al exilio. Esto provocó que, de nuevo y por segunda vez, los sarracenos se sublevaran. Las disputas y las guerras duraron diez largos años. Para entonces planeamos tenderle una emboscada al, entonces ya, rey de Valencia y a punto estuvimos de acabar con él. Yo había planeado que Al-Azraq se casara con la hija del entonces gobernador de Denia, y así se aseguraría algunas plazas. El soberano lo aceptó y le concedió al caudillo, dos castillos y otro año de tregua para el pueblo musulmán, pero a cambio, él debía convertirse al cristianismo. Cuando el rey, su esposa y todo su séquito, viajaron por las tierras de Al-Azraq para concretar lo pactado en dicho matrimonio, pero a causa del abrupto y empinado camino hacia su castillo, los caballos no pudieron llegar hasta lo alto debido al peso de sus armaduras y de las armas, cosa que hizo más fácil llevar a cabo la emboscada, que al fin y al cabo era de lo que se trataba el supuesto matrimonio —al-Sáhuir hizo una pausa y cruzó una de sus largas piernas sobre la otra—. Esto le causó al Rey un enorme disgusto y por ello se alió con uno de los hombres de confianza del caudillo al que, al parecer, le prometió unas tierras y unos sueldos. El hombre de confianza de AlAzraq consiguió convencerlo a éste, para que le pidiese a Alfonso X, que le diera unos años más de tregua y le

instó para vender todas las provisiones de su pueblo, junto con los sueldos que tenía para pagar a sus hombres. Alfonso X se los concedió, pero como esto formaba parte del malévolos plan del hombre de confianza, el rey no se los dio, por lo que el caudillo, totalmente derrotado y sin provisiones que ofrecer a sus hombres, tuvo que marcharse al exilio. Fue entonces cuando Al-Azraq huyó a Granada y vivió en la Alhambra durante diecisiete largos años, allí estuvo bajo el mando de Muhammad Ibn Yusuf Ibn Nasr, más conocido por Muhammad I al-Galib Bi-llah, aunque la gente lo conocía por el sobrenombre de al-Ahmar, que quiere decir “el rojo”, debido a la coloración de su barba. No obstante, Al-Azraq consiguió retener dos de sus castillos que dejó al mando de su sobrino Abu Jafar —suspiró hondamente—. Durante el tiempo en que el caudillo permaneció en el exilio, yo me quedé aquí junto con Abembassol; los dos fuimos sus leales hombres y luchamos con él hasta el final —Acarició entonces mi rostro, con el reverso de sus dedos

Mientras Al-Azraq estuvo exiliado el papa, Gregorio IX, había fallecido y ahora, Inocencio IV, era quién ocupaba su lugar. Éste, ofreció indulgencia a todos aquellos que ofrecían ayuda en la cruzada de Jaime I. También dio instrucciones a los obispos y al clero, para que ayudasen económicamente al rey y, a cambio, los liberaba durante tres años de los impuestos que la iglesia recolectaba para sostener las cruzadas en Oriente. Al mismo tiempo el Papa había autorizado las excomuniones a todos aquellos que ayudaban a los sarracenos».

Al llegar a este punto, al-Sähuir, permaneció en silencio. Yo estaba embelesada con la historia que me acababa de contar. Nunca había sabido lo que realmente ocurrió y seguía alucinada. Además como él había vivido de primera mano y luchado codo con codo, junto a Al-Azraq, eso hacía que me resultase mucho más emocionante. Podía imaginarle, en plena guerra, con sus ropas de guerrero musulmán, a lomos de un corcel negro, empuñando un sable y en plena lucha contra los cristianos, defendiendo a su caudillo y a sus tierras. Esperaba impaciente que reanudara su relato pero al ver que no lo hacía, insistí.

—«Mientras Al-Azraq seguía en el exilio, la vida para los musulmanes se complicaba por momentos. El papa hizo lo imposible para su expulsión. Mataban a nuestra gente, violaban a nuestras mujeres y los hacían sus esclavos. Tanto Abembassol como yo, manteníamos el contacto con el caudillo y juntos, planeamos su vuelta. Era preciso que regresase, y a poder ser con un ejército numeroso. Teníamos que conquistar la plaza de Alcoy ya que ésta, era

la puerta hacia el sur, hacia Castilla y por el norte hacia Valencia».

—¿Y qué pasó entonces? —Le pregunté muy interesada.

—Corría el año 1276, cuando Al-Azraq regresaba con todo un ejército y con el propósito de reconquistar los nueve castillos, que su padre le había dejado antes de su muerte. Entonces, y siguiendo nuestros consejos, decidió tomar esta estratégica villa. Para ello el Emir de Granada, entonces Muhammad II —hijo de “el rojo”, ya que su padre murió al caer de su caballo tres años antes — le ayudó entregándole doscientos cincuenta jinetes benimerines llegados del norte de África, más mil doscientos soldados. Además se le unieron, a su ya numeroso ejército, mil ochocientos mudéjares de a pie, que se ofrecieron voluntarios y, todo ello, para derrotar al rey cristiano y tomar la villa de Alcoy. Por su parte el rey Don Jaime, envió por delante, desde Játiva, a cuarenta caballeros para que sitiaran la villa, ahora tu ciudad.

A pesar de todos nuestros esfuerzos, éstos habían preparado una estrategia que pilló desprevenido al caudillo, y víctima de una maniobra de distracción, una flecha lo alcanzó, el día 23 de abril. Al verle, corrí a lomos de mi caballo para socorrerle pero, cegado por su muerte, otra flecha me alcanzó a mí también. En ese preciso instante, cuando sentí la agonía de la muerte tan cercana, rogué a Dios:

« Yo que nací de la unión de dos razas, árabe y cristiana. Dos fueron mis religiones, la de Mahoma por parte de mi padre y la católica por mi madre. Y en esta lucha entre mis dos ramas he llegado al fin de mis días, y mi vida me la arrebatan los mismos cristianos. Dejad entonces que mi parte musulmana corra por las venas de mis descendientes durante muchos siglos. Por Dios y por Alá».

Por lo visto mi ruego llegó hasta sus oídos porque, de esta forma, he podido llegar hasta hoy y así he podido conocerte.

Durante unos breves momentos permanecí en silencio, sentí un gran vacío en el estómago que me produjo una extraña sensación. Sin darme cuenta crucé los brazos por delante de mi regazo y me abracé a mí misma inclinándome un poco hacia delante. Al-Sāhuir, me miraba con dulzura.

—No temas, princesa. Entonces la vida no tenía nada que ver con la de ahora. Yo luché por mi gente y entregué mi vida por ella y por Al-Azraq. Me siento muy orgulloso por lo que hice y por lo que fui.

—Pero es muy triste —seguía sintiendo esa extraña sensación, y mis brazos continuaban cruzados, abrazando mi cuerpo.

—¿Te encuentras bien? —Me sujetó la barbilla entre sus dedos y alzó mi cara

para mirarme a los ojos.

—Sí, estoy bien, es solo que me ha entristecido tu historia —de nuevo agaché la mirada.

Fue entonces cuando creí notar que al-Sáhuir se ponía nervioso o me lo pareció. Algo diferente en su voz me hizo dar un respingo.

—¡Mírame a los ojos!, Julia, tengo que saber algo importante.

Extrañada por sus palabras, le obedecí. Alcé la cabeza y lo miré. Él me miró con una dulzura que me hizo sentir un escalofrío. ¿Qué era lo que veía en mis ojos? Entonces, me tomó las manos entre las suyas y me indicó que me levantase. Después me acarició el rostro y me dio un beso.

—Acabo de darte algo que nos pertenecerá a los dos. —Sus manos estaban todavía en mi rostro, sus ojos me miraban con ternura, y sus labios mostraban su mejor sonrisa. Yo, lo miraba con incertidumbre.

—Pero... ¿si no me has dado nada? —Dije mientras abría las manos para mostrarle que no tenía nada en ellas.

—Mmm... —Suspiró muy hondamente— Ya te lo he dado, pero todavía no lo sabes. —Entonces avanzó un paso y se colocó por detrás de mí, colocó sus manos sobre mi regazo y me abrazó. Noté su aliento cerca del cuello, a la altura de mi oído y entonces, le oí susurrar:

—Julia, vas a ser madre —su voz sonaba como algo celestial en mis oídos.

—Por favor, no bromees con esas cosas, sabes que me entristece.

Él seguía abrazado a mi regazo. Y nuevamente sus palabras sonaron como música celestial.

—No bromeo, es la verdad. Acabo de darte el hijo que tanto deseas. Está ya creciendo en tu interior —con rapidez me di la vuelta y lo miré muy seriamente a los ojos—. Era eso lo que tenía que darte, mi legado.

—Pero... ¿Cómo lo sabes? si acabamos de..., tan solo hace un momento..., no..., no puede ser —dije entre titubeos.

Quería que fuese verdad lo que me estaba diciendo, lo ansiaba desde hacía tantos años. Pero me costaba mucho creerlo.

—Tranquilízate. Dentro de unos días lo sabrás a ciencia cierta, ya verás como no vas a tener el periodo, porque tu hijo está ya en tu vientre —me sujetaba por la cintura con un brazo y con el otro me levantaba la barbilla para mirarme a los ojos mientras hablaba—. Sabes que no bromearía con algo así. ¿Recuerdas que te dije que había venido para darte algo y que no sabía entonces de qué se trataba?, pues bien, siéntate que tengo que decirte algo más. Mis piernas flaqueaban al dar el primer paso, noté cómo me temblaban; estaba

muy emocionada; acaricié mi regazo. «No puede ser verdad» pensé. De su mano, llegué casi tambaleándome, hasta la silla que me ofrecía nuevamente. Me senté en ella como una autómatas. Entonces él se sentó de nuevo frente a mí, pero esta vez se acercó más y me cogió la mano.

—Cuando regresé de mi..., digamos “largo sueño”, salí para ver quién vivía en la casa, durante este nuevo “centenario” de mi vida. Y al verte por primera vez, sentí que no iba a ser como las veces anteriores. Normalmente siempre me he despertado en mi camastro, y luego he ido conociendo a la gente que moraba aquí, nunca me necesitaron por lo que seguí siendo... “transparente”. Pero, al verte a ti pude sentir desde el primer momento, que todo iba a ser muy distinto. Sorprendido por tu belleza y tus preciosos ojos, tan parecidos a los míos, me quedé cerca de ti. Una noche estaba paseando por la casa y no pude evitar oírlos hablar a ti y a tu marido. Cuando escuché que no podíais tener hijos entendí que, seguramente, era por eso por lo que mi cuerpo era casi humano, pero no estaba seguro del todo, ya que tú eres casada, pero tenía que saberlo y por eso planeé el contacto.

—Pero ¿cómo contigo sí, y con Ramón no? —Le pregunté hecha un mar de dudas.

—A ver princesa —sonrió muy ligeramente—. ¿Cómo te digo esto para que lo entiendas —Miró a un punto imaginario y luego me miró a los ojos— Cuando pedí a Dios que me concediese el poder vengar la muerte de mi señor Al-Azraq, me dio la oportunidad de seguir aquí con el siguiente fin, como nos derrotaron a traición y el caudillo había muerto, los musulmanes serían totalmente exiliados de España, todo era cuestión de tiempo, entonces rogué que, durante muchas generaciones, mi sangre corriese por mis descendientes directos, de este modo, el espíritu de mi señor, sería vengado. —Al llegar aquí, se detuvo y me dio un beso, luego continuó.

—Hasta el día de hoy todo se ha cumplido; mi sangre ha seguido corriendo de generación en generación hasta llegar a ti, pero contigo todo llegaba a su fin, y necesitaba que mi sangre fuese renovada para que volviera a correr con fuerza, durante muchas más generaciones. Al oír que no podías tener hijos con tu marido, comprendí entonces que mi “regreso” por esta vez sería diferente. Después de engendrar al primogénito, es seguro que podrás tener todos los que quieras con tu esposo. Estoy totalmente convencido de ello. —Su rostro me deleitó con una hermosa sonrisa.

Sentí correr una lágrima por la mejilla, que al-Sáhuir recogió muy suavemente con su dedo. No podía creer lo que me estaba diciendo. Eran las palabras más

hermosas que podía escuchar. Después de tanto tiempo, ahora comprendía que era por eso por lo que no podía tener hijos, mi cuerpo estaba esperándole a él para concebir al suyo, el hijo de los dos, el hijo llegado a través de la historia. No podía creer que yo fuese su descendiente. Estaba claro que habían pasado muchísimas generaciones, pero solamente yo tendría el privilegio de engendrar a su hijo póstumo.

Entonces me levanté, al-Sáhuir también lo hizo, lo rodeé con los brazos por la cintura y lo abracé con fuerza, mi cabeza quedaba a la altura de su pecho, la alcé y lo miré a los ojos.

—Gracias por darme a tu hijo. Me has hecho muy feliz. —Mis ojos se anegaron de nuevo pero esta vez, eran lágrimas de felicidad. Me sentía la mujer más feliz sobre la tierra. Él me miraba con mucha ternura.

—No, gracias a ti, Julia. Ahora ya sabes de dónde provienen tus ojos. Al cabo de tantas y tantas generaciones, tú eres la que más te pareces a mí. Por cierto, una cosa más. —Me quedé mirándolo fijamente.

—¿Todavía hay más? —Pregunté frunciendo el ceño.

—Quiero que sepas algo muy importante. Éste será tu hijo, y por supuesto de Ramón. Solamente tú sabrás su procedencia y llegado el momento, deberás enseñarle cuáles son sus raíces. Él deberá continuar mi legado, ése es mi deseo.

—Así lo haré, aunque siempre que lo mire a los ojos, te veré a ti y te recordaré mientras viva. Cuando llegue el día le diré quién fue su padre y le enseñaré todo lo que tú me has contado, y lo educaré para que crezca sano y fuerte como tú.

—Gracias. Y ahora..., ¿sabes qué hora es?

Estaba totalmente perdida en el tiempo. Allí no entraba la luz del día por ninguna parte. Miré el reloj, me quedé boquiabierta al ver que eran las doce y cuarto del medio día.

—¡Caramba!, no tenía ni idea de que fuese tan tarde. Y de repente me ha entrado un hambre feroz —dije colocando una mano sobre mi estómago.

Al-Sáhuir, soltó una carcajada y los dos salimos del escondrijo. Al llegar hasta las palmeras, me pidió que esperase un momento.

—Julia —me dijo—, siempre que quieras podrás entrar aquí y, cuando yo me haya ido, éste será tu refugio secreto cuando necesites estar sola. En este panel hay oculta entre los dibujos, una media luna muy peculiar, ven mira, ¿la ves?

— Al-Sáhuir me indicaba dónde tenía que mirar, y allí estaba disimulada entre los dibujos, nunca había reparado en ella— Si la empujas suavemente, la

puerta corrediza se abre, después solo tienes que tirar de ella y la puerta se cerrará de nuevo. Al otro lado, en la librería, hay justo un hueco, si metes la mano allí, encontrarás una pequeña palanca que abre y cierra desde dentro.

—Es curioso, pero nunca me había dado cuenta de que estaba ahí —le guiñé un ojo—. ¡Vamos!, que tengo un hambre atroz.

Con gran excitación y con la mente ocupada pensando que estaba embarazada, tuve que sacar unos momentos de lucidez, para dedicar unos minutos a lo que tenía que hacer durante el día de hoy. Además tenía que pensar muy detenidamente las cosas, puesto que todavía no podía decirle a nadie, mi nuevo estado, cosa que me iba a costar mucho; era inevitable, pero tenía que esperar, hasta que pasados unos días que me faltaban para tener el periodo, pudiese estar totalmente segura del embarazo y entonces, se lo diría a Ramón y al resto de la gente.

Antigua leyenda

Estuve pensando mucho tiempo en la historia que al-Sähuir me había contado durante la madrugada. Recordé el momento cuando hicimos el amor, y en todo lo que había sentido.

Con mi marido, las relaciones sexuales eran buenas, pero lo que hubo entre al-Sähuir y yo, no tenía punto de comparación. Seguramente habrían podido influir muchas cosas, como el estado de nervios en el que yo me encontraba y quizá también, lo asustada que estaba. El simple hecho de estar con él, ya debía de ser suficiente motivo para sentir más de lo esperado. Por otra parte, estaba la sensación que sentía al pensar que había traicionado a Ramón. Era muy curioso, pero ahora que lo pensaba más detenidamente, me extrañaba que no me sintiese culpable por mi traición. ¿Sería eso normal? En muchos matrimonios, hay mentiras y engaños. ¿Sentirán los que traicionan a sus parejas, lo mismo que yo? Me resultaba difícil pensar con claridad ya que, en realidad, mi caso no era igual que cualquier otro relacionado con la infidelidad. A pesar de todo, me dolía saber que no llevaba dentro de mí la semilla de Ramón, pero al-Sähuir, me había dicho que a partir de entonces podríamos tener tantos hijos como quisiéramos, por lo que él tendría los suyos, que nacerían fruto de nosotros dos.

Estaba delante de la cristalera mirando el paisaje, pero sin verlo. Absorta en mis pensamientos, no me di cuenta que, desde el jardín, Luís me hacía señas para que lo viese. Por el rabillo del ojo me pareció ver que algo, allí abajo, se movía. Con la mano le hice señales, indicándole que enseguida bajaba. Por el camino consulté el reloj, eran las cuatro y media.

—Hola Luis, no me había dado cuenta de que estabas llamándome, lo siento — dije a modo de disculpa—. Tenía la cabeza en otra parte y no te he visto —pensé no decirle nada acerca del incidente de la noche anterior. Al-Sähuir, me había dicho que no se enteraron de nada. Mejor así.

—¡Ah!, no pasa nada. Quería decirte que nos vamos a Valencia, nos ha llamado Luís, quiere que vayamos con ellos a visitar a los padres de Lirios, nos han invitado a comer mañana, así que aprovechamos para ver una ópera; ya sabes que María tiene mucha ilusión y este es mi regalo de cumpleaños. Te lo digo porque esta noche no estaremos. ¿No te importa quedarte sola? —Dijo frunciendo el ceño.

—No, no. Seguramente telefonaré a Sole para ir a su casa esta noche. ¡Vaya! Por fin María va a conseguir su ilusión, debe de estar encantada con tu regalo de cumpleaños. Espero que lo paséis genial. Vamos te acompaño y la saludo.

Mientras llegábamos hasta su casa, íbamos charlando sobre la ópera que iban a ver. Poco antes de llegar vi que María estaba cerrando la casa y dejando el poco equipaje que llevaban, dentro del coche. La llamé y la saludé con la mano.

—¡Eh, por fin lo has conseguido! —Exclamé— ¡No sabes lo que me alegro! — Le di un fuerte abrazo y la besé—. Cuando vuelvas me lo tienes que contar todo al pie de la letra; compraremos unos dulces y Luís que nos prepare el café de la casa. —Los tres nos reímos.

—Estoy nerviosa, ¿sabes?, ¡qué ganas tengo! Pero no me gusta dejarte sola — dijo con un gesto de preocupación.

—¡Cómo si fuera la primera vez! no seas boba, que esta oportunidad no se presenta muy a menudo. Marcharos tranquilos, estaré bien y no os preocupéis, hablaré con Sole y seguramente me iré a su casa. ¡Ah!, y por favor, tened mucho cuidado en la carretera —los besé a los dos y nos despedimos.

Seguí caminando hasta llegar al invernadero. Al entrar encendí las luces que desde lo más alto, descendían en unas majestuosas lámparas de cristal tallado, formando un hexágono de la que colgaba una bola en el centro. Nada más cruzar el umbral, un agradable olor a jazmín, lilas y violetas inundó mi nariz. Estábamos casi en marzo, pero en el invernadero las plantas siempre florecían antes de tiempo debido, sin duda, a los cuidados de Luís. Allí la primavera siempre dura mucho tiempo. Recogí unas cuantas flores y arreglé un bonito ramo que coloqué en una mesita del salón. Esparcían un agradable aroma por todo el ático. Entonces sonó el teléfono. Sabía que era Ramón, respiré muy hondo un par de veces y me dije a mi misma que debía controlarme para no decirle nada de lo ocurrido.

—¿Diga? —Noté un ligero temblor en mi voz.

—Hola Julia, ¿Cómo estas, preciosa?

—Hola cariño, todo está bien, y ¿vosotros? ¿Cómo va el trabajo? —pregunté.

—Todo va perfectamente, ahora pensábamos en ir a dar una vuelta para despejarnos y tomar algo, y tú ¿has quedado con alguien?

—Pues tenía ganas de estar en casa, ya sabes que con el trabajo casi nunca podemos disfrutar de ella, así que he decidido que hoy es el día y me he dedicado a la lectura y esas cosas.

—Eso está bien, aunque no me gusta que estés sola. Pero reconozco que un fin de semana en casa es lo mejor. Con un poco de suerte terminamos el lunes y seguramente cojamos el primer avión de vuelta. Así que ya estoy contando las horas que faltan para estar juntos de nuevo.

—¡Vaya!, qué bien, eso es estupendo. Tengo muchas ganas de verte — recordé lo sucedido y luché por controlarme.

—Bueno cielo, tengo que dejarte —Oí que Rafa y Jorge gritaban desde la habitación—. ¡Un beso Julia! —Me reí al oírles.

—Dales también un beso de mi parte y divertíos mucho —dije mientras sonreía.

—Sí, ahora se lo digo, pero no pienses que les voy a dar ese beso, ¡ni lo sueñes! —Oí una agradable carcajada, yo también me reí—. Venga un beso cariño, te quiero.

—Yo también te quiero. Hasta mañana. —Y esperé hasta oír que colgaba.

Entre unas cosas y otras el tiempo había pasado y eran ya cerca de las ocho. Busqué el libro para leer un rato, pero no recordaba donde lo había dejado, entonces subí de nuevo al solárium. Cuando entré, al-Sáhuir estaba mirando a través de los cristales. Antes de que yo pudiese dirigirle la palabra, me habló.

—Hola. ¿Qué tal te encuentras? —Me preguntó en un agradable tono.

—¡Uf!... Todavía no me lo creo. ¡Es todo tan maravilloso! —Mientras hablaba, coloqué las manos en mi regazo.

—Ven, mira, quiero que veas algo —se dio media vuelta y alargó la mano para asir la mía—. La noche está muy clara y las estrellas lucen con fuerza.

Me pasó el brazo por encima de los hombros, mientras señalaba hacia los astros.

—Mira lo espléndidas que son. Cuando yo vivía aquí, pasaba muchas horas mirándolas. Parece mentira que, al cabo de tantos años, ellas permanezcan de igual forma y con la misma luz que tenían cuando yo las admiraba. Yo dejé de existir hace mucho tiempo y, en cambio, ellas brillan todavía con la misma intensidad. ¿No te parece que son maravillosas? —Allí junto a él, sentí que los dos teníamos mucho en común, además del hijo que ahora empezaba a crecer en mi vientre.

—Sí que lo son —afirmé—. Al igual que la luna. Siempre me ha fascinado el universo. Es tan..., grande. ¿Sabías que el hombre ha estado en la luna? —Le pregunté de pronto.

—¿De verdad?, vaya no me extraña, la vida está cambiando muy deprisa, cada vez que “me despierto”, hay un montón de cosas nuevas que tengo que

descubrir. Y ¿qué fue lo que encontraron en la luna? —Preguntó mientras la miraba totalmente fascinado.

—Nada —respondí—, parece que no había nada más que arena y tierra. Pero sí pudimos ver lo bonito que se ve nuestro planeta desde la luna —entonces al-Sāhuir, me miró a los ojos con cierto brillo en la mirada.

—Y... ¿Cómo es? ¿es tan bello como la luna? —Preguntó frunciendo el ceño.

—No —Le contesté y observé que levantaba una de sus cejas— La tierra es mucho más hermosa que la luna. Lo llaman el planeta azul. Porque, en su mayoría es agua; el agua de los océanos y mares que, desde tanta distancia, se ve como una gran bola de color azul.

—Entonces seguro que debe de ser precioso —puso los ojos en blanco.

—Puedo enseñarte una fotografía.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Espera un momento —dije saliendo de la habitación con paso rápido.

Me dirigí al mueble donde guardaba la cámara de fotos, comprobé que tenía suficiente batería para hacer algunas fotos y regresé al solárium.

—Mira, ¿ves?, esto es una cámara de fotos. Con ella podemos hacer miles y miles de fotografías. —Le tendí la cámara y le dio vueltas examinándola.

—¿Puedes hacer una? O se tarda demasiado. Me gustaría ver cómo es —dijo esbozando una media sonrisa.

—Claro que sí, enseguida —cuando la puse en marcha su sonido le provocó una expresión que me encantó y le sonreí.

—¿Por qué sonríes? —Preguntó con la misma expresión. —¡Eh, un momento!

—Exclamé al recordar algo—, dicen que los fantasmas no salen en las fotos, ahora voy a tener la ocasión de comprobarlo. Quédate quieto y mírame, ¡ah!, no te asustes, verás una luz muy potente que te cegará los ojos, es para que salgas perfecto.

Me alejé unos pasos y busqué el ángulo. Me di cuenta que estaba nerviosa. Enfoqué la cámara y apreté el disparador. Al-Sāhuir se quedó quieto y con los ojos cerrados. Rápidamente miré a la cámara para comprobar que, en efecto, salía en la foto. Mis manos temblaban por la emoción que sentía. Entonces le vi en la cámara, con su belleza inconfundible; los ojos le brillaban perfectos. Se la enseñé. Se quedó perplejo, no acababa de comprender como la imagen podía estar dentro de la pequeña caja.

Entonces se me ocurrió hacernos una, los dos juntos.

—Espera y verás, no te muevas.

Me alejé unos paso y coloqué la cámara sobre la mesa, miré a través de ella y

calculé la distancia, entonces accioné el reloj y volví a su lado cogiéndolo por la cintura; él me pasó el brazo por los hombros.

— ¡Sonríe! —le dije y entonces se disparó de nuevo el flash; la fotografía había salido perfecta. A su lado me veía muy pequeña.

—Mira, ¿Te gusta? —Le pregunté mientras le entregaba la cámara. Al mirarla se quedó con la boca abierta.

—Mañana podríamos dar un paseo por el jardín si quieres, y así podremos hablar de lo que quieras. ¿Te parece bien?

Me sorprendió mucho el cambio en la conversación y en el tono de su voz.

—Sí, me parece perfecto. ¿Te vas a retirar ya? —Le pregunté, algo sorprendida por su imprevista reacción. ¿Qué podría haber ocasionado aquel cambio en su humor?

—Creo que te irá bien descansar, ahora tienes que cuidarte. Te veré mañana. Buenas noches —y salió sin más.

—Buenas noches —respondí viendo cómo se alejaba.

El nuevo día amaneció totalmente nublado y encapotado. Después de desayunar, puse un poco de orden en el ático. Tenía que buscar un lugar seguro dónde guardar la tarjeta con las fotografías. Le di algunas vueltas hasta que, por fin, me acordé del escondrijo. Pensé que a él, no le importaría que la dejara guardada en algún cajón de su mesa; así que me dirigí hasta el salón de las palmeras. Al llegar allí, busqué la palanca que abría la puerta corrediza, pero antes llamé y oí que me hablaba desde dentro.

—Adelante, puedes pasar. Estás en tu casa —su voz sonaba como si estuviese muy adentro.

Accioné la figura de la media luna que, muy suavemente, cedió; la puerta empezó a deslizarse con suavidad. Al-Sáhuir estaba sentado ante su mesa y escribía en un libro muy antiguo; dejó la pluma en el tintero y sopló sobre lo que acababa de escribir. Entonces levantó los ojos para mirarme.

—Discúlpame un momento, por favor, enseguida acabo. Tengo que guardar esto —comprobó que la tinta se había secado y cerró el libro que guardó a continuación en uno de los cajones de la mesa.

—Perdona, no era mi intención molestarte —me excusé por haberlo interrumpido.

—No me has molestado, ya casi había terminado —entonces se levantó y vino hacia mí.

—Quería pedirte algo. Necesito que me dejes guardar esta pequeña caja en algún sitio, para que pueda enseñarle tu fotografía el día de mañana, a nuestro

hijo.

—Sí claro. Me parece que aquí estará a buen recaudo —abrió el primer cajón, donde había guardado el libro que estaba escribiendo. Curiosa, le pregunté.

—¿Qué es ese precioso libro? —pregunté fascinada. Él dirigió sus azulados ojos hacia los míos.

—Ésta es..., otra parte de mi legado. Algún día te pediré que lo leas y se lo muestres a tu hijo para que sepa de dónde proceden sus raíces. Pero, todavía no. Deberás esperar a que yo me vaya.

—Está bien, estaré encantada de leerlo, cuando tú me lo pidas —sentía curiosidad por saber qué había escrito en el libro, pero si tenía que ser para mí, entonces podía esperar.

Al-Sähuir me indicó que la dejara allí mismo. Aquel era un sitio perfecto.

—¿Te apetece que demos un paseo? —Sus ojos, hoy, parecían cansados, era como si hubiese estado llorando. Preferí no preguntar.

—Sí, claro, déjame que coja el anorak, ¡Huy! perdona, déjame que coja algo para abrigarme. Lo siento, a veces no me doy cuenta al utilizar palabras que son nuevas para ti.

—Está bien, te espero fuera —me pareció que, todavía, seguía serio y me preocupé. ¿Sería por algo que hubiese podido decir que le molestó? Pero... ¿Qué podía ser?

El cielo seguía encapotado pero no llovía. Al-Sähuir me esperaba junto a la puerta. No comprendía cómo había corrido tanto. Al verme, sonrió tímidamente. Llevaba puesta una prenda que me pareció una chilaba. Era de color negro y la llevaba abrochada; tenía un profundo corte a cada lado, por donde asomaba el pantalón que hoy era de color magenta. Tenía una capucha acabada en pico y la llevaba colgando por la espalda.

—¿Quieres ir a algún sitio en concreto? —Me preguntó con el semblante serio.

—Podríamos ir hasta el balcón de la cascada —sugerí.

—Perfecto —me asió de la mano y empezamos a caminar en silencio.

Gilda nos acompañaba, como siempre iba husmeando todo aquello que tenía a su alcance.

Como permanecía callado, me sentía algo incómoda porque no sabía si le ocurría alguna cosa o yo le había ofendido sin darme cuenta. ¿Qué podría haberle dicho que le hubiese molestado tanto? Entonces me decidí por hablar.

—¿Sabes que se cuenta una antigua leyenda, sobre este balcón? —Y añadí—
¿Quieres que te la cuente?

—Sí, por favor, me encantará escucharla.

—Bien, dice así:

«Hace mucho... mucho tiempo, en esta casa vivían un apuesto príncipe y su hermosa princesa. Eran muy felices y se querían mucho. Él le había construido la preciosa casa cuando se casó con ella; le regaló este jardín y en el centro del mismo, plantó un pequeño cedro, como símbolo de su amor, que sigue creciendo porque su amor perdura aún, con el paso de los años.

El príncipe la obsequió con miles y miles de plantas y flores que repartió por todo el jardín, y le construyó un enorme invernadero para que ella pasara allí las horas cuidándolas, mientras él tenía que salir para combatir. Tuvieron un hijo, al que querían mucho. Su nacimiento les hizo todavía más felices, si cabe. Un día el príncipe se dio cuenta del enorme pedazo de montaña —al lado de la cascada— que sobresalía formando un gran canalón, entonces pensó que podría construirle un bonito balcón para que ella, pudiese divisar hasta muy lejos, el maravilloso paisaje que desde allí se divisaba...

Y así lo hizo. Allanó el terreno e hizo una pequeña terraza que rodeó con un banco de piedra con forma de media luna, donde ella podría pasar muchas horas. También colocó una hermosa barandilla para que disfrutara sin peligro alguno del preciado regalo para la vista. Además, le construyó una pequeña casita, para que en los días de lluvia, de viento y de frío, pudiese estar allí sin sentir las inclemencias del tiempo, mientras ella lo esperaba.

Pasaron los años y su amor perduraba como el primer día, hasta que el príncipe tuvo que ir a luchar junto con su hijo. Desde que partieron, cada día la princesa se asomaba al balcón para ver si divisaba a su amado príncipe y a su querido hijo en la lontananza. Lo hizo cada día durante muchos años, pero nunca llegaban. Al cabo de unos años y después de mucho esperar, un día divisó unos jinetes que venían desde muy lejos. Se puso muy contenta pues creyó que, por fin, su agonía había terminado. A medida que los jinetes se acercaban pudo comprobar que se trataba de su hijo, pero no podía divisar a su amado príncipe, por ninguna parte. Entonces reparó en una hermosa carroza arrastrada por seis caballos blancos. Desde la lejanía intuyó que a su amado príncipe lo traía su hijo, pero sin vida. Lo enterraron en el rincón más bonito de todo el jardín y la princesa le plantó miles de flores blancas alrededor de su tumba, para que todas las primaveras su aroma inundase la estancia donde se encontraba

para siempre. Y desde entonces, se dice que disfruta de las estrellas que tanto adoraba»».

Al recordar aquella triste historia, se me hizo un nudo en la garganta. — Mis abuelos decían que esta historia se la habían contado a ellos sus abuelos y a éstos, los suyos, igual que ellos me la contaron a mí. —Sonreí al recordar las maravillosas tardes que pasaba junto a ellos, y recordé que mis amigas siempre querían venir a casa para oír la historia—. Es muy triste pero no por ello deja de

ser preciosa.

—Pues... parece que acabas de contar mi vida. Más o menos es lo que sucedió,

aunque yo no era ningún príncipe ni mi esposa era una princesa, pero por lo demás, todo es más o menos cierto. Es grato saber que se ha convertido en una leyenda y que ha ido pasando de generación en generación.

Me había quedado sin palabras. Tantos años creyendo que era un cuento de hadas y resultaba que la historia había pasado, generación tras generación, hasta llegar a mis días. No podía creerlo. Noté que balbuceaba cuando empecé a

hablar nuevamente.

—¿Me estás diciendo que esta historia fue real?

—Sí, han cambiado algunas cosas, pero, más o menos es lo que pasó —se sentó a mi lado.

Teníamos ante nosotros, la casa y el jardín como vista de fondo. Las caballerizas quedaban un poco escondidas, vistas desde allí.

—Verás..., —continuó— el cedro tiene exactamente, setecientos setenta años; lo planté en 1238. Terminaba de cumplir los treinta; mi mujer y yo, ya estábamos casados cuando acabamos de construir la casa. Así que, tanto la casa

como el cedro, tienen los mismos años. Ese mismo año tuvimos a mi único hijo,

Abdallah. Después de eso, mi esposa ya no pudo tener más hijos. Pero fuimos muy felices y nos quisimos mucho —me sonrió e hizo una pausa. —Abdallah, también nos acompañó en la última batalla. Unos años más tarde, cuando “desperté”, pude saber lo que ocurrió después.

Yo estaba totalmente fascinada; tanto tiempo queriendo investigar, y ahora escuchaba la historia desde el principio, pero de todo, lo más increíble era que la

estaba oyendo por el mismo protagonista.

—¿Recuerdas el libro que escribía cuando has venido a verme? —Afirmé con la

cabeza— Ese libro lo empecé a escribir cuando Abdallah nació. En él, está escrito

todo lo que aconteció a lo largo de mi vida, por eso quiero que lo leas, aunque todavía no está terminado, me falta la última parte.

—Entiendo. Quiero saberlo todo, si no te importa, aunque luego lo lea. Por favor ¿Quieres continuar? —Le insté para que siguiese, quería saber qué más ocurrió.

—Está bien... Después de que la saeta me atravesara el corazón se hizo la oscuridad y cuando desperté por primera vez, no sabía dónde ni en qué año me encontraba; poco después me di cuenta que solamente habían pasado treinta y dos años desde mi muerte, ya que mi primer centenario era en 1308. Desperté en mi camastro del escondrijo, como si hubiese estado durmiendo igual que cualquier otra noche. Al despertar, supe que algo era diferente. Entonces salí de

allí y conocí a la gente, que de hecho, vivía en mi casa. Encontré a una mujer que

tenía más o menos la edad de Abdallah cuando le vi por última vez, la reconocí,

era Zaira mi nieta, con ellos vivía también una bonita joven de unos quince o dieciséis años. Tenía los ojos tan azules como los de Abdallah. Supe entonces de

la existencia de una biznieta. Más tarde vi sobre la mesa el libro que yo escribí.

Al abrirlo pude ver que mi hijo, lo había continuado y así me pude enterar de lo

que sucedió, tras mi muerte.

—¿Es verdad que tus restos están aquí? —Dije muy emocionada, recordando la historia.

—Sí, es verdad —añadió sonriendo—. Y me consta que en uno de tus lugares favoritos.

—Déjame adivinar...

Había varios lugares en el jardín que eran mis preferidos. El cenador era uno de ellos, pero ese no era un lugar de descanso. En las cercanías del cedro tampoco, pues allí la vista no era demasiado buena. Entonces pensé en el

único

rincón donde podía estar —Es el rincón cuyos bancos están dispuestos en forma

de L, junto al pozo.

—Exacto, mi esposa y mi hijo decidieron que desde allí estaría en contacto con

las estrellas y la naturaleza —hizo un movimiento con las manos señalando al firmamento.

—Pienso que ambos hicieron muy buena elección, el sitio es perfecto. Ahora que lo sé, cada vez que me siento en ese rincón apreciaré todavía más, si cabe, la magnitud de su belleza.

Desde el balcón, se podía divisar el lugar donde sus restos descansaban.

Aunque aún no había flores el paraje, sin duda, era el adecuado.

El día era fresco y seguía nublado. Un escalofrío me recorrió cuando pensé que

al-Sähuir, había estado muy cerca de mí durante toda mi vida.

—¿Tienes frío? —Apenas oí su voz.

—Perdona. Estaba absorta en mis pensamientos. ¿Decías? —Sin apenas darme tiempo a terminar la frase, se quitó su chilaba y me la colocó sobre los hombros,

muy delicadamente.

—Pero... ¿Y tú?, esas ropas que llevas no parecen abrigar demasiado. —No te preocupes por mí, no tengo frío —dijo mientras me pellizcaba suavemente el mentón.

Nos quedamos allí durante unos minutos más. A lo lejos se podía ver la ciudad rodeada de altas montañas, vestidas de frondosos pinares y grandes encinares; Alcoy lucía espléndida. Las cúpulas de las iglesias y sus campanarios apuntaban

hacia el cielo, que cada vez estaba más negro. Bajo nuestros pies, la cascada chocaba contra las rocas produciendo un sonido muy agradable. El agua recorría

serpenteando su camino por entre los árboles y por debajo de los puentes. — ¡Qué diferente debió de ser la aldea, que en tus tiempos se divisara desde aquí! —Nos habíamos levantado para contemplar mejor la vista que se perdía al

pie de las últimas montañas.

—Sí, en realidad ha cambiado mucho —se le escapó un hondo suspiro y su

mirada parecía nostálgica—. Apenas se divisaba desde aquí, en cambio ahora ha

crecido tanto que me resulta demasiado grande.

—¿Sabías que hoy en día se la conoce por la ciudad de los puentes? —Lo miré

unos momentos mientras le hablaba. Él también me miró.

—¿Por qué? —Su cabello ondeaba al viento, lo vi todavía más hermoso bajo el

denso manto de las nubes. Nuevamente sentí que me ruborizaba y mi corazón latía con fuerza.

—Pues hubo un tiempo en que la industria, la hizo crecer mucho. Como ya sabes, tres son los ríos que la cruzan y por ello tuvieron que construir varios puentes. Los hay que son muy antiguos, aunque el último es un puente colgante que se construyó hace poco tiempo, en 1987. En cambio hay alguno que data del siglo XVI, incluso hay un pequeño puente que construyeron los romanos.

—Sí, ése ya estaba en mis tiempos y se utilizaba para llegar hasta la vía augusta, que por aquel entonces, era la única vía que comunicaba las villas y aldeas.

Aquello me hizo recordar cuando estudiaba; dicha vía, casi siempre costera, la construyeron los antiguos romanos para mantener el tráfico por mar, e iba desde Roma hasta Cádiz; se calcula que tenía unos 1500 kilómetros. Cerca de casa le di su chilaba. Observé que tenía dibujos adamascados también en negro, su tacto era suave. Al quitármela, la olí sin que se diese cuenta antes de devolvérsela. Me encantaba su aroma. Era su olor y, sin quererlo, me trasladó

de nuevo a la noche en que estuvimos juntos.

Íbamos con paso rápido. Consulté el reloj, me asombré de la rapidez con la que

pasaba el tiempo estando a su lado. Eran cerca de las dos y mi estómago empezaba a protestar.

—Te voy a dejar un rato a solas, tienes que comer y ahora debes cuidarte bien. Nos veremos luego.

—Está bien —y me abrió la puerta para que pasara. Nuevamente me sorprendió su seriedad.

Fui hasta la cocina pensando en prepararme una pizza. Pronto sentí el aroma que se desprendía horneándose y noté que tenía hambre.

Después de comer pensé en mi bebé y en la carita que tendría; lo imaginé con

los ojos de al-Sāhuir, tan pequeño, tan suave. De pronto reparé que mi hijo tendría que crecer con el calor de otro padre y que al-Sāhuir no lo vería nunca. Me había dicho que estaría por aquí durante un año más o menos. Hice mis cálculos; mi hijo nacería a finales de noviembre, si él estuviese el año completo conmigo, entonces podría estar con él, por lo menos, el primer mes de su vida y después se marcharía feliz.

Pero una gran duda me entristeció. ¿Y si al-Sāhuir se equivocaba y yo no estaba embarazada? Ya me había hecho demasiadas ilusiones y estaba muy contenta; si no fuera así, me costaría mucho aceptarlo. Pero por otra parte, él no era un ser normal, y estaba segura de que no me haría daño con algo tan delicado e importante para mí. Deseché esta idea por completo y volví a hacer mis cálculos. Recordé la última fecha en que tuve el periodo; me quedaban menos de quince días para saberlo cierto. Me pareció una eternidad. Tendría que esperar para decírselo a Ramón y a mis amigos y sabía que me resultaría muy difícil.

Un dulce sueño se apoderó de mí. Luché por mantener los ojos abiertos pero al final me dormí.

—¡Julia! ¿Estás bien?, has tenido una pesadilla. ¡Despierta!. —Oía su voz a lo lejos.

Abrí los ojos, al-Sāhuir estaba junto a mí, de rodillas. Noté que estaba empapada de sudor y muy nerviosa.

—Vine porque te oí gritar. ¿Estás bien? ¿Qué clase de pesadilla has tenido? — Me preguntó frunciendo el ceño.

Tenía la boca seca, mis manos temblaban ligeramente. El corazón me latía a mucha velocidad y casi se podían oír sus latidos que resonaban con fuerza en mis oídos. Observé que había llorado, pues mi cara estaba mojada. Me costó un momento poder hablarle.

—Ya estoy más tranquila. Ha sido horrible —alguien intentaba matar a mi bebé.

Mi voz sonaba entrecortada por los suspiros de mi llanto. Todo el cuerpo me temblaba incapaz de controlarlo.

Él me limpió las lágrimas con las mangas de su casaca. Mientras me incorporaba para quedarme sentada en el sofá, me acariciaba el cabello y me susurraba con su aterciopelada voz.

—Ya está, no te preocupes, ya pasó todo. Sabes que eso no puede suceder. Estoy aquí para cuidarte. No tienes nada que temer mientras yo esté contigo. Entonces me abrazó. Noté que su barba y su bigote me rozaban la mejilla. Su cálido abrazo me hizo estremecer de nuevo. Me iba calmando, poco a poco me tranquilicé. Lo abracé con fuerza; sentía su cuerpo perfecto por debajo de sus finas ropas, y me produjo un frenesí incapaz de controlar. El estado de nervios y el miedo, dieron paso al deseo. Inconscientemente busqué sus labios para besarlos; un ardiente anhelo se apoderaba de mí por momentos. Noté como sus manos se posaban en mi rostro y sosteniendo mi cara me apartó con mucha dulzura.

—Julia, ten calma. Ya ha pasado todo. —Lo miré a los ojos, deseando estar, una vez más, entre sus brazos.

—Perdona, es que... te necesito tanto. —Cada vez que respiraba, el aire me quemaba la garganta.

—No digas eso, no debes... —Entonces me besó en la frente sin soltar mi cara de entre sus manos—. Debes ser fuerte. Tú quieres a Ramón, él es tu marido, no

yo —dijo con resignación.

—Sí lo sé, pero te quiero tanto. No entiendo lo que me has hecho, pero la otra noche sentí algo tan... —No me dejó terminar la frase.

—Debes olvidarlo —dijo con seriedad— Yo sólo te di el hijo que tanto deseabas, pero ahora debes ser fuerte y controlar tus sentimientos. No puedo darte lo que me pides. Debemos olvidarlo los dos.

—Pero tú te irás muy pronto y no volverás jamás. Nadie podrá saber nunca que estuviste en mi casa —me había enamorado locamente de al-Sāhūr. ¿Cómo podía haber sucedido?

—No. No puedo hacerle eso a Ramón, está fuera de mis principios. No quiero herirlo, ni a ti tampoco. Entiéndeme por favor. Sé que me quieres, yo también te

quiero desde el mismo instante que te vi por primera vez y me cuesta mantenerme a raya. Si esto hubiese pasado en otras circunstancias, sé que hubieras ocupado un lugar predilecto en mi corazón y estoy seguro de que habríamos sido muy felices. Pero no puedo dejar que me quieras. Solo soy un espíritu, tu ángel de la guarda. Estoy aquí de paso, solamente tenía que darte un

hijo, y ya lo he hecho.

Volví a abrazarle con más fuerza todavía. Le besé en el cuello, su olor me invadía. Entonces me separó con suavidad y sus labios me besaron. Yo le devolví

el beso con pasión. Fui consciente de que nunca había sido capaz de sentir en un

solo beso, lo que sentía cada vez que él me besaba.

—Tranquila —me dedicó una de sus sonrisas.

—Perdona, tienes razón. Lo siento, pero es que...

—Lo sé, lo sé, pero debes controlarte y ser fuerte. A mí también me cuesta hacerlo pero se lo debemos a Ramón. Y ahora... ¿quieres contarme tu sueño? Entonces nos acurrucamos en el sofá y le conté la pesadilla que acababa de atormentarme.

Oscuridad y pa`nico

Al día siguiente me despertó una suave luz que entraba por la ventana dando paso, después, a la luz del sol que, en un momento, inundó toda la habitación. Había descansado bien y me sentía llena de energía. Salté de la cama y corrí a la ducha. Al salir me arreglé el cabello como de costumbre y me maquillé más de lo normal. Estaba muy alegre y contenta, y me sentía muy a gusto conmigo misma; tenía muchas ganas de empezar el día.

Decidí comer algo. Preparé un café con leche y me extrañó que tuviese hambre tan temprano, pero hoy, seguramente porque había dormido profundamente y había descansado mucho durante la noche, tenía hambre.

Recogí la bolsa de deporte y salí en dirección al garaje. Por el camino encontré a María que venía hacia casa. Desde lejos la vi que me dedicaba una hermosa sonrisa.

—¿Qué tal fue la ópera? —Le pregunté.

—¡Oh! Julia, ha sido preciosa, maravillosa... no tengo palabras, por más que te cuente me quedo corta. Deberías ir con Ramón, te he traído un programa para que le echés un vistazo y vayáis un día de estos —estaba muy contenta y yo me alegraba mucho, por ella.

—Eso es estupendo, quiero que me lo cuentes todo pero, creo que hasta el sábado no podrá ser.

—Sí claro, cuando puedas, así mejor porque se lo contaré también a Ramón para que te lleve. ¡No te lo puedes perder! —Se le notaban las ganas que tenía de contármelo todo.

—Vale, quedamos para el sábado —dije y luego añadí—, ahora perdóname pero tengo que irme ya, porque de lo contrario llegaré tarde. Hasta luego.

—Hasta luego Julia. ¡Por cierto, hoy estás muy guapa! —Me dijo sonriendo.

—Muchas gracias. Nos vemos —le devolví la sonrisa.

Una vez en el conservatorio, el día fue transcurriendo normalmente. Me sorprendí porque algunos de mis alumnos también me dijeron que estaba muy guapa. «Hay que ver lo que hace el maquillarse un poco más de la cuenta, tendré que hacerlo más a menudo». Me dije.

Tuve que interrumpir una de las clases de última hora, ya que Ramón me llamó por teléfono.

—¡Hola cariño! —Sentí muchas ganas de verlo. No me sentía culpable por lo

que había sucedido entre al-Sāhuir y yo, no sabía por qué, pero no me recordaba la conciencia.

—¿Cómo estás cielo? Pareces muy contenta —observó por el tono de mi voz.

—Sí. ¿Cuándo llegas? Tengo muchas ganas de estar contigo.

—Entonces ya no tardo nada, estamos a punto de embarcar, o sea que dentro de unas horitas estaremos juntos. ¿A ver qué hora es? Mmm... son casi las ocho, calculo que sobre las doce y media o la una, podría estar en casa — me dijo con voz alegre.

—¡Eso es genial!, te esperaré despierta. ¿Te preparo algo para cenar? —Le dije mientras pensaba en algo que pudiera apetecerle.

—¡No! Tranquila, no te preocupes por mí, acabamos de picar algo mientras esperamos, si tengo hambre comeré alguna cosa en plan rápido, no sufras.

—Está bien, tengo que dejarte, los alumnos me reclaman —y añadí— ¡Qué ganas tengo de verte! Te estaré esperando. Un beso.

—Un beso cariño. No tardo nada —colgó.

Volví a la clase y proseguimos con lo nuestro.

Al llegar a casa, Gilda estuvo dando vueltas y saltos a mi alrededor durante un buen rato, parecía que le había contagiado mi buen humor.

A pesar de las horas que había estado trabajando, me parecía extraño pero apenas notaba cansancio.

Entré y me dirigí hacia el salón para encender el televisor —por costumbre más que otra cosa— pero al llegar por el pasillo percibí una fragancia, un agradable aroma que me inundó la nariz. Me pareció un poco raro ya que, por la mañana, había tirado las flores, ya marchitas, que había cogido durante el fin de semana.

Encendí las luces al entrar y mi corazón dio un gran vuelco. Me quedé con la boca abierta y los ojos como platos. ¿Sería cosa de al-Sāhuir? No pude evitar pensar en él.

En un rincón del salón había una pequeña mesa con un hermoso jarrón, regalo de bodas, que normalmente solía estar vacío puesto que tenía un buen tamaño. Estaba repleto de rosas; debía de haber por lo menos dos docenas. Me llevé las manos hasta la boca, que todavía tenía entreabierta. Me acerqué para contemplarlas desde más cerca. Su aroma inundaba toda la habitación, miré por todas partes en su busca, pero no le vi. Entonces observé que encima de la mesilla se asomaba, por debajo de las flores, la esquina de algo parecido a una cuartilla doblada por la mitad. Parecía un papel oscurecido por el tiempo. Supuse que me habría escrito unas letras, pero no entendía bien porqué. Muy

nerviosa lo cogí. Cuando lo sostuve en mis manos comprobé que me temblaban ligeramente. «¿Por qué todo lo que proviene de al-Sáhuir, me provoca tal frenesí?» Pensé.

Con mucho cuidado lo desdoblé y me encontré con una cuidada caligrafía. Parecía escrita con la pluma que tenía en su despacho. La leí despacio.

A pesar de sus pétalos de terciopelo y su fragancia tan pura, Seguro que hasta las rosas, envidian hoy tu hermosura. Con todo mi amor, al-Sáhuir

Una gran sonrisa apareció en mis labios. Un rubor acudía hasta mi cara, el corazón se agitaba en el interior de mi pecho. Por un momento me pareció notar su cálido aliento en el cuello. Había cerrado los ojos, inconscientemente acerqué el trozo de papel envejecido hasta la nariz y lo aspiré profundamente. Simplemente olía a papel viejo, pero yo sentí el aroma de algo mucho más profundo. Sabía que él, sentía lo mismo que yo.

Miré en todas direcciones pero mis ojos no lo vieron, sin embargo mi corazón lo sentía muy cerca. Apenas un murmullo salió de mis labios.

—Gracias por las rosas, son preciosas —en ese mismo instante fue cuando unos ardientes labios, me rozaron por debajo del lóbulo de la oreja y un dulce susurro llegó hasta mis oídos.

—*Me gustan la rosas porque llevan consigo el aroma del paraíso, y tú... eres la rosa más bella de entre todas ellas.*

Me di la vuelta pero no pude verlo. Entonces acerqué el papel hasta el corazón y con los ojos cerrados lancé un beso al aire. Al momento oí su voz que se alejaba.

—*¡Lo tengo! Tengo tu dulce beso.* —Oí su pícaro risa alejándose de allí.

Muy cuidadosamente puse la nota dentro de mi agenda y lo coloqué debajo del bolso. Por esta noche, estaba bien guardada, mañana le buscaría otro lugar.

Sabía que al-Sáhuir, estaba enterado de la llegada de Ramón esta noche, por eso solo se había mostrado transparente. Por el momento no tenía la más ligera idea de cuando volvería a verlo, pero sabía cómo y dónde encontrarlo. Era bastante tarde y mi estómago casi daba voces por el hambre que sentía. No podía esperar a Ramón, así que me acerqué hasta el frigorífico y eché un vistazo para ver qué me podía preparar. De pronto sentí unas ganas locas de comer un bocadillo de tortilla con jamón serrano. No era lo habitual en mí,

pero por lo visto, mi estado de ánimos y después del detalle que al-Sähuir había tenido, pensé que me sentaría bien; en un momento tenía la sartén en el fuego y estaba batiendo un par de huevos y añadiendo unos taquitos de jamón. Casi lo devoré allí mismo en la cocina, me pareció que había sido el mejor bocadillo desde hacía mucho tiempo. Salí para darle la cena a Gilda y decidí quedarme un rato en el sofá, esperando a mi marido.

Me acomodé mientras contemplaba el bello ramo de flores. Formaba una esfera; en el centro, las rosas tenían los tallos más largos y en los bordes, eran más cortos. El efecto era el de una gran bola blanca de rosas, que me recordó a la luna. Aspirando su dulce aroma, mi mente empezó a divagar. Mis pensamientos iban y venían, sin un rumbo fijo.

El tiempo pasó muy deprisa, me pareció que acababa de sentarme en el sofá cuando le oí entrar. Rápidamente me levanté y corrí hasta colgarme de su cuello. Al verme correr hacia él, Ramón soltó el equipaje y el maletín, dejándolos caer en el suelo y, precipitadamente, abrió los brazos para envolverme en ellos. Literalmente me lo comí a besos.

—Pero cielo ¿Qué te ocurre? —Dijo con preocupación— Deja que te vea esos ojazos que tanto echo de menos.

No sabía realmente qué era lo que sentía, solo sabía que necesitaba de sus besos y de sus caricias. Pensaba en el embarazo, pero era preciso seguir callada, todavía era pronto.

—Tenía muchas ganas de estar contigo —dije—. Parece que esta vez te he echado mucho de menos. —Entre palabra y palabra le daba pequeños besos.

—¿En serio no te ocurre nada más? Pareces un poco alterada. Deja que te mire... Mmm... —suspiró profundamente—. Cuando estoy unos días sin verte, se me olvida lo bonita que eres.

Entonces me abrazó mientras nuestras bocas se fundían en un apasionado beso. Fuimos hasta la habitación, lo llevaba cogido por la cintura y no dejaba de abrazarlo. Al llegar, él se dio la vuelta para mirarme.

—Mi vida, no sabía que tuvieras tantas ganas de estar conmigo —me abrazaba y me daba besos fugaces mientras iba hablando—. Sabes que no me gusta dejarte sola y ahora vengo y te veo tan... cariñosa... ¿Estás bien en serio? —Dijo sintiéndose culpable.

—Claro cielo, es que hoy me he levantado muy contenta y tenía muchas ganas de verte.

—Deja que me asee un poco —dijo—, enseguida estoy contigo. ¡Ah!, mira en el bolsillo de mi chaqueta mientras tanto. —Alargó la mano para indicarme el

lugar.

—¿Me has traído un regalo? —Después de las flores de al-Sáhuir, ya no esperaba ningún otro detalle. Impaciente rebusqué en su chaqueta y encontré un paquete alargado.

—¿Qué es? —Pregunté— No deberías traerme tantas cosas, me vas a acostumbrar mal y luego... —le ofrecí una de mis mejores sonrisas.

—Tendrás que abrirlo si quieres saberlo. Me pareció muy adecuado y no me pude resistir. Espero que te guste.

Algo nerviosa lo abrí muy despacio. Descubrí una bonita y pequeña caja de madera con dibujos tallados en ella. Al abrirla, me encontré con una fina pulsera de oro. En uno de sus extremos, había un pequeño colgante también de oro. Era un chupete, muy gracioso. Me quedé muy impresionada, ya que solamente yo, con la excepción de al-Sáhuir, sabía casi con total certeza que ya estaba embarazada. Noté que se me secaba la boca y, por un momento, pensé que Ramón lo sabía, seguramente sospechaba algo. Me quedé paralizada por momentos.

—¿No te gusta? —preguntó algo confundido—. Parece como si hubieses visto un fantasma, te has quedado pálida.

—¿Un fantasma? ¿Qué?... —Tuve que reaccionar con rapidez. No podía saber nada, solamente había sido la casualidad—. ¡Oh! cariño, es que no me esperaba algo así. ¿Un chupete? —Entonces le dediqué una sonrisa.

—Bueno, si vamos a tener que hacer horas extra para que venga un bebé, quizás esto nos traiga un poco de suerte ¿No crees? Por eso te lo compré, pero me parece que no ha sido buena idea —dijo con un toque de resignación. — Pero, si me encanta y también la pulsera, es que me has pillado tan... ¡por sorpresa!

Entonces me abalancé sobre él, lo abracé con fuerza y lo besé. Después le pedí que me ayudara a abrocharla. Más tarde nos metimos en la cama muy enamorados, en busca del bebé.

Al día siguiente, dormía profundamente cuando Ramón me susurró en el oído.

—Despierta dormilona... hasta dormida eres tan bonita... —musitó cerca de mi oído.

Al abrir los ojos lo vi junto a mí, mirándome con ternura. Muy cariñosamente me besó.

—¿Sabes una cosa, mi amor?, Creo que todo esto del bebé te está poniendo de muy buen humor, además, estás más bonita que nunca. Tienes un brillo especial en los ojos. Seguro que esta vez lo vamos a conseguir, tuve una corazonada en

el mismo momento en que te vi ayer.

Entonces, rápidamente me subí en su regazo y le di un beso en los labios.

—¿Sabes?, esta vez yo también creo que lo vamos a conseguir—afirmé mientras me incorporaba sobre él—. ¿Me preparas el desayuno? Tengo un hambre atroz. Me comería... Mmm —Puse los ojos en blanco— Un bocadillo de tortilla con jamón...

—¿Un bocadillo de tortilla y jamón? Pero..., ¿es posible lo que oigo? —Dijo muy extrañado— ¡Esta chica no es mi chica! —Exclamó y soltó una gran carcajada mientras me miraba a los ojos.

—Bueno y... ¿qué tiene de malo?, así nos vamos acostumbrando ya a los antojos, por si acaso —ambos nos abrazamos y entre risas y besos volvimos a hacer el amor.

Después de comerme el bocadillo, que Ramón me había preparado para complacerme, lo acompañé hasta el garaje. Nuevamente me sentía llena de energía. Sería que ya empezaba a notar los efectos de la primavera, aunque me parecía un poco pronto todavía. Mientras íbamos hasta el coche, yo no dejaba de hablar, todo me parecía perfecto. Gilda también nos acompañaba.

—Me encanta tu buen humor. Y te encuentro guapísima. Oye, si tengo tiempo a medio día, te llamo y te invito a comer. ¿Qué te parece?, tengo que sumar puntos por haberte dejado sola durante este fin de semana.

—Eso sería estupendo. Vale, esperaré a que me llames —nos dimos un beso y se entró en el coche.

Durante el paseo con mi fiel sabueso, encontré a María; le comenté que Ramón había llegado por la noche. Le enseñé el regalo que me había traído.

Le gustó mucho y comentó que seguramente nos traería suerte. Después nos besamos y prosiguió su camino, pues tenía trabajo.

Continué con el paseo. El día era radiante, no hacía demasiado frío. Sin darme cuenta había llegado hasta el lugar donde descansaban los restos de al-Sāhūr. Observé que las plantas que lo rodeaban, estaban ya empezando a brotar. Me senté en uno de los bancos en forma de L, Gilda se sentó a mi lado y me miraba con su cara tristona, tan típica de los sabuesos. No pude dejar de mirar al suelo y a su alrededor. No se veía ningún indicio de que allí pudiese haber una tumba.

Entonces lo noté; en el aire había una sensación extraña. Una ligera brisa me acarició el rostro e hizo ondear mi cabello muy suavemente. Sabía que él estaba conmigo, en su forma transparente, María no andaba muy lejos de allí.

—Hola —musité.

Como sabía que lo podía oír perfectamente no esperaba sobresaltarme, pero sí lo hice al oírlo tan cerca de mí, justo a mi lado.

—*Estás más guapa que ayer todavía. No hay duda de que el embarazo te sienta estupendamente.*

—Me voy a poner muy colorada como sigas diciéndome estas cosas y haciéndome esos regalos. —Entonces recordé su nota. Tendría que guardarla antes de que Ramón pudiese verla. No debía enterarse, porque entre otras cosas, tampoco sabría qué decir, ni cómo explicarle. —¡Ah!, gracias por las flores, son maravillosas. Y la nota también me encantó. ¿Puedo guardarla en tu mesa? No quisiera que alguien la encontrase. No sería justo.

—*Por supuesto. No olvides que también es tu mesa. Ahora todo lo que hay en esta casa es tuyo* —me resultaba muy extraño estar allí, aparentemente, hablando sola.

—Bueno sí, pero todo lo que hay en el escondrijo es tuyo. Por lo tanto, es tu mesa —repliqué.

—*Como tú quieras. Alhamdulillah .*

Sentada en aquel lugar y sabiendo que sus restos descansaban allí y oír su voz, me hacía sentir extraña.

—¿Qué significa eso?

—«*Doy las gracias a alá por haberte conocido y, en cuanto a las flores, solo son mi manera de darte las gracias a ti. Eres una persona encantadora y te has tomado muy bien, que yo esté aquí. Seguramente otra persona no hubiera reaccionado como tú y, mucho menos, me habría aceptado de la manera en que lo has hecho tú*» —susurró muy cerca de mí.

—Debo reconocer que al principio me diste un buen susto y creo que todavía me duele el chichón. —Me sonreí.

—«*Lo siento, debí ser un poco más cuidadoso. Aunque me dolió más a mí que a ti, te lo aseguro. Habría tardado un poco más en contactar contigo, pero tu caída me pilló desprevenido y temí que te hubieses hecho más daño. Quedaste inconsciente, ¿recuerdas? No lo había previsto de esa manera*».

—Y ¿cómo tenías pensado que fuese? —Hablábamos entre susurros. —«*Bueno, en realidad no sabía cómo debía hacerlo para que no te asustaras. Barajaba varias ideas, no me resultaba nada fácil aparecerme ante ti y decirte: “Hola soy un espíritu y vengo para estar contigo durante todo un año”. Lo cierto es que llevaba un tiempo dándole vueltas al tema para no asustarte con la impresión*».

—Creo que podré perdonarte el susto que me diste —le sonreí de nuevo.

Vigilaba a mi alrededor por si María se presentaba de improvisto y me pillaba allí, hablando sola.

—«*No temas, si viene alguien te avisaré*». — Dijo al darse cuenta de yo estaba pendiente de ella.

—De todos modos tengo que irme, se me está haciendo tarde. Es una lástima porque estoy muy a gusto y me quedaría aquí, hablando contigo. —Me sentía especialmente bien en aquel lugar y me dolía tener que irme, pero era preciso renunciar a aquel momento tranquilo y feliz. — ¿Sabes?, tenías mucha razón, este es el lugar más bonito de todo el jardín. Es un buen sitio para descansar eternamente.

—«*Sí, sí que lo es*».

Durante el resto de la semana no hubo nada fuera de lo normal, a excepción de mi hambre voraz y el anhelo de comer tortilla con jamón serrano. Ramón estaba muy extrañado por el cambio de mis hábitos, en las comidas. Yo me encontraba totalmente feliz y mi estado de ánimo era perfecto. Hacía mucho tiempo que no me encontraba tan a gusto conmigo misma.

Por fin había pasado el tiempo suficiente y pude confirmar que realmente estaba embarazada. Llevaba unos días de retraso y ya estaba totalmente segura. Pensé en la manera de decírselo a Ramón; quería que fuese muy especial. Aunque el hijo que llevaba en mis entrañas no era suyo, él no debía de saberlo nunca, entre otras cosas, porque no había forma de hacerle creer que al-Sāhūr, existía en cierta manera.

Tampoco había visto a al-Sāhūr durante los últimos días y empezaba a echarlo de menos; sentía el impulso de estar con él. Aunque me dijo desde el primer momento que estaba embarazada, supuse que no haría falta que se lo confirmara, pero yo sentía esa necesidad, al fin y al cabo éste era mi primer embarazo y, lo quisiera o no, él era el padre de mi hijo.

Había esperado hasta el fin de semana y tenía pensado preparar una cena íntima con mi marido, para comunicarle la buena nueva.

Me parecía muy extraño pero de repente tenía a dos hombres enamorados de mí y yo igualmente de ellos y a un hijo creciendo en mi seno.

El sábado por la mañana, como de costumbre, hicimos la compra y los recados habituales de todas las semanas. Quiso invitarme a comer pero me las ingenié para que desistiera en la idea y así la cena fuese algo especial. Compré unas delicadas flores y unas velas. Pensé en mandarle a comprar algo que, deliberadamente, se me hubiese olvidado y mientras, arreglaría una mesa especial para la ocasión y le sorprendería con una cena con sorpresa incluida.

Todo estaba saliendo como lo había planeado. Después de dar un pequeño paseo por el jardín y de visitar a María y a Luís, consulté el reloj.

—Ya casi es hora de cenar. ¡Ay vaya! — exclamé—, quería preparar una macedonia de frutas y se me ha olvidado comprar las naranjas, además las necesito para el desayuno.

Entonces, y para que mi plan resultara perfecto, me abracé a Ramón y me puse en plan remolona con el fin de conseguir mi propósito. Sabía que con esta actitud lo conseguiría fácilmente y sin que sospechase.

—¿Por qué no bajas en un momento al supermercado y me las traes? —Eché mano de mis tretas femeninas jugando un poco con ventaja—. Anda cielo, hazlo por mí, por favor...

—Bueno venga, pero solo porque eres tú. Me da mucha pereza salir ahora pero... está bien, lo haré —dijo resignado.

Una vez que salió por la puerta, me puse manos a la obra. Habíamos comprado una deliciosa merluza que puse al horno, mientras, preparé una salsa verde para colocar por encima del pescado. A continuación hice unos sabrosos canapés variados y, por supuesto, un plato con jamón y queso. Entonces saqué un elegante mantel que puse en la mesa y coloqué las velas en unos soportes rojos. Organicé un pequeño ramo de rosas en el centro, y coloqué los platos en la mesa. Saqué las finas copas de la cristalería y puse una botella de vino blanco en la cubitera, como complemento de nuestra cena; yo tendría que beber algún refresco.

Había calculado muy bien el tiempo. Justo cuando había terminado de poner el último detalle sobre la mesa, lo oí entrar por la puerta.

—¡Cariño!, un momento. Ya salgo. —Encendí las velas y apagué la luz, tan solo el titilar del fuego en la chimenea y el de las velas iluminaban a penas la estancia, dándole un toque muy acogedor. Salí deprisa antes de que pudiese llegar.

—Qué bien huele, cielo, ¿qué has preparado?

—Te he preparado... —Le abracé y mientras le susurré al oído—, una cena romántica... ¿Te gusta la idea?

—¿Qué si me gusta la idea?... —entonces me dio un beso en los labios — Sabes que me encanta, pero... ¿A qué se debe este honor?, si se puede saber.

—¡Ah!, ¡ah!, tendrás que esperar, ¡todo a su debido tiempo! —Dije haciendo un gesto con el dedo índice.

—Tengo que reconocer que me tienes muy intrigado. Últimamente te noto muy alegre, estás muy contenta y en los ojos te veo un brillo que me encanta — me

volvió a besar pero esta vez fue un beso más apasionado.

—¡Vamos, que se enfría la cena! —Le así la mano y caminé por delante de él hasta llevarle a la mesa. Cuando entramos en el salón, se detuvo.

—¡Pero cielo! ¡Es genial!, solamente que si esta cena tiene que ver con algo que celebramos... —Se quedó pensando como si repasara las fechas a celebrar—. Creo que no me acuerdo, pero... ¡No te he comprado nada! —Me arrastró muy suavemente hacia él y me volvió a besar—. ¡Me tienes muy intrigado!

—Tranquilo cariño... Espera, ten paciencia y disfruta del momento.

Me acercó la silla para que me sentara y luego se sentó frente a mí.

—La mesa está estupenda, ¿cómo has preparado todo esto en tan poco tiempo? Sacó la botella de vino blanco de la cubitera y la descorchó. Se dispuso a servirme una copa para mí y, para que no sospechase nada, dejé que me sirviera. Apenas me rozó el vino en los labios.

La suave luz de las velas, acariciaba nuestras palabras y nuestras risas. En el aire se mezclaban el olor de la comida con el suave aroma de las flores, que alSáhuir me había regalado, creando un ambiente muy agradable.

Al término de la misma, me levanté y me acerqué hasta Ramón. Entonces le cogí de la mano e hice un gesto para que se levantase. Allí de pie junto a él, sentí un escalofrío. Me di la vuelta apoyando mi cuerpo contra el suyo y le coloqué las manos sobre mi regazo. Con mi cabeza contra su pecho, levanté la mirada hacia sus ojos. Él me besó en la frente.

—Cariño —le dije muy suavemente—. Todavía no lo sientes, pero ya está aquí, arropado en mi regazo —me di la vuelta y le pasé los brazos por el cuello.

Vi que la sorpresa se apoderaba de sus gestos. Parecía que no acababa de comprender. Hice un gesto afirmativo con la cabeza y una gran sonrisa iluminó su cara.

—¿De verdad? ¿Estás segura de eso? ¿Tan pronto? —Fue entonces cuando me rodeó por la cintura y me dio una vuelta llevándome en volandas. Colgada de su cuello y notando la alegría entre ambos, vi por un momento la cara de alSáhuir, me pareció verlo allí de pie en un rincón del salón, mostrando una gran sonrisa, pero quizá solo estaba en mi mente.

Sentí su alegría; los ojos de Ramón estaban húmedos y con un brillo especial. Entonces se detuvo y me besó ardientemente.

—Julia, ¿vamos a ser papás? ¿En serio? No sabes lo feliz que me has hecho. Es genial. Ahora tendré que cuidarte más.

—Bueno, eso no está nada mal, pero ya me cuidas mucho —me sentía muy feliz sobre todo al ver que Ramón se había puesto tan contento. Habíamos esperado muchos años y ahora, por fin, lo habíamos conseguido. Para los ojos del mundo, este sería nuestro hijo, pero para los míos, era el hijo de al-Sáhuir. Hice un esfuerzo para concentrarme y olvidarme de él, por unos instantes.

—Siéntate cariño, yo te quitaré la mesa y lo limpiaré todo, tú descansa en el sofá —dijo en un tono muy paternal.

—Pero Ramón, que solamente estoy embarazada, no estoy enferma. Puedo hacerlo yo. Déjame que te ayude, por lo menos.

—¡Ah no! esta noche tú eres la reina y ya has hecho la cena, así que ahora yo lo limpio. Ven, déjate caer en el sofá y levanta los pies. Ponte cómoda.

No me dejó siquiera que entrara ni un solo vaso. Él se encargó de todo. Después le sacó la cena a la perra, cerró todo y volvió junto mí.

—Y ahora cariño... —me pasó los brazos, uno por debajo de la espalda y el otro por detrás de las rodillas. Noté como me cogía en brazos y me llevaba hasta la habitación. Me agarré pasándole los brazos alrededor del cuello—. No sabes cuánto te quiero mi amor. Vas a ver lo bien que te voy a cuidar.

—De eso no tengo la menor duda —sonreí pero sus labios se posaron en los míos. Sentí cómo se estremecía y noté su alegría. Yo estaba encantada. Solamente nueve meses y tendríamos al bebé en nuestros brazos.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, el día era radiante y me pareció que el sol estaba ya, bastante alto. El reloj marcaba las diez y media. Era muy raro que a esas horas todavía estuviese en la cama. Miré a mi alrededor pero no vi a Ramón por ninguna parte. Me levanté de golpe y de pronto noté un pequeño mareo. Me senté de nuevo sobre la cama y cerré los ojos. En unos momentos ya me encontraba mejor y salí en su busca.

—¿Cómo se encuentra hoy mi dormilona? —Se acercó hasta mí y me dio un beso de buenos días—. Te he preparado un desayuno especial.

—¿Por qué no me has despertado? ¡Es muy tarde! —Me quejé.

—¿Y qué prisa tienes hoy? ¡es domingo cielo! y ahora debes descansar y es bueno que duermas.

Después del desayuno en la terraza del ático, muy bien atendida por cierto, dimos un paseo por el jardín. Por el camino nos encontramos con Luís que estaba abonando las plantas para la llegada de la primavera. Ramón no pudo contenerse y le dio la noticia de mi embarazo. Luís se alegró mucho, me abrazó y me besó muy contento. En su cara se podía ver mucha felicidad, después nos dirigimos los tres hacia su casa para decírselo también a María.

Unos metros antes de llegar, Luís la llamó a gritos. María salió de la casa rumoreando alguna cosa.

—¿Pero qué pasa con tantos gritos? —la vi salir frotándose las manos en su delantal.

—¡María, María!, ¡tenías razón! Vamos a tener un precioso bebé. No te habías equivocado.

—¡Lo sabía, lo sabía! —Ella se acercó hacia mí con los brazos abiertos y me abrazó con todas sus fuerzas—. Estos días estás más preciosa que nunca. Se lo dije a Luís y no me he equivocado —Después corrió a los brazos de Ramón que la cogió por la cintura y con un fuerte abrazo la levantó por el aire dándole una vuelta.

—¡Vamos a ser padres, María! —Exclamó entre risas.

Era muy grato verles allí tan contentos y tan felices por la reciente noticia. Yo también lo estaba. Entonces me acordé de mis padres.

Hubiera sido maravilloso tenerles a mi lado para compartir con ellos tan esperada noticia, pero tendría que conformarme con Luis y María, de alguna manera, ellos también eran mis padres.

Continuamos un largo paseo por la finca hablando, sobre todo, del embarazo y de cómo sería el bebé; si sería niño o niña y de lo contentos que se iban a poner nuestros amigos cuando se lo dijésemos. Pensamos en hacer una comida con ellos para celebrarlo. Sin darnos cuenta llegamos hasta el lugar donde al-Sāhuir descansaba eternamente. Ahora que sabía que sus restos estaban allí, mi cuerpo se estremecía de manera intensa y me resultaba difícil controlarme para que Ramón no notase nada extraño; no lo conseguí.

—¿Te ocurre algo cielo? —Me preguntó—. ¿Tienes frío?

—No, cariño, solo ha sido un escalofrío. Pensaba en mis padres, me hubiera gustado tanto que mi madre estuviese conmigo en estos momentos. Pero bueno, tengo a María... y por supuesto te tengo a ti—, pensé entonces que tenía junto a mí a las personas que más quería, a mi marido, a Al-Sāhuir y a mi hijo. Ramón me tenía cogida por la cintura y yo le rodeaba con los brazos por el cuello. Me dio un suave beso en los labios. Aún temblaba y luchaba por controlarme a sabiendas de que él lo notaba. Me abrazó con fuerza.

—Estoy totalmente seguro, de que tus padres, allí donde se encuentren, estarán tan contentos como yo. Hubieran sido unos abuelos maravillosos, estoy seguro de ello, aun sin haberles conocido. —Dijo.

—Sí, lo sé. —Un nudo me oprimía la garganta. Apenas recordaba sus rostros. Entonces, por encima de sus hombros pude ver algo que me dejó con la boca

abierta. Estábamos a mediados de marzo y ya había florecido un clavel blanco que sobresalía sobre el verde de las plantas. Para estar al aire libre, parecía pronto para que empezasen la floración.

—¿Entramos en casa?, no quiero que cojas frío. Además es hora de empezar a preparar algo para comer.

—Sí, vamos.

Ramón se encargó de que yo no estuviese triste. Preparamos la comida y entre bromas y risas terminamos de comer. Después nos relajamos en el sofá mientras empezaba una película en la tele.

No fui consciente de que me había dormido, hasta que me despertó muy suavemente. No sabía dónde estaba, ni si era de día o de noche. Me costaba creer que pudiera quedarme dormida tan profundamente durante una siesta. ¿Tendría esto que ver con mi embarazo? Realmente estaba notando pequeños cambios en mi cuerpo. No había duda de que algo en mí estaba cambiando.

El lunes llamé al ginecólogo y concerté una visita. Me dio hora para el viernes siguiente, así que pronto vería su corazoncito latir. Se me pasó por la cabeza la idea de que pudiese tener gemelos, ¿por qué no?, pero desistí ante ese pensamiento. Bastante difícil era ya aceptar que el bebé era hijo de un espíritu, como para pensar que además tuviese gemelos. No, sería uno o quizá una, pero nada más.

Pasé la semana esperando la llegada del viernes. Los días se sucedieron sin ninguna novedad y por fin nos encontramos en la consulta del médico.

—Bueno parece que al final lo habéis conseguido, os doy mi enhorabuena. Bien vamos a ver qué tal está todo por ahí dentro —dijo sonriendo.

Me acosté sobre la camilla, el médico me hizo la ecografía y Ramón y yo pudimos ver con gran sorpresa, como latía su corazoncito. Una sensación de felicidad se apoderó de nuestras caras. Ramón tenía cogida mi mano y noté como la apretaba ligeramente cuando vimos sus latidos.

—Bien según mis cálculos este bebé llegará al mundo para mediados de noviembre, depende de las ganas que tenga de ver a sus padres. —El médico soltó una risa al ver nuestras caras de satisfacción, mientras mirábamos a la pantalla—. Todo está bien, perfecto.

Ya en casa solo deseaba tener un rato para contarle a al-Sähuir, todo lo que nos había dicho el ginecólogo y decirle que había visto como latía su pequeño corazón. No le encontraba por ninguna parte. Pasaron muchos días pero no conseguía verle. Mi preocupación iba en aumento, temía que se hubiese marchado, pero ahora no podía hacerlo porque yo le necesitaba a mi lado. Me

sentía muy egoísta, pero quería que él estuviese conmigo. Quería que le conociese, que lo viera por lo menos una vez.

Estábamos a finales de abril. En la ciudad habían empezado las fiestas en honor a San Jorge, en ellas se conmemoraba la última batalla que el caudillo, AlAzraq había librado por conquistarla. Los padres de Ana vivían en plena plaza de España, desde donde veíamos las fiestas casi todos los años; era un lugar privilegiado ya que se podían ver todos los actos.

Antes de irnos, fui hasta el zulo en su busca. Yo sabía que no aparecería mientras Ramón estuviese en casa, pero necesitaba saber que estaba allí, cerca de mí. Hacía casi un mes, más o menos, que no sabía nada de él. Bajé hasta el escondrijo. Todo estaba en silencio. Lo llamé antes de accionar la palanca de la media luna pero nadie me contestó, eso me extrañó mucho. Mientras entraba, lo volví a llamar, pero tampoco obtuve respuesta. Encima de la mesa estaba abierto el libro que escribía. Me acerqué con la intención de leer lo que había escrito, pero de pronto mis pies se detuvieron. Al-Sähuir no quería que lo leyese todavía. Sentía curiosidad, pero no estaba bien. Volví a llamarle, de nuevo no obtuve respuesta.

Decidí bajar hasta su habitación aunque dudé de mi decisión, pero me dirigí hacia la puerta que conducía a la escalera de caracol. Desde allí volví a llamarle, pero nuevamente obtuve silencio. Todo esto me estaba empezando a poner nerviosa. No era normal en él que no contestase a mis llamadas. Con mucho cuidado bajé la escalera sujetándome a la pared, para no dar ningún traspíe. Mientras bajaba, sentía una sensación que me agobiaba; me faltaba el aire. Respiré profundamente y proseguí con mucho cuidado. Al llegar abajo, volví a llamarle, de nuevo hubo silencio. Sin pensármelo dos veces entré en lo que era su habitación. El camastro estaba vacío. ¿Dónde podía estar? ¡No se habría tenido que marchar ya!, me había dicho que estaría durante todo un año más o menos. No podía haberse ido, yo le necesitaba. Tenía que ver a su hijo antes de su partida. Yo quería que le conociese. Algo en mi estómago se encogía ocasionándome un profundo dolor.

Salí de sus aposentos y fue entonces cuando me di cuenta; en un rincón, justo donde acababa la escalera, había una puertecilla en la que no había reparado la vez que estuve allí. Me acerqué llena de curiosidad; estaba ligeramente entornada. Mis manos temblaban mientras entreabría la pequeña puerta. Miré a través de ella pero solo encontré oscuridad y una rara sensación. Dudé a la hora de decidir qué iba a hacer. De pequeña siempre había tenido mucho miedo a la oscuridad y sabía que le tenía mucho respeto. No se veía

absolutamente nada. ¿Qué podía hacer? Después de pensarlo detenidamente opté por volver a casa. No sabía adónde me dirigía aquella oscuridad y tampoco estaba segura de si me encontraría con él, así que di media vuelta dejando la puertecilla tal y como la encontré y empecé a subir la escalera. Estaba muy desconcertada. ¿Dónde podía estar? Hasta el día de hoy, no había notado su ausencia, pero hoy en cambio, me sentía muy sola. Al mirar hacia la mesa, pensé en dejarle una nota. Me acerqué hasta el escritorio y busqué entre sus cajones algún pedazo de papel, al fin lo encontré. Rápidamente escribí:

Te he estado buscando pero no he podido encontrarte. Quería hablar contigo para decirte algo importante para mí. Espero que sigas por aquí todavía. Un beso. Julia.

Dejé la nota sobre el libro abierto, sin querer mirar nada, pero mis ojos fueron más rápidos y por un breve momento leí algo:

Me considero muy afortunado por haberla conocido.

No quería leer nada más. Salí a toda prisa de allí, además era ya tarde y Ramón me estaría buscando. Subí rápidamente al ático, justo cuando oí que me llamaba. ¡No podía haberse ido ya!

Pasé el día, nerviosa pensando dónde podría estar al-Sáhuir. ¿Estaría molesto por vernos tan contentos a mi marido y a mí con la llegada del bebé? No creí que estuviese celoso por aquello, ya que me dejó muy claro desde el principio, que el bebé no sería cosa suya; aunque él me lo había dado, no pensaba que fuese motivo para los celos. Algo extraño debía de haberle sucedido ya que era muy raro que estuviese tanto tiempo sin dejarse ver.

Al día siguiente, domingo, Ramón tenía que llevar hasta el aeropuerto a Jorge y a Sole, que querían visitar a unos amigos de Zaragoza y aprovechaban los días de fiesta que quedaban; ya que los abuelos se quedaban con sus niños. Mi idea era buscarle, así pues, opté por dar una excusa; mejor me quedaba en casa ya que mis náuseas empezaban a ser bastante frecuentes y no me encontraba del todo bien.

Cuando Ramón se marchó, mi preocupación seguía muy latente. Cogí una buena linterna y rápidamente me dirigí hacia el escondrijo; Gilda me acompañaba, pensé que me vendría bien su compañía por si tenía que adentrarme en la oscuridad.

Delante del panel lo llamé y, tampoco hoy, obtuve respuesta. Entonces

decidí entrar. En su mesa, la nota seguía en el mismo lugar donde la dejé, se me hacía muy raro que no hubiese aparecido. ¿Qué podría haberle ocurrido a mi ángel de la guarda? Empezaba a estar muy preocupada por él. Notaba que me estaba poniendo muy nerviosa y sentía una presión en el estómago, inconscientemente llevé la mano hasta mi regazo y pensé «al-Sähuir, dónde estás». Encendí la linterna y con cuidado bajé de nuevo por la estrecha escalera. Al llegar al final, la puertecilla seguía tal y como yo la había dejado el día anterior, la abrí de nuevo y dirigí el haz de luz hacia la oscuridad. Ante mí se abría un largo pasillo abovedado, más bien parecía un largo túnel, por el que entré y empecé a caminar; Gilda seguía mis pasos. La presión en el estómago iba creciendo. Seguí caminando, de vez en cuando miraba hacia atrás para ver el trayecto recorrido. Noté que había una ligera pendiente apenas perceptible. En la mente iba trazando el recorrido del pasadizo a través de la finca para saber a dónde me llevaría; si es que conseguía encontrar la salida. El túnel estaba muy bien construido, no se veían infiltraciones de agua y no hacía demasiado frío. Su construcción parecía bastante antigua pero se la veía muy segura, sin peligro alguno. Supuse que al-Sähuir lo habría construido, para poder huir en caso de necesitarlo. Miré al suelo detenidamente, era de tierra aunque estaba casi como asfaltado; parecía que se hubiese usado mucho en alguna época. Se podía ver alguna huella de ruedas de carro incluso había huellas de caballo. ¿Cuántos años tendrían aquellas huellas? ¿Serían de la época en la que él vivió en la casa?, si era así, tenía ante mí huellas de ocho siglos y algunas estaban intactas.

Seguí caminando. Oía mis jadeos al andar; entrecortados de puro nerviosismo y algo de miedo entremezclado. Miré la hora en mi reloj; ya llevaba casi veinte minutos caminando con paso ligero. Al cabo de unos cinco minutos más, divisé el final del subterráneo. Aceleré más el paso con el fin de tener tiempo suficiente y poder examinar lo que habría al otro lado y encontrar a al-Sähuir por alguna parte. La luz entraba por la boca del conducto. En unos minutos llegamos al final. Gilda se adelantó unos cuatro o cinco metros pero no ladró al salir, la llamé para que no se alejara más de la cuenta, ya que no tenía ni idea de adónde me había conducido aquel largo y oscuro corredor.

Con mucha curiosidad salí al exterior y observé durante unos segundos para situarme. La maleza estaba muy crecida y casi no se podía pasar. Examiné mi alrededor. No había indicios de que allí hubiese ningún camino. Haciéndome paso entre la vegetación, observé que había unos arbustos que estaban sueltos delante de la entrada, con mucho cuidado los aparté y pude

llegar hasta un pequeño montículo. No reconocí el lugar; estaba al pie de la montaña y, su acceso, estaba totalmente oculto, como si no existiese. Volví sobre mis pasos y coloqué con cuidado los arbustos para dejarlos como los encontré, y muy desanimada, me encaminé a pasar nuevamente el oscuro y solitario túnel. Por segunda vez volvería a cruzarlo pero ahora la decepción se había apoderado de mí. Esperaba encontrarlo al otro lado. ¿Dónde podría estar?, empezaba a admitir que se había ido para siempre. Me hubiese gustado mucho estar con él, mientras mi hijo iba creciendo en mi seno. Hubiese querido que lo conociera antes de irse y que se hubiese despedido. Quería haberle dado un beso y un fuerte abrazo y decirle cuánto significaba para mí el hijo que me había dado, y lo mucho que le había querido, pero todo parecía indicar que al-Sāhūr ya no estaba. No sabía dónde más buscarlo; cruzarlo había sido mi última esperanza. Tendría que admitir que nos había dejado, por alguna razón que no comprendía.

Absorta totalmente en mis pensamientos no me había dado cuenta de que la luz de la linterna se estaba agotando y calculaba que todavía estaba por mitad del trayecto. «¡Vaya faena!», pensé. Esto no lo había previsto, tendría que acabar de pasarlo totalmente a oscuras. De nuevo un fuerte dolor en el estómago acudió a mí, presa del pánico que me provocaba la oscuridad. Empecé a correr para acortar el camino que me faltaba para llegar a casa. Era inútil, la linterna acababa de apagarse por completo. Tenía tanto miedo que hasta respirar me provocaba dolor. El sonido de mis pasos y de la respiración entrecortada, sonaban sordos en mis oídos junto con los pasos de la perra, caminando a mi lado; sus recias uñas iban friccionando el suelo, provocando un ritmo sonoro y continuo.

Mi mente recordaba que siendo pequeña, cuando perdí a mis padres, tenía muchas pesadillas y la más frecuente era, sin duda, caminar por un terrible pasadizo sin salida y totalmente a oscuras. Respiré muy hondo durante medio minuto o así, con el fin de tranquilizarme el máximo posible. Un poco más tranquila volví a seguir mi camino. Calculaba que debía de estar por la mitad del camino o quizá un poco más adelante, cuando de pronto un extraño sonido me alteró. Me quedé quieta y agucé el oído. Unos golpes parecían resonar por el conducto subterráneo pero me pareció que estaban muy lejos y que sonaban como pisadas. No sabía exactamente por dónde venían, si por detrás o quizá por delante. La respiración se oía todavía más fuerte, incluso podía oír los latidos del corazón. Llevé las manos hasta el regazo y agradecí que estuviese en los primeros meses de embarazo ya que, ahora, se notaba bastante más la

pendiente; cuesta arriba y caminando tan deprisa como podía, notaba que me estaba faltando el aire.

Nuevamente aguanté la respiración para escuchar atentamente. Las pisadas se oían mucho más cerca. ¿Quién podría ser?, suponía que por allí no pasaba nadie, además acababa en mi casa, y pensé que no lo conocería ninguna persona, a no ser mi “fantasma”.

Cada vez se escuchaban con más claridad, ahora ya estaba totalmente segura de que eran las pisadas de un animal. Miré hacia atrás porque estaba casi segura, que venían desde allí. Todo estaba oscuro, no podía ver absolutamente nada. No sabía qué hacer, aunque me quedara pegada a la pared, fuera quién fuese, notaría mi presencia y la de Gilda. Me extrañaba mucho que ella no ladrara. ¿Estaría todo en mi cabeza? ¿Sería alguna de mis pesadillas de cuando era pequeña?

Presentía que ya lo tenía a unos diez metros o quince todo lo más, ahora estaba segura de que se trataba de un caballo. No había duda, pero ¿qué hacía este animal en un túnel del que nadie sabía de su existencia, ni siquiera yo misma hasta ayer? Casi al borde de la desesperación y del pánico que me invadía, pegué mi cuerpo contra la pared y puse los brazos rectos y las manos pegadas también; la piedra estaba húmeda pero no demasiado fría, aunque noté que las manos estaban mojadas. Decidí no llamar a la perra con el fin de pasar lo más desapercibida posible, ante quien estuviese conmigo. De pronto presentí que el equino se detuvo. Contuve la respiración pero los latidos del corazón iban a delatarme. Percibí el calor del animal y el aire que salía por su hocico. Fue entonces cuando sentí que mis fuerzas me abandonaban y un fuerte mareo se apoderó de mí. Quise sujetarme a algo pero no encontré nada donde hacerlo. Noté que las piernas se me doblaban y no podía evitarlo. Las fuerzas me abandonaron por completo y me desplomé.

Tiempos lejanos

Me pareció que había perdido la consciencia durante unos momentos. Pero de nuevo el pánico volvió a apoderarse de mí; la pesadilla no había terminado todavía. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados, pero de lo que sí estaba segura es que estaba montada en un caballo y alguien me abrazaba; noté que mi cabeza se apoyaba sobre el cuerpo de alguien; mis piernas estaban por encima de las suyas y me pareció que caminábamos hacia atrás, lo que me indujo a pensar, que alguien me había recogido y me había montado sobre el animal y, para que no me cayese, lo había hecho sentándome al revés y así podía sujetarme mejor.

Me sentía paralizada por el miedo. Me quedé quieta sin mover ni un solo dedo. Con mucho cuidado aspiré aire para ver si reconocía en él, el aroma de alSáhuir, pero en vez de su olor, solamente percibí el aroma que desprendían las ropas que habían estado en contacto con animales. Este olor me hizo recordar a mi bisabuelo, cuando tenía dos caballos y unos burritos en el establo. El olor de la paja; el olor del líquido que usaban para limpiar las cuadras y curar sus heridas; el olor inconfundible del sudor de los animales. Era curioso que todas aquellas sensaciones acudiesen a mi cabeza en un momento de pánico.

No sabía si hablar o quedarme callada como si estuviera, todavía, sin sentido. A pesar del miedo que sentía, decidí quedarme quieta hasta que pudiese divisar algo de luz y ver quien me había “rescatado”. En aquel momento el movimiento del jinete me hizo pensar que girábamos hacia la izquierda y que el caballo doblaba una esquina. ¿A dónde nos dirigíamos?, durante todo el trayecto no había ni una sola curva; todo había sido recto.

Continuaba estando en total oscuridad. Notaba la respiración del jinete que me abrazaba. De pronto un fuerte olor conocido me inundó la nariz. Me pareció volver a la niñez; creí que estaba muy cerca de las cuadras, pero ahora ¡no teníamos caballos! Los establos estaban totalmente vacíos. Entonces oí un relincho bastante cerca. ¿Dónde me encontraba? En aquel mismo momento, empecé a ver algo de luz. Rápidamente cerré los ojos. Decidí permanecer quieta, hasta ver quién era la persona que me llevaba consigo. El miedo me corría por las venas. A nuestro alrededor se oían voces, cascos y relinchos, oía como los mismos piafaban en sus cuadras, gente que iba y venía.

Me costaba mucho mantener los ojos cerrados, la curiosidad estaba a la par con el miedo que sentía. Entonces oí la voz de alguien que parecía dirigirse, al jinete que me llevaba en sus brazos.

— Ibn. ¿Qué ocurre? ¿Quién es? —Era una voz grave y profunda.

Sentí unos fuertes brazos que me cogían con mucha suavidad. Ahora sí que estaba del todo perdida. ¿Qué hacer?, no iba a simular un desmayo, puesto que no podría soportarlo. Así que... suspiré y muy despacio abrí los ojos. No podía creerlo. Estaba abrazada a un hombre tapado de pies a cabeza. Vestía ropas árabes, totalmente de negro. En su cabeza, un turbante le cubría todo el rostro. Del mismo, le caía por delante una especie de faldón que le mantenía la cara oculta, tan solo se le veían los ojos. Eran los ojos más azules que había visto jamás. Sin duda pensé que serían los ojos de al-Sähuir, pero no podía estar segura. Seguía paralizada. Sin embargo el corazón me latía con una fuerza y a un ritmo desmedido. En cada uno de los latidos, notaba un ligero dolor que me oprimía el pecho. De nuevo, oí la misma voz.

— Yo la sujeto mientras descabalgas, Ibn.

Alguien me sujetó, mientras el jinete desmontaba y regresaba para cogerme por debajo de los brazos. Noté su fuerza sobre mí. Me dejé llevar con gran esfuerzo, ya que tenía el cuerpo rígido. Como pude, pasé los brazos por su cuello para no caerme y noté que me acogía en sus brazos. No podía dejar de mirarle a los ojos, sentía una total atracción que me dejaba sin fuerzas. Llegamos hasta un banco de piedra que había en la misma caballeriza y me dejó muy suavemente. Entonces se arrodilló ante mí y cogió mi mano. El corazón me dio un vuelco que pude sentir tan fuerte, que me pareció que había tropezado con alguna de mis costillas.

—¿Te encuentras bien, Julia? —¡Era al-Sähuir!, ya no tenía ninguna duda. —
¿Eres tú?

De repente todo el miedo acumulado en mi cuerpo estalló sin yo quererlo y los ojos se me inundaron de lágrimas; me sentí segura aunque no sabía dónde me encontraba, pero tenía muy claro que estando junto a él, no tenía nada que temer.

—Sí, soy al-Sähuir. ¿Qué hacías ahí dentro? —Preguntó extrañado. —Te estaba buscando; hacía días que quería verte y no sabía dónde estabas, pensé que te había ocurrido algo inesperado y, al no encontrarte por la casa, creí que te habrías marchado para siempre. —Estaba muy nerviosa, el miedo que sentí en la oscuridad, me había puesto frenética y ahora, que estaba con él, no sabía si llorar o reír; estaba desconcertada.

—Tranquila, tranquila, ya pasó todo. Serénate —me hablo con voz suave.

—¿Dónde estamos? —Miré en derredor, parecía que estábamos en las cuadras de casa, pero todo estaba muy cambiado. Había dos o tres mozos que vestían ropas árabes y los establos permanecían llenos de caballos por todas partes. El árabe que me había ayudado para que al-Sāhuir pudiese bajarme del caballo, estaba quitándole los arreos que llevaba y lo bañaba y aseaba antes de llevarlo hasta la cuadra para darle paja.

—¿No la reconoces? —Preguntó quitándose el turbante que llevaba. Parecía que viniese de una larga caminata. Estaba más moreno y le vi mucho más envejecido y también muy cansado.

—Pues..., me parece que son las cuadras de mi casa, pero todo esto no está como yo lo he dejado. ¿Qué ha pasado? —Pregunté sin entender nada.

—Creo que tendría que habértelo explicado en su momento, pero de todas formas no creo que hubiese servido de mucho. Verás, al cruzar el túnel has cruzado la línea que nos separa y como yo estaba ahora en tu casa; tú vienes al pasado y yo voy al futuro. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Creía que podía entenderlo, pero pensaba que todas estas cosas no podían ser reales, recordé las películas en que la gente de hoy viaja por el tiempo, hasta la corte del rey Arturo o al contrario. ¿Podía suceder realmente? Estaba hecha, un verdadero lío. ¿Y Ramón? ¿Y mi vida? ¿Qué iba a ocurrir? De nuevo volví a abrazar mi regazo.

—Tranquila, él sigue ahí. Todo está bien. Solamente has viajado en el tiempo, ochocientos años atrás, nada más —sus labios esbozaron una sonrisa—. Pero tu vida sigue en tu tiempo real, sé que es difícil de entender, pero puedes estar tranquila, seguramente nadie notará tu ausencia. Aunque te parezca que estás aquí mucho tiempo, nadie lo notará.

—¿Quieres decir que estoy viviendo en el año 12...? No me dejó acabar la frase.

—Sí, justamente. Estamos en el año 1276. Acabo de dar escolta a Al-Azraq que acaba de venir de su exilio y le he llevado a un lugar seguro; ando de incógnito por estas tierras y el subterráneo es la única entrada a la casa. Me parece que vas a vivir uno de los capítulos de la historia.

Todo aquello me parecía imposible de creer. ¿Cómo podía estar en el pasado? Y además... ¿nadie iba a notar mi ausencia mientras yo estuviese “fuera”? No entendía nada. Pero creía en al-Sāhuir. Si él me había explicado todo aquello, debía de ser así. Decidí hacerle caso y en contra de mis pensamientos y creencias, opté por creerle.

Por fin me pareció que había recobrado el autocontrol. Después de unos instantes me encontraba ya mucho más tranquila. Me puse de pie y comprobé que estaba mejor.

—Bien. Creo que puedo entenderlo —Aseguré con voz firme.

—Estupendo. En ese caso, ahora eres mi invitada de honor. En primer lugar te voy a presentar a mi familia. Y... luego te iré poniendo al día. ¿Te parece bien? — Su sonrisa era bonita pero su gesto, cansado.

—¡Me parece increíble! Voy a conocer a tu gente. Es como estar soñando, pero despierta —no dejaba de pensar que todo era, sencillamente, extraordinario. No sabía durante cuánto tiempo duraría; pero iba a vivir la historia o, al menos, un pedacito de ella.

En aquel momento, se acercó el nazarí que me había ayudado antes. También iba vestido de negro. Llevaba un turbante igual al suyo; acababa de quitarse la tela que le cubría el rostro.

—Ibn, todo está dispuesto. Esperamos tus órdenes. —Dijo con voz baja.

Al-Sāhuir le hizo un gesto con la mano para que se detuviese. Entonces se dirigió hacia mí, y nos presentó.

—Julia, este es Abembassol. —Reconocí el nombre por lo que al-Sāhuir me había contado en el escondrijo. —Abembassol, te presento a Julia. —Muy educadamente me saludó.

—¿Nos disculpas un momento, por favor? —Al-Sāhuir dijo estas palabras mientras me dirigía una de sus sonrisas.

—Faltaría más —le respondí.

Entonces me separé de ellos unos metros, pero no pude evitar escucharles. Hablaron en árabe, y no pude entender ni una palabra. Observé que Abembassol era casi tan alto como al-Sāhuir. Tenía una honda cicatriz que le cruzaba medio rostro en diagonal y entre sus ojos, hasta perderse en su barba. Su nariz estaba algo deformada. Después de unos minutos, Abembassol nos dejó y al-Sāhuir se dirigió hacia mí.

Salimos de las cuadras y nos dirigíamos al jardín. Por unos momentos me quedé helada. ¿Dónde estaba mi jardín? En el centro había un cedro, era grande pero ni mucho menos el cedro que yo esperaba encontrar. Me di cuenta de que todo estaba muy diferente, era lógico.

Desde donde me hallaba se veía el cenador; estaba totalmente terminado, pero las plantas y árboles, a los que yo estaba acostumbrada, no tenían nada que ver con los que veía ahora. En mi jardín la luz del sol no podía entrar por ninguna parte, en cambio aquí, entraba y parecía pasearse a sus anchas.

Cruzamos una parte del jardín hasta llegar al pie de la escalera que conducía a la casa. De pronto reparé en mis ropas; eran de mi época y desentonaba totalmente al lado de al-Sáhuir. ¿Cómo me presentaría ante su familia?

—Un momento. ¿Has visto mis ropas? ¿Cómo vas a presentarme? ¿Qué les vas a decir? —Pregunté confundida.

—No te preocupes, ellos lo entenderán. En su día ya vivieron este momento de sus vidas; ahora es tu sueño. Confía en mí.

Y así lo hice. No quería complicarme demasiado, entre otras cosas porque no acababa muy bien de entenderlas, pero confiaba plenamente en él. Sentía algo de nervios ya que iba a ver mi casa acabada de construir. Iba a conocer a su mujer y a su hijo Abdallah, a su esposa y a su nieta. Todo ello me parecía fascinante, teniendo en cuenta que, de alguna manera, también eran mi familia. Entonces decidí que lo mejor que podía hacer, era vivir aquel momento, durase lo que durase, y disfrutar al máximo de mi estancia en el pasado y en su “casa”.

Al subir los diez escalones que conducen hasta el invernadero, observé que ya estaba todo terminado de construir. Torcimos a la derecha siguiendo la escalera, y subimos los diecisiete peldaños que llevan a la casa principal. En el rellano, vi las palmeras de piedra que presiden la entrada de la casa. Hay una a cada lado, en una punta y en la otra. Me quedé mirándolas puesto que estaban blancas, limpias y relucientes; en mis tiempos se ven muy envejecidas y ennegrecidas por el paso de los siglos, aunque se conservan intactas.

—Son las palmeras del desierto que nos recuerdan nuestra procedencia. Y ahora sé, que presidirán la casa por muchos años —puso los ojos en blanco. Eran tantas las cosas que estaba viviendo, que no podía casi ni hablar. Entonces oí una agradable vocecilla que venía desde el interior.

—¡Abuelo, abuelo!, ya estás aquí.

Una hermosa niña de unos seis años, salió corriendo y se colgó de su cuello. No paraba de besarlo y él la abrazaba con una gran sonrisa en su cara. Vestía unas ropas árabes muy bonitas.

—Pero... ¿Quién es esta niña tan grande? ¡no la conozco! —Exclamó mientras la zarandeaba.

—Abuelo que soy yo, Zaira. ¿No te acuerdas de mí? —Preguntó con inocencia. —¡No puede ser! Zaira es una pequeña y tú ya eres mayor.

La niña reía muy contenta y feliz mientras que su abuelo, le daba vueltas por el aire.

—Que sí abuelo, que soy Zaira —exclamó la niña.

—Deja que te eche una mirada con detenimiento. ¿A ver...? Sí, es verdad, es mi pequeña Zaira —la nieta y el abuelo se abrazaron—. Quiero que conozcas a alguien muy especial. Zaira, esta dama es Julia. Julia, esta hermosa niña es mi nieta.

Como estaba en brazos de su abuelo, le hice una pequeña reverencia de la cual ella se rio, poniendo sus manitas sobre los labios. Aprecié que era encantadora. Sus ojos eran iguales a los de al-Sähuir y los míos, y tenía el pelo largo por los hombros, de color negro y rizado. Rápidamente imaginé que también yo podría tener una hija tan bonita como ella.

De su mano, al-Sähuir y yo entramos en la casa. Había varios cambios en ella. Todo estaba nuevo y reluciente. Tenía muchos detalles árabes por todas partes y los muebles, nada tenían que ver con los que tenía yo en la actualidad. En ese momento una esbelta mujer, de la edad de al-Sähuir poco más o menos, supuse que sería su esposa, salió para recibirnos. Era morena de piel y de cabellos y, sus ojos, negros y rasgados; era muy hermosa y sus movimientos al caminar, muy elegantes. Vestía auténticas ropas árabes que me fascinaron; iba muy sencilla pero parecía una reina. Al-Sähuir la llamó por su nombre y ella se acercó con una gran sonrisa en los labios.

—Najma, te presento a alguien muy especial. Ella es Julia —hizo una pequeña pausa—. Julia, esta es Najma, mi esposa

Por un breve momento no supe cómo reaccionar; no sabía la forma que utilizaban los musulmanes para saludarse y menos todavía, ochocientos años atrás, así que me quedé mirando a al-Sähuir en busca de su ayuda. Pero sin darme tiempo, Najma me tomo de la mano y me saludó muy correctamente.

—Bienvenida Julia, aquí somos todos una gran familia —su voz era dulce y melodiosa.

—Muchas gracias, Najma —respondí, intentando estar a su altura.

—Estás en tu casa, pasa por favor —La esbelta mujer hablaba con mucha elegancia, y su voz sonaba muy agradable.

Desde la sala de música, vi salir a una pareja que debían tener mis años más o menos; él se parecía a al-Sähuir, pero también se le veían rasgos de su madre. Tenía los ojos de su padre. Sus ropas eran bastante parecidas. Ella, cogida de su mano, también era muy bonita; sus ropas, al igual que las de Najma, eran sencillas; ambas llevaban un velo que les cubría media cabeza y les caía en una forma muy graciosa sobre su ropa, de colores vivos y muy bien combinados. Al-Sähuir, les hizo un gesto para que se acercaran.

—Abdallah, Kamaria, os presento a Julia —girándose hacia mí continuó la

presentación—. Julia, estos son mi hijo Abdallah y Kamaria, su esposa; los padres de Zaira —ambos se dirigieron hacia mí para darme su saludo de bienvenida. Abdallah esperó a que Kamaria me saludase en primer lugar, luego, muy educadamente, lo hizo él.

Después de las presentaciones, al-Sähuir, quiso enseñarme algo y me indicó que lo acompañara. Nos dirigimos hacia el solárium.

—Ven Julia, quiero que veas uno de mis lugares preferidos.

Me quedé totalmente fascinada; la sala seguía siendo la misma, pero en el suelo había dispuesta una enorme alfombra que parecía muy mullida y había un montón de almohadas bien ordenadas. El lugar invitaba a sentarte cómodamente. Justo detrás, había una escalera central y a ambos lados de la misma, unas enormes jaulas cubiertas con unas rejas de hierro forjado en negro, que formaban dibujos de una gran laboriosidad; un trabajo exquisito. En su interior descubrí unas aves que me parecieron majestuosas.

—Mira Julia, estos son algunos de mis valiosos tesoros. Esa de ahí, es un águila real; este de aquí delante es un azor y allí, en la otra jaula, tenemos dos halcones peregrinos. Los musulmanes solemos utilizar a estas aves para la cetrería. Las privamos de su libertad por un tiempo y las tenemos sin comer durante unos días, luego las enseñamos a cazar y las alimentamos. cazamos con ellas y después les devolvemos su Durante una temporada libertad nuevamente, y volvemos a repetir el proceso con otras aves —al-Sähuir parecía muy orgulloso de aquellos preciosos animales—. Cada una de ellas se utiliza para diferentes modos de caza. Por ejemplo, el azor realiza una especie de vuelo bajo; solemos utilizar a las hembras, ya que su peso es mucho mayor que el de los machos, y así pueden cazar mejores piezas. Pero de todas ellas la que más impone, quizá sea el águila real. Es la más grande y verla cazar es algo digno de ver, sin duda un verdadero espectáculo.

Estaba alucinada con aquellas aves tan majestuosas. Yo sabía que los musulmanes siempre habían utilizado a las aves rapaces para cazar, pero nunca hubiese imaginado que fuesen tan bellas; y tampoco las había visto desde tan cerca. Pero al observarlas más detenidamente, me di cuenta de que una de las jaulas tenía una separación, y por detrás de ésta, me pareció ver otra ave todavía mucho más grande. Estaba sobre una rama del tamaño de mi brazo. Debía de medir unos ochenta o noventa centímetros de alto. Estaba con los ojos cerrados; parecía que dormía.

—¿Qué ave es aquella que está allí sola? —Le pregunté curiosa. Me parecía realmente grandiosa y espectacular.

—¡Ah, te gusta! Es un búho real, Abdallah lo recogió hace un par de años, tenía un ala rota. Después de curarlo y cuidarlo, lo hemos soltado muchas veces pero siempre vuelve aquí, debe de ser que le gusta mucho nuestra compañía —era increíble todo lo que estaba viviendo y mi casa estaba preciosa, bastante distinta pero me encantaba.

Al cabo de unos minutos me dijo que lo siguiera. Supe que me llevaba al piso de abajo. Imaginé, no sé por qué razón, que nos dirigiáramos hacia el salón de las palmeras. Mientras bajábamos por las escaleras, no dejaba de mirarlo todo. Cuánto veía me atraía. Podía ver que con el paso de los años se habían perdido muchas cosas que la casa contenía ahora.

Llegando al gran salón, observé que las puertas estaban cerradas. Al-Sähuir, se detuvo delante de ellas.

—¿Estás preparada? —Notaba los nervios a flor de piel. No era capaz de entender la sensación que me provocaba toda aquella situación, era como si al-Sähuir, estuviese enseñándome mi propia casa, pero, en realidad, no era mi casa; preferí no pensarlo y decidí disfrutar del momento.

—Sí, estoy preparada aunque bastante nerviosa —ce contesté mientras tomaba una gran bocanada de aire.

Abrió las puertas del gran salón y me quedé de una pieza. Estaba tan cambiado que no parecía el mismo. Las paredes y el suelo seguían siendo los mismos, ahora me daba cuenta de que eran del todo árabes, sus colores, sus dibujos simétricos. Toda la decoración era sencilla. Había alfombras por doquier que cubrían la mayor parte del suelo. Los muebles de madera maciza, tenían formas muy raras para mí, estaban decorados la mayor parte, con dibujos que me recordaban a los que había visto en las grandiosas paredes de la Alhambra de Granada. Los ventanales lucían cubiertos por una especie de cortinas de telas suaves pero de colores intensos. Y al fondo, la hermosa pared con la chimenea y los paneles, que lucían de la misma forma que yo los conocía. Esa parte de la casa estaba intacta. Las dos imponentes palmeras parecían darme la bienvenida. Lo miré; él también me miraba.

—¡Sigue igual! Esta parte se ha conservado durante ocho siglos. Me parece increíble —sentí que en el aire se respiraba un intenso olor a madera. Respiré hondo, me gustaba aquel aroma.

—Huele bien ¿verdad?, es una lástima que en tu época el olor ya no se perciba. Es una auténtica obra de arte. ¿No te parece? A menudo paso aquí muchas horas contemplando tan hermoso trabajo. Pero ven, quiero enseñarte algo más —Tendió la mano que yo le cogí suavemente.

Al-Sāhuir accionó la figura de la media luna que deslizaba el panel. Éste cedió ante nosotros. Cuando lo crucé nuevamente con él, sentí algo en el estómago.

Este rincón de la casa estaba intacto. Me desconcerté por un momento ya que me parecía que volvía a estar de nuevo en mi época. Tan solo él, parecía cambiado y sentía todavía más, su atracción física. Sus ojos tenían una mirada todavía más intensa. Seguía siendo un hombre muy atractivo.

Eché un vistazo por toda la habitación. Su mesa estaba como yo la recordaba —salvo el libro y mi nota—. Entonces me indicó que me acercase y juntos nos dirigimos hasta la pequeña casita —iba a tener la ocasión de saber qué era—. En ese momento se quitó del cuello la llave que llevaba siempre colgada. La introdujo en la cerradura de una pequeña puerta y, al abrirse, apareció dentro otra llave. Ésta era muy delicada con incrustaciones de piedras preciosas. En el centro tenía una esmeralda más grande y alrededor de ella había otra clase de piedrecillas, también preciosas, pero que no conocía. La llave colgaba de una cadena bastante fina pero se la veía consistente; sus eslabones formaban un encadenado muy elegante y fino. Era una pieza de joyería exquisita, seguramente hoy en el mercado tendría un valor incalculable. Entonces metió esta última en la cerradura que, en realidad, era la puerta de la casa, y la giró. Se oyó un pequeño clic y todo lo que era la fachada, se abrió como si de una puerta se tratase. En su interior había un sin fin de pequeños cajones de diversos tamaños y formas.

—Julia, esto forma parte de mi vida. Te lo hubiera enseñado antes de irme, pero al venir tú, prefiero que lo veas siendo yo el anfitrión —abrió uno de los cajones más pequeños. En él aparecieron un montón de piedras preciosas de un color verde, muy intenso. Me parecieron esmeraldas. No sabía qué decir.

—¡Oh qué maravilla!

Abrió otro cajoncillo y en él, preciosas. Según iba abriendo aparecieron los cajones, otra clase de piedras también el tamaño de las piedras iba creciendo. En el centro de todos ellos, había uno más grande. Cuando lo abrió, me quedé sin palabras. De su interior sacó un collar; no había visto nunca nada igual. Era de oro y de piedras preciosas, las había rojas, verdes, brillantes, azules... mis ojos no daban crédito a tanta belleza.

—Este, es el collar de mi familia. Con él se desposaron mi abuela, mi madre, Najma, Kamaria y en su día confío que lo llevará Zaira. En tu época me parece que no se lleva, pero quiero que sepas que ahora es tuyo. Estará aquí durante todos estos años. Nadie sabrá nunca de su existencia —lo guardó con sumo

cuidado, donde estaba. Seguidamente abrió otro cajón que estaba justo encima de éste. En su interior aparecieron unos pendientes, de una gran belleza. Eran largos y tenían piedras preciosas muy pequeñas incrustadas en el oro que formaba dibujos al estilo árabe.

—¡Toma! éstos son tuyos, a partir de ahora, Julia. Quiero que los lleves cuando regreses a casa. Son mi regalo por dejar que le dieras la vida, a mi hijo póstumo. Sin ti, mi legado habría llegado a su fin. Durante ocho siglos mi sangre ha corrido por las venas de mis descendientes. Ahora de nuevo volverá a correr gracias a ti. Mis raíces seguirán vivas. Gracias. —Tomó aire y prosiguió— Eran de mi madre, siempre los he guardado porque son lo único que me quedaba de ella, pero ahora quiero que los tengas tú.

—Pero..., no puedo aceptarlos, ¡estos pendientes deben de valer una fortuna! además, eran de tu madre... —protesté mirándole a los ojos.

—Todo esto te pertenece, Julia, todo es tuyo ahora. Tú tienes la decisión de hacer con todo ello lo que quieras. Pero los pendientes, son tuyos. Por favor acéptalos, seguro que Favila lo hubiese querido, al igual que yo. Es mi deseo que los disfrutes..., pero eso lo dejo a tu elección.

—Gracias, es más de lo que pudiera imaginar, todo esto que me está pasando es maravilloso. Pero ahora no puedo ponérmelos, no sé lo que me deparará mi estancia aquí y no quisiera que se estropeasen. ¿Dónde podría guardarlos? — Estaba buscando un lugar donde pudiera dejarlos, cuando él siguió hablando.

—Todavía quiero decirte algo más — oí aquellas palabras y me quedé inmobilizada. Su voz había sonado distinta de como siempre solía hablarme. Dejé los pendientes sobre la mesa y me giré para mirarlo. Él me tendió las manos y cogió las mías que acercó hasta sus labios y me dio un beso en ellas. Empezó a hablarme muy seriamente. Estaba algo asustada.

—Julia —carraspeó—, tengo algo que decirte. No sé cómo te lo vas a tomar, pero es necesario que te lo diga. Dentro de muy poco tiempo, vas a presenciar una importante batalla, y es mi deber ponerte al corriente. Verás... tú sabes de mí tan sólo lo que yo te he contado, pero no te he dicho toda la verdad.

Al-Sähuir me miraba fijamente a los ojos, sin apartar de los míos la vista. Me resultó difícil mirarlo. Noté que mi corazón latía con fuerza. Hizo una pequeña pausa y continuó hablando.

—Cómo te he dicho antes —continuó— acabo de llegar de mi exilio, aunque no es del todo cierto. La mayor parte del tiempo, he permanecido aquí oculto. Los sarracenos están sublevados y preparan un ataque a las tropas de Jaime I. Las nuestras están dispuestas y tenemos un plan de ataque. El final ya lo

conoces, pero me falta confesarte un gran detalle —al-Sāhuir volvió a besar mis manos y con voz muy firme, siguió hablando— Me llamo Mohammad abu Abdallah ben Hudzäil al-Sāhuir. Mi nombre no te dice nada ¿verdad? —De pronto me di cuenta que me rodeó por la cintura y con la otra mano me tomó por la barbilla—. Pero... ¿si te digo que todos me conocen por el sobrenombre de “el azul” y que en mi idioma quiere decir..., Al-Azraq? — cuando oí su nombre me quedé de una pieza.

Él ya me conocía bien y sabía que mis piernas me fallarían al decirme quién era. No daba crédito a lo que estaba oyendo. ¡Al-Sāhuir era el mismísimo AlAzraq!, el último caudillo de los musulmanes que conquistó estas tierras... Mi cuerpo temblaba. Él se dio cuenta y me abrazó. No pude reaccionar. Mi garganta no podía emitir ningún sonido. Me abracé a él con tanta fuerza, que casi me hice daño.

—¿Te encuentras bien? —Me preguntó. Pero realmente no sabía cómo me encontraba.

—Dame unos segundos por favor —murmuré sin poder evitarlo. Noté como aflojó sus brazos, pero yo le abracé todavía con más fuerza.

—Está bien, te entiendo —sus brazos volvieron a abrazarme.

Al cabo de unos instantes, cogió mi rostro entre las manos y me obligó a separarme de él, pero con mucha suavidad.

—Me doy cuenta de que te ha dolido. No era mi intención hacerte daño, princesa pero, cuando te conocí, supuse que ya sería bastante fuerte para ti aceptar a un espectro del pasado como para que, además, tuviese que ser el mismísimo caudillo. En aquel momento pensé que lo mejor sería ocultar en cierto modo, la verdad.

No sabía que me pasaba, no tenía claro si era alegría o si era decepción, pero el corazón me latía con tanta fuerza que sus latidos casi me dolían. Un gran nudo me ahogaba la garganta y no pude controlarme.

—Julia, por favor, no llores. Me duele verte así. Ahora sé que hice mal, pero

en aquel momento, asumí que era lo mejor para que pudieras comprenderme

— acercó sus labios hasta mis mejillas y besó mis lágrimas— Por favor, Julia,

no quiero verte sufrir, te pido perdón, no debí hacerlo. —No sabía qué era lo

que sentía. De pronto había descubierto mis verdaderas raíces. Llevaba en mi

seno al hijo de un caudillo, yo misma llevaba sangre andalusí por mis venas, y

de alguna manera, descendía “directamente” del mismo Al-Azraq. Él seguía

con mi cara entre las manos; levanté las mías y las puse encima de las suyas.

—No sé qué puedo decir. —Dije en un susurro. Mis palabras sonaban

entrecortadas, apenas podían oírse. —Es todo tan...

—Solo dime que me perdonas.

Lo miré a los ojos, me sobrecogió la ternura que vi en ellos. Estaba hecha un lío; sentía que lo quería con todas mis fuerzas. Además, él era el padre de mi hijo, pero al mismo tiempo, también era mi antecesor; mi ancestro. Los dos llevábamos la misma sangre. Durante tantos años las generaciones se habían ido sucediendo una tras otra, hasta llegar a mí. Yo tenía que continuar la estirpe de Al-Azraq y había sido él mismo, quién me había dado a su hijo; su legado. Todo me estaba resultando muy complicado, pero decidí que lo pensaría con detenimiento cuando regresara a “mi casa”. Lo miré fijamente y le hablé procurando que mi voz sonara lo más firme posible.

—Gracias otra vez por darme lo que yo más quería, pero... ¡el hijo de Al-Azraq! —Puse los ojos en blanco— me había creído la historia que me contaste. Nunca pensé que tú pudieses ser el mismo caudillo. —Suspiré mientras recapacitaba un momento, luego con voz más tranquila le pregunté— ¿Pero si te llamas Mohammad, porqué te conocemos por el sobrenombre de Al-Azraq?

—Primero, déjame que te dé las gracias yo a ti, por dejar que mis raíces puedan continuar. Ahora sabes que eres princesa, porque descienes de mi dinastía y también eres mi reina, porque llevas en tu vientre a mi hijo. Serás la madre de un pequeño emir. —Me dio un beso en la mejilla y continuó hablando—. En cuanto a mi nombre, todos me conocían por Al-Azraq que como ya te he dicho, en mi idioma quiere decir, *el azul* y, al igual que a ti, me llaman el de los ojos azules.

—¡Uf!..., voy a necesitar algo más de tiempo para pensar en todo esto.

—Sí, tienes razón. —Entonces acercó sus labios hasta los míos y me besó con pasión. De nuevo mis piernas flaquearon, pero él me mantenía bien sujeta. Perdí la noción del tiempo, tenía los ojos cerrados cuando oí su voz.

—¿Me ayudas? Tenemos que dejarlo como estaba para que cuando vuelvas lo encuentres igual. —Entonces cogí los pendientes para meterlos en el cajón de donde los había sacado.

—No, por favor, estos son para ti, quiero que te los quedes. Todo lo demás lo dejo como estaba, pero éstos, no.

—Pero ¿dónde los voy a guardar?, ahora no me los puedo poner, no quiero que se pierdan o se me rompan. ¿Tú crees que si los dejo en el cajón de tu mesa, estarán ahí cuando vuelva a “mi casa”? —Pregunté.

—Espero que sí.

Lo abrí pensando que si algo se guardaba en un pasado y nadie lo tocaba, con el paso del tiempo debería seguir allí. Así que con mucho cuidado los deposité en un rincón y lo cerré.

—Está bien, ya podemos irnos.

Durante mi estancia en “su casa”, la vida fue muy distinta. A la hora de comer pasamos a una sala situada en la primera planta. En el comedor había unos bancos pegados a la pared, formando un rectángulo; tenían muchos cojines decorados con unas telas en vivos colores y de todas las formas imaginables, los había también en piel repujada. En el centro, una mesita más bien baja, lucía llena de diversos manjares; los platos al igual que los vasos parecían ser de plata pero no estaba del todo segura ya que su color era más oscuro.

De todos los alimentos que contenía la mesa, no conocía ninguno. Najma, me iba explicando en qué consistían cada uno de los diferentes platos que había allí. Los probé casi todos y, para mi sorpresa, me gustaron la mayoría. Algunos eran un poco picantes pero todos estaban deliciosos. Al término de la comida AlAzraq, insistió en enseñarme más cosas. De nuevo me llevó hasta las caballerizas. Yo las conocía bien pero nunca las había visto con tantos caballos. Él parecía disfrutar de mi visita a las cuadras.

—¿Conoces el mundo del caballo? —Me preguntó con una bonita sonrisa.

—Bueno..., cuando yo era pequeña, mi abuelo tenía un par de ellos y dos o tres burritos, pero me parece que no soy una entendida en este tema. No sé distinguir ninguna raza, ni conozco su carácter. He leído algo, pero no sé prácticamente nada.

—Aquí solo tenemos caballos de raza árabe. Estos animales, al igual que nosotros, son los hijos del desierto. ¿Lo sabías?

—¿Cómo es que son los hijos del desierto? —Pregunté muy sorprendida, nunca había oído algo así.

—En realidad nosotros, los musulmanes, tenemos muchas leyendas acerca de nuestros caballos. Creemos que es la raza más antigua de los equinos. Es un animal fuerte; muy dócil; con mucho brío y a la vez muy ágil. Generalmente usamos a las yeguas porque, en el campo de batalla, ellas son mucho más silenciosas. Voy a contarte una leyenda para que los conozcas mejor, dice así:

« Un día Alá, recorría el mundo después de su creación y escuchó los gritos y el llanto de un beduino. Al preguntarle porqué lloraba, el árabe le respondió: —Vi las riquezas que diste a otros pueblos y a mí, solo me diste arenas. Alá se dio cuenta de que había sido injusto en la distribución de los bienes de la

tierra, y le dijo:

—No llores más, voy a darte un regalo que no le di a ningún pueblo.

Entonces

tomando con la mano derecha al viento del sur que pasaba por allí, dijo: —

¡Plásmate, viento del sur! Voy a hacer de ti una nueva criatura. Para que seas único y no te confundan con las bestias, tendrás la mirada de un águila, el

coraje del león, la velocidad de la pantera, del elefante te doy la memoria, del

tigre su fuerza y de la gacela su elegancia, tus cascos tendrán la dureza del sílice,

serás incansable como el camello y como el perro, tendrás el amor de tu dueño. Alá tomó un puñado de viento y sopló creando al caballo, entonces le dijo a

éste:

—Te llamarás árabe y la virtud inundará el pelo de tus crines, serás mi preferido de entre todos los animales. Te he dado el poder de volar sin alas, ya

sea en el ataque o en la retirada. ¡Ahora ve! Y vive en el desierto durante cuarenta días y cuarenta noches, y aprende a resistir la tentación del agua, broncea el color de tu cuerpo y aligera tus músculos de grasa... porque del viento

vienes y viento debes ser en la carrera»».

—¡Qué bonita leyenda! ¿Es verdad que tiene todas esas cualidades el caballo árabe? —Me había quedado hechizada al oír la historia, y por la forma en que me la había contado.

—Sí. Todavía tiene muchas más. Ahora verás la belleza de sus andares.

Se acercó a una de las cuadras y abrió la puerta. Me impresionó ver que el animal, se quedó quieto; apenas se movió. Tenía la mirada fija en los ojos de AlAzraq. Sus patas se mostraban muy nerviosas e inquietas, pero no se movió.

—No te muevas Julia, quédate aquí, yo me voy a alejar, fijate en lo que hace la yegua

Sabía que los equinos me causaban mucho respeto y no estaba segura de lo que él, pretendía que hiciese aquel hermoso animal, así que seguí sus consejos. Él se había alejado unos seis o siete metros, en cambio la yegua, con la puerta abierta, no se movió ni un centímetro. En aquel momento pronunció su nombre y como un perro sumiso, el animal salió de la cuadra y fue caminando hasta

llegar a él, entonces ella alargó la cabeza, para que él le acariciase en la frente.

Era excelente. No era un animal demasiado grande; su cara me parecía diferente a la de otras razas, su hocico era más bien pequeño, sus ojos grandes y tenía unas orejas también pequeñas, su frente mostraba una ligera curvatura hacia dentro. Toda ella era blanca pero estaba llena de pequeñas motas en un tono rojizo. La crin la tenía muy larga y sedosa y al igual que su cola, era de color totalmente blanco. Al-Azraq le dijo que saliese. No sabía que, tal cabalgadura, podía entender lo que su amo le pedía. Ella, muy obediente salió de las caballerizas. Me di cuenta que sobre uno de sus hombros, las pequeñas manchas rojizas se amontonaban haciendo que pareciese una mancha más grande que, por su tono rojizo, parecía de sangre.

Fuera había un gran picadero, oí como Al-Azraq le daba órdenes.

—¡Schezade, al trote! —Rápidamente el animal empezó a trotar por todo el recinto cercado. Reconocí, que tenía una belleza sobrenatural en su forma de trotar, realmente parecía que la yegua volaba. Era muy musculosa. Su hocico pequeño tenía unas fosas nasales muy grandes. Me llamó mucho la atención que tan pronto como empezó a trotar, la cola se levantó totalmente sobre su grupa; tenía una estampa preciosa.

—¡Galopa! —Me parecía increíble. No dejaba de mirarla mientras su crin y su cola, volaban como ella, por todo el recinto.

—¡Saluda! —Muy obediente la yegua bajó el ritmo y fue parando, una vez que se hubo detenido, levantó su pata derecha unos veinte o treinta centímetros y bajó su cabeza al mismo tiempo.

—¡Reverencia! —Como un autómatas alargó una de las patas delanteras y mientras se agachaba mantenía la otra doblada, pero sin llegar a tocar el suelo. Su cabeza estaba también agachada mostrando una verdadera reverencia. Yo estaba con la boca abierta, nunca había visto nada igual, el animal obedecía a la voz de su dueño.

—¡Arriba! —Entonces la yegua se apoyó sobre sus patas traseras y levantó todo su cuerpo en una vertical casi perfecta, al mismo tiempo que movía sus patas delanteras, arriba y abajo. Aquello me dejó atónita, era todo un espectáculo.

—Muy bien Schezade, ven aquí. —La yegua se le acercó volviendo a alargar el cuello para recibir sus caricias. Al-Azraq le frotó su testuz y observé que, al mismo tiempo, le daba algo de comer que la yegua parecía agradecerle.

—¡Qué maravilla de animal! Debe de valer una fortuna. ¿Y cómo le has

enseñado todas esas cosas?, te habrá costado mucho tiempo para que las aprendiera. —Dije entusiasmada.

Al-Azraq soltó una gran carcajada mostrando sus dientes perfectos y blancos. —Como se nota que tu época no tiene nada que ver con la mía. Los musulmanes y los caballos estamos muy ligados unos con otros. Ten en cuenta que pasamos juntos muchas horas, y aquí no tenemos nada más que caballos. Debemos estar muy unidos ya que en el campo de batalla, nosotros dependemos muchas veces del caballo y ellos, a su vez, dependen de nosotros. Tenemos que educarlos bien y debemos ganarnos su confianza. Si alguna yegua relincha en un momento inoportuno, podría delatar nuestra posición ante el enemigo, por eso, caballo y jinete debemos ser uno solo, es nuestra obligación estar muy compenetrados. Como ya te he dicho, las yeguas suelen ser más silenciosas, pero los caballos también luchan.

Mientras iba contándome todo aquello y me iba poniendo al corriente en el tema equino, la yegua había vuelto a entrar en su cuadra y nos dirigíamos hacia otra.

—Me encanta el color que tiene tu yegua. Creo que no había visto ninguno con este pelaje —comenté sin parar de mirar a todos los animales que había dentro de sus cuadras.

—Schezade es una yegua de pelo tordo atruchado que, además, tiene la mancha de sangre. Para nosotros, los sarracenos, esta mancha tiene un valor especial y está muy buscada entre las yeguas de guerra. ¿Sabías que los caballos tordos cuando nacen son de color rojo, negro o castaño?, solo cuando empiezan a envejecer se vuelven con la capa tordilla y algunos se tornan blancos.

Estaba muy sorprendida por todo lo que había aprendido del mundo del caballo; acababa de ver con mis ojos, al bello animal del que siempre me había llamado la atención su nombre. Era una maravilla.

Nos detuvimos en una cuadra cuyo nombre era Lazlos, me pareció un excelente caballo todo negro; su piel era brillante. Al-Azraq se acercó y le acarició la frente; su testuz. Le dio unos granos que me parecieron algún tipo de cereal.

—Este es Lazlos, así se llamaba el primer caballo de Mahoma. Según él, cuantos más granos de cebada le proporcionas a tu caballo, más pecados te serán perdonados —seguía fascinada.

Aquellos animales tenían un encanto especial. Me constaba que durante las pocas horas que llevaba en “su casa”, había aprendido todo un mundo nuevo. A partir de ahora sabría reconocer a un caballo árabe allí donde lo viera.

—Y bueno, basta de animales por hoy, quiero que nos acerquemos hasta el balcón de la cascada. ¿Te apetece?

—Claro, por supuesto. Creo que me encantará esta nueva vista carente de puentes. —Dije sintiendo mucha curiosidad.

Empezamos a caminar por el jardín, no dejaba de mirar por todos los lados, estaba realmente cambiado. Entonces me di cuenta de que la casa de Luís y María no estaba, en su lugar se veía una especie de patio cercado con unos arcos de formas árabes.

—¿Qué hay ahí?, esto es nuevo.

—¡Ah!, perdona, es verdad, esto ya no está en tu casa. A ver cómo lo llamáis vosotros, ¿piscina?, más o menos viene a ser lo mismo. Ven te lo voy a enseñar —me indicó que pasase delante de él.

Llegamos enseguida. Para entrar, pasamos por debajo de los arcos, observé que Al-Azraq pasaba casi rozándolos. Al cruzarlos, me encontré una especie de lago en tonos azules; en el centro había una pequeña isla repleta de verdes y abundantes plantas y una gran palmera. Por una esquina que daba justo a la pared de un pequeño acantilado, bajaba un chorrillo de agua sobre un colchón de musgo y líquenes hasta llegar al mismo estanque, bordeando unas piedras puestas para que el agua, al resbalar, sonase con un suave murmullo.

—Es nuestro oasis particular. Durante el verano cuando el calor aprieta, nos relajamos aquí, mientras hablamos y nos refrescamos.

—Desde donde el agua caía suavemente al estanque, y hasta el final del acantilado, había unos bancos de piedra, que estaban cubiertos por varias alfombras de diversos colores. Un montón de almohadas lucían ordenadas sobre ellos. Delante de los mismos y de una altura de unos quince centímetros más o menos, había una mesilla. Por el suelo y bordeando toda la terraza, unos farolillos me llamaron la atención por lo curiosos que me parecieron, tenían un encanto especial. Me acerqué para ver cómo eran y me di cuenta de que en su interior tenían, lo que supuse sería aceite y una mecha.

—Nosotros no tenemos luz eléctrica —murmuró— pero tenemos nuestras formas para iluminar los lugares que más nos gustan o allí donde lo necesitamos. Te encantaría ver este lugar por la noche, mi esposa dice que es un lugar muy romántico. Tumbado sobre las almohadas y en la oscuridad de la noche, se ven muy bien las estrellas. Los nazaríes las conocemos a todas ellas, en el desierto es imprescindible orientarte por estos astros. ¿Sabías que la mayoría de las bellas huríes llevan nombres de estrellas?, no podemos negar que somos buenos lectores del firmamento. Por ejemplo, el nombre de mi

esposa, Najma, significa estrella y el de Kamaria, como la luna.

—Y ¿Zaira? —le pregunté con mucha curiosidad.

—Mi encantadora Zaira, su nombre significa, brillante, como ves la mayoría de los nombres tiene un bonito significado en relación con las estrellas.

—Perdona, ¿qué es una hurí?, no he oído nunca esta palabra.

—Una hurí es una mujer muy hermosa, creada para ser compañera de los bienaventurados en el paraíso —Al-Azraq me dedicó una sonrisa que mostró su blanca dentadura a través de su bien cuidada barba. —Por ejemplo, tu gran belleza podría compararse con la de una hermosa hurí.

—¡Oh!, vaya. Me van a subir los colores. —Decidí cambiar de tema ya que cuando me decía cosas de este tipo, me resultaba difícil controlarme. —Es una verdadera pena que este bonito lugar no haya perdurado en el tiempo. ¿A quién se le ocurriría la idea de deshacerse de un sitio tan encantador?, imagino que además de los años, las guerras y la mano del hombre habrán tenido la culpa.

Volvimos a reanudar nuestro camino; desde allí ya se divisaba la pequeña casita del balcón. Comenzamos a descender la ligera cuestecilla. Se oía con toda claridad el agua de la cascada que, cayendo con fuerza, se estrellaba contra las rocas al final del acantilado. Al entrar en la casita mis ojos contemplaron el pequeño recinto totalmente adornado con losetas de colores. Estaba todo cubierto de ellas, desde el suelo hasta el techo. Formaban dibujos simétricos perfectamente ordenados. Al-Azraq me abrió la puerta para que pasara hasta la terraza del balcón. Lo primero que me llamó la atención fue el silencio y el sonido del salto de agua. No se oía más que los trinos de algunos pájaros. También observé que el paisaje que tantas veces había contemplado desde allí, acusaba muchos cambios. Me fijé en la ausencia de los puentes. ¡Qué distinto estaba sin ellos! Tampoco se veían las carreteras que llevaban a diversas casas y chalés, y a las distintas ciudades colindantes que había en mis tiempos. Tan solo se divisaba un camino que transcurría bastante apartado de la villa. Al-Azraq me dijo que era la vía augusta. ¡No podía creerlo! No había casas, ni columnas eléctricas. El paisaje estaba totalmente virgen. Reconocí que era mucho más bello que el que yo veía.

De pronto me perdí. ¿Dónde estaba la ciudad?, apenas si podía distinguir a lo lejos un pequeño grupo de casas, todas ellas protegidas por una gran muralla.

Al parecer mi cara me delató ya que él se dio cuenta de mi decepción.

—Te parece muy pequeña, ¿verdad? Lo veo en tu cara —afirmó.

—Pues sí, la verdad es que esperaba verla menuda, pero no creí que pudiese serlo tanto. Tan solo es como el casco viejo de mi ciudad, poco más o menos,

aunque yo diría que más incluso.

Creí ver un diminuto barrio. Estábamos bastante lejos para poder apreciar el insignificante pueblo. Me sorprendió ver la villa amurallada, entonces recordé que hacía poco tiempo, habían restaurado unos metros de las murallas y las torres que ahora podía divisar desde lejos; se había hecho para conmemorar el 750 aniversario de la Carta Pobla, por la que se la había nombrado villa. De pronto sentí una gran punzada y di un respingo.

—¿Qué día es hoy? —Le pregunté casi con un hilo de voz. Me temía la respuesta.

—Hoy estamos a día 22 del mes de abril del año 1276. Esta noche será para nosotros tiempo de reflexión y de poco descanso. Mañana, antes de la hora del alba, nos pondremos en marcha. Nuestras tropas estarán colocadas en sus sitios. Contamos con un gran ejército. Sabemos que el rey Jaime, también tiene sus tropas dispuestas para el ataque, pero nuestra guerrilla les supera en número. Tenemos todos los flancos cubiertos y bien estudiadas nuestras estrategias para la batalla; es seguro que habrá una gran lucha.

Aquellas palabras me dejaron sin habla. En mi época la gente disfruta de la fiesta y la música inunda las calles. No podía creer lo que estaba viviendo en primera persona.

Volvimos a casa, hablando de lo diferente que estaba todo y del impacto que me había causado el gran silencio. También hablamos de su casa, de su gente y de la pequeña Zaira.

La cena fue muy agradable, disfruté de la compañía de la niña, y creo que ella también lo pasó muy bien conmigo. Después, todos se retiraron a sus aposentos. El mío parecía sacado de un cuento. Las paredes estaban pintadas en colores vivos. Un lecho de piedra, de unos diez centímetros de alto, hacía de base para la cama, sobre éste, un colchón que no supe de qué material era, la completaba. Había cojines por todas partes; todos de vivos colores. En los ventanales, unas telas muy finas y sutiles, colgaban elegantemente a modo de cortinas. Por toda la casa estaban encendidas las antorchas sujetas en las paredes. En todas las mesas había candiles y candelabros que me parecían muy bonitos a la vez que extraños; me cautivaron. Sus formas nada tenían que ver con los que yo conocía.

Después de inspeccionar toda la sala, con el fin de recordar hasta el mínimo detalle, me dejé caer en la cama; era muy cómoda.

Me asustaba lo que podría suceder al día siguiente. ¿Sería un sueño?, o ¿quizás estaría presente como cualquier otra persona de las que vivían en

aquella época? Al final caí rendida y me dormí.

En el terreno de fuego

Mucho antes de que el día empezase a clarear, me desperté a causa del ruido que venía desde el jardín. Salté de la cama y rápidamente salí al exterior para ver lo que estaba sucediendo. Una gran multitud de gente, todos ellos musulmanes, estaban allí organizándose. Iban ataviados con ropas para la guerra. Todos lucían turbantes y sus chilabas ocultaban en su interior, sables y dagas, portaban también flechas y otra clase de armas que no reconocí. Cada uno iba sacando el caballo asignado de las caballerizas. Se oían los cascos de los animales y algunos relinchos, y los susurros de los hombres mientras montaban y se iban organizando. Abdallah y Al-Azraq hablaban entre ellos; movían sus brazos y manos para explicarse mejor. Abembassol también se unió a ellos. De pronto Al-Azraq se dirigió a mí.

—Tenemos que partir ahora. Tú vendrás con nosotros. Una vez allí, tu sueño seguirá, hasta que tú decidas despertar y así volver a tu casa. Quiero que sepas que ha sido un gran placer para mí y para toda mi familia tenerte en “nuestra morada” —me abrazó con fuerza bajo la mirada atenta de Abdallah. Con mucha agilidad, cada uno se montó a lomos de su yegua; yo hice lo mismo con la ayuda que me prestó el mismo Abembassol. De pronto se hizo el silencio. Al-Azraq se dirigió a los allí presentes.

—Hoy va a ser un día difícil para todos nosotros. Algunos moriremos, mientras que otros seguiremos con vida, pero juntos lucharemos para ser libres. Las tropas de Jaime son fuertes, pero nosotros somos más numerosos. Con suerte podremos regresar victoriosos, y salvar a nuestra gente.

¡Manteneos fuertes y luchad con destreza y agilidad! ¡Qué Alá nos proteja y esté con todos nosotros! —todos alzaron sus armas y dieron un grito que no entendí.

Seguidamente nos pusimos en marcha. Al pasar por delante de la casa pude ver que, tanto Al-Azraq como Abdallah, alzaban sus manos en dirección a los ventanales. Desde detrás de los mismos Kamaria y Najma daban su adiós a los guerreros, yo también las saludé.

Volvimos a adentrarnos en el túnel por el que llegué. Esta vez algunos hombres portaban antorchas, por lo que se podía ver con cierta claridad. Dentro del pasadizo oculto el ruido era ensordecedor. La gente permanecía en total silencio, pero los cascos de los caballos resonaban entre las paredes del

mismo, provocando un intenso estruendo al que yo no estaba acostumbrada. Padre e hijo, encabezaban la larga fila de jinetes. Yo estaba situada justo detrás de AlAzraq.

A la salida, la forma de ver las cosas había cambiado, ahora me parecía estar en un sueño, pero con una claridad sorprendente, más bien parecía como si formara parte de una película. Detrás de nosotros, algunos de los hombres portaban un pendones con las palmeras y la media luna, su sello, y otros los llevaban tan solo con la media luna. Continuamos cabalgando por un camino de losas de poco más de un metro o quizá un metro y medio de ancho. Apenas se podía ver con la débil luz de la antorchas. Todavía era de noche y como todo estaba muy cambiado no tenía ni idea de dónde nos encontrábamos.

Al cabo de un rato cabalgando no estaba segura del tiempo que había pasado, pero ya se empezaban a ver algunas luces en el horizonte. De pronto Al-Azraq alzó el brazo derecho y todo el grupo se detuvo al instante. A lo lejos se oyeron los cascos de un caballo que galopaba a toda carrera por nuestra izquierda. En pocos minutos un jinete con su turbante y con el faldón del mismo ocultando su rostro, apareció ante nosotros. Noté que no hizo ningún gesto al verme, con mis ropas de siempre; supuse que debía de ser “transparente”. Al llegar junto a AlAzraq, el jinete saludó y le dirigió unas palabras que no entendí, hablaban en árabe. Poco después otro jinete venía también a toda carrera, pero ésta vez lo hacía por la derecha. Cuando llegó hasta él, éste hizo lo mismo que el anterior. Me percaté de que estábamos detrás de un montículo y no se veía la pequeña villa. Al-Azraq me dirigió una mirada y me hizo un gesto para que lo siguiera. Los caballos subieron la pequeña loma y entonces la vi.

Justo a las faldas de una gran sierra, se podía contemplar un pequeño recinto amurallado, con un pequeño pueblo protegido en su interior. Las murallas lo rodeaban por completo, formando un anillo que se alargaba hacia el norte, y en la parte sur se veía una especie de cuadrado en el que se dibujaba la silueta de un castillo. Desde allí podía distinguir perfectamente unas torres que parecían ser de vigía; una bandera blanca con una gran cruz roja, ondeaba en lo alto. Al verla en la torre y en la época en que me hallaba, me hizo pensar en los templarios. También descubrí que por toda la muralla se alzaban unos portales que, a mi parecer, eran como pequeños castillos con sus arcos; unos caminos llevaban hasta los mismos. Una se alzaba al norte, otra en frente de nosotros que conducía hasta la misma fortaleza, y por detrás de la alcazaba se podía distinguir alguna puerta más.

El día ya clareaba. Era radiante; los rayos del sol muy pronto empezarían a acariciarnos. Volvimos a nuestro sitio, Al-Azraq dio algunas órdenes a ambos jinetes que partieron veloces. De nuevo nos pusimos en marcha. Ahora yo iba entre él y Abdallah. Me explicó que había mandado a una gran parte de su ejército, al mando de su hombre de confianza Abembassol, para que se escondieran a las afueras de la ciudad, hacia el sur. Debían permanecer allí hasta que recibiesen órdenes de Abdallah. Lo mismo debía hacer la otra parte del ejército en el lado norte. Cuando de pronto, y sin saber de dónde, había llegado un numeroso grupo también musulmanes, que se unieron a nosotros. Al-Azraq me explicó que se acercaban cuarenta caballeros mandados por el rey Jaime, para defender y proteger la pequeña villa; acababan de saber que estaban de camino. Nosotros debíamos llegar antes que ellos. Se rumoreaba que el Rey estaba enfermo y que se encontraba fuera.

Antes de emprender la marcha, se nos unieron unos doscientos hombres que venían a pie. Al-Azraq me miró, y alzó el brazo empuñando su alfanje. En aquel momento, todos sus hombres se pusieron en marcha y al llegar a las puertas de la villa, entraron por la que estaba junto al castillo. A la entrada de la aldea, se entabló una sangrienta lucha. Se mezclaron unos con otros, los sarracenos iban preparados y superaban en número a los de la villa que, claramente, estaban siendo vencidos. Fue entonces, cuando desde lo alto del castillo, una potente luz me deslumbró de tal modo, que quedé cegada por completo. Entorné los ojos para ver de qué se trataba. Me pareció ver a un soldado a caballo, pero no identifiqué a qué bando pertenecía; llevaba una reluciente armadura, lo que hizo, que con los rayos del sol, brillase de aquella manera que tanto me deslumbró. Al igual que yo, los sarracenos levantaron la vista para ver qué era aquella potente luz; también lo hizo Al-Azraq. Fue entonces cuando mi corazón sufrió un gran golpe. Desde lo alto de la fortaleza, aquella forma humana, disparó una flecha, que fue directa a su corazón. Un fuerte dolor en el estómago me sacudió como un latigazo. Sentí como si el corazón se me parase de golpe, no podía respirar y me ahogaba; mi cuerpo temblaba por la fuerte sacudida. Conocía aquella batalla pero no pensé que me fuera a resultar tan dolorosa.

De pronto los sarracenos ofrecieron su rendición, justo entonces vi a Abdallah que corría con su yegua, hasta llegar junto a su padre; todavía de pie y con la flecha clavada en el pecho, alzó la mano hacia donde yo estaba, y mirando al cielo, cerró el puño que llevó hasta el corazón, cayendo al suelo. Abdallah, se bajó de un salto del caballo y se arrodilló ante su padre. Éste,

estaba ya agonizando, apenas si podía emitir algún sonido. Solo tuvo tiempo de darle su alfanje a Abdallah y quedó inmóvil en el suelo, con parte de su cuerpo entre los brazos de su hijo. Éste, le abrazó con lágrimas en los ojos. Entonces llamó a Schezade que llegó al momento, al tiempo que lanzaba algunos relinchos, como si intuyese lo que había sucedido. Ayudado por su gente levantaron el cuerpo inerte de Al-Azraq, y lo colocaron sobre Schezade y salieron disparados hacia el sur, donde tenían al resto de su ejército emboscado en el barranco. Por un camino que venía desde el norte, unos cuarenta o cincuenta hombres a caballo, ataviados con relucientes armaduras y un pequeño ejército que venía a pie, vieron al grupo de sarracenos que huían despavoridos hacia el barranco, en dirección sur. Eran las tropas de Jaime I, éstos portaban los pendones a rayas rojas y doradas y también había blancas, con la cruz roja de los templarios. Sin pensarlo, éstos se dirigieron a toda prisa para darles caza. Los árabes llegaron primero, observé que Abdallah, aprovechó unos instantes para ocultar el cuerpo de Al-Azraq a lomos de Schezade, y después, él también se escondió, junto con el resto de sus hombres. Poco tardaron en llegar los soldados, mandados por el monarca. Tan pronto como se adentraron en el barranco, una lluvia de moros encabezados por Abdallah y Abembassol, cayeron sobre ellos. Se oyeron gritos de dolor; de rabia; Enseguida se vieron cuerpos mutilados y desperdigados a lo largo de todo barranco. La sangre corría por todas partes, mezclándose con las aguas del río, tiñéndolo de rojo. A la mayoría les cortaron sus cabezas; la matanza fue total. Todos los soldados del rey, yacían decapitados sobre un río de sangre. Muchos de los árabes también habían perdido la vida; Abembassol era uno de ellos. Entonces pude distinguir a Abdallah que iba todo ensangrentado; no podía saber si estaba herido. Mi corazón seguía latiendo como los caballos desbocados que, sin sus jinetes, huían despavoridos del campo de batalla. Mis ojos cegados por las lágrimas, se sublevaban al ver tanto horror.

Abdallah volvió en busca del cuerpo de su padre, y con lágrimas que se deslizaban por su rostro, regresó a la pequeña villa prácticamente vacía y la conquistó en el nombre de Al-Azraq. Arrancó las banderas cristianas y colocó en lo alto de la torre de vigía, su bandera con la media luna y la del emblema de su padre. Allí ondearía durante unos pocos años más. Aunque al final, todos los sarracenos serían expulsados definitivamente de estas tierras y de España.

Notaba que el cuerpo me flaqueaba por momentos, toda aquella sangre que corría por el barranco y todos aquellos cuerpos de hombres y animales

mutilados me provocaron fuertes náuseas; noté como las pocas fuerzas que me quedaban se iban debilitando y se me hizo la oscuridad.

Una voz conocida, me llamaba. La oía desde muy lejos y noté como el hocico de Gilda me empujaba la mano para que la acariciase. Había regresado del pasado. Poco a poco fui reconociendo la voz; era María que venía corriendo para ver qué me había ocurrido. Al incorporarme me di cuenta de que estaba en las puertas del garaje, tenía la linterna cerca de mí y la perra seguía insistiendo en que la acariciase. Por lo visto había tenido un pequeño mareo y me había dejado caer hasta el suelo, antes de perder el conocimiento. No sentía ningún dolor, parecía que no me había dado golpe alguno.

—¡Julia, Julia! ¿Qué te ha pasado? ¡Dios mío! —María venía corriendo todo lo que sus piernas le daban de sí.

—Estoy bien, María, no corras, ten cuidado.

—Esperé a que llegase hasta mí, no sabía si al incorporarme notaría algún mareo, todavía sentía náuseas por todo lo que había visto y no estaba segura de mis fuerzas. Cuando ella llegó, se arrodilló y me cogió el rostro con las manos.

—¿Estás bien mi niña? ¿Qué te ha pasado? —En su cara había mucha preocupación. —¿Te has caído?

—Parece que he tenido un ligero mareo. Pero ya estoy mejor.

Me ayudó para que me levantara y comprobé que me sentía con fuerzas de nuevo, aunque la imagen del horror todavía seguía en mi cabeza.

El último aliento de Al-Azraq y la imagen de Abdallah ocultando el cuerpo de su padre se quedaron grabados en mi mente. Al recordarlo, una ola de dolor volvió a sacudirme como un latigazo, pero rápidamente me repuse y acompañada de María y de mi fiel compañera, que daba brincos de alegría a nuestro alrededor, llegamos hasta casa. María se quedó conmigo durante un buen rato. Una vez que se había quedado tranquila se marchó, pues tenían que ir hasta la ciudad.

En cuanto estuve sola, me paré a meditar todo lo acontecido en mi peculiar “salida”. Recapacité sobre todo lo vivido; por un momento no supe si había sido un sueño, o realmente había estado en el pasado. Todo lo que acababa de ver, las emociones que había experimentado, la gente que había conocido; todo estaba tan claro y tan nítido en mi cabeza que difícilmente se podía tratar de un sueño. Los destellos tan potentes de las relucientes armaduras; el sonido del relinchar de los caballos y el de sus cascos a través del túnel; la muerte; el horror; todo había sido tan real, que estaba muy confusa. Tenía el

convencimiento de que todo había sucedido realmente, pero no acababa de entenderlo.

Pensando en todo aquello, de repente, me acordé del regalo que Al-Azraq me había hecho estando yo en “su casa”; aquellos fabulosos pendientes que dejé guardados en el cajón. Me levanté y me dirigí hasta el zulo, deseosa y, al mismo tiempo, muy nerviosa porque siguieran allí. Era muy raro, que tan solo unas cuantas horas antes, yo misma los había dejado y sin embargo, si era verdad que estaban y lo deseaba con todas mis fuerzas, habrían estado “guardados” durante ochocientos años, esperándome.

Por el camino consulté mi reloj de pulsera, tenía tiempo más que suficiente, Ramón todavía tardaría por lo menos un par de horas en volver. Al bajar por la escalera, sentía que mis piernas estaban temblorosas; me sujeté bien para no caer. Llegué al salón de las palmeras, al entrar me quedé parada, estaba tan distinto del que acababa de contemplar. Olí el aire, pero no percibí la agradable fragancia de la madera que, con tanta fuerza, despedía “su casa”. Llegué hasta el panel pero antes de accionar la media luna, lo llamé. Agucé el oído y escuché con atención. En mi interior quería oír su voz, pero a cambio solo obtuve silencio. Abrí la puerta y entré. Eché un vistazo a la sala. Todo estaba tal y como la última vez que estuve sola. El libro seguía abierto sobre la mesa y mi nota sobre él. Puse la mano en el tirador del cajón; me quedé paralizada por unos momentos.

En mi cabeza, ahora, se libraba una pequeña batalla, no sabía si abrirlo o por el contrario salir corriendo del zulo. Cerré los ojos y aspiré una gran bocanada de aire llenando por completo los pulmones. Si lo abría y no estaban, eso querría decir que todo habría sido un simple sueño y una mala jugada que mi subconsciente me habría jugado, pero si por el contrario estaban allí, significaría que realmente habría estado en su época y que todo lo que había vivido sería lo que habría sucedido en la historia. Me convertiría en la única persona que sabría cómo fue su vida; la gente que le rodeó; su gran valentía frente al enemigo y, sobre todo, cómo fue su muerte.

De nuevo volví a tomar aire y me decidí por abrirlo. Mantuve los ojos cerrados una vez abierto el cajón; dudé. Volví a respirar y muy lentamente los abrí. Las manos me temblaban y tuve que soltar el pomo del cajón. Fue entonces cuando mi corazón se sobresaltó.

¡Estaban allí!, tal y como yo los había dejado. Inconscientemente los cogí y los acerqué hasta mi pecho. Con los brazos cruzados pronuncié su nombre en voz alta y con los ojos cerrados.

—Al-Azraq, te quiero con todas las fuerzas que soy capaz de querer a alguien. Es una verdadera lástima que nuestros caminos se hayan cruzado en estas circunstancias. Siempre te llevaré conmigo. Te quiero Al-Azraq.

—Yo también te quiero, mi adorada princesa de ojos azules.

Fue tan grande el salto que di, que hasta él se sobresaltó. En una décima de segundo me había dado la vuelta y estaba frente a él, temblando de pies a cabeza, como una niña a la que acaban de sorprender. Entonces me abrazó y me besó con tal pasión, que casi sentí que mi corazón se detenía por completo. Me abracé a él, con la imagen de su muerte grabada en mi retina. Sentí una fuerte punzada en el pecho. Pero al momento me tranquilicé, estaba con él, lo sentía, lo tocaba, lo amaba.

—Tranquila princesa, ya todo ha terminado —seguí abrazada a él. Poco a poco me fui tranquilizando. Luego lo miré, quería verle sus ojos.

—¿Es verdad que estuve contigo? —Pregunté— No sé cómo ha sucedido, seguramente no lo entenderé jamás, pero estuve allí en el momento de tu muerte, con tu familia, en tu casa. ¡Todo lo vi tan real! —Dije sintiendo una sensación extraña.

—Sí es cierto. Eres muy afortunada. Espero que algún día se lo cuentes a nuestro hijo de manera que él pueda entenderlo.

—Estoy un poco mareada, son demasiadas emociones. Debería echarme un rato para descansar.

—Sí, creo que deberías hacerlo. Has vivido demasiado intensamente, en muy pocas horas. Tu hijo necesita descanso, estaría muy bien que te acostaras un par de horas. Vamos, te acompaño.

Noté que me llevaba casi en volandas. Cuando llegamos hasta la habitación, con mucho cariño me dejó sobre la cama. Entonces puso las manos sobre mi regazo y me dio un fugaz beso en los labios.

—Ahora descansa. Él te lo agradecerá. Y no te preocupes más de la cuenta; estaré contigo hasta el nuevo año. Te doy mi palabra.

Sentí una agradable sensación. Me relajé de tal modo que mi cuerpo se quedó sin tensiones. Sentí que los párpados me pesaban y cerré los ojos. Noté un agradable alivio. Ni siquiera le oí salir.

Algunos cambios

Me desperté un poco desorientada. No sabía dónde me encontraba ni la hora que era. El reloj marcaba cerca de las dos de la tarde. Necesité unos minutos para acordarme de todo. Ramón debía de haber llegado ya, aunque no le había oído entrar. Me levanté despacio para no sentir mareos o náuseas y salí en su busca. Lo llamé para comprobarlo, pero no estaba entonces salí hacia el garaje. Tampoco vi su coche, en cambio la linterna estaba en el suelo. La recogí y la guardé en su sitio. Comprobé que había pilas de recambio, por si la volvía a necesitar en otra ocasión. Justo en ese momento oí que se abría la puerta, escuché como entraba el coche, conocía perfectamente su sonido. Tan pronto como me vio esbozó una gran sonrisa.

—Hola cariño, no sabía si habías vuelto ya, y salí para comprobarlo. Pensé que debía contarle que había tenido un pequeño mareo y que me había quedado un poco traspuesta; estaba segura de que María se lo comentaría tan pronto como le viese.

—¿Te acabas de despertar ahora? —me dijo un poco extrañado. —Cuando te fuiste, salí a dar una vuelta por el jardín pero al pasar por aquí, sentí un mareo y me senté para que se me pasara. No sé qué me ocurrió, pero al oír a María, volví en mí. Así que me acosté un rato para descansar y me dormí. En realidad acabo de levantarme ahora mismo.

—¿Cómo te encuentras? ¿Tienes mareos o náuseas? —Noté su preocupación.

—¡Oh! No —exclamé—. Estoy perfectamente, mejor que nunca. Me encuentro... ¡cómo te diría!... llena de vida —le dediqué una de mis sonrisas, sabiendo que era de sus preferidas—. ¡Ahora tengo dos vidas en una! ¿recuerdas? —le cogí las manos y se las puse sobre mi regazo.

—Sí, en eso tienes mucha razón. ¿Tienes hambre? —Preguntó.

—Ahora que lo dices, tengo un hambre atroz. —Riéndonos, entramos en casa y nos dirigimos a la cocina. Juntos preparamos la comida.

Estábamos a mediados de mayo, solo faltaba un mes para los exámenes; durante las clases se trabajaba contra reloj. Todo tenía que estar perfecto. Los alumnos se jugaban el curso en un solo examen y no se podía cometer ningún error.

Por casa todo iba, relativamente, tranquilo. Al-Azraq, se mantenía en su escondrijo la mayor parte del tiempo, tan solo nos veíamos de vez en cuando,

y siempre que Ramón no estaba. A veces lo presentía en su forma transparente pero nunca me decía nada para que no pudiese delatar su presencia, ante Ramón.

A principios de junio solo teníamos clases en el conservatorio por las tardes. Llevaba un tiempo, para mí considerable, que no veía a Al-Azraq y decidí acercarme hasta el zulo para contarle como se desarrollaba mi embarazo y, además quería estar con él; ambicionaba que tocara mi vientre que ya empezaba a acusar un ligero abultamiento. Al llegar ante el panel, lo llamé y, para mi tranquilidad, pude oír su voz desde muy adentro, invitándome a pasar. En su rostro se dibujaba una gran sonrisa. Venía con los brazos abiertos y al llegar junto a mí, me abrazó con fuerza. Sentí que sus brazos me rodeaban y me estrechaba contra su pecho. En mi interior volvía a renacer el fuerte deseo que creía casi olvidado. Aspiré su olor y mi cuerpo se puso en tensión.

En ese momento noté como me rozaba el lóbulo de la oreja con los labios. Sentí su aliento en el cuello y un escalofrío recorrió toda mi espalda.

—Además de ser hermosa, tengo que reconocer que eres muy valiente. Estoy muy orgulloso de ti, muy pocas personas habrían reaccionado como tú lo hiciste, princesa.

Fue entonces cuando noté de nuevo un gran deseo por besarle, no pude resistirme y giré la cara en busca de su ansiada boca. Me besó con pasión. No sabía cuánto tiempo duró, pero cuando nos separamos, abrí los ojos y me quedé mirando a los suyos. En ese mismo instante, sentí algo dentro del vientre.

—¿Qué te ocurre, princesa? —Al-Azraq seguía mirándome, pero al ver mi cara de asombro, cambió su expresión.

—¡Espera un momento! —Exclamé.

Presté atención y, nuevamente, algo desde el interior parecía darme unos golpecitos.

—¡Dios mío! ¡Es el bebé! lo estoy sintiendo en mi vientre —Enseguida tomé sus manos y las coloqué sobre mi regazo.

—¿Lo notas?, es el bebé— dije llena de júbilo.

—Seguro que será fuerte y tan guapo como su madre —musitó.

—A lo mejor puede que sea tan guapa como Zaira —me acordé de ella, era la niña más bonita que había visto nunca.

—Sí, podría serlo, pero no es el caso —y puso los ojos en blanco. —¿Cómo qué no? —Protesté con una sonrisa

—Pues muy sencillo, porque este bebé, es un niño —dijo totalmente

convencido de ello.

—Pero... ¿Cómo puedes estar tan seguro de eso? Piensa que vienes del pasado y no del futuro —le recordé.

—Eso es cierto pero..., ¿recuerdas aquél clavel blanco que sigue estando junto a mi tumba? —No lo había vuelto a recordar desde el día que lo vi por primera vez—. Bien, pues es lo que me anunció que abrigado en tu seno, llevas al hijo de Al-Azraq. Si en vez de un clavel hubiera sido una rosa entonces, llevarías una preciosa princesita —sus ojos brillaron de manera especial.

Nuevamente sentí sus pataditas en mi interior, y de nuevo sonreí.

—¿Sabes?..., ahora tengo un gran problema.

—¿Qué problema? —Me preguntó sin dejar de sonreír.

—Había pensado que si era niña, y a ti no te importa, la habría llamado Zaira, además de ser una niña encantadora, su nombre me gusta mucho, pero ahora... ¿Qué nombre le puedo poner al bebé?

—Hay muchos nombres y muy bonitos. ¿Por qué no le llamas Ramón como a tu marido? —Me dijo acariciándome levemente el rostro con su dedo índice.

—Creo que me gustaría más otra clase de nombre, algo como... —Dejé la frase sin terminar buscando las palabras adecuadas.

—¿Un nombre árabe? —Se adelantó adivinando mis pensamientos.

—Sí, eso me gustaría mucho —afirmé.

—Pero... ¿Tu marido aceptará que le pongas un nombre de los nuestros a su hijo?

—Pues... no sé cómo reaccionará. De todos modos todavía queda bastante tiempo y sé que le puedo convencer, pero... no conozco nombres árabes a excepción del tuyo, el de Abembassol y cómo no, el de Abdallah. Podría ponerle éste al bebé, la verdad es que me gusta cómo suena y ahora que le he conocido a él, me gusta todavía más.

—Abdallah es un nombre bonito para el bebé, ¿sabes qué significa? —Me preguntó.

—No.

—Quiere decir servidor de Dios —murmuró.

—¡Vaya! Creo que me gusta. Pero no sé... tal vez si supiera algún nombre más

—comenté pensando en la reacción de Ramón.

—En todo caso queda tiempo, yo te iré enseñando algunos de nuestros nombres y podrás elegir el que más te guste.

—Sí, está bien —tenía razón, todavía quedaba tiempo.

—¡Oh!, de nuevo el bebé, parece que está de acuerdo con nosotros. ¡Qué sensación tan bonita y agradable, sentirle en mi vientre! Por cierto, tengo que ir de nuevo al médico para que me diga si todo va bien por aquí..., dentro —murmuré sin apenas darme cuenta, de que mis manos acariciaban mi regazo.

—Yo sé que todo está bien, pero debes ir, ahora es todo tan diferente de nuestros tiempos, entonces no había tantos médicos y las mujeres, en muchas ocasiones, parían a sus hijos estando a solas. Afortunadamente cuando Abdallah nació, la primera persona que lo tuvo en brazos, fui yo. Najma se puso de parto estando yo con ella. La ayudé a tenerlo y, por fortuna, no hubo problemas. Todo salió perfectamente. Recuerdo que cuando sostuve a Abdallah, por primera vez en mis brazos me sentí el hombre más feliz. Najma lloraba cuando lo vio. Estaba maravillosa... —Suspiró hondamente— ¡Cuánto tiempo hace ya de eso!

—Creo que las mujeres de antes eran mucho más valientes que lo somos las de ahora —susurré.

—No se trata de valentía; antes las cosas eran mucho más sencillas.

—Sí, supongo que en eso tienes razón. ¿Sabes? Seguramente el médico nos dirá si es niño o niña. Me pasaré para confirmarte si de verdad has acertado.

—Ya lo verás —me dio un gran abrazo y me besó fugazmente. Yo me sentía tan a gusto cuando estaba con él...

Tenía la cita con el médico justo por la mañana. En esta ocasión Ramón no podía acompañarme ya que tenía una reunión, pero Ana quiso venir conmigo a toda costa. Casi estaba ella más ilusionada que yo.

—¡Por fin voy a verle la carita a mi “sobrina”! —sus hijos me llamaban tía y lo mismo pasaría con el mío.

—Estás muy equivocada, ¡es niño! Ya lo verás. —Exclamé.

—Muy segura estás de eso.

—Sí, claro que lo estoy, me lo ha dicho él —dije señalando con el dedo índice hacia mi vientre.

—Vaya, eso es jugar con ventaja. Así no me dejas opción para apostar ni siquiera una cena —nos reímos las dos abiertamente.

Al entrar, el médico acababa de llegar y me hizo algunas preguntas sobre cómo me encontraba.

—En realidad, hace ya unos días que me encuentro fenomenal. No tengo náuseas, ni mareos y, lo mejor de todo, es que ya lo siento moverse.

—Eso está muy bien. Es una gozada sentirlo. Todas las madres dicen lo mismo. Se crea... una relación muy especial y protectora hacia él.

La enfermera nos indicó que esperásemos en la sala de espera. Después de unos minutos, accedimos a la consulta y me dispuse para la revisión. La ayudante nos indicó que mirásemos a la pantalla para ver al bebé.

—Sí, todo está perfectamente. Será un bebé grande, su peso rondará los cuatro kilos. ¿Quieres saber el sexo de tu bebé, Julia? —Dijo el doctor cambiando la mirada entre la pantalla y nosotras.

—¡Ya lo creo que sí! Entre Ana y yo tenemos una apuesta y hay una cena en juego —puse los ojos en blanco y nos reímos los tres.

—En realidad no hay ninguna duda, vas a tener un niño. A medida que vaya avanzando el embarazo, iremos viendo su crecimiento, esperemos que no crezca demasiado porque no quisiera tener que practicarle una cesárea —manifestó el doctor.

Estaba claro que el bebé tenía que ser grande; Al-Azraq lo era bastante más que Ramón. Me asusté un poco, ya que por ser mi primer bebé no tenía ninguna experiencia.

—Pero no te preocupes, con cesárea o sin ella, lo importante es que los dos estéis bien y, por el momento, todo está perfectamente —y me dedicó una tranquilizadora sonrisa.

Ana y yo salimos de la consulta con la foto del bebé. No podía dejar de hablar y de mirar la ecografía. Por un momento pensé que tal vez podía hablar demasiado y se me podía escapar algo sobre el verdadero padre, entonces me quedé callada. Ana me abrazó.

—¡Oh!, Julia estoy tan contenta, voy a tener un sobrino guapísimo —dijo colocando las manos sobre mi vientre—. Y tú óyeme bien, no te hagas muy grandote que si no a tu mamá, le va a costar mucho para tenerte.

—Esperemos que te haga caso —dije dejando escapar un leve suspiro.

Le mandé un mensaje a Ramón diciéndole que todo estaba bien y que era niño; supuse que, después de la reunión, le gustaría saber que todo iba bien. Más tarde ya se lo contaría todo con más detalle y por supuesto, le enseñaría las ecografías.

Cuando llegué a casa, él todavía no había venido del trabajo. Tenía muchas ganas de enseñárselas para que le viera su carita. La puse en la puerta de la nevera sujeta con un imán, para que la viese nada más llegar. Al darme la vuelta me sobresalté cuando oí la voz de Al-Azraq y vi su esbelta figura detrás de mí.

—Mmm... ¿Qué es? —Me preguntó sin quitar los ojos de la fotografía.

—Es el bebé —afirmé con una gran sonrisa en mis labios.

—¿De verdad es su cara? —Me dijo muy sorprendido.

—Sí. ¿No te parece increíble? —Vi que en su rostro se había dibujado una expresión de asombro. Me puse en su lugar y pensé lo difícil que debía de resultarle, entender cómo podía verlo mientras todavía estaba en mi seno. — Ya ves las cosas que hace el progreso. Cuando Abdallah nació, no había muchos médicos, y sin embargo ahora, con tu último hijo, las cosas han cambiado tanto que hasta lo puedes ver incluso antes de que nazca. ¡Ah!, y tengo que reconocer que tenías razón, es un niño.

—Seguiremos en otro momento —dijo secamente y sin darme tiempo salió por la puerta y en el mismo momento oí como Ramón entraba por la otra.

Aunque estaba esperando que llegase de un momento a otro, me hubiese gustado tener unos minutos más para estar con el padre de mi hijo. Su repentino adiós me dejó sin aliento y me hizo sentir culpable. Respiré hondo durante un par de veces y salí muy decidida al encuentro de mi marido.

—Hola cariño, ¡mira qué tengo aquí! —Le enseñé la ecografía, notando que las manos me temblaban. No sabía si era por la emoción o por el deseo.

Ramón se quedó mirando la foto, no decía nada. Permaneció en silencio durante unos largos segundos. Entonces levantó los ojos para mirarme.

—¿Qué?—Le pregunté frunciendo el ceño.

—¡No puedo creerlo! Y... ¿estás segura de que es niño? Se ve tan perfecto...

— Entonces me abrazó.

—Sí. Es seguro, lo he visto con mis ojos. Ha sido genial, espero que en la próxima visita puedas acompañarnos a los dos. —Le aseguré y nos reímos muy felices.

El tiempo iba pasando, estábamos a finales de junio; víspera de exámenes. El conservatorio bullía de alumnos por todas partes. Deambulaban nerviosos escaleras arriba, escaleras abajo. Por todo el edificio se palpaban los nervios de última hora.

La semana me resultó muy agotadora. Agradecí que, por fin, se acabase. Los resultados fueron bastante favorables.

Ya de vacaciones y sin trabajo, tenía más tiempo para meditar. En mi interior sabía que me quedaba poco tiempo. Tendría a mi hijo en el mes de noviembre y, su padre, se marcharía con el año nuevo. Solamente me quedaban cinco meses para disfrutar de su compañía; el mismo tiempo que llevaba de embarazo. Pensando en todo ello, me dirigí hasta la casa de María para preguntarles acerca de sus vacaciones.

—Buenos días. ¿Se puede pasar? —Dije a modo de llamada mientras

abría la puerta.

—Hola Julia, pasa, pasa. Justo ahora estábamos hablando sobre las vacaciones, ¡qué bien que hayas venido! Y dinos, ¿cómo está el pequeño? veo que te estás poniendo bien “gordita”. —Preguntó María mostrándome una gran sonrisa.

—Los dos estamos muy bien. Y como ves engordando cada día.

—¿Habéis decidido lo que vais a hacer estas vacaciones? —preguntó Luís— ¡Ah! perdona, ¿te apetece tomar algún refresco? María acaba de hacer granizado de limón. Ya sabes que lo hace buenísimo —exclamó sintiéndose orgulloso de su esposa.

—¡Oh gracias! Sí que me tomaría uno, sus granizados son tan buenos como tus cafés —y le hice un guiño.

Muy amablemente, Luís me sirvió un vaso de granizado, que agradecí.

—Pues veréis, este año no me apetece demasiado ir a ninguna parte. La verdad es que con esta barriga y el calor que tengo siempre no me seduce, para nada, la idea de irnos de viaje, ni tampoco tengo ganas de ir a la playa. Por mi parte, preferiría quedarme aquí y si un día nos apetece, pues entonces irnos a pasar el día por algún sitio, pero todo lo más un par de días y por aquí cerca. ¿Y vosotros? —Les pregunté mientras acercaba el vaso para beber un poco de granizado.

—Este verano Luís y Andrés han alquilado un apartamento en la playa al que nos han invitado a ir, para estar todos juntos. Parece que, por fin, coincidiremos en vacaciones. Así, que si no tenéis ningún inconveniente, nos gustaría estar con ellos, ya sabes que todos juntos estamos muy pocas veces y cada vez será más difícil ya que los niños van creciendo y la vida va cambiando y muy deprisa, por cierto —opinó María rumoreando las dos últimas palabras.

—¡Pero eso es estupendo! vais a estar todos juntos. Me parece una idea genial —me alegré mucho por ellos.

—Ya sabes que os esperamos, por lo menos un fin de semana, ya que sin vosotros no estaremos todos y no será lo mismo —Dijo Luís levantando su dedo índice.

—Por supuesto que sí, eso lo sabes de antemano. ¿Y cuándo os marcháis?

—Pues, cuando has entrado tú, estábamos pensando en ello. Como todos están ya en el apartamento, decidíamos si irnos esta tarde. ¿Tú cómo lo ves Julia?

—Preguntó María en tono maternal—. Si necesitas algo podemos irnos cualquier otro día.

—No, no, está bien que os vayáis esta tarde. Ramón tiene trabajo y a mí me vendrá muy bien para descansar, y así vosotros podréis disfrutar de toda la familia. El tiempo pasa volando y los niños están deseando jugar con sus abuelos —puse los ojos en blanco y me reí con ellos.

—Sí, la verdad es que lo estamos deseando. Durante el resto del año no tenemos demasiado tiempo para disfrutarlos y este verano, todos juntos, será estupendo —María estaba muy contenta aunque la notaba un poco preocupada por mí—. Pero, lo que nos molesta es que te quedes sola en casa, mientras Ramón está trabajando.

—Venga, no os preocupéis por nada. ¡Miradme! estoy perfectamente, “gorda”, pero bien. Sabéis de sobra que no va a pasar nada y vosotros tenéis muchas ganas de estar con la familia, además, ¿para qué están los móviles?, sabes que me puedes llamar todos los días, si así te quedas más tranquila —me dirigí hacia ella—. Te prometo que iremos para estar todos juntos, así que venga, haced las maletas y no le deis más vueltas al asunto. Ya os despido yo de Ramón.

—Está bien. En ese caso, vamos a organizarlo todo —dijeron algo más convencidos.

—¡Ah! Dadles muchos besos a los niños, de nuestra parte; tengo muchísimas ganas de verlos. Nos vemos esta tarde. Hasta luego —y salí al exterior.

Volví a casa dando un agradable paseo. Aunque era bastante temprano, el sol ya calentaba con fuerza. Gilda me acompañaba como siempre, mientras iba olisqueando todo lo que se cruzaba en su camino. Al pasar por las caballerizas, decidí entrar. Hacía tiempo que no las visitaba y después de estar en “casa de AlAzraq”, sentí curiosidad por verlas, ya que las había visto llenas de preciosos animales.

Al entrar en el recinto, sentí que algo en el interior se apoderaba de mí. Era una sensación agradable. Reparé entonces, en el portón que había debajo de un gran arco. Estaba, casi, en total oscuridad, ya que la luz del día apenas llegaba. Nunca me había dado cuenta de que estaba allí aquel viejo portón. Ahora sabía que fue por allí, por donde había entrado hasta las “caballerizas de Al-Azraq” montada con él en su yegua, y también por donde salimos hacia la batalla. Me acerqué hasta allí para verla bien de cerca. Era antigua y grande y se la veía de madera rústica. Un gran cerrojo la mantenía siempre cerrada. Me resultó extraño y decidí que lo mejor sería no comprobar si detrás de ella estaba el oscuro túnel.

Después me dirigí hacia las cuadras. Reparé en el banco donde me sentó para

que me recuperase. Echaba de menos el intenso olor de los animales, el calor que desprendían, el sonido de sus cascos al piafar en el suelo. Leí los nombres que había en algunas de las puertas: Samarkanda, Zaino, Alhambra, Namibia, Nayara. Cuando era pequeña y las visitaba con el abuelo, siempre leía aquellos nombres, cientos de veces. Él me contaba que nunca había visto las caballerizas llenas de animales. Me decía que casi siempre solía haber muchas cuadras vacías pero, que si estaban allí, debía de ser porque, en algún tiempo, alguien tuvo que ser un gran amante ellos.

Iba recorriendo las cuadras una por una, leyendo cada nombre. Muchos se habían perdido y se notaba que los habían ido rectificando. Cuando llegué sobre la mitad, di un respingo. Mis ojos leyeron el nombre de Schezade, debajo del mismo había unos signos árabes, supuse que sería su nombre escrito en el idioma de Al-Azraq; la palabra permanecía intacta, tal y como la vi estando en su “casa”. De nuevo sentí que el corazón me latía con fuerza. Estaba en el mismo lugar donde él me enseñó a su apreciada yegua. Por un momento fue como si la viese allí, mirándome a los ojos. Con su particular cara y sus grandes y redondos ojos. La recordaba perfectamente. Era un bello animal.

Con la respiración alterada, seguí caminando. Noté un gran silencio, solo se oían mis pisadas y las uñas de la perra friccionando el suelo en cada paso.

Llegando hacia el final, de nuevo sentí que el corazón se me aceleraba. En la última de las cuadras leí el nombre de Lazlos. Recordé que me había dicho que así se llamó el primer caballo de Mahoma y que era su semental. Me resultaba casi imposible pensar que con el paso de tantos años, todavía perduraran, casi intactos, todos aquellos nombres. Una parte de la historia de mi casa, de mi familia, incluso de la historia misma, continuaba estando viva, en cierta manera.

Metida de lleno en mis pensamientos, no reparé en la esbelta figura que se hallaba detrás de mí, sus fuertes brazos me abrazaron, rodeándome hasta quedar cruzados sobre mi pecho. Sentí su aliento sobre el cuello y un suave susurro de palabras acariciaron dulcemente mis oídos.

—¿De nuevo estás viajando costumbre.

A estas alturas todavía no por el tiempo? —Me sorprendió como de

me había acostumbrado a sus silenciosas apariciones y no pude evitar un pequeño sobresalto. Sentí una agradable sensación, provocando que mi respiración se agitase, como siempre que le tenía tan cerca.

—Me estaba fijando en los nombres de tus caballos. Siempre han estado

aquí, aunque nunca pensé que llegase a conocerlos. ¿Cómo puede ser que hayan perdurado a lo largo de tantos años? Fíjate, aquí tenías a Lazlos y en el mismo sitio que la vi, está Schezade, tu obediente yegua. ¡Qué maravilla de animales! —Dije fascinada.

—Sí que lo eran —sentí como bajaba las manos hasta ponerlas sobre mi vientre. En ese mismo instante el bebé dio una patada que él sintió perfectamente—. Y me parece que este pequeño también lo será —me abrazo y me dio un beso justo debajo del lóbulo de la oreja. Un gran escalofrío recorrió mi espalda. Quería darme la vuelta y besarle con pasión. Pero sus brazos me seguían abrazando. Cada vez que estaba junto él, mis sentimientos crecían con tal fuerza, que las sensaciones que sentía me hacían vibrar de una forma especial.

—Al-Azraq... —Quería decirle lo mucho que lo quería y lo que le necesitaba, pero sabía que él sufría por mí.

—Dime —su voz sonaba arrebatadoramente sensual.

Entonces hice ademán para darme la vuelta y mirarle a sus azulados ojos y noté como aflojaba los brazos que seguían rodeándome. Cuando estuve ante su mirada, sus brazos no me soltaron y seguía sintiéndolos delicadamente sobre mí.

—Al-Azraq —balbuceé—. Nunca hubiera pensado que pudiese llegar a querer tanto a alguien. Siento que eres parte de mí; te necesito para vivir. —Coloqué las manos sobre su barba, perfectamente recortada, acariciando su rostro y mirándole fijamente a sus cautivadores ojos —Mohammad abu Abdallah ben Hudzäil al Sähuir, te quiero con todas las fuerzas que soy capaz de querer —sentí que mi cuerpo se desvanecía al besarme con tanta pasión. Cada vez que lo hacía, me quedaba casi sin fuerzas; sin aliento. Notaba como temblaba desde los pies a la cabeza.

—Has recordado mi nombre entero y no debe de ser fácil para ti —me hablaba y me miraba con una gran sonrisa en su perfecto rostro.

—Sí..., bueno, eres el hombre de mi vida y el padre de mi hijo, ¿cómo no lo voy a recordar?, por cierto... ¿qué significa tu nombre? —Le pregunté con curiosidad.

—Literalmente dice algo así como... Alabado, padre de Abdallah, hijo de Hudzäil Al-Sähuir, que era mi padre. Verás, es costumbre entre los de mi raza, ponerles a los hijos el nombre que se ha elegido para ellos, y después la palabra Ben o Ibn, que significa hijo de..., seguido del nombre del padre. Y una vez que tienes hijos, se añade Abu, que quiere decir, padre de..., en este

caso Abdallah. Como puedes ver, cuando nos conocimos te di el nombre de mi padre, que en parte lo llevo yo, así que no te mentí del todo. —Sonrió.

—¡Vaya! no lo sabía... Entonces nuestro hijo se podría llamar...

Me quedé pensando un nombre pero me di cuenta de que no sabía prácticamente ninguno. Puse los ojos en blanco y él salió en mi ayuda.

—A ver si puedo ayudarte, me dijiste que te gustaba mucho el nombre de Zaira ¿no es así? —Hice un gesto afirmativo con la cabeza—, pues en ese caso se podría llamar Zahr, que es el nombre masculino de Zaira y viene a significar lo mismo, “brillante”. O mejor aún... ¿Qué te gustaría que significase su nombre?

—En realidad este bebé es un regalo tuyo y además es único, ya que voy a tener al hijo póstumo del último caudillo árabe —dije llena de orgullo.

—Pues entonces es fácil. Podría llamarse Ata Farid Ben Al-Azraq o, lo que es lo mismo, único regalo hijo del azul o el de los ojos azules.

—Ata Farid..., único regalo. Me suena un poco raro pero..., creo que me gusta, sí, no está mal —Al-Azraq puso de nuevo las manos sobre mi vientre y mirándome a los ojos dijo:

—Entonces está decidido. Te llamarás Ata Farid ben Al-Azraq —el bebé dio entonces una patada que él sintió perfectamente y una gran sonrisa me mostró sus blancos dientes—. Le gusta su nombre —acercó entonces sus labios hasta los míos dándome un fugaz beso, lo que provocó que de nuevo me agitase; y luego añadió —gracias por ser como eres.

Las mil y una noches

Luís y María se marcharon de vacaciones esa misma tarde y justo al día siguiente Ramón me comunicó que debía salir de viaje durante unos días, aunque no estaba demasiado decidido por tener que dejarme sola, hallándome en mi estado.

—Cariño, es que si al menos estuviesen ellos, no me importaría tanto, pero sin nadie, la verdad, no me apetece nada —dijo refunfuñando.

—¡Oh!, venga Ramón, ¡que no estoy enferma! —Exclamé— solo estoy embarazada y el médico dice que todo está perfectamente, no tiene por qué ocurrirme nada malo. Además no pienso hacer cosas raras como subirme a una escalera, ni levantar peso, ni nada por el estilo. Y seguro que mi “ángel de la guarda” estará velando por mí en cada momento —en realidad, lo que yo quería no era que mi ángel de la guarda velase por mí, sino estar con él.

—Bueno... ya sé que no te ocurrirá nada malo, pero siempre me queda la duda ¡Y si te ocurriese alguna cosa! Sabes de sobra que no me lo perdonaría jamás —dijo con un sentimiento de culpabilidad.

—Pero Ramón... si me tiene que ocurrir algo, igual me ocurrirá sin que esté embarazada o acompañada. Venga no le des más vueltas, además ahora están los móviles y puedes llamar cuando quieras, igual que yo, si me siento sola; y también está Ana, todavía no se van de vacaciones, así que no te preocupes. Además piensa que el mes que viene ya estaremos juntos... los tres —acerqué mi cuerpo al suyo, para que notase al bebé y se sintiera menos culpable. Mientras le dediqué una de mis mejores sonrisas.

—Sí. No sabes las ganas que tengo, aunque no sé de cuantas semanas podré disponer para las vacaciones y te recuerdo que aún no hemos hablado de lo que haremos. —Advirtió levantando su dedo índice.

—¿Tienes muchas ganas de ir a algún sitio en concreto? Si te soy sincera este verano me quedaría en casa muy a gusto, con este calor y esta barriga... Pero bueno, no te preocupes, todavía tenemos tiempo para hablarlo.

—Supongo que no debes de estar demasiado cómoda. En fin, ya lo hablamos en cuánto regrese ¿te parece bien? —dijo sonriendo tímidamente.

—Claro que sí, no te preocupes.

Estaba feliz y pletórica. Sin haberlo planeado iba a estar a solas con Al-Azraq durante unos días. No podía creerlo. Pero durante los días que le restaban y

que estuviese en casa, debía ocultar mis emociones, puesto que no quería que notase ningún comportamiento en mí que estuviese fuera de lo normal.

Al fin acabó por marcharse dos días después. En principio el viaje duraría unos cuatro o cinco días, así que estaba muy contenta.

Jorge vino en un taxi para recogerle.

—Hola Julia, hay que ver lo bien que te sienta el embarazo, estás más guapa que nunca. —Mientras me decía esto, me dio un fuerte abrazo.

—Muchas gracias, pero yo no diría tanto, con esta barriga es difícil sentirse guapa —protesté.

—Ana ya me lo decía, pero la verdad es que estás guapísima, en serio. Ramón ¿qué le haces? —Se dirigió a él poniendo las manos con las palmas hacia arriba.

—Bueno, eso es fácil, no tiene ningún misterio, simplemente..., quererla mucho. —se dirigió hacia mí—. Dame un beso, y por favor cuídate. Si necesitas algo llama a Ana, y llámame siempre que quieras —Me dio un fuerte abrazo y un beso. Y me susurró en el oído con voz suave:

—Te quiero mucho, por favor ten mucho cuidado.

—Sí lo sé. No te preocupes. Lo mismo te digo, bueno ¡cuidaos mucho, los dos! Y llámame cuando lleguéis.

El coche aceleró y me quedé allí hasta que desaparecieron. ¡Por fin estaba sola! No quería perder ni un solo minuto sin estar junto a Al-Azraq.

Las agujas del reloj marcaban poco más de las once. Sin pensarlo, me dirigí al zulo en su busca. Estaba un poco nerviosa. No sabía si él estaba al corriente de su partida; en los últimos días no le había visto ni le había sentido cerca, en ningún momento. Justo al llegar, lo llamé antes de abrir. Solo hubo silencio. Me extrañó mucho, pero pensé que quizá pudiera estar por el jardín. De todos modos entré para asegurarme. La habitación estaba vacía; me acerqué hasta la estrecha escalera y lo volví a llamar desde lo alto, tampoco obtuve respuesta. Mis nervios empezaban a notarse. La última vez que me había ocurrido algo así, estuve unos cuantos días buscándolo y luego aparecí en “su casa”.

Volví a cerrar y me dirigí hacia el exterior. El día era bastante caluroso; empezaba a sentir mucho calor. Daba una vuelta mientras lo llamaba, pero no pude encontrarle. Me acerqué hasta el mirador donde descansaban sus restos, y me senté con tristeza. ¿Dónde estaría?, el tiempo se me estaba escapando; cada minuto que no estaba con él, era un minuto perdido. Alcé la cabeza para mirar el paisaje y di un respingo. La respiración se me agitó; el corazón de nuevo latía con fuerza.

Una esbelta figura se alzaba en lo alto del balcón, junto al gran salto de agua. Sus ropas las mecía una ligera brisa. El sol iluminaba desde lo alto del cielo, su perfecta silueta. Vi como levantaba la mano para saludarme, yo hice lo mismo y salí a toda prisa para estar a su lado. Él también vino hacia mí para encontrarnos por el camino. No pude evitarlo y cuando ya estaba a unos diez metros más o menos, aceleré el paso y me abalancé sobre él. Me sentía tan feliz que lo besé con pasión rodeando su cuello con los brazos pero, debido al peso de mi vientre y a la carrera, noté que me estaba ahogando; me faltaba el aire y aun así no quería dejar de besarlo. Él se dio cuenta y con mucha suavidad me apartó de sus labios y me habló sonriendo.

—Julia, respira, tienes que respirar. Tranquila que no me voy a ninguna parte —entonces noté que realmente estaba sin aliento. Tuve que poner mis manos apoyadas en las rodillas y aspirar profundamente durante unos segundos—. ¿Estás bien? —me tenía sujeta por debajo de las axilas, temiendo que pudiera desfallecer en cualquier momento.

—Sí, sí, estoy bien —las palabras me salían de la garganta a trompicones. En el regazo, Farid se revolvía y me pareció que también él, deseaba tranquilizarme. Al cabo de un minuto más o menos, la respiración volvió a ser constante, al igual que los latidos del corazón.

—Ya me encuentro mejor. Perdona, pero tenía tantas ganas de estar contigo que no me di cuenta del sobrepeso —dije todavía jadeando.

—Pero... ¿Por qué tanta prisa? —En su cara se había dibujado un gesto de sorpresa.

—Lo siento. Ramón se ha marchado de viaje por unos días y quería decírtelo, pero al llegar al escondrijo y no verte, me he puesto nerviosa. Entonces he salido a buscarte, sin encontrarte, y cuando te he visto allí en lo alto no sé lo que he sentido, pero mis pies han empezado a correr y no he pensado que ahora mi peso es mayor y por lo visto, me he quedado sin aliento —expliqué recuperándolo poco a poco.

Me abrazó con suavidad, con la mano me sujetaba la cabeza que oprimía ligeramente contra su pecho. Escuché sus latidos y por unos momentos pensé que tan solo nos quedaban unos meses para estar juntos, después se iría para no volver jamás. No pude evitar sentir mucha tristeza; un fuerte golpe en el pecho me provocó una ligera sacudida que él también sintió.

—No te pongas triste, princesa. Debes pensar en todo lo bueno que nos ha supuesto este “encuentro”, tanto para ti como para mí; hemos conseguido lo que necesitábamos los dos y lo más importante de todo es que ambos

conocemos un poco de nuestras vidas, nos hemos dado amor, cariño y después... tú tendrás a Farid, para quererle —oía sus palabras y sabía que eran ciertas. Pero no quería que se marchase. Lo que yo sentía hacia él era muy fuerte, nunca había experimentado nada igual y eso me estaba doliendo demasiado. Sumida en aquel terrible pensamiento, sentí como acarició mi rostro con las manos. —¿Pero no hay ninguna manera de que puedas quedarte? — Pregunté con ansiedad.

—Mírame, Julia. No quiero que estés triste. Vamos a hacer una cosa que estoy seguro que te va a encantar. ¿Cuántos días dices que estará fuera Ramón? — De nuevo me quedé hipnotizada al mirarle a sus ojos.

—Me ha dicho que serán unos cuatro o cinco días. ¿Por qué? —Pregunté extrañada.

—Perfecto, entonces durante esos días, vas a ser mi princesa, pero mi princesa de verdad —seguía mirándole a los ojos, tenía los míos abiertos como platos, no sabía lo que quería decirme.

—¡No me mires con esa cara! pareces una niña que acaba de ver a un fantasma.

Al-Azraq soltó una carcajada y comprendí que mi rostro debía de ser espantoso, entonces cambié la expresión y también me reí.

—Mejor, ¡eso está mucho mejor! Solo te voy a pedir una cosa; me temo que tendrás que esperar unas horas para saber de qué se trata —se acercó para besarme en la frente.

—¡Oh, por favor! no me hagas esperar, dime de qué va todo esto —protesté.

—Pero si te digo de qué se trata, entonces ya no hay ninguna sorpresa. Tienes que ser paciente y portarte bien, además, necesito que me des un poco de tiempo. Ya verás cómo al final vale la pena.

—Pero, ¿cuánto tiempo? —No alcanzaba a comprender esta actitud suya pero no me gustaba tener que esperar.

—A ver, ahora vamos a casa y te ayudo con la comida y luego quiero que te acuestes un rato y que descanses, te vendrá bien después de la carrera que te has dado —su voz volvía a ejercer sobre mí una extraña sensación.

—Pero... ¡Si yo no tengo costumbre de dormir la siesta! Y además, me encuentro perfectamente—. Me negaba rotundamente a tener que acostarme para descansar, cuando lo que yo quería, era estar con él.

—¡Chist!... —Puso su dedo sobre los labios—. Necesito un poco de tiempo, confía en mí. Y ahora no se hable más. —No sabía cómo pero me convenció. Me ayudó con la comida y luego, como una niña buena, me dirigí a la

habitación para descansar durante un rato. Me había dicho que cuando lo tuviese todo listo, vendría a buscarme. Me hacía sentir como una chiquilla castigada a no salir de la habitación hasta que me levantase el castigo. Pero en realidad tenía razón las piernas y, sobre todo los pies, acusaban, en cierta medida, la pequeña carrera. A regañadientes le hice caso y me dejé caer sobre la cama poniéndome una almohada debajo de los pies. Sobre la mesita de noche, tenía el libro, lo cogí y empecé a leer.

Unos suaves golpes en la puerta, me despertaron.

—Despierta princesa. Ya está todo listo —oí su seductora voz a través de la puerta.

Me había quedado profundamente dormida; apenas me acordaba de nada. Poco a poco me fui despertando y comencé a recordar. Había entrado y se acercaba hasta mí. Cogiéndome las manos me tiró de ellas con mucha suavidad indicándome que me levantase.

—Espera, tengo que ir al baño —quería asearme y arreglarme un poco el pelo, apenas lo miré.

Cuando salí, observé que llevaba otro tipo de indumentaria que, hasta ahora, no le había visto. Vestía unas ropas que se me antojaron sencillas pero elegantes, eran de color marfil. Llevaba un pantalón largo de una tela que parecía ser muy refrescante. Por todo el bajo, lucía un delicado bordado, con hilo también de color marfil pero brillante. Una casaca más bien larga le llegaba hasta las rodillas; a ambos lados tenía unos profundos cortes que subían casi hasta la cintura. Era de manga larga pero bastante ancha y alrededor de los puños, por todo el bajo y alrededor del cuello, la casaca tenía el mismo bordado que en el pantalón. Un corte en el delantero de la misma, dejaba entrever su morena piel y su vello negro en el pecho. La cintura se recogía con una faja dorada, anudada sobre el lado izquierdo; de los extremos que, graciosamente, le colgaban unas borlas, también doradas, se movían cuando caminaba. En los pies calzaba unas babuchas en color marfil que me parecieron de una finísima piel. Tenían un bordado del mismo tono y la punta se levantaba ligeramente formando un pico. Me quedé allí de pie, mirándole y sin decir ni una palabra. Me pareció la persona más elegante que jamás hubiese llegado a imaginar.

—¿Qué? ¿No te gusta? —Preguntó alargando su mano para que me acercase.

—Es que estás tan... elegante. Digno de un emir.

—Bueno, ya te dije que te iba a dar una sorpresa, pero ahora tienes que vestirme tú también, a tono conmigo —me sonrió.

—¿Yo? pero... ¿Cómo? —No salía de mi asombro. No podía apartar mis ojos de él.

—¡Mira! —Dirigí los ojos hacia la cama y allí encima, perfectamente organizada, había unas ropas parecidas a las tuyas.

—Éstas, son las tuyas; sé que te van a quedar muy bien.

—Pero yo no sé cómo vestirme con estas ropas. ¡Oh vaya! qué bonitas son — No me imaginaba vestida con ellas. Además mi vientre ya estaba bastante abultado y creí que no me quedarían bien.

—Venga, yo te ayudo a ponértelas.

Me parecía estar en un sueño. Al-Azraq estaba más guapo que nunca y aquellas ropas tenían un encanto especial; era un auténtico emir.

A medida que me ayudaba, iba diciéndome como tenía que ir vistiéndome. Primero cogí los pantalones que también eran largos, y al igual que los suyos, estaban bordados aunque en los míos, había piedras preciosas; algunas muy diminutas. Al cogerlos comprobé que su tacto era muy suave. Después me entregó una casaca parecida a la suya; llevaba el mismo bordado que los pantalones, pero un poco más cargado de finísima pedrería. Luego me entregó una faja, que a diferencia de la suya, estaba trabajada formando un hermoso dibujo de red; también con pedrería. Era de color oro, idéntica a la suya. Él mismo, me la colocó alrededor de mi abultada cintura.

—Y ahora para esos delicados pies, aquí tienes estas babuchas.

Me quedé con la boca abierta. Eran muy delicadas, igual que las tuyas, pero éstas tenían un toque femenino, no sabía exactamente cuál era la diferencia, pero me encantaron.

—Siéntate en la cama, por favor, deja que yo te las calce —obedecí y acto seguido me las colocó en los pies desnudos y noté como su suave piel acariciaban la mía.

—¿A ver?, deja que te vea —me levanté y cogiéndome de la mano me indicó que diera una vuelta sobre mi misma. Así lo hice.

—Todavía falta algo... vamos a ver —me observó de abajo hacia arriba y al llegar hasta el pelo, se me quedó mirando. Entonces me quitó la pinza que me había puesto para recogerlo detrás en la nuca y me lo dejó suelto.

—Ya sé. Te falta esto —entonces sacó de su bolsillo algo que colocó muy graciosamente sobre mi cabeza. Noté que sobre la frente algo me caía. La moví y oí un dulce tintineo que me parecieron piedrecillas. Instintivamente llevé mis manos a la cabeza para comprobar de qué se trataba.

—No, no, no. ¡Espera!. Todavía te falta un pequeño detalle —volvió a meter

la mano en el bolsillo y sacó algo que no pude ver.

—Cierra los ojos y no te muevas —oí otro tintineo y algo que me ponía en los lóbulos de las orejas, supuse que se trataba de unos pendientes—. Espera por favor no abras los ojos todavía. Despacio —me rodeó la cintura y me llevó hasta situarme delante del espejo—. Todavía no los abras —estaba impaciente por verme, me sentía alguien importante. Entonces noté sus labios sobre los míos en un beso fugaz.

—Estás espléndida, ya puedes abrirlos.

Abrí los ojos muy lentamente, me quedé de una pieza. Eran las ropas más elegantes que nunca había imaginado. Empecé por mirarme desde los pies y fui subiendo la mirada poco a poco. El tocado del pelo era muy delicado, bordeando toda la cabeza colgaban un sinfín de diminutas piedrecillas que brillaban mucho con la luz de la lámpara y entonces..., los vi. Al-Azraq me había puesto los pendientes que me había regalado durante mi estancia en “su casa”. Me quedé con la boca abierta. Todo aquello me parecía un sueño que nunca hubiese podido imaginar.

—¡Qué maravilla!, es todo tan... —Dejé la frase sin terminar—. Tenías razón, ha valido la pena esperar —dije totalmente convencida de ello.

—Y esto, solamente es una pequeña parte, todavía tengo reservadas algunas sorpresas más, ya verás —se acercó mi mano a los labios y la besó con mucha sensualidad.

—Pero, ¿cómo puede ser?, esto es demasiado —nuevamente sentí algo en el interior que no podía controlar, entonces me acerqué hasta él y le pasé los brazos alrededor de la cintura. Él me abrazó.

—Hubieras sido una mujer musulmana maravillosa. Así vestida pareces de mi raza. Aunque en realidad, llevas parte de mi sangre por tus venas, así que..., quieras o no eres mi princesa —sentí sus labios sobre los míos, la respiración se me agitaba por momentos y el deseo crecía; cerré los ojos y me dejé llevar por el momento que estaba viviendo. Notaba su cuerpo contra el mío y los brazos que me abrazaban.

—¿Estás preparada para cenar? —Preguntó con la mirada fija en mis ojos.

—Pero... ¿qué hora es? ¿Tanto he dormido? —Estaba confusa, no podía haber dormido toda la tarde.

—Todavía es un poco pronto, pero podemos dar un paseo mientras llega la hora de cenar.

—Y ¿dónde voy a cenar? —Seguía confusa.

—Confía en mí. Ahora lo verás. Primero un pequeño paseo.

Salimos al jardín y, mientras caminábamos, me contó cosas de su vida. Me sentía muy a gusto a su lado. Las ropas me acariciaban la piel a medida que caminaba, me parecían de seda. Pero no estaba segura. El calzado que llevaba era extremadamente suave; una caricia para mis pies.

Hablando con él, ni siquiera había prestado atención por dónde caminábamos. De pronto reparé que había oscurecido casi del todo. Estábamos cerca del cenador y me percaté de la suave luz que se veía en él y que tenía un cierto movimiento; supuse que se trataba de unas velas que titilaban al son de la ligera brisa. Me quedé mirándolo y una gran sonrisa apareció en su rostro.

—Julia, la cena está servida —al tiempo que me decía estas palabras, con su mano me indicaba que caminase hasta el cenador. En efecto, la luz de las velas le daba un toque todavía más romántico. Había un montón de ellas, todas encendidas y repartidas por todas partes; sus llamas bailaban al son de un ligero céfiro. Por el techo del cenador, había colocado unas finísimas telas de varios colores que colgaban, y que también las mecía la suave brisa. En el centro había una mesa muy baja, que lucía repleta de platos y vasos con toda clase de alimentos que me parecieron del mismo estilo que cuando estuve de visita en “su casa”. Había un montón de cojines por el suelo, cuadrados, redondos, alargados; todos en diferentes colores muy vivos. No parecía el cenador que siempre había estado allí. Estaba muy distinto, pero muy acogedor.

—¡Es una pasada! ¿Cómo has podido preparar todo esto en tan poco tiempo? Y has cocinado y todo, pero... —Estaba alucinada.

—Bueno, los..., “fantasmas”, podemos hacer muchas cosas. Ya te dije que valía la pena esperar.

Me sentía como una niña en el día de los Reyes Magos. El corazón me latía a cien por hora; estaba llena de vida. Todo aquello no podría olvidarlo nunca, lo malo era que tampoco podría compartirlo con nadie, ni siquiera con Ana. Así que decidí disfrutar de cada segundo, estando junto a él.

Según Al-Azraq, todo estaba preparado como en sus tiempos. Nos sentamos en el suelo, en medio de los almohadones y, a pesar de mi embarazo, la estancia era muy confortable. Como él no solía acompañarme mientras yo comía, me molestaba un poco tener que hacerlo sola.

—¿No te gusta lo que he preparado para ti? —Su voz sonaba con un toque de decepción. —Lo que no me gusta es comer sola, mientras tú me miras —nuestros ojos se miraron.

En aquel maravilloso entorno, a la luz de las velas y con aquellas ropas, me

parecía estar en una escena de las mil y una noches y tenía frente a mí al hombre más hermoso y elegante que jamás había podido imaginar.

—¿Cómo puede ser que no comas nada? —Le pregunté.

—Es un poco delicado de explicar y no sé si lo entenderás del todo bien. Pero trataré de explicártelo lo mejor posible. Se supone que mi cuerpo está... digamos dormido, pero mi mente es la que está aquí. Es la mente la que mueve mi cuerpo. Como ya te dije, cada vez que despierto, lo hace solo la mente, aunque yo puedo hacer muchas cosas.

Me costaba comprender, entre otras razones, porque con aquella suave luz, el aroma de las flores del jardín que flotaba en el aire, y aquel ambiente tan romántico, me resultaba muy difícil concentrarme en lo que me decía y tuve que hacer un gran esfuerzo.

—Pero, ¿cómo es que yo puedo verte? —Le pregunté mientras cogía uno de los platos de la mesa y me servía.

—Ya te dije que contigo todo ha sido diferente desde el mismo momento en que me desperté en el camastro —hice ademán de querer hablar, pero me hizo callar. —¡Chist!... yo te voy contando y tú mientras vas cenando, por cierto, ¿te gusta la cena?

—Lo que he probado está muy bueno, gracias —me había servido, un poquito de casi todos los platos que había en la mesa, estaba dispuesta a probarlos todos, tenían un aspecto realmente delicioso—. Pero sigue, por favor. —Le insté.

—Está bien. Como te decía, esta vez todo fue muy distinto. Cuando desperté, yo mismo me sorprendí mucho, al ver que estaba físicamente sobre la cama. No entendía qué era lo que me ocurría, ni sabía por qué, además de mi mente, también estaba mi cuerpo. Hice mis cálculos para saber que estábamos en el año 2008. Conté ochocientos años desde mi nacimiento, pero seguía sin saber el motivo de mi presencia física. Entonces decidí indagar por la casa.

De pronto tuve un gran sobresalto. Ramón me habría llamado por teléfono y ni siquiera me había acordado de traer el móvil.

—¿Qué pasa, que he dicho? —Al-Azraq se había levantado muy rápidamente al ver mi cara y me cogía de la mano.

—¡Ramón! Dios mío, me había olvidado por completo de él, seguro que me habrá llamado y estará muy preocupado por mí. Tengo que ir a por el teléfono enseguida —quise levantarme a toda prisa pero él me detuvo.

—Espera, dime dónde está y yo te lo traeré; seguro que soy más rápido.

—Pues, me parece que lo dejé sobre la mesilla de noche, junto a la cama.

¿Sabes cómo es? —Le pregunté.

—Sí, te lo he visto alguna vez. Espera aquí —ordenó

Entonces me soltó la mano y se dio la vuelta. Yo le miraba esperando que bajara los escalones y verle salir, pero algo muy extraño sucedió. Por un breve momento me pareció ver que desaparecía un instante. Solamente hubo un parpadeo y volvió a girarse hacia mí, alargando la mano para entregarme el teléfono. Mis ojos se abrieron por completo. Tendí la mía hacia la suya y cogí el objeto que me entregaba. Efectivamente era mi teléfono móvil. ¿Qué había sucedido?, apenas si se había dado la vuelta para bajar los escalones y de pronto, ya estaba de vuelta con el objeto en su mano.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿Me he perdido algo? —Seguía sentada sobre los mullidos cojines y estaba con los brazos abiertos mirándolo, tratando de entender lo que acababa de suceder.

—Anda, llama a Ramón y sigo explicándote —una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

Con la mente algo perturbada, accioné la tecla del teléfono, efectivamente tenía una llamada perdida. Hacía cinco minutos que la había hecho. Rápidamente marqué su número. Observé que él se salía del cenador mientras yo hablaba con Ramón.

—Hola, ¿me has llamado?, perdona pero estaba en la piscina y no te he oído. ¿Qué tal estás? —Me sentía culpable por tener que mentirle, pero sabía que la situación no era, para nada, normal.

—Sí, te he llamado y como no cogías el teléfono he pensado que estarías fuera. ¿Cómo estás? —Se oían muchas voces de fondo, parecía que estaba en algún sitio público.

—¡Ah! estoy genial, empezando a cenar. ¿Y vosotros? —Le dije un tanto nerviosa, elevando el tono de mi voz.

—Quería llamarte antes, pero hemos tenido que ver unas cosas. Estamos en un restaurante que está lleno hasta los topes, no te oigo bien.

—Bueno cariño, no te preocupes, ahora ya sé que estáis bien, si quieres me llamas mañana y hablamos más tranquilamente, creo que me voy a acostar para descansar las piernas —confiaba en que mis palabras no me delatasen, ya que quería terminar pronto la conversación para estar nuevamente con mi acompañante, y me vino de perlas todo aquel gentío que se oía.

—De acuerdo cielo, te llamo mañana. ¿Estás bien? —Preguntó

—Sí, claro que sí. Ahora voy a leer un rato pero no sé si aguantaré mucho despierta. Con este calor las piernas se resienten un poco. Pero estoy muy

bien. Un beso muy grande.

—Bien cariño, que descanses. Otro beso para ti. Te quiero.

—Hasta mañana. Yo también te quiero. —Apenas había terminado de colgar, cuando tuve un gran sobresalto. Justo cuando levanté la cabeza, ya estaba sentado nuevamente frente a mí y me miraba a los ojos.

—¡Vaya susto! Pero..., hace un momento te vi como salías —estaba claro que algo me había perdido. No era capaz de entender lo que ocurría. Él no dejaba de sonreír mientras me miraba.

—Tranquila princesa. ¿Seguimos? —Me había cogido la mano y me miraba con mucha ternura.

—Pero dime antes, que es lo que ha sucedido —mi mente quería comprender pero parecía estar en éxtasis total.

—Vamos por partes. Bien, prosigamos —cerró por unos momentos sus ojos y seguidamente los abrió reanudando la conversación, como si no se hubiese interrumpido—. Entonces decidí salir a indagar por la casa. Cuando empecé a caminar me sentía entumecido y muy torpe, notaba que mi mente tenía que trabajar mucho para que las piernas me obedeciesen. Tambaleando, conseguí subir por la angosta escalera. No sabía en qué momento del día o de la noche me encontraba y tampoco quería tropezarme con alguien y que me descubriesen. Afiné el oído detrás del panel antes de salir. Después, a través de la ventana, vi que era de noche, perfecto, supuse que la gente, si es que había alguien, debería estar dormida.

Salí del salón y decidí empezar a indagar desde abajo. Noté que mi vista era excelente a pesar de que todo estaba oscuro. Al pasar por delante de un espejo me quedé asombrado al ver mi físico —yo iba comiendo mientras le escuchaba hablar. Su voz sonaba especialmente dulce y sensual—. No era como yo me recordaba. Estaba mucho más joven. Ahora debo de tener unos pocos años más que tú. Esto me dejó perplejo pero decidí no darle importancia y continué con mi inspección. Vi algunos cambios en la decoración, cosa que no me extrañó, ya que al cabo de tantos siglos he ido viendo diferentes cambios en la casa y en el jardín. Esperaba encontrar gente, aunque hubo dos veces que la encontré solitaria.

—¿Encontraste la casa cerrada en dos ocasiones? —Le interrumpí curiosa.

—Sí, parece que por alguna circunstancia, durante dos de los años en que estuve por aquí, no vi a nadie. Bien, fui paseándome por toda la casa para familiarizarme con las cosas nuevas que iba viendo. La parte de abajo estaba más o menos, digamos por el estilo. Pero al llegar al ático, la cosa cambió.

Me extrañé mucho al notar que mis pasos no provocaban ningún sonido y que además de mi perfecta visión nocturna, descubrí que, también el oído era extraordinariamente sensible. Podía oír a la respiración de dos personas en el ático. Fue cuando decidí entrar con mucho cuidado, pero al abrir la puerta que lleva al salón, me sobresalté cuando mi cuerpo se volvió translúcido hasta quedar totalmente transparente, y de repente... estaba al otro lado de la puerta. Como puedes imaginar, me quedé igual que tú hace unos instantes. Quise comprender lo que me ocurría e intenté de nuevo abrir la puerta. Tuve que concentrarme mucho para que la mente hiciese que mis músculos obedecieran. Tardé unos minutos pero al final lo conseguí. Al igual que tú, tampoco yo entendía lo que me ocurría y sobre todo, el porqué de aquello. Como os oía respirar, continué con la inspección, sabiéndome tranquilo. Reparé en un montón de objetos extraños para mí, la mayoría me parecían cajas muy raras, de diferentes tamaños. No obstante me gustaba mucho todo lo que mis ojos veían, tengo que reconocer que la decoración es excelente. Volví de nuevo al corredor para indagar otra de las habitaciones, cuando de pronto, un sonido me sobresaltó. En cosa de unos instantes, apareciste tú y me quedé totalmente paralizado al verte. Aunque era de noche y estaba oscuro, parecía que también tú veías a través de la oscuridad. — Recordé que algunas noches me levanto para beber agua, desde muy pequeña siempre lo he hecho y no era de extrañar que lo hiciese justo esa noche.

—Sí, es verdad, me conozco tanto la casa, que puedo ir a oscuras prácticamente sin tropezar —aclaré.

Hacía ya un rato que había terminado de cenar. Sentí que me dolía un poco la espalda y me estiré para notar un poco de alivio. Él pareció darse cuenta y con bastante rapidez, se levantó.

—Bueno, parece que ya hemos terminado. ¿Te ha gustado la cena? —Me tendió la mano para ayudarme a levantar.

—¡Oh!, ha estado genial, y todo estaba delicioso, ha sido estupenda. Gracias otra vez por este detalle. No tengo palabras —le agradecí y sonreí.

—Deberíamos ir hacia casa, te vendrá bien estirar un poco las piernas, además todavía tengo algo más que enseñarte —musitó.

—¿Qué es?, me parece que por hoy ya me has dado muchas cosas.

Desde siempre me gustan mucho las sorpresas y los regalos así como hacerlos a la gente que quiero, pero ese día estaba siendo maravilloso, me encontraba como flotando en el aire, como si estuviese en un sueño; un sueño maravilloso y quería que nunca acabase.

—Ten paciencia, todo a su debido tiempo.

—Pero tenemos que quitar todo esto de aquí, no lo podemos dejar así como está —empecé a recoger la mesa pero me sujetó por las manos y me atrajo hacia él. Noté que me erizaba.

—Mi princesa, eso es cosa mía. No te preocupes, antes de que te des cuenta estará todo en su sitio —me dio un suave beso en la frente y, cómo iba siendo costumbre, el corazón se me aceleró.

Puso una de sus manos por detrás de mi cintura y me indicó que siguiéramos para dar un pequeño paseo hasta casa.

—Y bien, por dónde íbamos... ¡Ah sí!, espero no aburrirte —dijo sonriendo.

—¡Ah no! por favor, necesito que me lo cuentes todo —estaba tan embelesada escuchando su relato que había perdido hasta la noción del tiempo. Su voz sonaba tan suave, tan dulce; estaba hipnotizada—. Por favor sigue.

—Bien, al verte me quedé paralizado. Me pillaste desprevenido y no sabía qué hacer. Sabía que no me podías ver, ya que me había quedado transparente, pero no sabía lo que podía suceder si me cruzaba en tu camino; tampoco me dio tiempo de apartarme de tu trayectoria, así que no pude hacer nada más que quedarme quieto, pero pasaste tan cerca de mí, que una parte de tu cuerpo invadió mi costado derecho, entonces supe, que eras tú la persona por la cual se estaban operando todos aquellos cambios en mí — íbamos caminando por el jardín, la suave brisa removía las hojas de los árboles provocando un suave sonido que siempre me atraía. Trataba de recordar aquella noche.

—Pensé, que tú eras hasta la fecha, mi última descendiente debido a nuestro gran parecido, pero no tenía ni idea de porqué estaba yo allí y menos todavía porqué estaba físicamente —Al-Azraq se había puesto delante de mí, me había cogido suavemente por los hombros y me miraba a los ojos. —Cuando ya habías pasado, sentí un agradable aroma que me inundó la nariz. Te seguí; bebiste unos sorbos de agua y te diste la vuelta hacia mí. Entonces me di cuenta de lo hermosa que eres. Pude contemplar que tenías los mismos ojos que yo y por unos instantes me pareció ver a mi madre. Me quedé tan sorprendido al mirarte, que pasaste a través de mí, sin que yo pudiese reaccionar.

—Pero, ¿cómo puede ser? Yo no recuerdo nada, ninguna sensación, ningún roce, ¡nada! —No comprendía lo que me estaba diciendo. Todas esas cosas solo pasan en el cine, en las películas, no podía ser real.

—Lo sé. Sé que tú no notaste nada, pero yo sí lo noté. Justo en el momento que nuestros cuerpos estuvieron “juntos”, supe que necesitabas algo de mí, sentí

que tenía que darte algo muy especial, sabía que era necesario para que mi estirpe pudiese continuar, pero no acababa de estar seguro. Era obvio que tú eras humana y yo no. Así que decidí esperar ya que, seguramente, el tiempo me diría lo que debía hacer. Al día siguiente cuando te vi a la luz del sol, me pareciste tan hermosa y tan bella que quedé prendado de ti.

Estuve por aquí unos días, con la intención de estudiar la situación. Quería conoceros a los dos y saber por qué estaba yo, aquí.

Habíamos llegado a casa. El reloj marcaba las doce y media. Al-Azraq me cogió las manos.

—¿Estás preparada?

—¿Preparada? ¿Para qué?

— Quiero que veas algo —afirmó.

¿Qué más cosas podía enseñarme? Me había hecho poner unas ropas preciosas, llevaba sus pendientes, me había sorprendido con la cena más romántica y exótica que podía tener.

—¿Me acompañas? —Una hermosa sonrisa apareció en su rostro siempre tan perfecto.

—¡Claro, no faltaría más! —Dije emocionada.

—Por aquí, por favor. —Con la mano hizo un gesto para que le siguiese.

Me sentía totalmente feliz. ¿Qué más cosas me regalaría en esta maravillosa noche?

Sonriendo le seguí. Comprobé que me llevaba hacia el solárium. La puerta estaba cerrada; antes de entrar me pidió un momento. Por un instante se me perdió su imagen pero tan solo me pareció una ilusión óptica, enseguida le vi perfectamente.

—Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te lo pida —le obedecí. Oí como abría la puerta y con mucha suavidad me sujetaba por la cintura y me iba dirigiendo hacia el interior. Al entrar, con los ojos bien cerrados, noté un olor dulzón pero muy agradable. Me pareció percibir el aroma de algunas flores y de algo más, que no acababa de identificar. Me iba dirigiendo hacia una esquina de la habitación. Entonces se detuvo.

—¡Espera! no los abras todavía —entonces sentí sus suaves labios sobre los míos; quise besarle, pero él se separó.

—Ya puedes abrirlos.

Respiré hondo y los abrí muy lentamente. Apenas podía reconocer la habitación. Una multitud de velas, encendidas por todos los rincones, inundaban de suave luz la sala, reflejándose en los cristales. En una de las

esquinas había tres o cuatro ramos de flores; eran tantas que me resultaba difícil saber cuántos había; todas ellas eran blancas pero de diferentes clases y formas.

En la misma esquina y desde lo alto del techo, una cascada de flores de varios colores bajaba hasta los mismos ramos blancos, contrastando con ellos. En el centro del solárium, una mullida alfombra cubría casi todo el suelo; sobre ella, un colchón lucía lleno de almohadas de colores muy intensos. Al rodear la cama, vi que el solárium estaba abierto. Tenía un sofisticado mecanismo que accionado por una palanca, o mejor dicho, una especie de llave muy antigua se ponía en funcionamiento unos engranajes que hacían subir media pared de cristales como un gran ventanal, éste se quedaba por detrás de la otra mitad, fijada al techo. Ramón y yo lo abríamos de vez en cuando, con el fin de mantener en forma aquellos viejos engranajes.

La noche era perfecta. Las estrellas parecían brillar con más fuerza que de costumbre. No había luna, por lo que se veían con excelente nitidez.

—¡Dios mío! nunca pensé que pudiese quedar tan bien así. Es una maravilla y el aroma es tan agradable. ¿Qué es? —Quise saber.

—Es el aroma del jazmín y de las demás flores —me señaló un enorme jazmín que había en otra de las esquinas, que llegaba hasta el mismo techo.

Se acercó hacia mí, la respiración se me alteró por momentos. Sentía pasar el aire entrecortado por la garganta. Nuevamente sentía fuertes deseos de abrazarle y besarle. Tuve que controlarme, me costó, pero al fin lo conseguí.

—¿Te gusta? —Lo miré a los ojos. Estaba especialmente atractivo. Con aquellas ropas, el pelo largo, la barba y sus ojos..., aquellos ojos que no dejaban de hipnotizarme.

—Me alegro de que te guste como ha quedado la habitación. Es mi deseo que duermas aquí, mientras yo estoy a tu lado. Dijiste que teníamos cuatro días y me gustaría mucho que los pasáramos juntos. ¿Qué me dices? —Dijo tomando un mechón de mi pelo.

—No tengo palabras. ¡No sé qué decir! Es la noche más bonita y más maravillosa de toda mi vida. Jamás hubiera imaginado algo así. Gracias Al-Azraq, no sé qué más decirte —noté que me ruborizaba.

—Te sienta muy bien el color rosado en tus mejillas —de nuevo su hermosa sonrisa me provocaba el deseo de besarle.

—No te rías de mí, por favor —Le dije apartando la mirada de la suya. — Pero dime..., ¿qué te parece mi deseo de estar juntos? —Sus dedos pellizcaban con suavidad, mi mentón.

—Que..., ¿qué me parece? —Entonces lo abracé y le besé con ternura y al mismo tiempo, con mucha pasión.

Confesiones

Al-Azraq me dio un beso en la frente y muy cariñosamente insinuó que fuésemos hacia la cama. Al llegar a los pies de la misma, y con mucha delicadeza, empezó a quitarme la ropa. El corazón me palpitaba casi hasta el punto de estallar.

Él estaba especialmente atractivo y sensual, me seducía su mirada hasta perderme en la locura del deseo. Suavemente me quitó la faja dorada, luego la casaca y por último los pantalones. Sentía que mi cuerpo, casi desnudo, temblaba de anhelo. Sus dedos acariciaron mi piel mientras me quitó la ropa interior, el corazón me latía desbocado; la respiración entrecortada, me ahogaba por momentos. Colocó sus manos sobre mi regazo y lo besó con dulzura.

Sin saber de dónde salió, puso sobre mi cuerpo una prenda parecida a un pequeño camisón, que parecía de finísima seda; tenía dibujos adamascados todo en el mismo color, un color tan puro como el oro. Permanecíamos de pie; el uno frente al otro; mi cuerpo ardía en deseos, me atraía la suavidad de sus manos mientras me colocaba aquella delicada prenda, en mi cuerpo desnudo. Al-Azraq me acarició el rostro y me dio un beso fugaz, después él también se quitó la ropa y se puso algo parecido, a lo que me había puesto a mí. Me abrazó muy suavemente y me dejó caer con sumo cuidado, sobre la cama. Estaba segura de que íbamos a hacer el amor, pero me acomodó contra su pecho y sin dejar de abrazarme señaló hacia el firmamento.

—Mira cuantas estrellas. Cada una tiene su nombre, y cada una de ellas brilla con luz propia. Unas son más grandes pero otras, en cambio, brillan con mucha más fuerza.

Sentía los latidos en la garganta, quería controlarme para que él no los notase, pero con su oído tan fino, sabía que era del todo inútil. Respiré hondo un par de veces con el fin de serenarme lo máximo posible. Me concentré en los astros que, aquella noche, parecía que resplandecían más que nunca.

Con su dulce voz siguió hablando. Al cabo de un rato me abrazó y me dio un beso en la frente.

—¿Quieres saber lo que me sucedió después de conocerte? —Me preguntó todavía mirando a las estrellas.

—Sí, por favor —aprecié que me había calmado y, de nuevo, volvía a ser yo.

—Bien, vamos entonces. ¿Por dónde íbamos? —Al-Azraq suspiró y después continuó en el mismo punto donde nos habíamos quedado—. Pasé unos días con vosotros y una noche mientras estabais en el sofá, os oí hablar acerca de la dificultad que teníais para tener hijos.

—¿Estabas allí con nosotros? —Le miré de soslayo, pero él seguía mirando los astros.

—Sí, en el otro sofá. Sentado y mirándote, fascinado por tu belleza. Debo confesarte que desde el mismo momento que te vi por primera vez, mi corazón quedó tan prendado de ti, que me enamoré como un adolescente en su primer amor —pasó los dedos por mis mejillas y me miró muy fugazmente, a continuación volvió a dirigir los ojos hacia el firmamento—. Entonces comprendí que aquella dificultad vuestra, estaba relacionada con nosotros dos. Pensé que tal vez tenía que ser yo, quién te diese a tu hijo, pero no estaba todavía seguro de ello. Tenía que dejar pasar el tiempo. Entonces empecé a pensar de qué manera podría contactar contigo, sin hacerte ningún daño y procurando que no te asustaras demasiado. Temía que tuvieses miedo de mí. No sabía cuál podría ser tu reacción y eso... me asustaba.

Estaba hechizada con el aroma dulzón de las flores, encandilada por el efecto de las velas y la visión del firmamento sobre nosotros y fascinada por aquellas palabras tuyas que me revelaban los miedos que sintió hacia mí durante los primeros días de nuestras vidas, juntos.

—Tenía muchas dudas sobre mí, acababa de descubrir que cuando había alguien cerca, mi cuerpo no se dejaba ver, entonces no encontraba la manera de contactar contigo, me resultaba imposible hallar una solución. Tampoco sabía si conseguiría hacerme visible y que tú, además de verme, pudieses tocarme y sentirme lo más parecido a una forma humana. Era necesario aprender más cosas sobre mí —hizo una pausa y me obsequió con su sonrisa preferida—. Durante unos días decidí quedarme por la noche en mis aposentos, y por el día te acompañaba a todas partes, con el fin de estudiarte y tratar de saber cómo reaccionarías al presentarme ante ti.

—¿Todo aquel tiempo estuviste junto a mí?... Y yo no me di cuenta de nada —puse los ojos en blanco.

—Sí, y no sabes lo mal que lo pasé. Eres tan bonita..., y no hacía más que pensar en la manera de contactar contigo; pero no la hallaba. Imaginaba, que en cuanto me vieras o tal vez sintieras mi presencia, podrías salir corriendo, asustarte, gritar o incluso hasta desmayarte; no sabía cómo ibas a reaccionar, y si de verdad tenía que darte un hijo, la cosa todavía pintaba peor. Estaba muy

confuso y, en muchos momentos, lo pasé mal —me había acomodado con la cabeza descansada sobre su brazo, con el que me tenía abrazada, de este modo le observaba mientras hablaba. Examinaba su perfecto perfil, la nariz, los pómulos. A mi parecer no existía ningún otro rostro con tanta belleza y hermosura varonil; su rostro era, sencillamente, perfecto.

—Un día que estabas sola aquí, en esta misma habitación y con la chimenea encendida quise comprobar algo y soplé con fuerza hacia el fuego, lo que provocó que éste crepitase y, para mi sorpresa, vi que te habías dado cuenta — su cara se llenó de felicidad— quedé satisfecho y comprendí que había alguna posibilidad, pero no podía bajar la guardia, debería probar más cosas y comprender mi nueva personalidad para llegar hasta ti.

—No tenía idea de lo que tuviste que pasar, y yo sin darme cuenta de nada. Recuerdo que el fuego hacía cosas raras, me quedé un poco confusa pero no le di más importancia —dije recordando aquel momento.

—Continué probando cosas y te iba siguiendo a donde quiera que tú fueses; con frecuencia pensaba que yo era tu perro en vez de Gilda —dejó escapar una leve carcajada—. En otro momento del día llegaste hasta el piano donde tenías tu música. En un instante en que te acercaste hasta la ventana quise comprobar si podía mover objetos, y sin pensarlo dos veces, probé con tus libros. Me costó bastante. En mi mente lo veía muy claro, pero hacer que mis manos tomaran los libros fue mucho más difícil. Tuve que concentrarme intensamente y, después de intentarlo varias veces, casi decidí darme por vencido, pero entonces te miré; estabas de pie, de espaldas a mí, mirando por la ventana y, algo en mi interior, me dio la fuerza suficiente para moverlos y lo conseguí. En aquel lapso de tiempo quise correr hasta ti y gritarte que lo había conseguido. Entonces te diste la vuelta y te quedaste mirándome a los ojos. ¡Qué sensación tan bonita la de aquel preciso instante! —Suspiró.

—¡Espera un momento! —exclamé— ¿Dices que yo me quedé mirándote a los ojos? pero..., ¿cómo puede ser? —No podía ser verdad lo que estaba oyendo, no comprendía aquella situación.

—Tú mirabas a lo lejos, pero como yo estaba ante ti, por un momento nuestras miradas se cruzaron. Recuerdo entonces que te quedaste muy sorprendida al ver que los libros habían cambiado de lugar. ¡*Alhamdulillah!* (¡gracias a Dios!). Estuve a punto de gritar henchido de felicidad pero todavía no sabía si podrías oírme, así que tuve que morderme la lengua y esperar. Sabía que estabas algo desconcertada, y sufría mucho por ello. No quería que sintieses miedo y estaba nervioso y dolido al mismo tiempo —respiró hondo y siguió

hablando pasados unos segundos.

—Más tarde te estabas preparando la comida y quise comprobar que ya dominaba lo de coger objetos y, sobre todo, que ya contaba con la rapidez necesaria provocando el movimiento de las cosas, así que cogí una cebolla y de nuevo, para mi sorpresa, conseguí que desapareciese entre mis manos. Observé tu reacción y me gustó mucho, ya solo me faltaba saber si conseguiría que me vieses. Recuerdo que dijiste algo así como que tenías duendes en la casa; aquello me gustó mucho, iba por buen camino —sonrió— A pesar de los miedos y el susto que tenías..., estabas preciosa —se volvió para mirarme a los ojos y me besó en la frente. Permaneció en silencio durante un pequeño instante.

—Estuve toda la tarde practicando en mis aposentos; tenía que saber aparecer y desaparecer cuando yo quisiera, pero no lograba conseguirlo. Me sentía muy enfadado conmigo mismo, algo me fallaba y tenía que saber qué era. Estaba muy furioso y, creyendo que tú no estabas, me dirigí hasta el piano y, creo recordar, que, desde que aparecieron, siempre ha habido uno en la casa y durante los años que no encontré a nadie, me gustaba aprender, así pues pasé muchas horas solo y aprendí a tocarlo, un poco. Desde siempre adoraba la canción que mi madre me cantaba cuando era un niño y empecé a estudiar el instrumento.

—Pero ¿si no lo conocías siquiera? —le pregunté llena de curiosidad.

—Sí, pero había visto cómo se tocaba y su sonido me embriagó de tal modo que quise aprender, y como tenía mucho tiempo, lo intenté. A lo que íbamos..., muy enfadado, y triste por no saber cómo debía dominarme, me refugié en el piano. Poco tiempo me bastó para oír que bajabas por la escalera; no contaba con tu presencia y me asusté.

—¿Qué tú te asustaste? ¡pues vaya fantasma que tengo en mi casa! —No pude evitarlo y una carcajada salió de mi garganta.

—¿Te ríes de mí? —Me preguntó sonriendo.

—¿No crees que es muy gracioso, que tanto el fantasma como yo, estuviéramos terriblemente asustados? —Me reía al visualizar la escena.

—Sí, ahora que lo pienso creo que tienes mucha razón —los dos no reímos al imaginarnos, asustados uno del otro.

—Solo sé, que faltó esto para que me vieras —dijo mientras chasqueaba los dedos.

—Habría sido mejor que te hubiese visto en ese momento —le dije, pensando en aquel día.

—Quizá sí, pero yo no estaba todavía preparado para que me vieras —me abrazó y miró mis ojos—. No era tan fácil, me estaba costando mucho. De todas maneras, debí asustarte bastante porque saliste disparada hacia la cocina, y ¡vaya el susto que me diste! Cuando me di cuenta de que te habías quemado, estuve a punto de conseguirlo; me sentía del todo inútil por no saber cómo ayudarte. Pero cuando te golpeaste la cabeza contra el suelo... esa impotencia fue lo que causó que me pudiese materializar ante ti.

Te quedaste tendida en el suelo, sin sentido. Estaba aterrado, no sabía qué debía hacer; tampoco sabía si mi cuerpo respondería a mi estado de ánimo y si se comportaría como el de un humano. No me importaba; quería que tú te despertases y saber que estabas bien. Estabas tan bella... —Cerró los ojos por un momento— Entonces te llamé varias veces pero parecía que no me oías, por primera vez, sentí verdadero pánico. Al cabo de unos instantes que me parecieron una eternidad, me percaté de que volvías en sí, estaba pletórico. No me dio tiempo de pensar que podías verme y entonces... abriste los ojos. Me sorprendí mucho cuando comprendí que tu mirada se posaba sobre mí y me podías ver. Ya no había marcha atrás, me habías visto.

—¡Ya lo creo que te vi! Casi me da un síncope. Jamás en mi vida había visto a alguien como tú, ya que tu hermosura va más allá de lo imaginable.

—Bueno, eso también tiene una explicación que, ahora, la comprendo perfectamente. Para conseguir mi propósito, no olvidemos que tenía que seducirte y por lo visto los fantasmas contamos con muchos recursos, es por ello que mi físico se corresponde con tu edad, está claro que no puede ser de otra manera —hizo una pequeña pausa y continuó—. Estaba contento, por fin había conseguido que me vieras y, para mi alegría, tu reacción fue muy buena. Si te soy sincero no pensaba que reaccionaras tan bien. Pero todavía tenía que esperar. Ahora ya estaba seguro de lo que tenía que darte, pero no tenía nada claro, el cuándo y mucho menos el cómo. No sabes cuánto me dolía verte sufrir por la dificultad para tener hijos y, además, sabiendo que era yo el destinado para tal labor. Te veía tan triste, tan decaída... y yo tenía la solución en mis manos —dijo cerrando el puño.

Algo muy suave rozaba mi cara cuando empezaba a despertar. Al abrir los ojos me encontré con una rosa blanca arrullándome en los labios. Levanté la mirada y vi que Al-Azraq me acariciaba el rostro con la flor. Como una niña, feliz y descansada, me desperecé estirando los músculos, desde los pies hasta la cabeza. La noche había sido perfecta y había dormido mejor que nunca. De pronto, un pensamiento me sobresaltó.

—¡Oh! vaya, me quedé dormida. Lo siento mucho. Me siento fatal —me lamenté.

—¿Por qué? —Me dijo sonriendo.

—Me estabas contando lo que te costó contactar conmigo y me dormí. Perdóname.

—¿Sabes que era muy tarde? Estaba a punto de amanecer cuando te dormiste —dijo señalando hacia el sol que asomaba por el ventanal

—¡No puede ser! si acabábamos de acostarnos —exclamé.

—Eso es lo que a ti te pareció. Pero si llegas a estar despierta unos minutos más, hubieras visto el amanecer tan bello de hoy.

—Contigo el tiempo pasa sin que me dé cuenta de ello —suspiré.

A media mañana Ramón me llamó y estuvimos hablando un buen rato; se quedó tranquilo, ya que yo estaba muy contenta, pero me pareció intuir que algo le preocupaba. Intentaba medir mis palabras para no decir nada que pudiese ocasionarle algún mal pensamiento. Le seguía queriendo como siempre; pero ahora mi corazón le pertenecía Al-Azraq.

Pasamos el día muy felices y contentos, paseando y charlando de muchas cosas. Por la noche, me preparó una cena como la del día anterior. La conversación nos volvió a llevar al punto en que lo dejamos el día anterior, o mejor dicho, cuando yo me dormí.

—Me estás mimando demasiado con todos estos detalles —dije encantada.

—Bueno, esa es mi intención. Quiero que estés lo más cómoda posible y que disfrutes de estos días. Tal vez no tengamos más ocasiones para estar juntos y querrás saber muchas cosas para contarle a Farid —colocó las manos en mi regazo.

—Me parece que no le contaré todo al pie de la letra, muchas cosas me las reservaré para mí sola —sonreí

—Harás muy bien. —Cogió mi mano y le dio un beso en ella, mientras mostraba en sus labios una sonrisa picarona.

—Ya que me quedé un tanto traspuesta, ¿te importaría seguir desde donde..., me perdí? —Sentía mucha curiosidad y quería saber más cosas sobre él.

—Por supuesto. Reanudando nuestra conversación de ayer me parece recordar, que después de aquel episodio llegaste a preocuparme —me miraba con una ternura especial. Mientras hablaba su voz era apenas un susurro—. Solía estar “transparente” mientras estaba contigo; te veía muy triste, incluso en alguna ocasión te vi llorar, se me hacía un nudo en la garganta cuando llorabas y no quería que pasaras por aquel trance. Yo sabía que no ibas a tener

hijos con Ramón, hasta que no tuvieras a Farid y verte así me dolía mucho, no puedes imaginar mi sufrimiento, pero no te lo podía decir, era necesario que pasara algún tiempo.

Por fin había conseguido descubrir la manera de controlar mi nuevo cuerpo y todo lo que era capaz de hacer con él. Entonces, durante un par de días, estuve al acecho por aquellos maleantes que merodeaban tu casa. Tenía que protegerte y aquello me sirvió para acabar de..., digamos estudiar mis condiciones fantasmagóricas —levantó un poco los brazos y con las palmas de las manos hacia abajo y los dedos abiertos, evocaba el típico sonido para asustar a la gente, al mismo tiempo abrió sus azulados ojos como platos, tratando de asustarme.

—¡Uuhhh! ¡Marchaos todos de aquí! —Los dos nos reíamos como niños.

—¿Es así como los ahuyentaste? No, no puedo creerlo —me reía mucho al ver su cara y sus gestos.

—No exactamente. Eran varios y me las tuve que ingeniar para que se marcharan. No estuvo nada mal; yo me divertí mucho. Y..., bueno, el resto ya lo conoces.

—¿Quieres decir que cuando eres “transparente” tu cuerpo no reacciona de igual forma que cuando estás presente físicamente, como ahora? —pregunté.

—Sí, más o menos. Cuando se es humano, el cuerpo es el motor y la mente quién da las órdenes, pero cuando se es como yo, el cuerpo no tiene vida y es la mente quien tiene que hacer doble trabajo para que el cuerpo obedezca, y al principio no lo sabía, por eso me costó tanto aprenderlo. Es curioso que después de ocho siglos no lo haya descubierto hasta ahora —dijo pensativo.

—Pero, ¿tu cuerpo es el que tenías cuando eras humano? —Le pregunté recordando cuando estuve en su casa.

—Sí, es el mismo pero más joven y según tú, parece que es perfecto, supongo que debo de tener ahora unos pocos años más que tú.

—Ahora recuerdo de cuando estuve en tu casa, que tengo una gran curiosidad. ¿Cómo era el rey Jaime I, el Conquistador?

—Sí verás. Los dos nacimos en el mismo año y, a pesar de nuestras diferencias, pude tratar con él en varias ocasiones. En realidad fue un buen rey y una gran persona. Bastante generoso y benévolo, y además muy fiel a su palabra, aunque la mayoría de las veces se vio acosado por el Papa y los obispos. La gente le quiso mucho, como rey y como persona. Creo saber que tuvo una infancia bastante difícil. Se quedó huérfano siendo niño y su educación estuvo a cargo de los templarios y de ahí que su lucha siempre

estuviese vinculada al cristianismo y, por lo tanto, en contra del Islam. Después de nuestra última batalla en 1276, él también moriría poco después. Es muy curioso que nuestras vidas fuesen tan paralelas.

—¿Y cómo era físicamente? —Paseábamos por debajo de las cañas de bambú. Corría una brisa refrescante que se agradecía ya que estaba haciendo mucho calor.

—Seguro que te hubiera encantado conocerle. Físicamente podríamos decir que era perfecto. Todavía más alto que yo, debía de rondar los dos metros de estatura. Sus cabellos eran como el oro y sus ojos totalmente negros. Tenía una piel muy blanca, era algo que llamaba la atención. Los dientes y su sonrisa eran perfectos —dijo mostrándome una sonrisa—. Tanto en la corte como fuera de ella se le consideraba un hombre muy hermoso, además de ser muy culto y muy valiente y aunque no sabía escribir, siempre llevaba a un par de escribas. Sin duda fue un gran hombre con mucha personalidad. Estoy seguro de que, de no ser por nuestras diferencias y sobre todo por nuestras religiones, hubiésemos sido grandes amigos.

—Bueno..., casi mejor así, ya que de otro modo seguramente tú y yo no nos habiéramos conocido. Me pregunto cómo será Farid. Me gustaría que se pareciese a ti. Aunque bien pensado siempre te veré a través de él.

Más tarde volvimos hasta nuestra improvisada alcoba. De nuevo Al-Azraq me quitó las ropas musulmanas, que hoy eran algo diferentes y de distinto color, pero siguiendo la misma línea. Cuando hubo terminado se acostó junto a mí. Me pasó el brazo por debajo de la cabeza, pero entonces, un fuerte sentimiento se apoderó de mí y lo abracé con fuerza. Mi cuerpo le deseaba de tal forma que lo besé apasionadamente. Noté que él hacía esfuerzos para que me controlase, pero era inútil. Mi deseo era tan grande que notaba mi cuerpo temblar.

—¡Julia, no! debes controlarte —escuchaba lo que me susurraba con la voz aterciopelada en mi oído—. No quiero que por mi culpa luego te vayas a sentir más culpable; me prometí a mí mismo, que cuando te diera a Farid, y por respeto a Ramón, yo también te respetaría y no volvería a hacer el amor contigo para que tu “infidelidad” fuese mínima. Solamente una vez, para darte a tu hijo —afirmó con gesto de preocupación.

—Pero yo no puedo, ni tampoco quiero controlarme. Te quiero tanto que no puedes arrebatarme este momento, que quizá no vuelva a tener nunca. Cuando me diste a Farid, apenas me dio tiempo de saber lo que me estaba pasando, por favor, ahora no me niegues el poderte amar esta noche; deja que disfrute

de este momento para que siempre pueda recordar que se puede amar a alguien de la manera que estoy sintiendo este amor por ti —insistí.

—Pero..., no quiero que luego te sientas mal cuando estés de nuevo con Ramón —instó.

—Al-Azraq —dije mirándole fijamente a los ojos—, con Ramón pasaré el resto de mi vida, cuidaré de él y de Farid y de todos los hijos que tenga con él. Siempre estaré a su lado porque también lo quiero. Pero no estropees el tiempo que tengo para estar contigo. Déjame que pueda amarte y así podré recordar este momento cada vez que piense en ti.

—Visto así, tienes toda la razón y he de confesar que a mí me resulta muy difícil negarme, puesto que desde el primer día que te vi, no he dejado de quererte ni un solo instante, y reconozco que, en algunos momentos, me ha sido muy difícil contener mis deseos e incluso creo que hasta tú te has dado cuenta, pues en alguna ocasión mi humor ha cambiado sin yo quererlo —musitó ladeando la cabeza.

Al-Azraq me dedicó una de sus adorables sonrisas. Me abrazó con mucha ternura y nuestros cuerpos se perdieron juntos entre las sábanas de seda.

A medida que los días pasaban, iba conociéndole más a fondo. Cada gesto; cada movimiento; su forma de hablar; su forma de ser; los detalles que tenía conmigo. Casi podía sentir que lo conocía tanto como a mí misma. A menudo podía percibir que nuestras vidas habían estado siempre ligadas de alguna manera. Podía sentir que él formaba parte de mi vida y yo de la suya; su vida póstuma.

Ramón estuvo de viaje durante cinco días, no quería que aquellos días junto al padre de mi hijo terminasen nunca y el día que Ramón regresaba, me sentí un poco triste.

—No debes sentirte mal por la llegada de tu marido. Debes pensar en vosotros tres. Tienes que ser fuerte y demostrarle que lo quieres como siempre lo has hecho —sugirió.

—Sí, lo sé. Pero me va a resultar muy duro estar con él cuando, en realidad, lo que quiero es estar contigo —dije colocando una rebanada de pan en el tostador.

—Pero él es tu marido. Debes pensar que yo no existo. Que no estoy —reflexioné durante unos segundos. No quería que pudiese acabar escondiéndose de mí, para evitar que Ramón se diera cuenta de algo o que pudiese poner en peligro nuestra relación de tantos años.

—Me pides demasiado —las tostadas saltaron y quedaron, de nuevo, en la

misma posición—. No sé si voy a ser capaz de conseguirlo —Al-Azraq me abrazó y luego se separó unos centímetros para que pudiese mirarlo a los ojos.

—Julia, ya sabemos que me queda poco tiempo para disfrutarlo juntos. Pero tienes que ser fuerte y debes controlar tus deseos. Ramón es muy bueno contigo y me consta que te quiere tanto como yo te quiero a ti. Pero yo no soy real, y no voy a estar aquí contigo cuando me necesites, además, tú sabes que también le quieres a él tanto como a mí. Por el bien de Farid y por vuestro bien, debes sacar fuerzas de dónde sea y seguir como si nada hubiese sucedido —me dio la espalda y le oí suspirar muy hondamente, después se volvió de nuevo hacia mí. En sus ojos intuí una expresión que no me gustó y me asusté—. Sé que me va a doler mucho a mí también, será muy duro para los dos pero para hacértelo más fácil, he decidido que voy a desaparecer durante un tiempo, así no te resultará tan difícil cuando estés con él.

—¡No, no lo hagas! por favor —noté que mi voz empezaba a quebrarse—. Espera conmigo hasta que venga. Luego quédate por aquí cerca, creo que me sentiré mejor si noto tu presencia. —Le rogué sintiendo que tenía los ojos húmedos.

—Está bien, estaré merodeando cerca de ti. Pero ten mucho cuidado. Por favor —suplicó.

—Lo tendré. No temas.

Solamente faltaban un par de horas para que Ramón llegase a casa. Muy a mi pesar, le pedí a Al-Azraq que me dejase a solas para concentrarme y apartar de mi mente, todo lo que habíamos vivido juntos durante cinco inolvidables e intensos días. Nos dimos un beso y me dejó a solas.

Como Ramón llegaría sobre la una del mediodía, decidí ir a la piscina, para tomar un poco el sol y bañarme mientras pensaba en mí, en el padre de mi hijo, en Farid y, por supuesto, en Ramón.

Tendría que decirle que había decidido ponerle el nombre de Ata Farid y sabía que no le gustaría. Tenía que ingeniármelas para convencerlo de algún modo. Sabía que mi tarea sería difícil pero esperaba que, al final, pudiese salirme con la mía.

Durante un par de horas estuve reflexionando en nosotros y poco a poco me fui dando cuenta que quería mucho a mi marido, aunque no de la misma manera que quería a Al-Azraq. Al final comprendí que debía considerar lo que había vivido y sentido con Al-Azraq, como si fuese un regalo que la vida misma me había concedido. Él me había dado a Farid y la vida, me había dado el amor de Al-Azraq. Pero ahora debía seguir mi camino junto a mi marido. Entonces

entendí lo que él me pedía con tanta insistencia. En pocos meses, desaparecería de nuestro lado y de nuestras vidas. Farid nunca llegaría a conocerle. Pero a cambio yo tendría que tomarlo como un regalo, un regalo que jamás nadie habría tenido. Pensé que debía considerarme muy afortunada por disfrutar de su amor y, sobre todo, de su hijo. ¿Qué habría pasado si Al-Azraq no hubiese “regresado” para conocerme? Seguramente no tendría hijos, por lo tanto debía sentirme muy afortunada. Realmente había sido un regalo engendrar a Farid y que el mismo Al-Azraq fuese su padre.

Cuando estaba nadando en la piscina, oí a Ramón que hacía sonar el claxon del coche pensando, seguramente, que yo estaría bañándome. Nadé hasta la escalerilla y salí. Me envolví en una toalla y cuando me dirigía hacia el garaje, vi que Ramón venía hacia mí con paso ligero; sin duda tenía muchas ganas de estar conmigo

Cerré los ojos y respiré hondo, puse la mejor de mis sonrisas y caminé hacia él.

—Hola cariño ¡Qué ganas tenía de estar contigo y darte un gran abrazo! — Estaba muy contento. Nos abrazamos los dos y nos besamos con pasión. Me sorprendí mucho cuando sentí en aquel beso, la cantidad de amor que había en él. Al-Azraq tenía razón, yo le quería mucho y ahora me daba cuenta de ello. También noté que mi cuerpo se estremeció al contacto de sus labios.

—Hola cielo. ¿Cómo te ha ido el viaje? —Le pregunté.

—¡Uf!, cansado. Ha sido muy largo y hemos trabajado mucho. No sabes lo tremendamente pesado que se me ha hecho. Pero... deja que te mire... — Levantó mi mano sobre mi cabeza y, sin soltarla, insinuó que diese una vuelta sobre mí misma— ¡Ay Dios! —suspiró— Pero..., ¡qué guapa estás! — Exclamó.

—¿De verdad que me ves guapa?, pues con esta barrigona no creo que esté muy favorecida —puso las manos sobre mi vientre.

—En los días que he estado fuera me parece que te ha crecido un poco — Ramón acarició con suavidad mi abultado vientre. Farid dio una patadita que él sintió claramente—. ¡Caramba!, este niño tiene mucha fuerza —Volvió a abrazarme al tiempo que me susurraba en el oído—. No sabes las ganas que tenía de estar contigo y abrazarte. Te quiero tanto.

Celos infundados

Los días se iban sucediendo, Ramón tenía mucho trabajo y permanecía poco tiempo en casa. Por mi parte aprovechaba cada rato y cada momento del día, para estar con Al-Azraq. Dábamos paseos, hablábamos mucho o pasábamos las horas sentados en cualquier rincón de la casa o del jardín.

Todos los días me regalaba flores, a veces las organizaba en ramos que dejaba por toda la casa y siempre había un par de rosas blancas entrelazadas por el tallo y un pequeño clavel, también blanco, colocados estratégicamente sobre la chimenea del solárium.

Un día a media tarde, mientras yo tomaba un refresco en la misma sala donde, pocos días antes él lo había convertido en un sueño para mí, le pregunté:

—Oye Al-Azraq, ¿cómo es que cada día están esas dos rosas y ese clavel, siempre tan frescos?

—¡Ah! Son especiales para ti. Éste ha sido nuestro lugar en los últimos días. Yo he sido muy feliz contigo y espero que tú también conmigo. Se me ocurrió poner esas flores para recordar estos días que hemos estado juntos. Las rosas somos nosotros, simbolizan nuestro amor y el clavel es Farid. ¿No te gustan?

—Es un bonito detalle, de modo que somos nosotros tres. Pero siempre están perfectos, ¿los cambias a diario? —Musité.

—Sí, tengo tiempo de sobra y sé que las flores te gustan mucho. ¿Hago mal?

— Preguntó levantando una de sus cejas. En su cara pude adivinar un gesto de preocupación por si a mí me pudiera molestar algo así.

—¡Me encanta! me gustan tus detalles —me apresuré a contestar—. Me extrañaba mucho que fuera cosa de Ramón. Últimamente tiene mucho trabajo y no pensaba que fuese cosa suya, además, últimamente lo noto un poco tenso, y algo raro.

—Él te quiere mucho y también tiene detalles contigo.

—Sí, en eso tienes razón pero es que sois tan diferentes los dos y aunque Ramón es muy cariñoso y siempre está pendiente de mí, a veces me resulta muy difícil sentir que le quiero como antes. Es como si mi corazón se hubiera partido por la mitad y, a cada uno de vosotros os hubiese dado una parte. Pero siento que la tuya, es mucho más grande que la suya. En algunas ocasiones, cuando estoy con él, siento tristeza porque sé que tú te irás pronto y quisiera,

por todos los medios, estar contigo en vez de con él. ¿Piensas que debe de ser porque ya no le quiero del mismo modo? —A lo largo del día me hacía muchas veces esta pregunta, sobre todo desde que habíamos pasado aquellos entrañables días los dos juntos.

—Debes pensar que yo soy diferente, ya que vengo de otro tiempo; mi cultura es distinta de la vuestra, todo en mí es disímil. Has podido ver con tus propios ojos, quién fui durante mi vida siendo humano como tú. Son muchas las cosas que te pueden atraer hacia mí. Además, solo por el mero hecho de ser un espíritu, mi cuerpo parece muy atractivo para ti y lo veas tan perfecto. No debes dejar que tu mente se haga un lío con todo esto —explicaba con el semblante serio—. De alguna manera la vida nos ha colocado en la misma trayectoria y nosotros lo hemos aprovechado, pero debes tomarlo como un regalo que nos ha dado la vida misma —estaba sentado frente a mí y había cogido mis manos que mantenía entre las suyas. Al terminar de hablar, las besó con dulzura y noté como la barba y el bigote me rozaba entre los dedos.

—Sí, tienes razón, debo recapacitar en todo lo que me dices. No quisiera hacerle daño, pero es que todo está sucediendo tan deprisa y nunca imaginé que podría llegar a quererte tanto. Todo esto me está confundiendo mucho y creo que me lo he tomado demasiado en serio. Sé que pronto te irás y mi vida tiene que continuar. No debo obsesionarme y además voy a tener a Farid, en realidad soy una mujer afortunada — y traté de sonreír.

Me había levantado y estaba de pie de espaldas al gran ventanal. Él se había acercado hasta mí y me abrazaba.

—Sí, yo creo que eres muy afortunada y yo también —de pronto cambió su expresión por completo—. Perdona tendremos que dejarlo, viene Ramón.

Sin darme tiempo apenas para reaccionar se hizo transparente. No esperaba que Ramón apareciese y, menos todavía, que, ni siquiera, le oyese entrar. Mi marido me sorprendió; yo seguía allí de pie mirando hacia arriba como si mirase a alguien.

—¡Ah! estabas aquí, por un momento pensé que te había ocurrido algo. ¿No me has oído? —preguntó—, te he llamado un par de veces —afirmó muy serio.

—No, no te he oído, que raro, aunque tampoco te esperaba a estas horas, ¿te ocurre algo? —Notaba que me había puesto muy nerviosa y me resultó muy extraño no haberle oído cuando dijo que me había llamado, de todos modos AlAzaq me lo habría dicho con tiempo suficiente porque nada se escapaba a su oído tan fino, y era del todo imposible que él no lo hubiese oído antes.

Últimamente su comportamiento estaba siendo muy extraño. Lo notaba muy tenso, quizás por el estrés del trabajo.

—Me dolía la cabeza y como es viernes y tenemos adelantado el trabajo, hemos decidido tomarnos la tarde libre —comentó.

—¿Te has tomado algo para el dolor de cabeza? —Le pregunté todavía muy nerviosa y sintiéndome un poco molesta por su repentina aparición. Ramón no solía actuar de esa forma.

—Sí, antes de salir del despacho he tomado un analgésico, pero me parece que es cansancio —entonces se acercó hasta mí y, muy seriamente, me preguntó algo que me dejó sin habla.

—¿Estabas sola? me pareció que estabas con alguien —noté como me envaraba, el cuerpo se me puso rígido y las palabras se ahogaron en mi garganta. Entonces oí un suave susurro en mi oído, «*tranquilízate, no sabe nada*», era su voz, la voz de Al-Azraq.

—¿Por qué dices eso? sabes que siempre estoy sola. —A pesar de que sabía que Al-Azraq estaba allí conmigo, mi cuerpo seguía tenso y la voz sonaba algo enfadada.

—Últimamente te llamo por teléfono y casi nunca lo coges. Cuando estamos juntos —dijo afligido—, no pareces la misma de siempre y ahora vengo y te encuentro aquí, como si acabaras de estar con alguien, incluso me ha parecido que hablabas. ¿Qué te ocurre Julia? ¿Qué me ocultas? —Ramón estaba muy enfadado, nunca lo había visto de ese modo. Solíamos discutir algunas veces pero nunca como hoy. Estaba asustada.

—A mí no me ocurre nada, siempre estoy sola, siempre tienes demasiado trabajo y yo me entretengo en casa haciendo lo de siempre —notaba que me alteraba por momentos y, sin querer, empezaba a levantar el tono de voz.

—«*Serénate princesa*».

— ¿Cómo se te ocurre pensar que te oculto algo?

—La casa siempre está llena de flores, como si alguien te las mandase y tú estás muy rara últimamente. Sé que algo te pasa, es como si me ocultaras alguna cosa, lo presiento —su voz empezaba a ser de un tono bastante alto, él nunca me había levantado la voz.

—Sabes que me gustan las flores y paso mucho tiempo sola en casa. ¿Qué tiene de extraño que ponga ramos de flores por toda la casa? Me parece que eres tú el que está muy raro.

—«*No seas dura con él, está confundido*»

—Creo que deberías dormir un poco, seguramente te sentará bien, me

parece que lo necesitas con urgencia.

Me acerqué hasta él y le cogí por la cintura.

—Anda tómate algo y luego te acuestas un rato, seguro que después verás las cosas mejor —le di un beso fugaz y me pareció que se tranquilizaba.

Mientras Ramón descansaba, yo me había tumbado un rato en el sofá e intentaba, en vano, ver la televisión. Aunque mis ojos miraban la pantalla, la mente estaba muy lejos de allí. Me había asustado al ver a Ramón de esa manera, no era propio de él tener celos, o por lo menos nunca creí que los pudiera tener.

Analicé mi comportamiento desde que se marchó de viaje, la verdad es que tenía razón. Últimamente se me olvidaba por completo llevar el móvil conmigo y él me hacía llamadas que no le cogía, porque estando con Al-Azraq, el tiempo se detenía. En cuanto a las flores, también era verdad que había muchas por toda la casa, pero yo siempre las había tenido, aunque reconocía que quizás eran demasiadas y no sabía de dónde las sacaba, puesto que no había tantas para que cada día se pusieran nuevas y frescas. Sí, pensándolo fríamente, me pareció que tenía razones para estar celoso.

Un par de horas más tarde se despertó; le oí salir en mi busca. Yo estaba preparando la cena en la cocina. Me dispuse a recibirle con la mejor de mis sonrisas tratando de olvidar la pequeña discusión de antes, sin darle mayor importancia.

—¿Ya te encuentras mejor, cielo? —Le pregunté mientras sonreía. Entonces se acercó y me dio un cálido abrazo. Yo le pasé los brazos por la cintura y también le abracé. Sentí como su cuerpo temblaba.

—Perdóname cariño, no sé qué es lo que me ha pasado —dijo sintiéndose culpable por su comportamiento anterior—. Seguramente el cansancio ha podido más que yo. Sabes que este mes siempre es muy complicado para mí. Lo siento, no debía haberte levantado la voz y mucho menos acusarte de nada. Pero es que estás tan bonita y te sienta tan bien tu embarazo; estás muy guapa y se me ha ido la cabeza —tenía mi rostro abrazado entre las manos y con los pulgares acariciaba el lóbulo de mis orejas. A través de su mirada intuía su tristeza y la preocupación que sentía hacia mí—. Quisiera pasar contigo mucho más tiempo y no quiero que estés sola tantos días. ¿Puedes perdonarme, por favor? —Su voz susurraba triste, sabía que estaba sufriendo. Me reprendí a mí misma por haberle dejado un poco de lado. Seguramente me había volcado demasiado en estar junto a Al-Azraq y, a cambio, Ramón me había notado algo distante. No me gustaba que estuviese tan triste, me dolía mucho verlo así.

Puse las manos en su pecho y lo aparté muy suavemente, lo miré con ternura a los ojos y sentí un escalofrío al ver en ellos su tristeza reflejada. Le cogí el rostro con ambas manos sin dejar de mirarlo.

—¿Cómo quieres que te perdone, cuando no tengo nada que perdonar? Seguramente seas tú, quién tenga que perdonarme a mí, estoy tan contenta con el bebé que seguramente te he descuidado demasiado. La mayoría de las veces salgo por el jardín a pasear y voy hablando con él, pienso en cómo será, a quién se parecerá, las cosas que tenemos que comprarle, si todo irá bien, si habrá algún problema, cómo será el parto y..., lo siento, pero me olvido de coger el teléfono y cuando me llamas no te oigo. Cariño, es mi primer embarazo y hace tanto tiempo que lo deseaba, que no puedo dejar de disfrutar cada momento, cada instante y cada uno de sus movimientos. ¡No sabes cómo me gustaría que pudieras sentirlo, como lo siento yo!

—Por eso mismo no debía ponerme así, en vez de estar contigo más tiempo y disfrutarlo contigo... Perdóname por favor —replicó—. He sido un tonto al no darme cuenta de los cambios que estás experimentando, pero cuando estoy en el trabajo y recuerdo lo mucho que te quiero... Por favor no me hagas caso, y no me tomes en cuenta mi mal comportamiento contigo.

Le vi en sus ojos un brillo especial, entonces los cerró y noté sus carnosos labios en los míos, sentí que me besaba con pasión y con ternura; su cuerpo aún temblaba ligeramente mientras me abrazaba.

Por unas décimas de segundo, vi la cara de Al-Azraq mirándome y, en parte, me sentí culpable. Un escalofrío me recorrió por todo el cuerpo, el corazón se aceleró y comprobé que Ramón estaba lleno de amor. Podía sentir su deseo y su excitación. Sin dejar de besarme, pasó un brazo por detrás de mis rodillas y me levantó del suelo, yo coloqué los brazos alrededor de su cuello y, llevándome en los suyos y sin dejar de besarme, llegamos hasta la habitación.

Hicimos el amor apasionadamente y me sorprendió comprobar que esta vez Ramón me amaba con más ternura, algo en él hizo que me sintiera feliz y por un momento llegué a olvidarme de Al-Azraq.

Durante todo el fin de semana apenas me acordé de mi “fantasma”. El sábado por la noche habíamos quedado en ir a cenar al Sonora, nuestra tasca favorita, con los amigos; los seis juntos. Mientras me arreglaba, me acerqué hasta el mueble donde tenía el joyero, sentía que estaba llena de vida y muy contenta y me apetecía ponerme algún collar o pulsera; hacía mucho tiempo que no salía y pensé arreglarme un poco más. Mientras decidía qué me iba a poner, Ramón se me acercó por detrás y me rodeó con los brazos; me sobresalté porque no le

oí llegar. Con su panza buscando el fresco del suelo, nos observaba en silencio.

—¿Necesitas ayuda para elegir? —En aquel mismo momento que oí su voz detrás de mí, una sacudida recorrió mi cuerpo y me hizo dar un respingo. Los pendientes que Al-Azraq me había regalado estaban allí mismo, cuidadosamente puestos sobre el terciopelo rojo del joyero y mis dedos los acariciaban al tiempo que recordaba el momento en que me los regaló.

Con mucha rapidez, tuve que elaborar una historia para que Ramón no sospechara de dónde procedían, realmente, los pendientes. Mientras ganaba algo de tiempo para pensar, me di la vuelta con rapidez y sin darle ocasión para preguntar, lo besé mientras le abrazaba fuertemente.

—¡Vaya! —Exclamó— otro beso como éste y te aseguro que no respondo de mis actos. —Estaba sonriente pero yo sabía que los había visto y que no se iba a quedar sin saber su procedencia. La mente me iba a toda velocidad, siempre había tenido astucia y, más o menos, ya tenía una idea de lo que le iba a explicar.

—¿Y estos pendientes? —Inquirió—, son una maravilla. ¿Cuándo te los has comprado? —Quiso saber— no sabía que los tuvieras. Nunca te los he visto — estaba de pie justo detrás de mí, y me soltó al tiempo que cogía uno de ellos y lo colocó en la palma de su mano.

—¿Te gustan? A que sí —yo cogí el otro y me lo acerqué hasta el pezón de la oreja y me miraba en el espejo simulando cómo me quedaba aunque, más bien, era para ver su cara pero, sobre todo, sus gestos.

—¿Desde cuándo los tienes? —Volvió a preguntar acercando hasta mi otra oreja, el que él tenía en la mano.

—¡No te lo vas a creer! —Exclamé—El otro día los encontré mientras estabas de viaje; quería enseñártelos pero se me olvidó por completo. Una mañana que estabas fuera, me levanté triste y desmoralizada, no sabía bien porqué pero la verdad es que me acordé de mi madre y me invadió una gran tristeza, entonces me acerqué hasta su habitación. ¡Me hubiese gustado tanto tenerla conmigo y que pudiera disfrutar del bebé! Sin darme cuenta abrí los cajones y repasé sus cosas. No sé cómo aparecieron en un pequeño cajón que, ni siquiera, sabía que existía. Cuando los vi, me quedé prendada por su belleza. No sé de dónde provienen, ni desde cuándo los tenía; nunca se los había visto y nadie me dijo nada acerca de ellos —hice una pequeña pausa para tomar aire— Cuando mis padres murieron, ya sabes que solo tenía trece años. ¿Tú crees que quizás mi madre me los quería regalar cuando cumpliese los

dieciocho?, podrían haber pertenecido a su familia o, quizá, fueran pasando de generación en generación, pero el accidente..., —dejé la frase sin terminar.

—Pero si así fuera, tu abuela te los habría dado ella misma. ¿No crees?

—O tal vez se le olvidó, ya sabes que después de todo lo que sucedió, mi abuela desmejoró mucho y, seguramente, ni se acordara de ellos. —Dije mirándolo a través del espejo.

—Bueno, sea como sea, los has encontrado y son una preciosidad. ¿Por qué no te los pones esta noche?, te quedan estupendamente —sonrió levemente.

—¿De verdad te gustan? —El corazón me latía con fuerza por la excitación que sentía al tener que ir urdiendo la mentira, pero después de lo acontecido el día anterior, pensé que mi única salida era mi madre.

—Sí, estás guapa aunque no hace falta que te pongas nada; tú sola ya eres del todo preciosa —sus ojos brillaron.

—Gracias cariño —lo abracé para que no viese la cara de satisfacción y el suspiro que solté de puro alivio que sentí.

Ana y Jorge habían llegado los primeros, luego lo hicimos nosotros y, por último, llegaron Sole y Rafa. Nos sentamos alrededor de una mesa; en uno de los rincones del salón. Antes, los cuatro acariciaron mi vientre que ya era bien visible, alegando que eso traía buena suerte y, por lo visto, todos coincidieron en que estaba muy guapa. Ana fue la primera que se dio cuenta de los pendientes.

—¿Dónde te los has comprado? Son un pasada —me preguntó sin quitarles los ojos de encima.

—¿Te gustan? Pues me los he encontrado —dije ladeando la cabeza.

—¡No me digas! y ¿dónde? —Sole estaba muy intrigada.

—Parece que mi madre me tenía guardada una pequeña sorpresa que acabo de descubrir —expliqué.

—¿En serio? ¡cuenta, cuenta! —Observé que los cuatro estaban expectantes y curiosos por saber, Ramón estaba sonriendo. Nuevamente conté la misma historia que acababa de contarle a él. Todos ellos la creyeron del mismo modo, que, momentos antes, lo había hecho mi marido.

—¿A quién habrán pertenecido? —Sole no salía de su asombro.

—Estos días que he estado sola, he investigado la casa muy detenidamente; me he fijado mucho en los adornos y detalles de los arcos y de las paredes y, también, he estudiado el escudo y, creo que esta casa podría datar de los años en que, aquí, moraban los moriscos —dibujé un círculo imaginario con el dedo índice, haciendo referencia a la zona habitada, en su tiempo, por los

nazaríes—. No hay duda de que los arcos de la escalera y las vidrieras, justo a la entrada del invernadero cuyos dibujos y colores se asemejan a los de un caleidoscopio, son de aquella época, al igual que las dos palmeras que hay en la entrada, y los azulejos, y un montón de pequeños y diversos detalles. Por ejemplo —añadí—, en las cuadras, los nombres de los caballos suelen estar escritos en árabe justo debajo de su nombre en castellano. Rebuscando en Internet he descubierto muchas cosas acerca de los caballos y sé que hay una raza que se llama árabe, y solamente vivía en los desiertos de África, por lo tanto quien la construyó, creo que debió de ser un musulmán. Pero ¿quién?, eso ya no lo sé —hice una pequeña pausa mientras todos reflexionaban—. Si recordáis el escudo que hay en la fachada, debió de ser el emblema de la casa, o mejor aún, parece el sello de una familia o de una estirpe en concreto. Esas dos palmeras custodiando la media luna y esas letras debajo escritas en árabe, es probable que haga referencia a una firma. Así que lo mismo llevo unos pendientes que pudieron pertenecer a alguna favorita de algún emir árabe y ¡quién sabe, si por mis venas corre también sangre musulmana! —todos, incluido Ramón, estaban impresionados por lo que les acababa de explicar, por otra parte, me había venido muy bien contar aquella pequeña historia para que, unos días después, pudiera comentarle a Ramón el nombre que había decidido ponerle a Farid.

—Pero... ¿Tú crees eso de verdad? —Preguntó mi marido con curiosidad aunque me pareció que no terminaba de creer lo que estaba diciendo. Su cara le delataba—. Ya veo que has estado muy ocupada en mi ausencia. —Añadió.

—Pero mi amor, siempre hemos sabido de los vestigios moriscos que hay por toda la casa y por todo el jardín; no es de extrañar que sean de aquella época. He leído que a los últimos musulmanes que quedaban, los expulsaron definitivamente en el año 1609, todos los que todavía permanecían en España se marcharon sin decir nada, de la noche a la mañana ese año, por lo visto ya estaban hartos de luchar y decidieron marcharse por fin.

—Pero eso es... es... ¡casi imposible! —Sole estaba muy intrigada con todo lo que yo decía— Me hubieras podido llamar y lo hubiésemos indagado entre las dos, sabes que tu casa me apasiona y, siempre, he pensado que debe de haber “algo” oculto y todo esto es..., —dejó la frase en el aire—. ¿Qué más has descubierto? —Dijo llena de intriga.

—Pues, poco más. Creo, que la persona que la construyó, debió de ser alguien bastante importante y que, seguramente, la construiría para gozar de la compañía de su familia y del entorno, ya que el lugar debía de estar bien

escondido, seguramente para ocultarse de algún rey cristiano que, como todos por aquel entonces, querrían su expulsión.

—Caramba Julia, bien pensado me parece que todo lo que has dicho podría ser completamente cierto. Ahora cuando pasen las vacaciones podríamos quedar una tarde, para ver si encontramos más cosas acerca de la casa y de quien pudiese haberla construido —Sole parecía muy emocionada con el tema y se ofreció para buscar información a lo que Ana también se apuntó.

—Está bien, cuando acaben las vacaciones podríamos quedar un fin de semana y juntas podremos indagar. ¡Me gusta la idea! —Todos nos reímos y el tema quedó zanjado por esa noche.

Al llegar a casa después de la cena, noté que Ramón estaba algo confuso, sabía de antemano que me haría algunas preguntas acerca de lo que yo había contado. Sentí que el cuerpo se me ponía tenso y todos mis sentidos se pusieron en alerta, para que no se me escapase algo que pudiese meterme en un buen lío.

Mientras salía del coche, sin que Ramón me viera, cerré los ojos por un momento y me concentré. «Al-Azraq, ¿puedes venir a mi lado, por favor?». Tan pronto como había pensado en él, pude sentir algo en el aire y oí un suave bisbiseo cerca del oído.

—«*Aquí me tienes para lo que necesites de mí, princesa*».

Muy por lo bajo y a penas sin pronunciar las palabras, le di las gracias.

Ramón seguía en silencio. Yo me adelanté para dejar el bolso sobre la mesita del salón. Sabía que Al-Azraq estaba a mi lado y muy por lo bajo murmuré unas palabras.

—Por favor ayúdame y no dejes que diga algo que no quiero decir. Aunque no le podía ver, lo sentía muy cerca de mí.

—«*No te preocupes, no te dejaré*».

Fui en dirección a la cocina, seguida de Gilda que reclamaba su comida, donde me encontré nuevamente con Ramón. Le conocía muy bien y sabía que algo le rondaba por la cabeza y decidí dar el primer paso.

—Estás muy callado, y parece que estás muy lejos de aquí, ¿qué estás pensando? —Carraspeó antes de empezar a hablar.

—Me parece que he sido muy injusto contigo. Te he juzgado antes de tiempo y sin motivos aparentes. No sabía que habías estado indagando acerca del pasado de la casa y de tu familia. ¿Por qué no me lo habías dicho? —Preguntó con el semblante serio—. Seguramente yo hubiera estado más tranquilo y no hubiésemos tenido esta desagradable discusión de ayer.

—Pero cariño, no me digas eso. No te lo dije porque, antes de hacerlo, quería estar bien segura y al ir viendo cosas y encontrarlas en Internet, me fui engolosinando con el tema y pensé que lo mejor sería decírtelo cuando volvieras a casa —repliqué sintiendo que me estaba poniendo nerviosa—¿No te parece que por teléfono y con el trabajo que tienes ahora, era mejor que no te dijera nada?, además, todo son conjeturas y nunca llegaré a saber quién hizo esta casa, ni quién vivió en ella —y añadí—, ni tampoco podré saber jamás de dónde provienen estos pendientes, ni a quién pertenecieron —notaba el aliento de AlAzraq muy cerca de mí. Me sentía segura sabiéndole cerca.

—Sí, es verdad. En eso tengo que darte la razón, pero ¿tú crees de verdad, todo lo que has dicho durante la cena? ¿Crees que todo eso es posible? Me lo podrías haber contado antes —Ramón parecía desconcertado y molesto.

—No quería haberlo dicho en la cena, pero... salió así, sin más —abrí los brazos con las palmas de las manos hacia arriba, confusa—. Y no tiene nada de extraño. Siempre te han llamado la atención los vestigios árabes de la casa y es lógico pensar que alguien de esa raza viviese aquí —con las manos señalé alrededor de la casa y fue entonces cuando lo vi claro—¡Espera un momento!, lo que de verdad te molesta es que yo piense que, quizás, pueda correr por mis venas sangre musulmana. ¿Me equivoco? —Le pregunté muy seriamente.

—Supongo que podría haber ocurrido lo que estás diciendo, pero no creo que tengas nada que ver con esta raza. —Se alejó unos pasos, después dio media vuelta y volvió a dirigirse hacia mí—. Me parece que tu imaginación se ha ido por las nubes —al decir esto puso las manos sobre su cabeza e hizo un gesto como que sus pensamientos se esfumaban—. Esto es... es... ¡Julia, por favor!

—Ya me doy cuenta de lo que estás pensando, pero si así fuera, ¿no seguiría siendo yo la misma? Llevamos diez años juntos y todo estaba bien. Y ahora te digo que podría haber esa posibilidad y te parece una locura, porque ibas a decir que esto es de locos. No te entiendo Ramón, de verdad.

—«*Dale tiempo para pensar y recapacitar*» —le oía murmurar a mi lado—. «*Necesita unos instantes para asimilarlo*»

—Mira —dije retomando la palabra—, yo no sé de dónde vienen mis orígenes, siempre he oído decir a mi familia, que esta casa ha pertenecido a mis padres y antes de ellos a mis abuelos y anterior a éstos, la tenían mis bisabuelos, siempre por la parte materna. Tengo entendido que nunca se ha comprado ni vendido a nadie. Por lo tanto es lógico pensar que, quién la construyese, debía de tener algún parentesco conmigo, aunque, quizá, hayan

pasado doscientos o trescientos años o quién sabe si algunos cuántos más. Pero, de todas formas, nunca lo vamos a saber porque no hay forma alguna de saberlo. Entonces... ¿Por qué te lo tomas así? —En mi interior sentía una sensación difícil de explicar. Me dolían mucho las palabras de Ramón; era obvio que mis raíces habían sido musulmanas. Cierto era que después de tantos años, no me podía considerar como hija de esta raza pero, después de conocer a Al-Azraq y de saber quién había sido él y cómo fue su vida, no podía dejar de sentir aquel dolor que me producían sus palabras sabiendo, además, que Farid era hijo de Al-Azraq.

—Ya lo sé, sé que tienes razón y es cierto que siempre he sabido de todos los detalles de la casa, pero de pronto aceptar lo que tú estás diciendo, ¡no!, me niego, no creo que sea lo más acertado —dijo más calmado—. Es difícil saber a quién perteneció la casa, el registro de la propiedad solo existe desde el año 1861. Antiguamente se construían las casas sin tener que comprar el terreno, solamente un escudo o un emblema podía certificar que esa propiedad era suya; era algo así como la escritura de hoy en día.

—Pues entonces ya sabemos que la casa es anterior al año 1861 puesto que tiene su escudo. ¿Y qué me dices de la media luna?, ése es el símbolo de los árabes, además, el escudo lleva una firma, porque seguro que eso es una firma —quería tranquilizarme y, sin embargo me estaba poniendo más nerviosa.

De repente algo me asustó. Noté como Al-Azraq, apoyaba las manos en mi abultada barriga y rápidamente dirigí los ojos hacia ella. Él estaba detrás de mí pero yo veía sus brazos como me rodeaban y me abrazaban. Sentí una fuerte punzada en el corazón y una exclamación de pánico salió por mi boca.

—«*Sigue, no te preocupes, no me puede ver*».

—¿Qué te ocurre? —Ramón se había vuelto para mirarme al oír la exclamación.

—¡No nada! tan solo ha sido una patada del bebé, parece que no le gusta que discutamos —le recriminé.

—Creo que tienes razón y lo mejor será que dejemos el tema como está y tratemos de olvidarlo. Me parece que te estás obsesionando con algo que no tiene ni pies ni cabeza. Olvídalo —Ramón salió de la cocina; me quedé sin palabras. Su conducta no era la de siempre. Nunca hubiera imaginado que este tema fuese tan molesto para él. Era cierto que jamás me lo había planteado y no lo hubiese hecho si mi “fantasma”, no hubiera aparecido en mi vida. Pero ahora ya había lanzado la piedra y no tenía forma de pararla.

Me di la vuelta a toda prisa sin entender cómo podía verle estando mi marido

allí, presente. Sin decir ni una palabra, hice un gesto como diciendo “¿cómo es que puedo verte?”

—Yo también estoy muy sorprendido. Parece que todavía no he descubierto todas mis “cualidades” como fantasma. Te noté muy nerviosa y alterada y quise tranquilizarte dándote un pequeño abrazo y cuál ha sido mi sorpresa cuando al abrazarte he notado, al igual que tú, que me podías ver —dijo con un leve murmullo.

Con gestos le indiqué que no podía hablar ahora y que lo haríamos el lunes cuando Ramón se marchase. Le di un beso fugaz y salí en dirección a la habitación.

A la mañana siguiente, el sol me despertó muy temprano. A mi lado, Ramón seguía dormido. Me quedé mirándole durante unos minutos, su rostro estaba tranquilo. Pensé que, tal y como estaban las cosas, me iba a resultar muy difícil decirle el nombre que había elegido para el bebé. Sabía que su reacción sería la de negarse totalmente ante mi idea. Tendría que buscar algo que pudiese demostrarle que mi procedencia era, la que sin duda él no quería aceptar, pero ¿cómo?, no había nada que yo pudiese encontrar para hacérselo ver.

Pensé hablarlo con Al-Azraq y, entre los dos, buscar algo que pudiera abrirle los ojos.

Para Ramón, seguramente lo mejor sería dejar las cosas como siempre habían estado, pero para mí, ya no era posible. Sabía que formaba parte de la estirpe de Al-Azraq y mi hijo, que pronto nacería, sería su hijo póstumo. No podía permitir que las cosas se quedasen como estaban, tampoco iba a exponer a nadie cuáles eran mis verdaderos orígenes, porque prefería que todo quedase entre nosotros y no pretendía levantar sospechas, ni dar pie a que la gente pudiese hablar o decir más de la cuenta; me pareció que se formaría un revuelo totalmente innecesario.

Pero, por otra parte, consideré que Ramón debía saberlo y sobre todo debería creermelo aunque yo ya había decidido que no se lo revelaría a nadie, ni siquiera a nuestros amigos, mi verdadera procedencia.

Ramón se revolvió en la cama pero siguió durmiendo. Decidí buscar en Internet algo sobre la vida de Al-Azraq; nunca se me había ocurrido buscar acerca de este tema. Tenía que encontrar algo que pudiera serme útil para convencerle. Salí de la cama con cuidado y bajé la persiana para que, los rayos del sol, no perturbase su sueño. Fui hasta la cocina y preparé un café con leche. Me lo tomé allí mismo y me disponía a salir para dar un paseo por el

jardín, cuando lo vi apoyado en el quicio de la puerta. Me sobresalté al verle.

—Buenos días, princesa. ¿Te acompaño en tu paseo? —Su voz era apenas un débil bisbiseo.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y salí delante de él.

Como todos los días, Gilda me daba la bienvenida con saltos y ladridos. La hice callar para que no lo despertase. Dirigimos nuestro peculiar recorrido por debajo de los árboles y las cañas de bambú; la vegetación allí era muy densa y apenas se nos podía ver, en el caso de que Ramón pudiese estar mirando por la ventana, ya que podría verme gesticular como si estuviese hablando con alguien.

Noté que mi fantasma parecía preocupado y decidí romper el silencio que había entre los dos.

—Creo que Ramón está algo celoso. Nunca lo había visto de este modo. Aunque sé que tiene motivos para estarlo ya que, últimamente, no le he hecho demasiado caso. Pero de todo esto, lo que más me molesta es su actitud.

—Cada uno tiene sus principios. No creo que debas atosigarle —dijo con voz pausada—. Piensa que tú te has enterado de tu procedencia, de una manera muy distinta a como lo ha hecho él. Es preciso que le resulte difícil e incluso un tanto violento, aceptar tus verdaderas raíces. Para ti es todo mucho más fácil porque nos hemos conocido, has vivido conmigo parte de la historia y piensa que, además, el vínculo que nos une, es muy fuerte para ambos y eso hace que me veas muy diferente a como él pueda imaginar tu procedencia.

—Sí, lo sé. Pero no esperaba que reaccionase de este modo. Nunca creí que pudiese tener pensamientos de este tipo.

—Yo tampoco lo creo. Más bien me da la sensación de que está totalmente confuso. Además, el trabajo parece que le está alterando bastante y pienso que está cansado; muy cansado —una ligera brisa movía las hojas de las cañas provocando un suave murmullo.

—Tengo que encontrar alguna cosa que pueda demostrarle que soy tu descendiente —dije.

—¿Cómo piensas hacerlo? Me parece que te va a resultar muy difícil. No creo que lo consigas, no hay nada que pueda relacionarnos, no olvides que han pasado ocho siglos —su mirada me resultaba más profunda que de costumbre.

—Tal vez si pudiese encontrar algo en alguna parte. ¿Y si le enseño tu libro? ... —Pensaba que si él veía el libro de Al-Azraq, seguramente podría convencerlo, aunque no lo había leído y, en realidad, tampoco sabía si sería convincente.

—En ese libro —dijo— está mi vida escrita y me parece que no te va a servir. Verás, en una de mis conversaciones con Jaime I, por cierto, cuando firmamos “el tratado del *pouet*” (pequeño pozo) recuerdo que él me comentó que escribía un libro, en el que contaba su vida y en el que, obviamente, figuraría mi nombre. Él lo llamaba el *Llibre dels feits de Jaume I, el Conqueridor* (libro de los hechos de Jaime I, el Conquistador). Entonces pensé que sería buena idea dejar por escrito mi vida, para que quedase huella de mí en la historia. Pero no veo la forma de que puedas convencerle con el libro, no hay nada que nos relacione excepto, claro está, la última parte. Y no creo que quieras que lo lea.

—Pero entonces ¿cómo ha llegado el libro hasta mí? Podría ser una posibilidad... No, tengo que encontrar otra cosa. Algo que sea totalmente creíble —mi mente trabajaba casi al cien por cien.

—Oye Julia, ¿estas totalmente convencida de que quieres demostrárselo a Ramón? ¿Vas a decírselo a todos? —Al-Azraq, había cogido mis manos y me miraba a los ojos, cosa que me hizo sentir ciertas dudas. Sentí su preocupación.

—Creo que debo hacerlo. Pero solo quiero que lo sepa él, los demás no tienen por qué saber nada, ni siquiera Luís y María, pero pienso que él está involucrado en todo esto, aunque solo sea en cierta manera. Al fin y al cabo, Ramón será el padre de tu sucesor más directo —y añadí—, me ayudará a educarlo, le enseñará el camino que debe seguir para labrarse un buen futuro y..., lo más importante, le dará todo su cariño y todo su amor en tu lugar... ¿No crees que debería hacerlo? —Me detuve para mirarle su rostro.

—Solamente quería saber si estabas totalmente segura de ello, piensa que una vez lo hayas hecho, ya no habrá vuelta atrás; y quiero que estés segura de ti misma y por lo que pueda pensar él o de su reacción.

—Sí. Estoy bien segura de ello. Es más, siento que tengo la necesidad o, más bien, la obligación de contarle mi procedencia. Pero tengo que estar muy segura de mí misma para poderle convencer. Espero encontrar pronto, algo que me sirva para que lo vea todo lo más claro posible.

—Sí, creo que tienes razón, pero sigo sin ver cómo —colocó las palmas de las manos hacia arriba y ladeó la cabeza.

—Todavía no le he dicho el nombre que he decidido para Farid y estoy segura de que no le va a gustar demasiado, así que tengo que encontrar algo y pronto —seguíamos paseando por debajo de los árboles mientras nuestra conversación daba vueltas en la misma dirección cuando, de pronto, oí su voz

que me llamaba desde lo alto de la escalera, junto a una de las palmeras que preside la entrada. Me sobresalté al darme cuenta de que Al-Azraq seguía siendo visible a mis ojos.

—¡Julia! —Voceó Ramón

—¿Estás seguro de que no puede verte? —Le pregunté asustada.

—Estoy muy seguro de ello. No temas nada. Tú solo actúa como si no me vieras.

—Pero... no sé... es... difícil actuar como si no te viese —dije temerosa.

—Tranquila, yo te ayudaré y si veo que te resulta difícil, desapareceré; no te preocupes. Ahora que he descubierto que puedo hacerlo, me siento mejor sabiendo que tú me ves.

—Está bien, lo intentaré —admití.

—¡Julia! ¿Dónde estás? —La voz de Ramón sonaba con fuerza.

—Estoy aquí en el jardín, ya voy —me apresuré a contestar en voz muy alta asegurándome de que me oyese.

Me sentía muy rara caminando por debajo de la arboleda, junto a mi fantasma. Casi habíamos llegado al pie de la escalera cuando lo miré. Él me guiñó un ojo al tiempo que me dedicaba una sonrisa.

—«*Ya verás cómo todo va bien. Tranquila princesa*».

—Gracias, espero que tengas razón —mi voz sonaba apenas en un débil susurro. Después me dirigí hacia Ramón.

—Hola cielo, buenos días. ¿Cómo te encuentras esta mañana? —Decidí mostrarme como si entre nosotros no hubiésemos discutido la noche anterior; pensé que sería mejor parecer contenta y que Ramón se sintiese cómodo.

—No te he visto y creí que te había ocurrido algo, no sabía dónde estabas —él bajaba la escalera mientras yo empezaba a subirla seguida, en todo momento, de mi espectro. El cuerpo lo tenía en tensión me resultaba difícil y, sobre todo, muy extraño verle justo detrás de mí.

—Me ha despertado el sol cuando entraba por la ventana y, como ya no tenía sueño, he decidido salir a dar un paseo con Gilda. No me había dado cuenta de la hora que es —dije mirando el reloj—. Lo siento, no quería que te preocupases.

—No importa, no pasa nada —dijo con tranquilidad.

—¿Has descansado bien? Me parece que te hacía mucha falta un buen descanso —y añadí—. Deberías coger ya las vacaciones, creo que las necesitas urgentemente. —Nos habíamos encontrado en el rellano. Observé su gesto de querer abrazarme y me adelanté dándole un beso en los labios.

—Creo que tienes razón, necesito ya las vacaciones, pero todavía tengo unas cosas que terminar y me llevarán toda la semana.

—Una semana pasa pronto, pero luego no te voy a dejar ni un solo momento —dirigí el dedo índice como si le amenazase— Vas a estar “castigado” a descanso obligado. ¡Ah! y no admito excusas —después lo abracé y noté que su cuerpo seguía rígido por la tensión del trabajo y por el cansancio que acusaba desde hacía algún tiempo.

Dos escalones más arriba, Al-Azraq me sonreía y, acto seguido, se dirigió hacia la casa.

—¿De verdad me vas a castigar? —Preguntó con aire desenfadado—. Espero que no seas demasiado dura conmigo —mientras seguíamos abrazados, pudimos notar una pequeña patada que el bebé dio desde su pequeño cobijo—. ¿Lo ves?, somos dos contra uno, no tienes escapatoria. —Dije ladeando la cabeza.

—Ya me doy cuenta que no tengo nada qué hacer. ¿Sabes?, creo que necesito un café bien cargado.

—Pues vamos, yo te lo preparo.

Manuscrito para una reina

De nuevo parecía que Ramón estaba tranquilo. Cuando se marchó al trabajo a principios de semana, intuí que estaba más animado y con ganas de terminar, para descansar y estar más tiempo conmigo.

Era necesario encontrar algo que pudiera servirme para convencerlo. Quería decirle el nombre que había elegido para Farid y, para ello, antes tenía que hacerle ver las cosas con claridad, que comprendiese que, darle aquel nombre al bebé, tenía su razón de ser. En los tiempos que corrían no era para nada extraño que algunos niños llevasen nombres árabes que, por otra parte, me gustaban mucho, sin ir más lejos en mis clases había dos niñas que los llevaban y nadie le daba la menor importancia.

Me preparé el desayuno y después me propuse encontrar algo en Internet que me permitiese, por lo menos, ver un camino en mi búsqueda.

Abrí el navegador e introduje las letras de su nombre —Al-Azraq— y le di a buscar. Varias páginas que contenían información aparecieron ante mí. Abrí la primera. En ella visualicé su nombre completo y a continuación Al-Azraq y una aclaración; el de los ojos azules. Una sonrisa acudió hasta mis labios. Seguí leyendo. No había demasiada información acerca de su vida y de sus hechos.

En otra página, encontré una fotografía de una fuente con su rostro, que aparecía en el pueblo donde nació, Alcalá de la Jovada. También figuraba un busto suyo, cuyo parecido no se ceñía demasiado a la realidad. Seguí buscando páginas donde su nombre se hallaba. Absorta en mi búsqueda, no noté su presencia y cuando él me habló, di un respingo hasta el punto que el cuerpo me dio un ligero movimiento sobre la silla.

—Perdona, no pretendía asustarte, creí que me habías oído llegar —las palabras de disculpa me tranquilizaron enseguida, aunque el corazón me latía con fuerza debido al sobresalto.

—No acabo de acostumbrarme a tu silencio. Además estaba muy distraída buscando cosas sobre ti —fue en ese mismo momento cuando me acordé del escudo que había en la casa.

—Lo siento —volvió a disculparse.

—¿Podrías aclararme algo? Verás, en el escudo de la casa hay dos palmeras custodiando una media luna, pero debajo de ella, hay unas letras escritas en

árabe. ¿Qué es lo que dicen?

—Mi nombre, Al-Azraq. Así es como se escribe en mi idioma.

—¿Me lo escribirías en un papel? —Le pregunté mientras en mi cabeza acudían varias formas de encontrar alguna pista que pudiese llevarme hasta mi propósito.

—Claro. ¿Dónde quieres que lo escriba? Voy a por la pluma.

—¡No! Espera —quise detenerlo rápidamente—. No hace falta. Aquí tengo un bolígrafo.

—¿Un qué? —Nuevamente no recordé que, mi acompañante, tenía ochocientos años.

—Perdón. Toma, con esto puedes escribir igual que con tu pluma. Escríbelo aquí, por favor —le entregué un bolígrafo y una cuartilla en blanco. No había reparado en la forma de escritura árabe y me sorprendió ver que empezaba a escribir al revés de cómo lo hacemos nosotros, de derecha a izquierda. —Ya está. Aquí lo tienes —dijo al mismo tiempo que alargaba la mano para entregármelo. Después se quedó observando el bolígrafo, le daba vueltas mientras lo iba inspeccionando.

—Es mucho más práctico que tu pluma, ¿a qué sí? —le pregunté divertida. — Sí, es fácil escribir con este artefacto y, además, parece que no mancha, ni tampoco hay que esperar a que se seque la tinta —sus blancos dientes, asomaron por entre su bigote y su barba, tan perfectos como siempre. — Quiero probar una cosa —dije buscando la página que necesitaba—. A ver si tenemos suerte. Te lo explico. Suponte que he copiado la firma del escudo y ahora busco una página en tu idioma, que tenga traductor, como por ejemplo... ésta —continué con la explicación aunque suponía que a él le resultaría muy difícil entender—. Como el ordenador tampoco tiene los signos de tu peculiar caligrafía y yo no tengo ni idea de tu lengua, lo que hago es escanear tu firma, ¡Ay! perdona de nuevo, pongo aquí tu firma, la máquina la copia y ahora la pego en el traductor, y a ver qué me dice —en unos segundos, la pantalla nos mostró lo que quería—. ¡Perfecto! —exclamé— su traducción es Al-Azraq. Pero, como se supone que yo no sé lo que quiere decir, pongo ahora tu nombre en el traductor y... su traducción es, el azul. ¿Te das cuenta?

Al-Azraq no dejaba de mirarme muy extrañado por las cosas que yo hacía y decía

—Con esto ya puedo demostrarle que el escudo perteneció a Al-Azraq, el último caudillo musulmán. Pero de todas formas, creo que necesitaría algo más convincente.

Seguí buscando más páginas ante la mirada impresionada de mi espectro, al ver todo lo que el ordenador era capaz de hacer.

Al cabo de unos minutos, el corazón me dio un vuelco. El encabezamiento de una de las páginas decía: historia de Alcoy y sus fiestas: Carta escrita por AlAzraq a... —Y no se leía nada más.

—¿¡Una carta!/? Escribiste una carta... —pinché sobre la página mientras iba hablándole, esperando impaciente para ver lo que me mostraba; noté cierta lentitud en el navegador o, tal vez, era mi impaciencia por ver mi hallazgo. — Escribí algunas, pero es imposible que todavía existan. ¿Cómo pueden estar ahí, si esto sucedió hace tantos años? —Sus ojos no daban crédito a lo que estaba descubriendo.

Por fin se abrió la página y quedé totalmente sorprendida al ver el enunciado completo.

“Carta escrita por Al-Azraq a la reina Doña Violante en marzo de 1250”. — ¡Dios mío! —Exclamé— ¡Es una carta que escribiste a la reina Doña Violante! —Bajé por la página y pude contemplar un recuadro en el que aparecía una carta enmarcada.

Él permanecía muy sorprendido y en total silencio. Pinché en la lupa para agrandar el documento y verlo con más claridad. En el interior del marco había una carta preciosa; parecía un pergamino, donde se apreciaban algunos desperfectos hechos, tal vez, al enrollarla y parecía un poco deteriorada, quizás por el trayecto que debió de recorrer hasta llegar a las manos de la Reina Doña Violante. Observé que estaba escrita en el idioma árabe. La carta estaba enmarcada en un marco dibujado y pintado en el mismo pergamino. En la parte izquierda tenía también unos círculos con el mismo dibujo que la enmarcaba. Debajo de la misma y en el mismo cuadro de la foto de la carta, se podía ver una etiqueta escrita en español pero con trazos árabes y decía que, el documento, se encontraba en un archivo de la corona de Aragón y que éste, se hallaba en el museo de Castellón. En la página también figuraba la traducción de la misma. Le di al botón de imprimir. Al-Azraq permanecía con la boca abierta viendo su antiquísima obra. Una vez impresa, se la pasé para que pudiese contemplarla en sus manos.

—Pero esto es realmente extraordinario. Todavía sigue, aparentemente, en muy buen estado a pesar de los años que tiene, pero lo más increíble es que no se perdiera y que alguien pudiese conservarla. Tengo que reconocer que esta pequeña máquina tuya, es muy poderosa —en su cara se reflejaban gestos de asombro, de sorpresa y creo que algo de incredulidad ante aquel antiguo

pergamino, ahora impreso en un papel fotográfico. —¡Es la mía! —Exclamó— es la que yo mismo escribí personalmente. Y además está escrita con la misma pluma que hay en mi mesa, todavía creo recordar que me queda algún pergamino, más o menos como éste, aún por escribir.

—Mira, aquí está la traducción de la carta. ¡Vaya! vuestra forma de escribir en aquella época era muy distinta de la nuestra.

—Sí. Seguramente con el paso del tiempo, las cosas han cambiado mucho. Por aquel entonces éramos una minoría los que sabíamos leer y, menos aún, escribir y, éramos muy pocos, los que sabíamos hacerlo en varias lenguas. Verás: «La esposa del rey Jaime I, se llamaba Doña Violante de Hungría, pero es a su hija, también Doña Violante, a quién va dirigida la carta. Piensa que esta reina era, por aquel entonces, muy poderosa en sus tierras ya que su padre, le concedió el reino de Murcia que reconquistó a los musulmanes y dictó la orden de expulsión. Su marido fue Alfonso X, el sabio yo, personalmente, tuve la oportunidad de hablar con él en varias ocasiones; pero dirigirse a la reina, era otra cosa. —Al-Azraq cerró los ojos durante unos breves segundos y un suspiro se le escapó en el aire—. En la carta, le pedía que escuchase la voz del caíd AbuI-Qasim Ben Hilal, uno de mis hombres de confianza, también le decía que le acompañaban en su viaje, Abu Jafar I-Hasan Ben Hudzäil que era mi sobrino, hijo de la hermana de mi padre y Abu Amr Utman Ben Sahl; tres hombres para proteger un manuscrito para la reina. También le decía que Abu Jafar le besaría sus manos en mi nombre y que llevaba mis palabras en su boca. Ella y su marido fueron complacientes y nos dieron una tregua durante algunos años. Pero su padre, Jaime I, no lo respetó seguramente presionado por el Papa y los obispos de la época, que querían la total expulsión de los sarracenos, obligando nuevamente a mi pueblo a que se alzara en armas por segunda vez, dicha revuelta duró diez años».

Ha pasado tanto tiempo y, sin embargo, a mí me parece que fue ayer mismo. Sin duda ver este documento me ha impresionado mucho. No puedo creer que todavía exista el manuscrito.

—Sí, la verdad es que impresiona mucho —dejé transcurrir unos breves minutos y proseguí—. Bueno, ahora ya tengo la prueba que necesitaba. Aquí está tu firma y es idéntica a la del escudo de la casa. Ahora le podré demostrar a Ramón de dónde proceden mis raíces. Fíjate que a veces el destino nos tiene guardadas muchas sorpresas, no hay demasiada información acerca de tu persona pero, sin embargo, hay una carta; justo lo que yo necesitaba —me levanté y acaricié su rostro. Él me miraba con los ojos penetrantes y me

dedicó la sonrisa que más me gustaba—, quién me iba a decir que esta carta, que en su día escribiste, me serviría ocho siglos después, para demostrarle a mi marido quién fue mi ancestro. Eres maravilloso —le di un fugaz beso que Al-Azraq convirtió en apasionante.

Hice algunos trazos imitando su escritura, pero me di cuenta de que me resultaba muy difícil, a la par que raro, escribir en dirección contraria. Los primeros signos me salieron bastante mal, pero con un poquito de práctica y siguiendo los consejos de un verdadero maestro, conseguí que se parecieran bastante. Guardé la carta. Ahora, solo tenía que buscar el momento perfecto para hablar con Ramón. Necesitaba que todo me saliese bien, para que pudiese aceptarlo. Me lo prepararía y me lo estudiaría lo mejor posible; y después, solo tendría que esperar para abordar el tema.

De pronto sonó el móvil en mi bolsillo y me sobresalté. Era Ana.

—Hola Ana, ¿Qué tal? —Pregunté.

—Hola Julia. Todo bien y ¿tú? ¿Cómo te va esa barriguita?

—¡Uf!, creciendo sin parar. A este paso se va a quedar sin espacio para estirarse —le dije acariciándome el vientre— ¿Os vais a la playa con los niños? —Le pregunté un poco extrañada por su llamada.

—Sí bueno, nos vamos en unos días, pero te llamaba porque quería pasar a verte y charlar un rato. ¿Estás ocupada esta tarde?

—No, claro que no, pero ¿te ocurre alguna cosa? —Conocía muy bien a Ana y sabía que se llevaba algo entre manos, pero lo que no imaginaba era por dónde iban los tiros.

—¡Oh!, no, tranquila, no me pasa nada. Quería comentarte unas cosas, nada importante. Entonces voy a verte esta tarde, ¿de acuerdo? —Me parecía que ocultaba su verdadera razón.

—Sí, claro, como quieras. No tengo que salir. Ven a la hora que te venga bien. Ya conoces el camino —me reí.

—De acuerdo, pues hasta luego entonces —y colgó.

Me quedé allí mismo, mirando el teléfono mientras se cortaba la llamada. Era muy extraño que Ana se mostrase tan misteriosa.

—¿Malas noticias? —Al-Azraq me preguntó al verme impresionada.

—¡Ah no! era mi amiga Ana, quiere venir a casa esta tarde para hablar conmigo, pero..., me resulta un poco raro. ¿Qué querrá decirme?, no es propio de ella tanto misterio. En fin, tendré que esperar —dije con un movimiento de hombros.

—Sí, es lo que me parece a mí también. Te dejaré a solas con ella; por tu cara

parece que es importante lo que viene a decirte.

—Humm... No sé, pero de todas formas quiero pedirte un favor, me gustaría que estuvieses aquí conmigo, no quiero estar a solas con ella. Tengo el presentimiento de que no me va a gustar lo que viene a decirme y, si estás aquí y además puedo verte, sé que estaré mucho más tranquila. Por favor, hazlo por mí —le rogué.

—Bien, como quieras. Me mantendré visible, tan solo para ti.

—Muchas gracias, eres un sol.

Sobre las cinco de la tarde oí el timbre de la puerta. Por el telefonillo me contestó Ana y accioné desde dentro el interruptor, que abría la puerta de la calle. Salí en su busca.

—Hola Ana. Per... ¿Vienes sola? —Al verla sin los niños, supe que la visita no era muy habitual. ¿Les habría pasado algo a sus padres? —Me preocupé.

—Hola Julia. Sí vengo sola, los niños están en casa de unos amigos, de cumpleaños, y he aprovechado para venir a verte y hablar contigo —dijo poco convencida.

—Vaya por un momento me habías asustado. La verdad es que estás un poco misteriosa. Vamos adentro. He preparado una pequeña merienda; en el solárium estaremos tranquilas y muy bien. Vamos.

—Pero no era necesario que te molestaras.

—No lo he hecho por ti —dije—, en realidad tengo que merendar, aquí dentro hay alguien que está creciendo mucho —acaricié mi barrigona.

—Sí, ya te veo muy “gordita”, sí. Y todavía te quedan tres meses, pero eso pasa volando. Ya verás.

—Eso me dice la gente, pero yo no estoy tan segura. —Entramos en el solárium, Al-Azraq había levantado el ventanal, mientras que yo iba a recoger a Ana. Estaba de pie junto a la grandiosa cristalera, esperando nuestra llegada. Ana iba delante y pude dedicarle una pequeña sonrisa cuando entré. Las dos nos acomodamos alrededor de la mesa. Al-Azraq había dispuesto una de las sillas restantes de forma que podía sentarse junto a mí, pero con espacio suficiente para estar cómodo y poder estirar sus largas piernas; con su gracia habitual se sentó a mi lado.

—Y bien Ana, dime ya de que se trata, no me tengas más en suspense, por favor.

—La verdad es que no sé por dónde empezar. Me resulta bastante embarazoso, pero bueno, no voy a irme con rodeos.

—Ahora empiezas a ser tú. Directa al grano, es lo que más me gusta de ti, ya

lo sabes.

— En realidad he venido por Ramón. Parece que últimamente está... ¿Cómo diría yo?... —Cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Celoso? —Algo en mi interior me había hecho pensar que podría ser él la causa de su visita. Me puse rígida y de aparente mal humor.

—Sí, creo que esa es la palabra, pero no acabo de entenderlo muy bien; no comprendo en que se basa para tenerte celos —dijo abriendo las manos en señal de contrariedad— Esta mañana me llamó al móvil y me extrañé mucho, la verdad. Me asusté en un principio por si te había ocurrido algo a ti o a tu embarazo, ya sabes que después de tanto tiempo, parece que es un poquito de todos. Bueno, a lo que vamos. Lo noté muy nervioso y muy raro, me insistió que hablase contigo porque no quiere discutir, y está sufriendo mucho —puso los ojos en blanco— Al parecer tu comportamiento lo tiene muy confuso. Me dice que se está volviendo loco porque cree que alguien te manda flores a diario, y que cuando él llega a casa, tú pareces como ausente; y no bajas la ciudad, ni a ninguna parte. Dice que la mayoría de las veces no respondes a sus llamadas y bueno..., que sufre mucho. Nunca lo había visto actuar de este modo. —Me cogió la mano— Julia, dime la verdad. ¿Está ocurriendo algo imprevisto?

—Sí, tienes razón. Pero Ana, es mi primer embarazo, salgo a pasear y hablo con el bebé, pienso en cómo será, en todo lo que voy a necesitar y, sobre todo, en cómo irá el parto, cosa que me asusta un poco, pero todo eso ya lo sabes, has pasado por esto dos veces, y sabes cómo nos sentimos y lo que les queremos ya, aun sin haberlos visto nunca.

—Sí, eso lo comprendo perfectamente, pero también dice que últimamente te ha dado por decir que eres de origen árabe y que no dejas de pensar en cosas que, a su parecer, no parecen normales. Me da la sensación de que, por lo visto, él siente que este embarazo te está afectando mucho.

Crucé las manos sobre mi regazo y Al-Azraq puso, con suma delicadeza, posó su mano sobre las mías. Cerré los ojos unos instantes y le dediqué una sonrisa. Fui consciente de que Ana me la devolvió aunque, en realidad, no iba dirigida a ella.

—Pero si ya os lo conté el día de la cena y a nadie le extrañó. Además no tiene nada de raro, tú conoces mi casa casi tan bien como yo; es más, tú conociste a mis padres y a mis abuelos y sabes, por boca de ellos, las historias que siempre nos han contado. ¿A qué viene ahora todo esto?

—Sí, me acuerdo mucho de todos ellos, pero Ramón no los conoció y una cosa

es que tú puedas pensarlo o incluso creerlo, pero de ahí a que afirmes que procedes de esa raza..., piensa que es un poco fuerte. ¿No crees? —Dijo cambiando la pierna sobre la otra.

—He hecho más averiguaciones y he encontrado muchas cosas y aunque a Ramón no le guste, es lo que hay —afirmé.

—¿Qué has encontrado? —Noté en su expresión mucha curiosidad por saber más detalles sobre el tema.

—No sé si debería contarte nada sobre todo esto, Ana. Sé que puedo confiar totalmente en ti y, si te lo pido, sé que ni siquiera se lo dirás a tu marido, pero si se supiera algo, podría crearse demasiado revuelo en una ciudad como ésta. Déjame que lo piense, por favor —miré de soslayo hacia Al-Azraq.

—Vale, está bien, si crees que no debes contármelo —dijo moviendo las manos en señal de rechazo—, no puedo reprocharte nada, pero tú sabes que siempre puedes confiar en mí, te lo he demostrado en infinidad de ocasiones. Me duele que digas esto ¿sabes? —Dijo algo indignada.

— Sí ya lo sé, pero..., Ana, es que esto es..., muy importante para mí; seguramente te lo contaré algún día, pero tengo que pensarlo muy detenidamente.

—Está bien, de acuerdo. Y cambiando de tema; me doy cuenta de que Ramón tiene razones más que suficientes para sentirse celoso, ¡Dios mío! ¿Sabes cuántas flores hay por toda la casa? Debes de pasarte el día quitando y poniendo.

—Sí —coincidí—. Puede que haya demasiadas, pero es que son tan delicadas, y me gustan tanto... Lo sabes de sobra.

—Pero Julia, ¿tantas?, si parece que tengas a un rico amante que te llena la casa con montones de ramos; es preciso que se sienta celoso. ¿No tendrás ninguno, verdad? —Me miró fijamente a los ojos.

—¡Ana, por favor! —Exclamé— Mira no se lo digas a nadie —le susurré en voz baja y casi al oído— pero tengo en casa a un maravilloso y apuesto fantasma que, en su día, fue un prestigioso jeque árabe —mientras decía estas palabras observaba a Al-Azraq, que parecía muy extrañado porque le estuviera contando la verdadera historia. Me miraba con ojos penetrantes, y llenos de curiosidad— que vive aquí desde hace ocho siglos y mantenemos una bonita relación.

—¡Oh vaya!, me doy perfecta cuenta de que no tienes solución, ya pensaba que me ibas a contar algo verdaderamente importante y me sales con fantasmas — puso los ojos en blanco y las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Lo ves?, no te lo crees y eso que te he dicho la verdad —afirmé.

—¡Por Dios, Julia! —Exclamó— Está claro que en esta casa y, desde siempre, en tu familia hay algo que te atrae y te atrapa, pero... ¿fantasmas? —Me miró con aire de total incredulidad— Cuando éramos pequeñas, todo parecía normal y nos encantaban las historias que nos contaba tú abuelo, pero Julia... venga, por favor, piensa en Ramón, sabes que está dolido y que está sufriendo porque se siente mal y tú me sales con fantasmas —dijo negando con la cabeza.

—Bueno vale, tienes razón, pero ¿qué quieres que te diga?, Ramón está siempre trabajando, y creo que demasiado, lo sé. También sé que está muy cansado, casi agotado diría yo, y sé que está muy estresado pero..., dime, ¿qué hago yo para darle celos!, si estoy siempre en casa ¿Es que piensa que voy a tener algún amante y que lo traería aquí? —Me revolví en la silla— En el caso de que lo tuviese, sería más lógico que yo no estuviera en casa. Por cierto, el otro día entró a toda prisa y sin avisar; dijo que me había llamado pero yo estoy totalmente convencida de que no lo hizo y entró de golpe aquí, esperando verme con alguien —dije en tono molesto.

—¿Eso hizo?, no sabía nada al respecto. No me lo ha contado, pero no es propio de él. Y conociéndole como le conozco, es seguro que lo está pasando verdaderamente mal. ¡Ah!, otra cosa, me temo que esto te va a doler un poco, lo siento de verdad —Ana se había puesto muy seria y cogió una de mis manos que mantuvo entre las suyas—. Ramón piensa..., no perdona, en realidad lo cree muy seriamente, que los pendientes que, según tú, encontraste el otro día, te los ha regalado alguien muy especial para ti y con tantas flores a tu alrededor..., pues de ahí vienen sus celos.

—¿Qué me estás diciendo? —Al-Azraq se levantó de la silla y con un rápido movimiento se colocó detrás de mí y me presionó suavemente los hombros al tiempo que me pedía que me serenase.

—La otra noche yo te creí totalmente, no llegué a dudar en ningún momento de lo que nos dijiste acerca de las arracadas pero, me parece que Ramón no lo tiene tan asumido —dijo cruzando nuevamente una pierna sobre la otra. —Ya veo. Tendré que pensar algo para que no imagine cosas que no son. Gracias Ana, por haber venido y confiar en mí. Dime ¿hay algo más que debas contarme? —Era obvio que tenía que encontrar alguna solución para calmar los celos de Ramón, pero necesitaría algo de tiempo.

—Nada importante, aparte de..., que te nota distante, ausente y que no le prestas atención... pero lo que más me ha impresionado ha sido algo que me

ha dejado helada esta mañana cuando me ha llamado.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —Era consciente de que el mal humor con el que había empezado nuestra conversación, se estaba volviendo ahora en un malestar que me encogía el estómago.

—A ver cómo te lo explico..., verás, dice que hace un par de días habíais discutido y que te había levantado la voz, después me ha contado que te buscó para pedirte perdón. Tenía tanto miedo de perderte, que su cuerpo temblaba sin apenas poderse controlar. Eso me ha impresionado mucho.

—Sí, es verdad, yo también lo noté.

—Pues por lo visto, y aunque hicierais las paces, me parece que Ramón no está del todo tranquilo, porque en tus ojos ve algo extraño; tu mirada no es la misma. —Quizás tenga algo de razón, ahora tengo que compartir mi amor con el bebé —dije mientras me levanté y fui hasta el ventanal abierto para ver si corría un poco de aire; me faltaba para respirar—. Pero... ¿Cómo puede pensar esas cosas? No lo entiendo Ana —me giré hacia ella para mirarla a los ojos. Ella vino junto a mí y me abrazó. Sentí una sensación muy reconfortante. Entonces dijo algo que me dejó paralizada.

—Julia, sabes que siempre te he apoyado y que puedes contarme lo que quieras, nunca se lo diré a nadie si tú me lo pides, ya lo sabes —se apartó unos centímetros de mí pero seguía abrazándome y mirándome a los ojos—. Sé que algo te sucede, a mí no me puedes engañar. Te conozco casi desde que nacimos y sé de sobra que algo te llevas entre manos. No puedo obligarte a que me lo digas, si ni quieres hacerlo, pero sí puedo, y creo que estoy en mi obligación, pedirte que no le hagas daño a Ramón. Él te quiere mucho, ya lo sabes, casi diría que está obsesionado contigo y ahora que vais a tener un hijo, se siente muy vulnerable.

—¿Qué te hace pensar que me llevo algo entre manos? —Estaba claro que entre las dos habíamos desarrollado unos lazos muy fuertes, pero no pensaba que pudiese llegar a notarme algo, como ella decía.

—Sabes que siempre hemos estado muy unidas, sobre todo, cuando ocurrió lo de tus padres. Estoy segura de que, si la cosa fuese al revés, tú también me lo habrías notado. Julia, te voy a ser muy sincera —seguíamos de pie medio abrazadas, cuando me sujetó el rostro entre las manos y me miró muy fijamente a los ojos—. ¿Recuerdas el día que te acompañé a la consulta para ver cómo iba tu embarazo y el bebé? —Afirmé con la cabeza— ¿Recuerdas el momento en que en el monitor pudimos ver la carita de tu hijo?

—Sí, claro que lo recuerdo, fue un momento maravilloso —susurré. —Pues a

eso me refiero. Tus ojos brillaron de una manera diferente. Recuerdo que apretaste mi mano con fuerza y, sin apenas darte cuenta, supe entonces que algo distinto había en ti. Julia, sé que hay algo que no quieres compartir conmigo y no te lo estoy reprochando. Pero quiero que sepas, aunque ya sé de sobra que lo sabes, que estoy aquí y que puedes confiar totalmente en mí. No sé de qué pueda tratarse pero confío en que debe de ser algo muy importante porque tus ojos así me lo dicen y a pesar de todo, te siento muy feliz —me dio un beso en la mejilla.

Sentí que algo me oprimía en el estómago. La abracé con fuerza a sabiendas de que tenía toda la razón. A ella no le podía ocultar nada, nos conocíamos demasiado bien.

—Ven vamos a sentarnos. ¿Qué hora es? —Las dos íbamos hacia la mesa. — Todavía es pronto, son casi las seis. ¿Por qué? —Dijo consultando su reloj. — ¿Hasta cuándo puedes quedarte? —Le pregunté para tener una idea del tiempo del que disponíamos y sabiendo Ramón que Ana estaba aquí, seguramente vendría tarde.

—Puedo quedarme un par de horas, todavía —afirmó extrañada por mi reacción.

—Está bien, ya sé que no puedo ocultarte nada y que te hueles algo, así que creo que lo mejor será que te ponga un poco al corriente de todo. Solo quiero pedirte que seas paciente, que no te rías y, lo más importante, que me creas todo lo que voy a decirte —Ana afirmaba con la cabeza a lo que yo decía, pero su cara delataba cierto aire de nerviosismo—. Repito, lo más importante, debes creer todo lo que te diga. Primero, quiero decirte que yo reaccioné bastante mal cuando lo supe, de hecho, todavía siento un pequeño dolor en la cabeza —él estaba sentado con nosotras y sonrió al recordar nuestro primer encuentro—. Antes te he contado algo, que es imposible de creer, me refiero a lo del fantasma —hizo ademán de querer hablar, pero le pedí que guardara silencio poniendo mi dedo índice sobre sus labios—. Ahora, en este mismo momento, hay alguien aquí al que no puedes ver. Por favor, escúchame —dije colocando las manos abiertas para que se tranquilizase—, puedo demostrarlo. Aquí a mi lado está sentado un caudillo musulmán. Él es quien construyó esta casa y durante muchos años vivió aquí con su familia. Como ves antes te he dicho la verdad pero no me has creído —sonreí al ver la cara que Ana ponía, seguramente, porque no alcanzaba a creer lo que le estaba contando. —En aquella época fue un caudillo musulmán bastante importante. A su muerte, algo ocurrió para que, estando en plena agonía, pidiera un deseo que se cumplió.

Cada cien años, su espíritu vagaría por la casa hasta encontrar a alguien a quien tendría que prestar su ayuda. Él no sabía quién sería, ni tampoco lo que tenía que hacer —Ana estaba totalmente en silencio, sus ojos abiertos como platos miraban a la silla donde Al-Azraq se encontraba y luego me miraba a mí desconfiando de mis palabras—. A principios de este año yo estaba sola un día, cuando empecé a notar cosas extrañas. No podía imaginar de qué podría tratarse, y para él también era todo extraño. Él, como fantasma, estaba confuso y yo, como humana, mucho más todavía. Tuvimos un primer encuentro en el que mi cabeza sufrió un pequeño percance, pero fuimos conociéndonos y hemos sabido que era yo a quien estaba esperando —Ana seguía con la boca abierta y en total silencio—. Ahora sé cuáles son mis verdaderas raíces. Durante ocho siglos, sus descendientes han vivido aquí y él ha venido para darme su legado. Estará aquí hasta fin de año, por eso tengo que aprovechar el tiempo que me queda, necesito saber más cosas de mí. ¿Lo entiendes Ana? — Parecía que estaba en otra galaxia, en otro mundo—. Ana, ¿me estás escuchando? —Te escucho, te escucho, pero no entiendo nada. ¿De verdad crees que existen los fantasmas?, Dios mío, es lo que me faltaba. —Se tapó la cara con ambas manos y luego respiró hondamente. Le di unos instantes para que lo asimilase.

—Ana, por favor. Cómo me gustaría que pudieras oírle o verle. De esta manera me creerías.

—Julia, me parece que vas a necesitar a un psicólogo, no creo que tu cabeza esté muy normal. Ahora entiendo perfectamente la postura de Ramón —dijo con la mirada preocupada.

—Por favor, Ana ¡Debes creerme! te estoy diciendo la verdad —le rogué. — Pero ¿Cómo voy a creer lo que me estás diciendo? ¡Esto es de locos! — Exclamó poniendo los ojos en blanco.

—Me lo imaginaba, no me crees. —Dije en tono apenado.

—«*Quizás si me oyese hablar, sería más creíble para ella*».

—Pero si no puede oírte, tú mismo me lo has dicho en alguna ocasión. — Contesté sin pensar en ella.

—«*Si, pero cada día descubro nuevas cualidades en mí y a medida que te voy conociendo siento que puedo hacer, casi todo, lo que tú deseas*».

—¿Es por eso que ahora te puedo ver cuando hay alguien conmigo? — Pregunté olvidándome de mi amiga.

—¿Perdona? ¿Estás hablando con él? —Ana me miraba con una expresión que me parecía bastante cómica. Sonreí.

—Sí, lo siento, pero es que me está hablando.

—«*Sí. Sé que puedo hablar de manera que ella me pueda oír y, además, sé que puedo hacerme visible ante ella..., pero ha de ser siempre que tú lo quieras*». —Pero... ¡Eso es fantástico!..., aunque mejor será que solo te oiga la voz. — Entonces me dirigí hacia ella.

—Escúchame Ana. Acabo de descubrir una forma para que nos puedas creer, debemos probarlo pero no quiero que te asustes. ¿Estás preparada? —Quise asegurarme para que no tuviese un fuerte sobresalto, como el que tuve yo. — ¿Qué me vas a hacer? —Preguntó temerosa, estaba bastante asustada y nerviosa.

—Solo vas a oír su voz. ¿Estás preparada —Volví a preguntar.

—¡Oh! Esto no puede ser. Pero..., su voz..., ¡esto es increíble! —Recapacité durante unos segundos— Vale, está bien. Venga. Pero sigo diciendo que no estás nada bien de la cabeza.

—Tranquila, no te pongas nerviosa, ya verás qué agradable es —dije para que se tranquilizase. A continuación le hice un gesto afirmativo a mi fantasma asegurándome de que Ana lo veía.

—«*Hola Ana, sé que eres la amiga más leal de Julia, por lo tanto aquí tienes a un leal servidor. Estoy encantado de conocerte*».

Hubo un gran silencio en la habitación. Ana parecía una figura de piedra. Pensé que tal vez pudiese darle un síncope o un ataque. No se movía.

—¡Ana, Ana! —Exclamé asustada—. Respira que te vas a ahogar. — La zarandé un poco para que volviera en sí.

«*Dale tiempo, es difícil de aceptar. Cada uno responde de diferente manera*». —Sí, lo sé pero..., ¡es que no respira! ¡Está encanada! —Exclamé nuevamente mientras seguía zarandéandola. Mis nervios estaban a flor de piel, si le ocurriese algo no me lo perdonaría jamás. —Me asusté mucho.

—«*Sóplale en la cara. A los niños pequeños cuando se encanan por llorar, nosotros les soplábamos a la cara y reaccionaban rápidamente*»

Sin pensarlo dos veces le soplé en el rostro y, de pronto, dio un respingo y volvió en sí, con la respiración muy agitada.

—Le oigo, es verdad, le oigo. ¡Madre mía! —Dijo con la voz entrecortada a causa del tiempo que había estado sin respirar.

—¿De verdad que lo oyes? —Me había llegado a asustar mucho pero, por fin, volvía a ser la de siempre.

—Tiene una voz muy..., seductora. Por favor, dime algo más —suplicó. Los dos nos reímos al ver su reacción.

—*Nos has dado un buen susto, menos mal que vuelves a estar con nosotros. Para mí es un verdadero placer.*

—Sí, bueno..., el placer es mío. Ahora entiendo los celos de Ramón, con esta voz es preciso que te sientas atraída hacia él. Si su cuerpo es solo la mitad de atractivo que la voz... ¡madre mía!, me quedo aquí para siempre. —Estaba embelesada— Y ¿cuál es tu nombre?

—Al-Sähuir, se llama Al-Sähuir —dije rápidamente, antes de que él dijera su verdadero nombre.

Al-Azraq y yo nos reímos observando su reacción.

—«*Danos un poco de tiempo y quizás llegue el día en que puedas conocerme personalmente*»

—Sí, eso espero. Me encantaría. —Respondió fascinada.

En aquel instante sonó el móvil de Ana. Al oírlo se sobresaltó trayéndola, de nuevo, al mundo real. Mientras lo sacaba de su bolso me miró un momento y después miró la pantalla viendo que era Ramón quién la llamaba. Nuevamente me dedicó una mirada y cortó la llamada.

—Es Ramón, le dije que me llamara antes de venir a casa porque no quería encontrarme aquí... ya sabes..., no le parecía correcto llegar mientras hablábamos de vosotros dos.. Mmm, ¡qué lástima!, tengo que irme ahora que empezaba a estar tan a gusto —observó su reloj— ¡Oh pero qué tarde es!

—Tranquila, quedaremos otro día y te contaré más cosas. Te lo prometo. Oye... ¿Qué le vas a decir a Ramón? —Quise saber.

—Pues le diré que estás bien y que no te ocurre nada, que es normal en tu estado y que no he notado nada que pueda hacerle sospechar. Al fin y al cabo los embarazos nos cambian mucho, queramos o no —suspiró—. Bueno me tengo que ir. —Dio un vistazo por la habitación y se quedó mirándome.

—Sigue aquí, a tu lado. —Le dije en respuesta a su mirada.

—¡Ah! vale. Pues entonces... encantada de conocerte al-Sähuir, bueno en realidad de oír tu voz. Cuídala mucho por favor y no dejes que Ramón se enfade con ella. —Dijo mirando a un punto indefinido.

—«*Tranquila, mi deseo es que todos sean felices. Y gracias por ser amiga de Julia y, desde hoy, también amiga mía*».

Más o menos, una media hora después de que ella se marchara, llegó Ramón. Le había pedido a Al-Azraq que me dejase a solas con él. Tenía que convencerlo de la manera que fuese, de que todo estaba bien y que no tenía nada de qué preocuparse y, menos aún, de tener esos celos que no llevaban a ninguna parte, más que a su sufrimiento. Le esperé sentada en la terraza del

solárium. Oí como me llamaba.

—Estoy en nuestro sitio favorito —antes de que apareciese, tomé una gran bocanada de aire y lo solté con un bufido.

—Hola cielo ¿Qué tal estás? —Sabía que vendría desconcertado porque, mi amiga, le habría dicho que todo estaba bien, pero yo sabía que, en su interior, debía de estar combatiendo una intensa lucha consigo mismo. Lo noté un poco decaído; deprimido.

—Hola cariño, estoy bien. ¿Qué tal te ha ido el día? —Procuré que la voz sonara lo más normal posible pero no me pareció que lo estaba consiguiendo. Ramón se inclinó para darme un beso fugaz y luego se sentó donde, momentos antes, había estado mi fantasma.

—No veo el día en que pueda estar de vacaciones tranquilo. No sabes las ganas que tengo de poder estar unos días en casa —dijo tratando de relajarse.

—Sí, ya me doy cuenta de lo agotado que estás. ¿Por qué no haces novillos mañana? —Le sugerí.

—Mira, mejor que eso; voy a coger las vacaciones el viernes. Lo hemos estado hablando durante la comida y ya lo hemos decidido. De momento dos semanitas y después quizá tenga suerte y pueda escaquearme unos días más. ¿Qué te parece? —Me dijo con ojos cansados.

—Que te lo mereces y, sobre todo, que lo necesitas más que el aire que respiras.

—Sí, creo que este año me está resultando un poco complicado. Pero un par de días más y... —Dejó la frase en el aire.

—Y..., ¿has pensado en algo? —Esperaba que no se le ocurriese la idea de hacer algún viaje, ni tan siquiera me apetecía irnos a la playa los quince días.

—Pues..., como tú dijiste que este año no te apetecía salir a ninguna parte, pienso que podríamos quedarnos aquí, realmente creo que será lo mejor para los dos. Yo podré descansar y tú no tendrás que cansarte más de la cuenta —forzó una sonrisa.

No tenía muy claro si haría algún comentario sobre la visita de Ana, así que decidí abordar el tema.

—¿Sabes que ha venido Ana para verme esta tarde? —Lo miré fijamente a los ojos con la intención de ver su reacción.

—¿Ah sí? —Supo que yo lo sabía y cambió el tono— Bueno sí..., en realidad sabía que vendría porque esta mañana hablé con ella —dijo cabizbajo.

—¿La viste por la calle? —No pretendía ser dura con él, pero me sentía un poco molesta por su actitud.

—No, en realidad la llamé por teléfono. Le pedí que viniese a verte —se acercó hasta mí, cogiéndome las manos y mirándome a los ojos. En el mismo momento en que nuestras miradas se cruzaron, sentí una fuerte punzada en la boca del estómago. Solo unos instantes me bastaron para darme cuenta de su sufrimiento; de su dolor y de su arrepentimiento por haberle pedido, a mi mejor amiga, que viniese para aclarar sus dudas.

Cerró los ojos y bajó la cabeza hasta rozarme las manos con sus carnosos labios. Después de un breve instante volvió a levantarla y dirigió de nuevo su mirada hacia mis ojos. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Julia mi amor, necesito pedirte perdón. He desconfiado de tu palabra y le he pedido a Ana que viniese porque no estaba seguro de mi comportamiento. Posiblemente el cansancio se ha apoderado de mí y veo cosas malas donde no las hay. Me he puesto celoso sin saber muy bien porqué; he llegado a pensar que te veías con otro hombre, pero realmente de lo que tengo mucho miedo es de perderte —se puso de pie mientras me cogía por la cintura y me ayudaba para que me levantase. Colocó las manos sobre mi rostro y yo le pasé los brazos alrededor de la cintura. Comprobé, sin demasiado esfuerzo, que todo su cuerpo temblaba por la culpa que sentía, la respiración entrecortada parecía ahogar sus palabras.

—No tenía ningún derecho a comportarme de esta manera. Necesito que me perdones pero, sobre todo, que puedas entenderme. No puedes imaginar lo mal que lo he pasado. Tenía algunas dudas sobre tu comportamiento y al ver aquellos pendientes con tanta sutileza y tanta belleza, me cegué de tal manera, que mi corazón enfermó hasta el punto que he tenido que pedirle ayuda a Ana —sentí dolor al ver su frustración— Cariño, por favor, ya sé que no me he comportado como debía pero necesito saber que me perdonas —entonces me abrazó con fuerza y no dejaba de susurrarme en el oído—. Te quiero, mi amor, perdóname por favor —su cuerpo seguía temblando desde los pies a la cabeza. Me sentía culpable al percibir su inmenso dolor. No había pretendido causarle aquel sufrimiento y, sin embargo, era él quién se sentía mal y suplicaba mi perdón. Aquella situación hizo que me sintiera mal por los dos. Traté de tranquilizarle.

—Vamos Ramón, tranquilo, ya ha pasado todo. Yo también tengo gran parte de culpa, seguramente no me he comportado como debiera, pero ya lo hemos hablado y no hay ningún problema. ¡Mírame por favor! —Le pedí.

Noté que le costaba despegarse de mí; su cuerpo todavía temblaba, pero empezaba a sentir que se relajaba un poco. Percibí el calor de su mano sobre

mi nuca, con los dedos entrelazados entre mi cabello. Poco a poco nos fuimos separando hasta que nuestros ojos se cruzaron de nuevo, los tenía llenos de lágrimas.

Al-Azraq y sus raíces

Las aguas se habían calmado y todo había vuelto a su cauce; disfrutábamos de unas tranquilas vacaciones en casa. Pensamos pasar un día con Luís y María, ya que teníamos muchas ganas de estar todos juntos, pero decidimos dejarlo para el final de las vacaciones, alegando que Ramón estaba muy agotado y necesitaba unos días de descanso. Por fin pudo dormir y descansar y estaba mucho mejor, se notaba a simple vista. Su humor volvía a ser el de siempre y los días resultaban muy agradables. Una mañana mientras desayunábamos en el solárium, sonó el teléfono.

—¿Diga? —Ramón había contestado.

—Sí, sí, está aquí. Un momento por favor, ahora le paso con ella —había puesto la mano en el auricular para ahogar nuestras voces y me dijo que era la enfermera del ginecólogo.

—Sí, hola soy Julia.

—Hola ¿Qué tal estás? Te llamo porque el doctor se marcha de vacaciones la semana que viene y le gustaría verte antes de irse. ¿Podrías venir esta tarde para una revisión?

—Sí claro, no hay problema. ¿A qué hora? —Pregunté.

—¿Te viene bien a eso de las siete?

—Sí, a esa hora está bien. Allí estaremos. Hasta luego y gracias —colgué

—Tengo una revisión esta tarde. ¡Qué bien! Esta vez iremos juntos, será estupendo ver lo que ha crecido el bebé —le dije muy animada.

—¡Uau! Me hace mucha ilusión ver la ecografía, la otra vez no pude ir y me quedé con las ganas —le vi muy contento y animado.

Estaba convencida de que la visita al médico nos iría muy bien y sería maravilloso ver de nuevo como se iba desarrollando Farid. Pensé en el bebé; no se lo había dicho todavía. Tendría que encontrar el momento para comentarle mis descubrimientos a través de la red y, así, decirle el nombre que había elegido para él.

Llegamos a la consulta cinco minutos antes de la hora prevista. Me alegré de que no hubiese gente, tan solo la visita que estaba atendiendo en esos momentos. Estaba ansiosa por ver que todo estuviera perfectamente y me moría de ganas por verle su carita. A Ramón también le notaba bastante ansioso. Al cabo de unos diez minutos, la enfermera nos hizo pasar a los dos.

—Hola ¿Cómo va todo? —Nos preguntó el doctor.

—Pues por mí genial, me encuentro muy bien, aunque me noto las piernas un poco pesadas, sobre todo al final del día.

—Claro, es normal, el bebé está creciendo mucho y en verano es lógico que notes pesadez en las piernas, incluso puede que se hinchen. Pero eso no es problema, un rato tumbada con las piernas elevadas, después de comer y verás que, por la tarde, te encuentras mejor. Bien, vamos a ver cómo está este pequeño.

El doctor empezó con la ecografía y nos explicaba paso a paso lo que se veía en el monitor.

—Supongo que no hace falta que os diga lo que veo aquí, ¿verdad? —Una preciosa carita con los ojos cerrados se veía perfectamente a través del monitor.

—¡Oh! Mira Ramón qué guapo es; mira su carita y sus manitas... —Dije tendiéndole la mano.

—Vaya, es demasiado, si parece que está ahí mismo. Se ve perfectamente. —Su rostro rebosaba felicidad.

—Sí, es lo que tiene esto del progreso —aclaró el doctor— Se ve claramente ¿Veis? Tiene las manos, las piernas y los pies totalmente perfectos. Vamos a ver... Estás de 24 semanas; el feto mide ahora treinta y un centímetros y su peso es de setecientos gramos. A partir de ahora creo que deberías acudir a las clases que se imparten para el parto sin dolor; te irán muy bien a la hora de tenerlo, ya que el bebé no es pequeño y te ayudará mucho estar preparada para cuando llegue el momento; nunca se sabe cómo se presentará el parto y es mucho mejor estar saber lo que hay que hacer —¡Nos miraba de vez en cuando—. Además, estas clases te enseñan a controlar la respiración durante las contracciones y, tanto el bebé como tú, sufriréis menos cuánto mejor sea tu respiración durante el parto.

—Había pensado en ir. Ya he oído hablar de ellas, y a mis amigas les sirvió de gran ayuda. Tan pronto como acaben las vacaciones me apunto.

—Y bien, todo está perfectamente. Te veré el próximo mes, pero si empiezas a notar molestias en la espalda o en las piernas, tumbate y descansa; procura pasear, pero sin agobiarte e intenta no estar demasiado tiempo de pie. Controla tu peso para no excederte demasiado y bebe mucha agua —entonces se dirigió a Ramón—. Sigue cuidándola así de bien que está muy guapa.

—Ya procuro hacerlo, ya. —Ramón sonrió y me pasó la mano por la cintura al salir de la consulta.

La enfermera nos dio las ecografías del bebé en un sobre y salimos de allí muy orgullosos y especialmente contentos.

Eran cerca de las ocho y media cuando llegamos a casa; Ramón tuvo la excelente idea de pedir unas pizzas para cenar, con lo cual, yo estaba encantada. Mientras las encargaba, decidí que había llegado el momento para hablar con él. Tenía un poco de miedo por su reacción pero era algo que, tarde o temprano, tendría que llegar.

Pensando detenidamente, llegué a la conclusión de que sería mucho mejor hacerlo durante las vacaciones ya que estaríamos todo el día, juntos y, además, acabábamos de saber que todo estaba bien y teníamos las ecografías recientes de nuestro hijo, lo cual me daba pie para empezar la conversación. De modo, que si su reacción era negativa, podría tratar de convencerle y hacer que entrara en razón y, si por el contrario, su reacción era como yo esperaba de él, me llenaría de satisfacción y orgullo. Era evidente que tenía que pensar muy bien la forma de abordar el tema, no quería hacerle daño pero tenía que saberlo. Durante el lapso de tiempo en que esperábamos a que llegase el repartidor con las pizzas, nos cambiamos y nos pusimos cómodos.

Como la noche era calurosa decidimos cenar junto a la piscina. Allí teníamos una mesa de piedra rodeada de bancos en medio del césped; unas tumbonas de madera; un balancín..., y por la noche a la luz de los farolillos, el lugar era muy comfortable.

Ramón salió a recoger la cena y volvió con una sonrisa en el rostro. Me extrañó no ver a Al-Azraq en ningún momento desde nuestra vuelta del médico, tampoco sentía su presencia por ninguna parte. Decidí olvidarme de él durante esa noche, ya que necesitaba de toda mi concentración para llevar a cabo una noche perfecta.

La cena resultó muy agradable y mientras nos tomábamos un helado decidí abordar el tema.

—¡Qué bonita está la noche! ¿Te imaginas cuánta gente habrá podido estar aquí como nosotros ahora? Dios sabe cuántas generaciones habrán vivido en esta casa —suspiré para dar más énfasis a mis palabras.

—¡Uf!, vete tú a saber. Me parece que eso nunca lo sabremos.

—Pues... creo que yo sí lo sé. Sé quién construyó la casa —dije sin querer dar demasiada importancia.

—Pero... ¿Cómo lo puedes saber? No, yo creo que eso es imposible —hizo un gesto con las manos.

—Yo también creía lo mismo, pero el otro día estaba paseando por el jardín

mientras “hablaba con el bebé”, y al subir por la escalera me quedé mirando el escudo de la casa —dije observando cada detalle de sus gestos— Se me ocurrió copiar esa palabra que hay debajo de la media luna, y busqué una página en árabe que tuviese un traductor. La escaneé y al fin lo conseguí. El traductor me decía que significaba “el azul”. ¿Qué extraño verdad? Así que busqué páginas que contenían estas palabras. Y... ¿sabes qué ocurrió? —Dije dando a la frase un tono de intriga.

—¿Encontraste algo o alguien con ese mote? —Me pareció que estaba interesado y, por el momento, se mostraba bastante contento.

—Sí que lo encontré y todavía creo que no puedo creerme lo que descubrí — coloqué las manos en mis mejillas y abrí bien los ojos como si estuviese sorprendida.

—¡Vaya! Nunca se me habría ocurrido que lo encontraras en Internet. Y... ¿qué fue lo que encontraste? —Preguntó interesado.

—Verás, la persona a la que se conoce por “el azul”, hace referencia a sus ojos, y por eso se le conocía con ese sobrenombre. El personaje en cuestión se llamaba Mohammad Abu Abdallah Ben Hudzäil Al-Sähuir.

—Pero entonces si en Internet hay información sobre este personaje ¿debe de ser porque habrá sido importante en alguna época de su vida? —No dejaba de fijarme en su rostro para intuir su reacción; parecía que realmente estaba interesado.

—Sí, verás..., vivió entre los años 1208 y 1276, no hubiera sido conocido a no ser porque fue un gran rival para un gran rey —dije con orgullo.

—Pero... eso hace ochocientos años y si no recuerdo mal, fue por esa época cuando Jaime I conquistó Valencia, un 9 de octubre —dijo, obviamente, recordando la historia.

—¡Exacto! —exclamé—, ese fue el rey contra quién “el azul” luchó por defender estas tierras —no quería revelar su identidad, todavía.

—¡Espera, espera! —Exclamó él—, me estás diciendo que ese “azul” se está refiriendo a Al-Azraq? —Seguía estudiando su rostro casi al milímetro, confiando que la intriga le mantuviese sin aliento y emocionado.

—¡Justo! Eso es lo que Al-Azraq significa en árabe y era, por sus ojos, a lo que hacía referencia su nombre, puesto que todos le conocían por ese sobrenombre, y no por el suyo de pila.

—Y... ¿Quieres decir que el escudo de la casa pertenece a Al-Azraq? — Preguntó alucinado.

—¿Y a quién si no? Según parece, la firma del escudo es lo que nos revela.

—Pero puede que sea una coincidencia, no podemos estar seguros de unos signos árabes que, seguramente, tengan los años que tú dices. —Dijo nada convencido.

—Todavía he descubierto algo más —dije con voz suave.

—¿Más cosas? —le vi bastante interesado en el tema, cosa que me hacía sentir algo más cómoda y segura.

—Sí, verás. Escribió una carta a la reina Doña Violante, que era la hija de Jaime I, el Conquistador y de su esposa Doña Violante de Hungría. Y... hay una fotografía de dicha carta colgada en la red. —Guardé silencio un instante —. La imprimí para comparar su firma con la del escudo y me parece que es la misma. —Puse los ojos en blanco— Si quieres, mañana por la mañana las comparamos; siempre ven más cuatro ojos que dos.

Por unos momentos Ramón parecía estar ausente. Durante ese lapso de tiempo temí que fuera a ponerse nervioso y a decirme de nuevo que no me entendía y que decía cosas sin razón. Le di tiempo para que pusiera en orden sus pensamientos. Al cabo de unos instantes me pareció que quería hablar, pero de su garganta no salió sonido alguno.

—¿Qué piensas?! —Preocupada de su reacción decidí preguntar. Me miró a los ojos y me cogió las manos. Carraspeó antes de hablar.

—Si lo que me estás diciendo es verdad ya que, según tú, su escudo es el de la casa, eso quiere decir que, posiblemente, vivió aquí —me relajé un poco pero no podía bajar la guardia. Una cosa así debe de ser difícil de asimilar y, mucho más todavía, aceptar.

—Sí. Eso es lo que yo creo —tenía que decírselo ahora y notaba que las manos me temblaban visiblemente—. Pero además hay muchas coincidencias que me hacen pensar que Al-Azraq ha sido uno de mis antepasados —dije eligiendo muy bien las palabras.

—Pero eso es muy difícil de saber, no puedes estar segura de lo que dices —dijo negando con la cabeza.

—Yo creo que sí. Fíjate en mis ojos, a mí también me llaman la de los ojos azules, tú siempre has dicho que nunca has visto a nadie con este color. Mi madre también los tenía, y mi abuelo, y también mi bisabuela. Tú no los has conocido pero Ana sí, y sabes que siempre ha hecho mención a los ojos de la familia, siempre nos han conocido a todos, por “los de los ojos azules” —Pensaba cada palabra que decía; tenía que ser muy convincente—. Sé que ochocientos años son demasiados, pero siempre se ha dicho que la casa ha pertenecido a la familia y que ha ido pasando de generación en generación. En

las caballerizas, los nombres de los caballos son, en su mayoría, nombres árabes y todo alrededor gira en torno al desierto, o sea la raza árabe. —Su silencio me hizo proseguir—. Además de los vestigios moriscos que hay por toda la casa, incluido el cenador, y ¿qué me dices de la muralla que protege toda la finca? ¿Para qué crees que la construirían?; todo esto tiene que ser de aquella época —Ramón me miraba con incertidumbre pero su reacción estaba resultando bastante favorable, parecía creer y, lo mejor de todo, me dio la impresión de que estaba aceptando mi procedencia. Era difícil de creer, pero las pruebas así lo confirmaban—. Mañana si quieres te enseño la carta y la estudiamos con detenimiento.

—¿Por qué no me la enseñas ahora? —Sus palabras me cogieron por sorpresa. No me esperaba que quisiera ver aquel manuscrito ahora, pero decidí que si la quería ver, seguramente sería porque creía lo que le estaba contando, así que no puse ningún impedimento y fuimos directamente en su busca. Al llegar hasta el escudo, se quedó contemplando la rúbrica durante unos segundos. Junto al portátil, había dejado la carta impresa; la hoja de papel con la firma de Al-Azraq y mis intentos por imitarla, lo mejor posible. Cogí las dos hojas y se las entregué. Él las inspeccionó con detenimiento. También había impreso la carta y su traducción y la estaba leyendo. Las piernas me temblaban ligeramente por el nerviosismo que sentía; el corazón me latía con fuerza.

Cuando terminó de leer quiso comprobar las firmas y, después, me miró muy fijamente a los ojos. Sentía que la respiración me ahogaba. Nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos antes de que hablase; yo estudiaba cada milímetro de su rostro, en busca de alguna respuesta.

—Me parece algo increíble. Desde luego no conozco la escritura árabe pero los signos de la rúbrica de esta carta y los del escudo son totalmente idénticos — dijo atónito— ¿Y dices que esto significa Al-Azraq y que su traducción es el azul? —No salía de su asombro.

—Sí... bueno, por lo menos eso es lo que dice Internet. Al parecer a Al-Azraq lo conocían todos por el color de sus ojos, posiblemente fueran como los míos y de ahí su nombre, ya que por el suyo de pila, no lo conocía demasiada gente —dije sonriendo.

—¡No puedo creerlo! Tanto tiempo que has estado queriendo saber de tus raíces y quién iba a pensar que fueran éstas —no dejaba de estudiar el manuscrito y la firma.

—Yo también me quedé muy sorprendida, pero ahora que lo sé estoy más tranquila. Por fin puedo saber desde cuándo existe la casa y quién la

construyó.

—¡Ufl, voy a necesitar tiempo para asimilar todo esto —dio un bufido y luego añadió un tanto perplejo— Pero..., ¿has pensado en el revuelo que puede tener si haces pública tu procedencia? —Me miró a los ojos y colocó las manos sobre mis hombros.

—Sí, lo he pensado muy detenidamente —afirmé muy segura de mí misma— Pero creo que solo quiero que lo sepas tú. La gente no tiene porqué saberlo, ni tan siquiera he pensado decírselo a Luís y María y, menos aún, a nuestros amigos. Creo que lo mejor será que todo siga igual; si la gente llegara a saber que aquí vivió el intrépido y valiente Al-Azraq, esto se convertiría en una procesión de gente que querría ver la casa y, no quiero ni pensar lo que pasaría con nosotros —Entonces abracé a Ramón por la cintura pues con la barriga tan abultada, casi no podía llegar a rodearle por el cuello—. Cielo ¿No crees que será mejor así? —Le susurré en el oído.

—Sí. Tienes razón, es como tú dices, no quiero ni pensar qué pasaría si la gente lo llegase a saber, pero... lo que no acabo de comprender es...,—se apartó un poco para mirarme— ¿Cómo fue que Al-Azraq viviera aquí?, siempre he creído que sus dominios estaban en Alcalá de la Jovada; que nació y vivió allí en su fortaleza, además de en tantos otros castillos ubicados a lo largo de la vall d'Alcalá (valle de Alcalá) y la vall de Gallinera (valle de Gallinera) —dijo confuso.

—Bueno, se sabe que fue el último caudillo musulmán, y que sus dominios estaban, preferentemente, a lo largo de la Vall d'Alcalá. Pero él sabría que Alcoy estaba situado en un lugar estratégico, puesto que era el paso hacia Castilla, por el oeste; hacia el sur hasta Alicante; y, además, por el norte hasta Valencia. No tiene nada de raro que ubicase su residencia de “descanso”, por así decirlo, en un lugar como éste, la vista es excelente y el lugar seguramente estaba escondido y podía divisar todas las salidas y entradas desde aquí. Podría haber vivido con su familia, al tiempo que los mantenía a salvo de ataques y luchas. Fíjate que incluso he llegado a pensar, que sus restos pudieran estar aquí mismo enterrados.

— ¡¿Qué!?! —Exclamó.

—Bueno, tampoco tendría nada de extraño, si vivió aquí, una vez muerto su familia querría enterrarle y ¿qué mejor sitio que en su propia casa? Yo lo hubiese hecho contigo —le dije guiñándole el ojo.

—En realidad no parece una historia tan descabellada. Visto de esta manera podría ser. Pero... mejor no indagemos más. Acostémonos y así puede que

asimile toda esta historia.

Por el momento ya le había dicho bastantes cosas y, tenía que aceptarlas, así que opté por esperar para decirle que había decidido, el nombre de nuestro hijo. Ya estaba al corriente de mis raíces y parecía que se lo había tomado bastante bien. Seguramente mañana vería las cosas de diferente modo y pensé que querría hacer averiguaciones por sí mismo en la red, ya que no existían libros acerca de su vida; pues solamente se menciona de pasada en el libro de los hechos de Jaime I, el Conquistador, por ser uno de los rivales que supo estar a la altura de un rey. Su astucia; su valor; su coraje y el amor por su gente, hicieron que su nombre figurase en la historia y con letras bien grandes.

Los rayos del sol se filtraban de nuevo por la ventana. Un nuevo y caluroso día, en la segunda quincena de agosto, se presentaba ante nosotros. Había dormido muy bien y me desperté muy alegre. Al abrir los ojos me sorprendió ver a Ramón mirándome y sonriente. Hacía ya tiempo que no le veía tan contento como hoy. Estaba relajado y en los ojos tenía el brillo de siempre.

—Qué bonito es abrir los ojos y que mi primera visión del día seas tú. — Al oír mis palabras, su sonrisa se convirtió en una gran carcajada y acto seguido sus labios se unieron a los míos en un dulce y apasionado beso.

—Gracias mi amor —me miraba con ternura—. Aunque me cuesta todavía asumirlo creo que, al final, tendré que darle las gracias a Al-Azraq por hacer que tengas estos ojos tan maravillosos.

—Vaya, me dejas sin palabras. ¿Y eso? —Le pregunté muy sorprendida. —Bueno, verás..., anoche después de todo lo que me contaste, no podía conciliar el sueño y me levanté. Encendí tu portátil y estuve haciendo averiguaciones. Leí todo lo que pude encontrar acerca del personaje en cuestión y creo que tienes razón. No hay mucho escrito sobre él, pero tu historia es bastante creíble además de las pruebas que hay a nuestro alrededor y de las que me mostraste. No obstante necesitaré algo de tiempo para asimilar que eres descendiente de un caudillo —me besó en la frente.

Estaba muy asombrado pero supuse que, después de unos días, todo seguiría como siempre. Entonces me decidí a decirle que había pensado en el nombre de nuestro bebé.

—Cielo, ¿qué te parecería si al niño le pusiéramos un nombre musulmán? — Ya estaba. Ya lo había dicho ¿Cuál sería su reacción?

—¿Un nombre árabe? No sé, todavía no había pensado en nombres para él — cerró los ojos pensando en mis palabras.

—Sabes que hoy en día se ponen nombres más modernos, ya no son los de

siempre y me consta que los árabes son muy bonitos, sin ir más lejos en mi clase tengo algunos.

—Sí, en eso tienes razón pero... —titubeó—. Y, ¿en qué nombre habías pensado? —Me miraba esbozando una media sonrisa.

—Estuve viendo nombres musulmanes para niños y encontré dos que me gustan, sobre todo, por el significado. He pensado que tal vez..., Ata Farid estaría bien.

—¿Ata Farid? —Preguntó extrañado.

—Sí verás, Ata, significa regalo y Farid, quiere decir único. Realmente pienso que este hijo es un regalo después de tanto tiempo buscándolo y único porque ahora sabemos cuáles son, en cierta manera, una parte de sus raíces —sonreí.

—Ata Farid. No me gusta mucho, tal vez si lo oigo más veces... —Parecía que no le acababa de disgustar aunque sí le parecía bastante extraño.

—En mis clases —añadí— tengo niñas que los llevan y la verdad es que me parecen muy bonitos y no creo que los niños de hoy día se metan demasiado con los nombres, puesto que ahora llevan, en su mayoría, nombres muy raros y que nunca habíamos oído antes o por lo menos en nuestro país.

—Ata Farid..., Ata Farid... Uf, no sé. A lo mejor con el tiempo puedo ir acostumbrando el oído. Pero... —Hizo un gesto de duda.

—Podemos llamarle solo Farid, no queda mal, a mí me gusta —me apresuré a decir, y me sorprendí al ver en su rostro un gesto, más bien positivo. Ahora ya estaba segura de que acabaría por aceptar el nombre.

—Bueno, ya veremos, dame tiempo para acostumbrarme y hacerme a la idea de que además de ti, mi hijo también tendrá raíces de otra raza. Ahora que sabemos quién fue uno de sus antepasados, creo que el nombre no debería estar fuera de lugar. Pero dame tiempo, cielo

No pude evitar abrazarme a él y cubrirle de besos por todas partes, en su cara, en su cuello, en sus labios. Estaba muy contenta porque al final iba a conseguir que aceptase mi procedencia y además estaba casi segura de que también aceptaría el nombre. Hicimos el amor con pasión.

Las primeras horas del día habían sido, sin duda, las mejores de hacía algunos días. Estaba convencida de que mi marido volvía a ser el de siempre. Tuve la sensación de que sus celos estaban olvidados.

Mientras me duchaba, Ramón preparó un desayuno muy completo, que llevó hasta la piscina donde desayunamos. Después nos dimos un baño y estuvimos unas horas bajo el toldo hablando de muchas cosas. Decidimos ir a ver a Luís y María, para estar juntos con la que era, al fin y al cabo, mi familia. Les

llamamos y quedamos con ellos para ir al día siguiente.

El apartamento era grande, y estaba en primera línea. Aunque estábamos a finales de agosto, en aquella parte de la playa, no había demasiada gente. Habíamos traído a Gilda para que disfrutase de la fina y dorada arena y del agua. Tuvimos suerte ya que, ese día, el mar estaba tranquilo y sus aguas, limpias y cristalinas. Lo pasamos tan bien que al final nos convencieron y nos convencieron para quedarnos.

Al día siguiente nos levantamos temprano, y aprovechamos para dar un largo paseo por la playa; la perra se dio un par de remojones ya que, a esas horas, estaba casi desierta. Antes de llegar al aparcamiento nos dimos un baño.

Disfruté mucho viendo a la familia toda reunida. Nos reímos y lo pasamos genial. Me di cuenta de que Ramón estaba muy contento e incluso aceptaba el nombre de Farid.

—Julia, ¿habéis pensado en el nombre del bebé? —Lirios, la mujer de Luís, era una chica estupenda y muy agradable y desde que supo que estaba embarazada, se había alegrado mucho por nosotros.

—Sí, creo que sí. Aunque seguramente os vais a llevar una sorpresa con el nombre —les dije mientras le sonreía a Ramón.

—Venga Ramón dinos como vais a llamarlo —Angelina, la otra nuera de Luís y María, también era muy agradable y muy simpática. Los suegros estaban muy contentos con las mujeres que sus hijos habían elegido.

—Bueno en realidad es un nombre bastante raro y algo fuera de lo normal. Se llamará Farid, Ata Farid —dijo con orgullo.

—¿Ata Farid?, pero ése es un nombre árabe ¿no? —Luís le preguntó a Ramón, pero no parecía demasiado sorprendido con el nombre.

—Sí, es árabe y significa “Regalo único” —explicó.

—¿Y por qué un nombre árabe? —Luís, el de mi edad, formuló la pregunta con un gesto de sorpresa en su cara. Yo me mantuve en silencio y a la espera. Tenía que saber cuáles eran sus pensamientos y cómo iba a explicar esta decisión.

Me sorprendí mucho cuando Ramón se levantó y se colocó en cuclillas ante mí. Con mucha delicadeza puso las manos sobre mi barriga como si abrazara a Farid, y cuando empezó a hablar cogió mis manos y les dio un beso.

—El motivo de este nombre es muy sencillo. Julia ha estado investigando y ha descubierto que, posiblemente, sus raíces tengan que ver con gente de esta raza, de hecho, y como todos sabemos, los vestigios árabes que hay por toda la casa, así parecen demostrarlo —me miraba con ternura— En cuanto a Farid, Julia cree que después de tanto buscarlo, ahora viene como un regalo que es

único porque, de momento, no habrá otro como él. Así que dentro de dos meses poco más o menos; semana arriba, semana abajo, podremos conocer a Ata Farid. —Miró a todos con una amplia sonrisa.

—Me gusta que mi nuevo primo se llame Farid —Jorge, el hijo mayor de Luís y Lirios, parecía muy contento con el nombre y con su “primo”.

Cuando el niño, dijo estas palabras tan convencido de sí mismo, todos nos reímos, incluso hubo algunas carcajadas.

—Me gusta el nombre —Luís había estado callado durante gran parte de la conversación y ahora había dicho esto con total convencimiento—. Creo que habéis hecho muy buena elección —lucía una amplia sonrisa en su rostro.

Después de cenar salimos en dirección a casa. Habíamos pasado un par de días muy agradables y, lo más importante para mí, había sido que Farid era ya, para todos, el hijo que esperábamos Ramón y yo.

Durante esos dos días, tuve a Al-Azraq en mis pensamientos en muchos momentos. A parte de lo que significaba para mí, lo sentía como parte de mi familia donde estaba ya integrado. Aunque solamente Ramón y yo sabíamos quién era el verdadero personaje, gracias al cual se debía mi existencia, todos parecían haber aceptado, sin ningún problema, lo que se había dicho durante nuestra estancia con ellos.

Sobre la una de la madrugada llegábamos a casa. Solo nos quedaban dos días de vacaciones. Prácticamente un fin de semana. Ramón volvería al trabajo el lunes. Yo también tendría que ir al conservatorio para ver cómo iba el programa para el nuevo curso. Tenía tiempo suficiente para empezar las clases y seguirlas hasta el mes de octubre, si las cosas me iban bien. No sabía si tendría que preparar a alguna profesora suplente para que me cubriera las clases durante el tiempo que estaría de baja por maternidad.

Decidimos disfrutar del último fin de semana que nos quedaba. La mañana del sábado había amanecido nublada y se esperaban algunas tormentas que, a veces, solían ser bastante fuertes. Pasamos la mayor parte de los dos días dentro de casa, ya que estuvo lloviendo gran parte del tiempo. En algunas ocasiones sentía la presencia de Al-Azraq cerca de mí. Tenía muchas ganas de estar con él y contarle todo lo que había sucedido y, por supuesto, decirle que Farid era ya considerado como el nuevo miembro de la familia; su familia.

Ata Farid

Durante las siguientes semanas nos fuimos poniendo al día con nuestros trabajos. Volvimos a reencontrarnos con los compañeros. Las vacaciones habían quedado totalmente olvidadas. A mediados de septiembre ya teníamos los horarios y la lista de los alumnos para el nuevo curso. Si todo iba bien, quería estar al pie del cañón hasta el final de mi embarazo. La dirección del conservatorio había decidido que Ana llevaría mis clases, y en su lugar habían destinado a una joven profesora del mismo centro para que diese el resto, durante mi ausencia. Tenía todo el mes de octubre por delante y parte del mes de noviembre. En las dos semanas que quedaban de septiembre, Ana y yo aprovechamos para ir preparando a la nueva profesora para que siguiese el programa previsto. Yo me encontraba muy bien y estaba muy animada, aunque, por la noche, acusaba un poco el cansancio a pesar de que siempre que podía, me sentaba un rato para descansar con las piernas en alto.

Había empezado las clases para el parto sin dolor. Me gustaban mucho porque nos enseñaban todo lo que teníamos que hacer para cuidar del bebé, una vez nacido pero lo más importante era que nos enseñaban a respirar para controlar las contracciones una vez empezase el parto.

El día uno de octubre, aproveché para ir al médico y confirmar que todo iba bien y que no había ningún problema para que pudiese continuar con las clases. Como Ramón no podía acompañarme, Ana se prestó voluntaria.

—¡No sabes qué ganas tengo de ver a Farid! seguro que debe de estar muy incómodo ya, ahí dentro.

—Pues yo también creo que no cabe y... ¡Oh! parece que tiene hipo, a veces oigo como unos golpecitos —le dije con las manos sobre el regazo.

—Sí, eso es normal a veces tienen hipo y te hacen sufrir un poco ¿verdad? Pero se les pasa pronto —ladeó la cabeza.

En la ecografía pudimos apreciar que estaba perfectamente y que, a pesar de todo, estaba dentro de las medidas normales para que pudiese nacer sin ningún problema. El médico nos dijo que medía cuarenta y siete centímetros y que pesaba dos Kilos y setecientos gramos. La fecha prevista para el parto, sería entre el día 15 y el día 18 de noviembre. Así que todo estaba perfecto y yo podía continuar impartiendo las clases seguramente hasta el último día. A la mañana siguiente, nada más salir Ramón de casa, me dirigí hasta el escondrijo

en busca de mi fantasma. Quería hablar con él para enseñarle cómo iba Farid. Desde que mi marido tuvo aquel episodio de celos, había permanecido oculto. A veces notaba su presencia pero en ningún momento se hacía visible, y tampoco notaba ningún roce, ni ninguna sensación que me indicase su presencia. Tenía muchas ganas de abrazarlo y de que pudiese acariciar mi barrigona, para que viera lo deprisa que estaba creciendo. Al llegar delante del panel, lo llamé, esperaba impaciente oír la voz que tanto echaba de menos.

—Al-Azraq, ¿estás ahí? —Mi voz temblaba por la emoción de estar con él. Entonces oí como el panel cedía. Bajo la suave luz lo pude ver mirándome a los ojos. No me contuve y di un paso hacia él, echándome en sus brazos. Él, también me abrazó sintiendo como Farid, le daba una patada en su estómago.

—¡Ay, vaya recibimiento el de Farid! —Exclamó— Está muy fuerte. —Entonces puso las manos sobre mi rostro y se miró a los ojos.

—¡Por Alá!, no sabes cuánto te he echado de menos. —Cerré los ojos y sentí sus carnosos labios sobre los míos. El corazón se me disparó al tiempo que mi cuerpo temblaba ligeramente.

—Yo también te he echado mucho de menos. No te he visto, ni te he sentido por la casa durante todos estos días. Pensaba que pudiera haberte ocurrido algo y estaba preocupada —añadí— Aunque no creo que a un fantasma, le pueda ocurrir algo malo.

—No quise meterme en vuestras vidas ya que las cosas entre vosotros no estaban tranquilas —susurró.

—Sí, es lo que pensaba. Pero ahora ya todo está aclarado. Ramón ya sabe que tú eres mi ancestro y, además, ha aceptado que el bebé se llame Ata Farid.

—Lo sé, estoy al corriente de todo. Estaba con vosotros mientras tú le enseñabas todo lo que habías encontrado. En realidad, estoy a tu lado siempre —esbozó una bonita sonrisa.

—¿Y por qué no noto tu presencia? —Pensé si se debería a que su tiempo junto a mí, estaba llegando a su fin.

—No quería que la notaras. Tenías problemas con tu esposo y yo no debía estar de por medio. Así, que decidí estar totalmente al margen, aunque no podía evitar estar cerca de ti, entre otras cosas, por si necesitabas mi ayuda. Decidí que mientras él estuviera en casa yo debía de estar “ausente”.

—Gracias, es muy generoso por tu parte, pero me ha resultado muy difícil no saber de ti durante todo este tiempo.

—También lo sé —colocó las manos sobre mi abultado regazo y me dio un suave beso en los labios. —Está creciendo mucho. Ya casi no tiene espacio

para moverse.

—Sí. A veces me parece que noto su puño o su piececito. Es maravillosa la sensación de sentir al bebé. El médico nos ha dicho que ya mide cuarenta y siete centímetros y que pesa dos kilos y setecientos gramos. ¿No es estupendo?

—le dije muy orgullosa.

—No acabo de entender cómo los médicos pueden saber lo que pesa y lo que mide. Resulta muy fácil saber cómo va creciendo un bebé, en estos tiempos.

Entonces saqué las ecografías del sobre y se las mostré llena de orgullo.

—Mira qué guapo es. ¿A quién crees que se parece? —Le entregué las ecografías y se quedó de una pieza cuando lo vio totalmente formado.

—Es..., no sé cómo decirlo. Es..., increíble verlo estando en tu seno todavía. Sin duda creo que se parece a ti en todo. Estoy seguro de ello. *Alhamdulillah*.

—Bueno, tú y yo nos parecemos mucho, así que está claro que Farid debe de ser muy parecido a ambos —los dos nos sonreímos mientras nos dimos un fuerte abrazo.

Durante el mes de octubre, todo fue transcurriendo sin ningún problema. Me dediqué a comprar la ropita para Farid, su bañera, y el carro con el moisés para los primeros meses, ya que serían los más fríos del año. Ya tenía su habitación preparada. Pero dispuse su cunita, junto a mi cama, en la habitación y preparé todo lo necesario para él en uno de mis cajones. En su cuarto coloqué la bañera para bañarle cada día y sus mudas, sus ropitas, pañales y demás cosas necesarias.

En casa se respiraba un aire diferente durante el tiempo que quedaba para su llegada. Ramón estaba conmigo todo el tiempo que le era posible, aunque su trabajo le ocupaba más horas de las que nosotros queríamos. Mientras él no estaba, Al-Azraq se ocupaba de mí todo el tiempo. Me sentía muy alagada por ambos, recibía mucho cariño por parte de los dos y, eso, me hacía sentir una mujer totalmente feliz.

El mes de octubre llegaba a su fin y mi enorme barriga me ocasionaba algún que otro problema a la hora de tender la ropa o de hacer algún ejercicio. Me encontraba muy pesada y las piernas, al final del día, se me hinchaban bastante. No quería dejar de dar las clases pero, a veces, me resultaba algo difícil y molesto. Ramón me pedía constantemente, que las dejase en el último mes, para quedarme en casa y, así, estar más descansada. Después de pensarlo mucho, decidí que el mes de noviembre no iría al conservatorio, ya que estaba previsto que Farid naciese a mediados del mismo. Además, anunciaron en las noticias que venía una ola de frío procedente de la Siberia y que,

probablemente, nevaría. Esto fue lo que me decidió finalmente a quedarme en casa durante el resto del embarazo.

Estábamos a viernes, justo la víspera del día de Todos los Santos. En la cocina mientras yo ayudaba a Ramón a preparar la cena, me abrazó y me dio un beso.

—Cariño, tengo un gran dilema —Ramón me miró mientras pude ver en su cara una expresión de preocupación. —Tengo que salir de viaje y no puedo aplazarlo de ningún modo —dijo consternado.

—No me parece que eso vaya a ser un gran problema —le dije tratando de darle poca importancia al hecho de que, nuevamente, me tenía que quedar sola.

—¡Claro que lo es! ¿Tú te has visto? —Exclamó.

—Sí, y estoy horrible. ¡Gorda, muy gorda!

—Pues ese es el inconveniente ¿No lo ves? ¿Cómo voy a dejarte sola cuando ya casi no falta nada para que nazca Farid? —dijo con preocupación.

—Pero cielo, están Luís y María, además ¿con quién vas a irte? —Quise saber.

—Con Jorge. ¿Por qué lo preguntas?

—Pues muy fácil. Mira, si te vas con Jorge, puedo pedirle a Ana que se venga aquí a dormir, ya lo hemos comentado nosotras y, si hace falta, ella puede venirse. Sus padres están encantados de quedarse con los nietos durante unos días y, así, ya no estaré sola por la noche —expuse—. Durante el día están Luís y María, por lo tanto tampoco me quedo sin compañía. ¡Problema resuelto! — Para mí era fácil, además estaba Al-Azraq siempre conmigo y sabía que estando él no tendría ninguna contrariedad.

—Bueno, la verdad es que me parece que, en realidad, el que no quiere irse soy yo y debe de ser que, por eso, lo veo todo tan difícil y complicado. ¡No sabes lo que daría por estar contigo todo el día! —Su rostro manifestaba la preocupación que sentía a causa del nacimiento de Farid.

—Venga cielo, además, Farid no nacerá hasta mediados de mes. Aún faltan quince días y no creo que venga antes de tiempo. Mi barriga está todavía muy alta —dije abrazándola con ambas manos—. No te preocupes cariño, verás cómo aún te queda tiempo suficiente para estar conmigo antes de que nazca el bebé.

—Bueno, creo que tienes razón, me preocupo demasiado. Pero de todas maneras quiero que hables con Ana y que venga a casa para estar contigo. — Dijo resignado.

—Tranquilo, ella está encantada de venir aquí. —Dije acercándome hacia él.

—Bueno está bien, ya veo que no me queda más remedio que marcharme. Entonces saldremos el domingo por la tarde y, con un poco de suerte, podré estar de vuelta el miércoles. Esperemos que no tenga que quedarme más tiempo, estaré nervioso por regresar lo antes posible —dijo negando con la cabeza.

—Ya verás cómo todo saldrá bien y estarás en casa a tiempo para recibir la llegada de Farid —le di un suave beso en la mejilla.

—Pues sí. Eso espero porque estoy deseando ver nacer a mi hijo.

Tal y como habíamos decidido, Ramón y Jorge salieron de viaje el domingo por la tarde. Esa misma noche Ana vino a casa para estar conmigo.

Desde el día que estuvimos hablando, a causa de los celos de Ramón, no había vuelto ni habíamos tenido ocasión de hablar sobre mi particular “invitado”. Ella estaba muy ilusionada por si podría de conocerlo en persona, además de oír su atractiva voz.

Pasamos una noche muy agradable. Preparamos la cena o mejor dicho, ella la preparó para las dos, mientras yo la ayudaba con la mesa y poco más, ya que no me dejaba hacer prácticamente nada. Después de cenar estuvimos charlando un rato y luego, cansadas, nos fuimos a dormir.

Se cumplieron los pronósticos del tiempo y, tal como lo habían previsto, el día siguiente amaneció muy frío. Estaba nublado pero no llovía. El termómetro del exterior marcaba tan solo cero grados a las nueve de la mañana. Las dos desayunamos juntas y después ella se marchó al conservatorio; habíamos quedado en llamarnos a las tres para que pudiese comprobar que todo iba perfectamente. Me dediqué a barrer un poco el ático cuando oí que Luís me llamaba a gritos.

—¿Qué pasa, qué ocurre? —Salí con la prisa que mi estado me permitía pues su voz parecía muy preocupada.

—Julia, menos mal que te encuentro. María se ha caído de la escalera mientras bajaba unas cosas de lo alto del armario y me parece que se ha roto el brazo.

—¡Ay, no me digas! —Exclamé alarmada.

—Tengo que llevarla al hospital, pero no quiero dejarte sola. ¿Qué puedo hacer? —Luís estaba muy nervioso y le vi asustado.

—No te preocupes, llévala al hospital, yo me quedo aquí, estoy bien y no creo que vaya a pasar nada si me quedo sola durante un rato. Además Ana vendrá sobre las diez, así que no lo pienses. ¡Mira, llévate el móvil y así estaremos en contacto para lo que ocurra!

—¿En serio?, pero es que dejarte sola no me parece lo correcto y Ramón... —

Dejó la frase en el aire.

—Venga, que no me va a pasar nada. Llevo el móvil en el bolsillo por si ocurre algo inesperado, además todavía me faltan dos semanas, así que no te preocupes más y llévala al hospital cuánto antes, debe de dolerle mucho. Te acompaño que quiero verla. —Dije mientras caminábamos hacia el coche donde María esperaba impaciente.

El vehículo estaba muy cerca de la casa y pude llegar con bastante rapidez a pesar de mi torpeza al caminar.

—¡Oh! María cuánto lo siento. Pero verás cómo todo va a ir bien. —Intenté animarla— No te preocupes por mí, estaré bien, ya os llamo por teléfono. ¡Ah! Y no le digáis nada a Ramón, no quiero que se preocupe más de la cuenta, ya está bastante nervioso porque no puede estar aquí. Todo irá bien. —Le di un beso y se marcharon.

Volviendo hacia casa empezó a nevar débilmente. Noté que un fuerte brazo me sujetaba por la cintura.

—No puedo permitir que te caigas ahora —bisbiseó en mi oído.

—¡Qué alegría de verte! —Me reconfortaba mucho saber que estaba cerca de mí.

Casi al mediodía, mi particular invitado no dejaba de insistir en prepararme algo para comer. No quería parecer una inválida o una enferma, cosa que me resultaba muy molesta, pero él estaba totalmente decidido a cuidarme, como según él decía, se merecía una princesa.

Sobre las dos de la tarde, recibí la llamada de Ana. Estaba un poco alterada porque el tiempo se iba complicando a causa de la nieve que caía ahora con bastante intensidad.

—Julia, ¿Cómo va todo? —Preguntó.

—Tranquila Ana, todo va bien. No te preocupes, además estoy muy bien acompañada. —Le insinué.

—¿Está al-Sáhuir contigo? —Quiso saber.

—Sí, así es. No creo que vaya a ocurrirme nada, en serio no te preocupes.

—Sí ya, pero ¿has visto cómo nieva?, si cierran las carreteras no podré llegar hasta tu casa esta noche —notaba su preocupación a través del auricular.

—No creo que las cierren, durante el día el tráfico no para de rodar y es difícil que cuaje en la carretera, además, las máquinas quitanieves pronto empezarán su trabajo, si no lo han hecho ya. Deja de preocuparte por favor, estoy perfectamente —todo el mundo parecía volcado en mí y, a veces, eso me producía un ligero malestar, ya que me hacían sentir como si estuviese

incapacitada o algo así.

—Está bien, siento preocuparme más de la cuenta. Pero si ocurre alguna cosa imprevista no dudes en llamarme enseguida, a la hora que sea, por favor — dijo casi como una orden.

—De acuerdo, serénate que todo está bien. Un beso.

—Entonces hasta la noche. Un beso.

No había hecho más que colgar el teléfono cuando, de nuevo volvió, a sonar. Esta vez era Ramón.

—Hola mi amor. ¿Cómo estás? —Confíaba que no se hubiera enterado de que me encontraba totalmente sola.

—Hola cielo. Aquí sigo con mi barrigona. Todo va bien.

—¡Hace mucho frío! ¿Cómo está el tiempo por ahí?

—Pues..., hace muchísimo frío pero yo estoy bien al lado de la chimenea, así que no hay de qué preocuparse. Y a ti ¿Cómo te van las cosas? —Quise saber cómo tenían el trabajo.

—Seguramente para el miércoles hayamos terminado. Ahora nos vamos a comer algo y luego seguimos.

—Estupendo, cuídate mucho y no cojas demasiado frío. Un beso cielo.

—Sí, te llamaré por la noche. Un beso y cuídate mucho.

— Está bien, un beso —Oí como colgaba el teléfono.

Mientras hablaba con él me había acercado hasta el solárium, cuando oí que Al-Azraq me traía la comida.

—¡Oh, gracias! tiene muy buena pinta, debe de estar deliciosa —al ver la bandeja que llevaba me entró hambre.

La nieve no dejaba de caer y ya había un grosor de tres o cuatro centímetros. Estaba preocupada por María pero decidí no llamar a Luís, puesto que sabía que, tan pronto como supiera algo, él me llamaría.

Estaba de pie junto al gran ventanal, mirando como la nieve iba cubriendo todo el paisaje de blanco, haciendo que pareciese un cuadro perfecto.

De pronto sentí que algo mojaba mis piernas. Me asusté y no pude evitar llamarle. Al-Azraq llegó hasta mí antes de que pudiese terminar de gritar su nombre.

—Dios mío, Al-Azraq. ¿Qué ocurre? ¡Me parece que he roto aguas! — Exclamé alarmada.

—Sí, eso es lo que parece. Pero tranquila Julia, no pasa nada. Estoy aquí contigo —dijo en tono suave.

—Pero..., tú no puedes conducir y no creo que yo deba hacerlo en estas

condiciones y, menos todavía, con este tiempo. Tendré que llamar a una ambulancia para que venga a recogerme —estaba asustada y no sabía bien qué era lo que tenía que hacer.

—No creo que sea muy buena idea, la carretera está cerrada, acabo de comprobarlo —puso los ojos en blanco.

—¡Oh Dios mío! ¿Y qué vamos a hacer ahora? —Estaba muy asustada. La idea de que no pudiese llegar el médico, ni que yo pudiera ir al hospital, me puso muy nerviosa.

—Confía en mí. No dejaré que nada malo te ocurra. Has ido a prepararte para cuando llegase este momento, y me consta que lo estás. Yo te ayudaré. No tienes de qué preocuparte —dijo con voz tranquila.

—Pero..., es mi primer parto y no sé si sabré hacerlo bien.

—Pues claro que sabrás, además yo estoy a tu lado. Entre los dos haremos muy bien el trabajo, ya lo verás. A ver, espera un momento.

Me senté en la silla mientras él empezó a organizarlo todo. Me había puesto de parto. Estaba prácticamente sola y no había posibilidad de que pudiera venir la ambulancia, ni tan siquiera el médico. Un mar de dudas me asaltó. Si llamaba a Ramón se pondría muy nervioso y tampoco podría llegar con el tiempo suficiente. Me supo muy mal con la ilusión que le hacía estar presente en el parto. Ana. ¡Tenía que llamar a Ana! Pero la carretera estaba cerrada. Si la llamaba tampoco podría hacer mucho por ayudarme y lo único que conseguiría sería preocuparla más de la cuenta. Luís y María... todavía no sabía nada de ellos; seguramente tendrían que operarla, por lo tanto era inútil llamarlos y además hasta podrían pasar la noche en el hospital o en casa de alguno de sus hijos.

Al-Azraq había dispuesto el solárium para que pudiese dar a luz a Farid. En un momento colocó la cama como lo hizo la otra vez, en verano. Me cogió de la mano y me llevó hasta ella.

—Acuéstate y relájate. Pronto empezarán las contracciones y debes estar muy tranquila. Debes respirar bien para que Farid sufra lo menos posible. Todo irá bien, yo te ayudaré —me tranquilicé un poco.

—Debería llamar a Ana para que, por lo menos, sepa que me he puesto de parto.

—Espera un poco. Ella no puede hacer nada desde allí, y no puede venir ni mandarte al médico —me aconsejó— Farid todavía tardará en nacer. Si todo va bien, la llamaremos cuando haya terminado y, para entonces, puede que la carretera esté abierta y te puedan llevar al hospital.

En ese mismo momento, noté que tenía un fuerte dolor en el vientre. Sin darme cuenta de ello, empecé a respirar entrecortadamente de la misma manera que había practicado durante las clases para el parto. Era mi primera contracción. Ya estaba aquí, Farid luchaba por nacer.

Al-Azraq, controlaba las contracciones y me daba ánimos, además me ayudaba a respirar. El dolor era, cada vez, más intenso y parecía que cada contracción era más fuerte que la anterior. Sabía que el parto sería doloroso, pero nunca imaginé que lo iba a ser tanto. Había perdido la noción del tiempo. Las contracciones se sucedían, cada vez, con más intensidad y más seguidas.

—Respira, respira. Así, muy bien. Eso es, lo estás haciendo muy bien —en ese momento se levantó— Espera creo que puedo ayudarte, me pondré detrás de ti y solo tendrás que respirar, yo te aliviaré el dolor.

—¿Puedes hacer eso? —Dije entrecortadamente.

—Vamos a probarlo. Avísame cuando tengas una.

—¡Ay! Aquí viene otra... —Dije empezando a respirar con rapidez.

—Respira, respira, bien, muy bien, sigue así —me animaba mientras masajeaba mis sienes.

Me parecía imposible que pudiera absorber todo el dolor de la contracción, solamente con un leve masaje. De este modo pude relajarme y solo tenía que concentrarme en la respiración.

—¿Es que esto no se acaba nunca? —Pregunté. Me sentía muy agotada, ya casi no me quedaban fuerzas para seguir respirando. Sentía un ligero dolor en el pecho y en mis costillas; a causa de tanto respirar entrecortadamente. —Traer una vida al mundo, no es tarea fácil, y lo estás haciendo muy bien. Sigue así princesa. —El tono de su voz me daba fuerza para seguir. Entre contracción y contracción, Al-Azraq me secaba la frente con un paño húmedo. Al respirar tan rápidamente, se me secaba mucho la boca y me la refrescaba a cada momento, pasándome un pañuelo mojado sobre los labios; resultaba muy gratificante. De cuando en cuando, me palpaba la barriga para ver si Farid estaba bien colocado y comprobar que todo marchaba bien. —¿Qué hora es?

—Pregunté sintiendo que me encontraba al borde del agotamiento.

—Alrededor de las siete.

—Si llama Ramón no voy a poder contestar el teléfono y tú no puedes hacerlo. ¡Oh aquí viene otra!... —dejé la frase sin terminar nuevamente.

—Muy bien, muy bien. Sigue, sigue. Ya pasa. Cada vez queda menos para que nazca tu hijo.

—Al-Azraq, me están entrando unas ganas locas de empujar con todas las

fuerzas que me quedan. ¡Qué hago! —exclamé.

—En la próxima contracción empuja fuerte. Ya estás totalmente dilatada. Ahora ya puedes empujar —aquellas palabras me reconfortaron.

Por un momento me paré a pensar, Farid estaba a punto de nacer. Su padre sería el primero en verlo. El primero en cogerlo en brazos. Tenía que salir todo bien. No podía fallar nada ahora, después de tanto esperar. Tan pronto como Ana llamara la pondría al corriente y ella buscaría ayuda.

—Ya viene otra contracción —empecé a respirar de nuevo pero el cuerpo me pedía que empujara con fuerza. Se lo indiqué a mi, improvisado doctor, y empecé a hacerlo con ímpetu, de la misma manera que me habían enseñado. Después de unos segundos interminables, la contracción había cesado. El sudor me caía por la frente, tenía el cuerpo empapado, las sábanas estaban también mojadas. Al-Azraq me secaba el sudor y me refrescaba los labios constantemente.

—¡Ahí viene otra! —Otra vez tomé todo el aire que cabía en mis pulmones y empujé con las pocas fuerzas que me quedaban, notaba como mi cara enrojecía debido al gran esfuerzo. Casi no sentía el dolor, tan solo me concentraba en empujar para que, Farid, naciese lo más pronto posible; me sentía al borde del agotamiento.

—¡Sigue! ¡sigue con más fuerza! Ya empiezo a verle su cabecita. De nuevo la contracción había cesado. Notaba como el cansancio se iba apoderando de mi cuerpo. Me sentía exhausta; las fuerzas me abandonaban. —Julia, ya falta muy poco, ¡tienes que hacerlo! —Me animó.

Se colocó detrás de mí y, nuevamente, fijó las manos sobre mis sienes. Entonces noté un gran alivio en mi cuerpo. Sentí como si me diera parte de su fuerza para que pudiese continuar. Una sensación de frescura me recorrió de arriba a abajo. De nuevo, otra contracción hacía acto de presencia. Me puse tensa y él corrió hasta ponerse delante, para controlar la cabecita del bebé. Yo no tenía idea de cómo iban las cosas pero, él me seguía animando y me decía que ya casi estaba y que todo iba según lo previsto.

—¡Empuja! ¡Sigue! ¡Con más fuerza! ¡Venga Julia, tú puedes hacerlo! —Me alentaba continuamente.

No podía hablar, solo empujar. Ahora me parecía hacerlo con más fuerza que antes. De pronto, cuando ya casi no me quedaban fuerzas, noté como algo salía provocándome una sensación maravillosa.

—¡Aquí estás!... Ven conmigo —entonces noté que algo se deslizaba con mucha suavidad y fue entonces cuando pude ver que Al-Azraq levantaba el

bebé, para que yo lo pudiese ver.

—¡Mira Julia, qué hermoso es! —Me colocó a Farid sobre el regazo que, ahora, estaba totalmente deshinchado; vacío. Me quedé con la boca abierta contemplando a mi hijo. Le cogí su manita y le miraba su preciosa carita. De pronto el bebé empezó a llorar. Al-Azraq lo cogió y lo lavó con sumo cuidado, luego lo envolvió con una sábana y con una mantita, que había preparado con antelación. Entonces me lo entregó.

—Toma Julia, aquí tienes a Farid. Mi legado. —Dijo mientras me lo colocaba en mis brazos y me miraba con una bella sonrisa.

—Pero... ¿Y el cordón? —Pregunté intranquila.

—Todo está bien. Disfruta de tu bebé. Te lo has merecido. Lo has hecho muy bien —dijo feliz.

En ese mismo momento sonó el teléfono móvil. Al-Azraq lo cogió y me comunicó que era Ana. Me lo pasó para que yo pudiese hablar con ella.

—Hola Ana —contesté con voz gozosa, pero no pude evitar que sonara muy cansada.

—¿Julia? ¿Estás bien? ¿Qué ocurre? —Preguntó angustiada al oír mi débil voz.

—¡Oh Ana! No te lo vas a creer. Acabo de dar a luz. —Dije muy orgullosa.

—¿Qué?! ¿Cómo?! ¿Tú sola?!... —Exclamó y dejó la frase en el aire. — Bueno si no llega a ser por al-Sāhūr, no sé qué hubiera sucedido. ¡Oh!, Ana es precioso —dije entusiasmada

—Pe..., pe..., pero..., —no le salían las palabras.

—Avisa a la ambulancia o al médico para que venga a recogernos. Todo está bien, pero debería venir un médico. ¿Tú crees que podrá llegar? —Pregunté con incertidumbre.

—¡Oh!, ¡Dios mío!, pero ¿cómo ha sucedido tan deprisa? —Preguntó acongojada— Sí, ahora mismo voy a buscar ayuda. No te preocupes, voy de inmediato a llamar a la ambulancia para saber si puede llegar cuanto antes. Cuelgo. Hasta ahora mismo.

Por fin tenía a mi bebé, no me lo acababa de creer. Todo había salido perfecto. Tan pronto como llegase Ana, le pediría que llamara a Ramón para que le diera la noticia y después tenía que llamar a Luís para saber cómo estaba María y contarles lo ocurrido.

—Al-Azraq, acércate a mi lado, por favor —sin apartar la vista de mí, se colocó junto a nosotros—. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Te prometo que lo criaré con todo mi cariño y con todo mi amor. Lo educaré para

que crezca fuerte y sea un hombre valiente como su padre y cuando llegue el momento, le hablaré de ti y le enseñaré todo lo que tú me has enseñado. Te prometo que podrás estar muy orgulloso de tu nuevo hijo. Gracias por habérmelo dado. Te quiero mucho. Gracias —sentí que la garganta se me oprimía por la emoción de todo lo sucedido.

—Tú te lo mereces —cogió mi mano y le dio un beso— Espero que disfrutes de él tanto como yo lo hubiera disfrutado en otras circunstancias. Enséñale bien — una gran sonrisa iluminó su rostro.

—Sí, así lo haré —afirmé— Toma, coge a tu hijo. Necesita que le des muchas fuerzas para que crezca fuerte y sano... ,como tú.

Vi cómo lo cogía con mucha delicadeza. Manteniendo una mano debajo de su cabecita y la otra colocada en sus pequeñas nalgas, lo miró y muy dulcemente le habló. Farid pareció que le estaba escuchando porque paró de llorar y se quedó muy tranquilo.

—Ata Farid Ben Al-Azraq, eres mi hijo póstumo y, por ello, eres el último de mi estirpe y el rey de esta casa. Yo también fui el último caudillo musulmán que conquistó estas tierras y las defendí hasta la muerte. Debes crecer fuerte, noble y valiente y seguir nuestro linaje. Cuidarás de tu madre, por mí. A cambio, ella te enseñará tus verdaderas raíces y te dará todo el amor que yo no podré darte. Deberás obedecerla y quererla por los dos. No me decepciones.

Le dio un beso en la frente y me lo entregó de nuevo.

—Dale el pecho, necesita comer. Ha sufrido para nacer y ahora necesita recuperar fuerzas —dijo entregándome a Farid.

Hice lo que él me decía y lo acerqué hasta el pecho; me pareció que Farid tenía hambre. Al hacerlo se cogió rápidamente al pezón y comenzó a succionar con todas sus fuerzas. Fue entonces cuando no pude contener mi emoción y noté que las lágrimas me corrían por las mejillas. Al-Azraq se dio cuenta enseguida y me abrazó.

—Ya ha pasado todo. Estás muy cansada y las lágrimas te pueden por la emoción y el agotamiento que sientes —acarició mi mejilla con el dedo índice—. Disfruta de este momento. Ahora ya eres madre.

De nuevo sonó el teléfono. Ana volvía a llamar.

—Dime Ana —contesté entre sollozos.

—¿Todo va bien? — La voz de Ana sonó aterrorizada.

—Sí, sí. Está todo bien, no te alarmes —quise tranquilizarla.

—He conseguido que vaya una ambulancia a por vosotros. Les he dicho que lo has tenido tú sola y que, de momento, estáis bien los dos. Una quitanieves está

despejando la carretera ahora mismo, y me han asegurado que, en diez minutos, estamos ahí.

—Gracias, ya veo que te has dado mucha prisa. Gracias —dije con agradecimiento.

—Cuando les he dicho que lo has tenido tú sola, todo ha ido muy rápido. Tengo que dejarte para guiarles hasta tu casa. Nos vemos en unos minutos — y colgó.

—Ya vienen a por nosotros. Tendrás que quedarte solo esta noche. Me gustaría quedarme aquí contigo —después de todo lo pasado, lo que más me apetecía era estar con él y con Farid, pero debía ir al hospital.

—A mí también, pero debes irte. Ya estaremos juntos los tres. Ahora tengo que dejarte, aunque no del todo. Estaré por aquí..., Ya vienen.

Me dio un apasionado beso y luego le dio otro a Farid en su pequeña frente y desapareció.

Luis

No pasó demasiado tiempo, cuando oí la voz de Ana que me llamaba a gritos. Al momento la vi entrar.

—¡Julia!, ¡Oh Dios mío! Estás bien. Estáis muy bien —una amplia sonrisa se dibujó en su rostro al vernos, a los dos, en buen estado.

—Ya te lo dije. Todo ha ido perfectamente. Ha sido tan inesperado...

Justo por detrás de ella venían los enfermeros de la ambulancia. Se acercaron hacia mí y me pidieron que les diera a Farid. Rápidamente me tomaron las pulsaciones y la temperatura, a Farid le miraron el cordón y comprobaron que estaba bien. Me hicieron algunas preguntas y nos llevaron a la ambulancia. Antes de entrar en ella, sentí un suave y dulce arrullo en el oído.

—«*Estaré esperándoos. Todo irá bien*» —un roce de sus labios en mi frente, me hizo sentir segura.

La ambulancia se puso en marcha con nosotros dentro. Las luces comenzaron a rodar y la sirena ululaba con fuerza. Me habían colocado en una camilla y a Farid lo llevaba, en brazos, un joven enfermero.

A nuestra llegada al hospital, nos condujeron a una sala en la que me quedé sola, me informaron que a Farid se lo llevaban a pediatría, donde un pediatra le haría una revisión para comprobar que todo estaba correcto. Mientras me revisaban a mí, me iban preguntando como había sucedido todo y qué era lo que había hecho. Era obvio que no podía decirles que, mi “fantasma” particular, había sido el artífice que había hecho todo el trabajo. Le agradecí a Al-Azraq, que me hubiese dicho antes, lo que tenía que decirles. Afortunadamente, mi médico estaba de guardia esa noche y fue él mismo quien me atendió personalmente.

—¡Bien Julia!, parece que el bebé tenía prisa por conocerte. Cuéntame cómo ha sucedido todo, por favor. No hay duda de que has sabido controlarte y, al parecer, lo has hecho muy bien.

—Ha sucedido todo tan deprisa —dije—, que todavía no acabo de creerlo. Después de comer rompí aguas, pero como estaba nevando y la carretera estaba cortada pensé llamar por teléfono, pero no sabía a quién. Las contracciones empezaron a ser fuertes y me puse nerviosa al ver que estaba sola. Me serené como pude y me concentré en lo que había aprendido en las clases para el parto. Iba controlando el reloj y al final todo fue rápido. El bebé

salió, lo coloqué en mi regazo y anudé el cordón, con un cordón de las zapatillas que llevaba y lo corté. Entonces Ana me llamó por teléfono y se apresuró para que llegase la ambulancia a recogernos —en silencio, agradecí a Al-Azraq que me dijese lo que tenía que decir en cuanto a lo del cordón.

—Bueno, no sé cómo lo has podido hacer tú sola con tanta serenidad —dijo mientras me iba examinando—, obviamente las clases para el parto han resultado muy eficientes en tu caso, porque todo está perfecto. En realidad tienes un autocontrol verdaderamente fuerte —dijo tomando una de mis manos y dándole unas palmadas en el dorso— Esta noche os quedaréis en el hospital en observación. Seguramente mañana, si todo está bien, podréis iros a casa.

—¿Y el bebé? —Solamente hacía media hora que se lo habían llevado y ya sentía que me faltaba algo.

—Tranquila, no te preocupes, dentro de unos momentos volveréis a estar juntos —sonrió.

La espera se me hizo larguísima, mi preocupación por tener a Farid conmigo iba creciendo a medida que pasaban los minutos; a mí me parecían horas.

Por fin, la puerta de la habitación se abrió y pude ver a una simpática enfermera que llevaba a Farid en los brazos.

—Hola Julia, aquí tienes a tu bebé. Mide cincuenta y cinco centímetros y pesa cuatro kilos y cuarenta gramos. Está en perfecto estado y has hecho una verdadera obra de arte con el cordón. Se diría que lo has hecho en muchas ocasiones. En todo el hospital se habla de tu hazaña. ¡Enhorabuena! Y... ¿cómo se llama este jovencito?

—Se llama Ata Farid, es un nombre árabe. Bonito, ¿no crees? —Dije con orgullo.

—Sí. Es un bonito nombre. Enhorabuena otra vez.

La enfermera, me entregó a Farid y luego se marchó con una gran sonrisa. Ana se colocó rápidamente a mi lado.

—Déjame que coja a Farid —dijo impaciente por verlo con detenimiento— ¡Oh es muy guapo! Y ¿sabes?... es igualito que tú —me miró con los ojos muy abiertos, y muy impresionada por el gran parecido.

—¡Ay! ¿Y Ramón? —Exclamé—. ¡No sabe nada! —De pronto sentí una fuerte punzada en el estómago. Con la llegada de Farid y todo lo ocurrido me había olvidado por completo de él.

—Tranquila, ya está en camino. Mientras te estaban reconociendo —explicó—, he hablado con él. Se ha puesto muy nervioso, pero en cuanto le he dicho que los dos estabais bien, parece que se ha tranquilizado. Iba a ver si

encontraba un vuelo —y añadió—, tan pronto como lo sepa me llamará y podrás hablar con él.

—Menos mal que estás conmigo. Con tantas emociones me había olvidado. Pobre Ramón, no tengo perdón.

Unos golpes sordos se oyeron en la puerta. Las dos nos volvimos para ver quién llamaba y vimos entrar a María seguida de Luís, muy sorprendidos.

—Pero bueno... ¿Qué prisa tenía este pequeño para ver a su mamá? —María tenía el brazo derecho enyesado y lo llevaba en cabestrillo. Se acercó hacia mí y me besó muy tiernamente. Luego se acercó hasta Farid. Ana se lo colocó con mucha suavidad en su brazo izquierdo.

—¡Ay Julia!, que bebé tan hermoso. Mira Luís, qué guapo es.

Su expresión maternal me recordó a mi madre. Lo que hubiese dado por que ella estuviera conmigo, en estos bellos momentos.

Después de mirarlo detenidamente, Luís se acercó hasta mí y me dio un beso.

—¡Enhorabuena Julia! Tus padres estarían muy orgullosos de ti. Y su padre también, además, los dos, se parecen mucho.

—Gracias Luís, ha pasado todo tan deprisa... Todavía no puedo creérmelo, ¡por fin lo tengo en mis brazos!

—Afortunadamente todo ha ido bien, ya verás en cuanto llegue su padre, la cara que va a poner. ¡Dios mío, tú sola! —María me miraba mientras, en su rostro, asomaba una expresión de alegría y una gran sonrisa iluminó su cara al pensar en Ramón—. ¿Has hablado con él?

—Iba a llamarle ahora, pero al veros entrar... —Dejé la frase en el aire.

—Pues anda, llámale enseguida y no le hagas esperar, venía ya ¿no? —María seguía con la sonrisa en su cara.

—Yo he hablado con él mientras la ambulancia recogía a Julia en su casa. Tranquilos —comentó—, está en camino. Estaba buscando un vuelo, seguramente debe de estar a punto de despegar. Tan pronto como pueda, o llegue al aeropuerto nos llamará. —Ana le explicaba a María todos los detalles de su corta conversación con Ramón, ya que éste, salió pitando hacia el aeropuerto —se puso muy nervioso cuando le dije que Julia había tenido a Farid ella sola. Pero le aseguré que todo estaba bien y que no había ningún problema. Pero, conociéndole como le conozco, no creo que tarde mucho en llamar.

Poco después, Luís y María nos dejaron para que yo pudiese descansar. Después de todo lo que había pasado el cansancio hizo acto de presencia. Acusaba un poco el dolor en las costillas, debido al esfuerzo que había hecho

para que Farid naciera y decidí recostarme en la cama para descansar. Al poco tiempo la enfermera entró con la bandeja de comida; al verla sentí que tenía hambre. Me senté, con alguna dificultad, en el borde de la cama y me dispuse a cenar.

Ana tenía a Farid en los brazos y no dejaba de mirarlo y de cogerle sus manitas. Farid dormía plácidamente, ajeno a todo el revuelo que su nacimiento, tan repentino, había provocado. Después de cenar empecé a recibir visitas de las madres de la planta de maternidad; se había corrido el rumor muy rápidamente de que Farid había nacido, estando los dos a solas en casa, y sentían curiosidad por conocerle.

Sobre las diez y media más o menos Ramón llamó al teléfono de Ana.

—Hola Ramón, ¿dónde estás? —Ana le preguntó mientras me miraba y, con un guiño, me indicó que era él.

—Espera un momento, alguien está muy impaciente por hablar contigo. — Me pasó el teléfono sin dejar de sonreír.

—Hola cariño. ¿Te falta mucho para llegar? —Después de tanto trajín sentía deseos de estar con él. Estaba nervioso por verlo.

—¡Julia! ¿Estás bien? —En su voz notaba mucha preocupación—. Estoy en Alicante, en una hora estaré contigo bueno, mejor dicho, con vosotros.

—Tengo muchas ganas de verte y de que conozcas a Farid. No tardes demasiado cariño, pero ve con mucho cuidado, por favor —le rogué.

—No, no tardo nada, en un rato estoy ahí. ¿Cómo te ha ido todo? Hasta que no os vea no voy a estar del todo tranquilo. Y yo que quería estar presente en el parto y me lo he perdido. —Se lamentó—. Y además lo has tenido tú sola. ¡No me lo perdonaré nunca! No tenía que haberme ido —espetó.

—¡Eh, eh!, no digas eso cielo, todo ha ido muy bien y los dos estamos perfectamente —le dije con ternura—. Farid es un sol y toda la planta de maternidad está viniendo a vernos...

—Afortunadamente todo ha ido bien, gracias a Dios, porque si hubiese habido complicaciones —Bufó—, creo que sentiría remordimientos.

—Tranquilo cielo, no tardes demasiado, ya que me parece que cierran el hospital sobre las doce. Ana se quedará conmigo hasta que llegues —miré de soslayo a mi amiga que afirmaba con la cabeza.

—No te preocupes, estaré ahí en una hora como mucho. Un beso.

—Ve con cuidado, por favor —Le rogué nuevamente—. Un beso —sabía que Ramón estaba muy preocupado.

Le pedí a Ana que me diera a Farid. Ahora que estaba más tranquila quería

mirarle con más detenimiento. En el mismo momento que lo tuve en brazos y le miré su carita, el corazón saltó dentro de mi pecho. ¡Era idéntico a Al-Azraq! —Es una hermosura de bebé —dije tratando de evitar que, Ana, se diera cuenta de la impresión que había tenido al ver el enorme parecido—. Me pareció que Farid sabía que estaba en mis brazos porque se desperezó y abrió sus ojitos para dirigirlos hacia mi voz. Por primera vez le vi sus ojos que, también, eran de color azul. A pesar de que todos los bebés los tienen azules al nacer; los de Farid eran diferentes. Me quedé mirándolo en silencio, Ana estaba, de pie, junto a mí.

—Se parece mucho a ti. ¿No crees?, creo que de Ramón no tiene mucho, la verdad. Es tu vivo retrato —dijo con una sonrisa medio torcida.

—Sí, sí que lo es —estaba muy sorprendida por el enorme parecido que tenía, pero no conmigo sino, con su verdadero padre. Estaba encantada con el regalo que él me había hecho. Mientras lo miraba noté como una lágrima se me escapaba por la mejilla. Tanto tiempo esperando para tenerlo en los brazos y, ahora que lo tenía, sentía una gran satisfacción.

—Será mejor que te acuestes un rato, y descanses un poco mientras llega tú marido. Debes de estar muy cansada. Dame a Farid, lo acostaré en el nido para que descanséis los dos —Añadió—. No hay duda de que debes de estar muy agotada con todo lo que ha sucedido.

—No por favor, te haré caso pero déjame que lo tenga conmigo.

Me recosté en la cama y Ana colocó a Farid en el hueco que dejé entre mi cuerpo y mi brazo. Él se acomodó y se quedó dormido.

Debido al esfuerzo, los nervios y el cansancio, debí de dormirme, pues me sobresalté al oír unos golpes en la puerta. La silueta de Ramón, iluminada por la luz del pasillo del hospital, me llenó de alegría. Le dediqué una gran sonrisa y con la mano le indiqué que se acercara con rapidez. Primero abrazó a Ana y le dio las gracias por todo lo que había hecho por nosotros. Después se dirigió hacia la cama donde nos encontrábamos Farid y yo. Con sumo cuidado se acercó hasta mí y me dio un apasionado beso, después me susurró al oído.

—Estás muy guapa, ¿lo sabes?

—Gracias cariño, ¿has visto qué guapo es Farid? —Ramón dirigió la mirada hacia él que seguía durmiendo plácidamente.

—¡Oh cielos! ¡Si es como tú! —Ana soltó una risa y me cogió de la mano.

—Y tiene sus mismos ojos. Me parece que de ti no ha sacado nada. Ahora tendréis que hacer otro bebé para que éste sea como tú. —Ana seguía riendo pero casi en silencio, porque ya era un poco tarde—. Y bien, ya que está aquí

el padre de esta preciosidad, creo que me voy a marchar a casa. Te llamaré mañana para saber cómo estáis los dos —me dio un beso y se despidió de Ramón aunque, éste, no le hizo demasiado caso pues estaba prendado de su hijo.

—Has hecho un magnífico trabajo con Farid, es una preciosidad —entonces dejó de contemplarlo y me miró a los ojos.

—Mi amor, siento mucho que tuvieras que pasar por esto tú sola, no tenía que haberme ido y dejarte en tu estado —se lamentó.

—Ninguno de los dos sabíamos lo que iba a ocurrir. Según el médico todavía faltaban dos semanas para su nacimiento, pero parece que Farid tenía prisa por nacer.

—Pero... ¿Cómo has podido arreglártelas? —En su mirada pude ver que había un fuerte sentimiento de culpabilidad.

—La verdad es que me encontraba muy bien, pero después de comer, rompí aguas y todo empezó a ir con bastante rapidez. Por suerte, las clases para el parto me han servido de ayuda..

—Además de guapa eres la mujer más valiente que conozco. —Me dio un beso en los labios y se dirigió a Farid.

—Tienes mucha suerte Farid, por tener una mamá tan valiente y tan guapa. Cuando seas mayor te darás cuenta de lo que te digo —y besó su frente.

Como si Farid lo supiera empezó a removerse y a estirar los bracitos y las piernas e hizo gestos en su carita como queriendo llorar.

—¡Toma!, ¡cógelo! —Le dije—, tiene que conocerte.

Con algo de torpeza y mostrando inseguridad, lo cogió en brazos. Farid empezó a llorar y noté como se ponía algo nervioso.

—¿Tendrá hambre? —Me preguntó con una media sonrisa en los labios.

—Acércamelos y lo veremos —lo atraje hasta mi pecho; Farid buscó el pezón y empezó a mamar.

—Mmm... —Suspiró—. Estás preciosa Julia, por fin lo hemos conseguido. Estoy muy feliz de verte a ti y a Farid. ¡Espera! —Exclamó girando sobre sus talones—. No te muevas.

—Pero ¿cómo quieres que me mueva ahora? —Dije mirando a Farid.

Ramón sacó la cámara que llevaba en su maletín y nos hizo unas cuantas fotografías mientras Farid, ajeno a nuestra felicidad, seguía mamando.

Poco después lo acostamos en el nido y Ramón, bastante cansado por el viaje y por toda la excitación y nerviosismo, se dejó caer en el sillón-cama para que yo pudiese dormir durante un rato hasta que, de nuevo, Farid reclamara su

comida.

Una vez acostada cerré los ojos. Como una película, empezó a pasar por mi mente todo lo ocurrido durante el día. Veía a Al-Azraq, cuidándome y pendiente de mí en todo momento. Cuando colocaba las manos en mis sienes, absorbiendo el dolor de mis contracciones con el fin de que, Farid y yo, sufriésemos lo menos posible. Siendo al bebé, mientras me lo daba para cortar el cordón. Cuando AlAzraq lo cogió en sus brazos y lo miraba rezando su nombre. De pronto, una fuerte sacudida golpeó mi pecho al recordar las palabras que Luís me había dicho, al acercarse hasta mí, después de ver a Farid. Intenté recordar, al pie de la letra, cada una de sus palabras.

“¡Enhorabuena Julia! Tus padres estarían muy orgullosos de ti. Y su padre también, además, los dos se parecen mucho”.

¿Qué era lo que Luís había querido decir con eso? Todos coincidían en que Farid no había sacado nada, por el momento, de Ramón. Toda la gente que lo había visto coincidía en que era como yo. Entonces... ¿Por qué había dicho esa frase? De pronto sentí que el pánico se apoderaba de mí por momentos. ¿Sabía Luís que Farid no era hijo de Ramón? ¡Dios mío! Eso no podía ser, ¿cómo iba él a saberlo? Todos lo ignoraban incluso Ana. Dentro de mi cabeza sonaban una y otra vez aquellas palabras, “los dos se parecen mucho”. Ya no pude conciliar el sueño. Me revolvía inquieta en la cama y no podía quitarme de la mente aquella frase. Cómo me hubiese gustado que Al-Azraq estuviese conmigo en aquel momento; seguramente él sabría por qué Luís había dicho aquello. Entonces Farid empezó a estirarse en la cunita mientras comenzaba su llanto. Ramón se levantó para cogerlo y me lo entregó para que le diera el pecho.

En silencio observaba a Ramón. Estaba muy contento, pletórico. Sus ojos tenían un brillo especial con un toque de ternura y felicidad, al mismo tiempo.

—Se te cae la baba mientras nos miras —dije riendo—, deberías ponerte el babero de Farid —me gustaba mucho verle tan feliz. Aunque todo estaba muy reciente, no pude dejar de pensar que tenía que darle una niña, pero esta vez, él sería su padre.

—Se me nota mucho, ¿verdad? No puedo dejar de miraros a los dos. Tengo tanta suerte de teneros a los dos.

Una vez que Farid hubo terminado, Ramón llamó a la enfermera para que le cambiase los pañales. Después lo acostó de nuevo en el nido y, como todavía era temprano, intentamos dormir un poco más. De nuevo las palabras de Luís merodeaban por mi cabeza. Decidí aparcarlas por algún lugar de mi mente; me

costó pero al fin lo conseguí. Entonces rendida, me dormí.

El médico nos dio permiso para volver a casa. Estaba ansiosa por saber el significado de las palabras de Luís. Contaba con que Al-Azraq sabría explicarme el motivo.

Al llegar a casa, María y Luís vinieron para vernos. Decidí no pensar en ello hasta que pudiese hablar con el padre de mi hijo. Pero estaría alerta a todo lo que Luís me dijera.

—¡Oh!, qué bien que ya estáis en casa. Entra y ponte cómoda, Julia — María estaba muy emocionada con nuestra llegada—. Con el brazo enyesado no puedo coger a Farid, ¡qué rabia me da! —Dijo lamentándose.

—No te preocupes, ahora te sientas en el sofá y te lo damos enseguida. — Le dijo Ramón con un tono tranquilizador.

Nada más entrar al salón, vi el moisés de Farid justo al lado del sofá.

—Espero que no te moleste que haya dispuesto la cunita de Farid aquí, me he tomado la libertad sin permiso alguno —al tiempo que me cogía la mano, María me hablaba. En su cara se reflejaba un gesto maternal.

—¡Oh!, has hecho muy bien. Anda siéntate que Ramón te da a Farid y yo, mientras, me pongo algo más cómodo.

Lo dejamos con ellos y Ramón me acompañó hasta la habitación. Durante el tiempo en que yo me aseaba un poco, él me preparó un chándal y ropa interior limpia. Cuando me hube vestido y me disponía a salir, me cogió de la mano y me acercó con mucha suavidad hacia él. Rodeó mi cuello entre sus manos mientras con los dedos pulgares acariciaba mis mejillas. Se acercó muy lentamente mirándome fijamente a los ojos y me dio un beso que me hizo estremecer. Sin soltarme volvió a mirarme a los ojos.

—Gracias Julia. Me has hecho el hombre más feliz que hay ahora mismo en la tierra. Me has dado un hijo maravilloso. Tengo la gran suerte de tenerte conmigo y de quererte más que a nada en el mundo. Te prometo que siempre cuidaré de vosotros. Nuevamente, te doy las gracias, Julia —y me abrazó. Percibía que su cuerpo temblaba por la felicidad que estaba sintiendo. Yo también lo abracé y sentí que un nudo se me hacía en la garganta, ahogando mis palabras.

—Te quiero —es lo único que le pude decir.

De nuevo regresamos al salón y la estampa que vi, me causó una gran impresión. Sentada en el sofá, María sostenía al bebé, Luís, junto a ella, le tenía cogida la manita de Farid y con el otro brazo rodeaba a María y sus caras reflejaban una gran satisfacción. Hubiese querido, desde el fondo de mi

corazón, que aquellas dos personas tan maravillosas hubieran sido mis padres. Nos sentamos con ellos y estuvimos conversando durante un buen rato. Cuando se marcharon, Ramón preparó algo rápido para comer y después me dispuse a darle el pecho a Farid. Le cambié los pañales y lo acosté en su moisés. Ramón nos miraba en silencio. Su cara estaba radiante de felicidad. Los dejé solos un momento para ir al baño. Mientras recorría el tramo que me llevaba hasta el aseo, pensé en acercarme hasta el escondrijo para hablar con Al-Azraq; pero no era el momento.

A mi vuelta, quise pasar por la habitación de Farid, y coger una bolsa con lo necesario para cambiarlo. Al entrar sentí una ligera brisa que acarició mi rostro. Fuera el día estaba nublado y una tenue luz entraba por la ventana. Me quedé observando por si estaba abierta o si, por el contrario, habría sido Al-Azraq. Una nueva brisa acarició mis labios. Mi cuerpo se erizó por la alegría de sentirle junto a mí. No lo podía ver, pero lo sentía y con mucha fuerza.

—Necesito hablar contigo, es muy urgente —mi voz apenas era audible para un oído normal, pero me constaba que sí lo era para el suyo.

—Ahora creo que no es el mejor momento, pero quizás mañana sí tengamos un rato para hablar —debía de estar muy cerca de mí, puesto que sus palabras sonaban en mi oído, casi como si tuviera puestos unos auriculares.

—Al-Azraq, en cuanto veas una ocasión, no dudes en hacerlo, insisto en que es muy urgente —le dije casi como una orden.

—Sí, lo haré.

—Gracias.

—Gracias a ti, mi princesa —agradecí oír su aterciopelada voz.

Cogí lo necesario y volví junto a Farid; Ramón estaba a su lado mirándole como dormía.

—¿Has visto Julia?, parece algo increíble que sea tan perfecto. Es tan pequeño... y sin embargo es lo más grande que nos ha sucedido. Soy feliz y no sabes lo mucho que te quiero... aunque ahora tendré que dividir mi amor entre los dos —Ramón se sentía muy orgulloso. Su cara estaba llena de amor y felicidad. Habíamos estado mucho tiempo esperando la llegada de Farid.

La tarde fue dando paso a la noche. Después de bañarlo, me acomodé en el sofá y le di de nuevo el pecho. Me había esperado a hacerlo en su última toma del día, con la esperanza de que durmiese durante bastante tiempo y, así, podría descansar unas tres o cuatro horas, antes de que, nuevamente, reclamara su alimento. Ramón decidió esperarme en la cama ya que el sueño había sido escaso en las últimas horas y también acusaba el cansancio.

Me quedé a solas con Farid. Lo miraba constantemente mientras él, ajeno a todo mi amor, mamaba con los ojitos cerrados.

—Qué feliz te veo con Farid en tus brazos —tuve un ligero sobresalto cuando oí el agradable susurro de Al-Azraq cerca de mi oído —Eres una mamá muy afortunada.

—Lo sé —dije casi sin voz, apenas mis labios rezaban las palabras—. Sé que soy muy afortunada.

—He venido a daros las buenas noches, seguramente mañana podremos hablar, estaré siempre muy cerca de ti. Descansa bien esta noche, princesa. — Sentí el suave roce de sus labios en la mejilla.

—Gracias, lo intentaré. Buenas noches —respondí acariciándome la mejilla.

—Buenas noches Ata Farid —no le vi pero supe que le había dado un beso.

En mi primera noche con Farid en casa, me las había ingeniado bastante bien. Tenía que reconocer que era un bebé muy bueno y, prácticamente, se pasaba durmiendo casi todo el tiempo. Ramón decidió tomarse el día libre para estar con nosotros. Aunque tenía que acercarse hasta su despacho para revisar algunas cosas, y comunicarles la buena noticia a los amigos y compañeros. María tenía que ir a la ciudad para que la viera su médico. Ella y Ramón se marcharon juntos quedándose Luís en casa para no dejarnos solos.

Al coger a Farid para llevarlo conmigo, reparé que Al-Azraq, nos observaba en silencio desde el vano de la puerta. Al verle, di un respingo; seguía siendo incapaz de controlarme cada vez que él aparecía. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro y sentí un gran escalofrío. Era el momento perfecto para descubrir lo que Luís sabía acerca del padre de Farid.

Dejé el bebé en el nido cerciorándome de que se quedaba dormido. Su padre, permanecía apoyado en el quicio de la puerta del salón. Iba muy elegantemente vestido. Quise correr hacia él, pero Al-Azraq lo hizo por mí. Me estremecí al sentirme de nuevo entre sus brazos.

Secreto familiar

Sentí la necesidad de agradecerle el hijo que me había dado; un regalo como Farid se merecía un gran beso y todavía no había tenido la ocasión para dárselo. —Antes que nada quiero darte las gracias por hacerme un regalo tan perfecto como Farid, es el bebé más maravilloso que una madre podría tener —dije henchida de felicidad—. Nunca podré agradecerte bastante lo que supone para mí. Gracias Al-Azraq —le abracé con fuerza y lo besé con pasión.

—No tienes por qué darme las gracias, yo sólo te lo di; tú hiciste el resto. Además, me parece que he sido muy egoísta, Ramón me cae muy bien y es un buen hombre y sé que será un padre estupendo, me siento mal pero era necesario, nunca debe saberlo. —Sus ojos eran más brillantes que nunca, podía notar que en ellos había mucha sinceridad.

—Yo nunca se lo diré, pero me parece que hay alguien más que parece saber algo —Insinué.

—¿Luis?... —Preguntó sorprendido, o a mí me lo pareció.

No pude evitar el sorprenderme. Si me había preguntado por Luís era seguro que sabía más de lo que yo me podía figurar.

—Cuando vinieron al hospital, me dijo algo que me dejó muy preocupada —dije afirmando con la cabeza.

—¿Qué fue lo que te dijo? —Me miraba a los ojos y no podía evitar que mi corazón se acelerase.

—Miró a Farid y me dijo que: “mis padres estarían muy orgullosos de él” y luego añadió, “al igual que su padre puesto que los dos se parecen mucho”. Al principio no me di cuenta de lo que sus palabras significaban, ya que Farid es igual que tú, pero más tarde me sobresalté cuando las recordé con detenimiento.

—Bueno, está claro que Luís lo sabe —dijo sin darle importancia.

—¿Qué lo sabe?! —exclamé atemorizada—. Pero... ¿Quién se lo ha dicho?

—Al oír sus palabras, sentí como algo me golpeó con fuerza en el estómago.

—¡Espera! No te alarmes. Chist... —Siseó para tranquilizarme—. Tengo que contarte algo, será mejor que nos sentemos.

Me senté en el sofá junto a Farid, que dormía en su cuna.

Con los ojos muy abiertos, y cogiendo la mano de Al-Azraq entre las mías, me

dispuse a escucharle muy atentamente.

—Me parece que para explicarte esto, debo remontarme un poco hasta mis tiempos —hizo una pausa, para luego proseguir—. Verás, yo fui el pequeño de tres hermanos. Abu Sad, y Basim eran mis hermanos mayores. Abu Sad tuvo un hijo, mi sobrino, al que llamó Abu Jafar, si lo recuerdas, él fue quién le llevó el manuscrito a la reina —afirmé.

“Cuando me vi obligado a huir, legué en Abu Jafar dos de mis castillos, para que los defendiera hasta mi regreso. Durante diecisiete largos años permanecí escondido en mi casa, a causa de mi destierro. Tuve que viajar algunas veces hasta Granada. La Alhambra sería grandiosa pero yo iba con otro fin. Necesitaba conseguir que Mohammed I, me concediera un pequeño ejército de soldados sarracenos para reconquistar nuevamente las que siempre fueron mis tierras. Mientras tanto, Abdallah, luchaba aquí por mantener la paz entre los nuestros. Durante esos larguísimos diecisiete años el llevó a cabo una gran tarea.

Pasé mucho tiempo junto a mi hijo y mi sobrino, escondido en el cobertizo — junto con mi familia— para ir urdiendo mi último plan de ataque y conseguir todos mis castillos; los nueve que heredé de mi padre, el walí Hudzäil al Sähuir. La última batalla ya la conoces, en ella participamos Abembassol, Abdallah y yo, pero impedimos a Abu Jafar que luchase con nosotros, para que, en caso de que no sobreviviésemos ninguno de nosotros, alguien pudiese conservar, al menos, dos de mis castillos que eran los que mi sobrino había logrado retener durante mi ausencia y, además, tenía que velar por mi familia. Con mi muerte, Abdallah se alzó de nuevo con la victoria de la villa pero, como bien sabes, la victoria le duró muy poco. Al cabo de poco tiempo, el Papa amenazó con la expulsión de los moriscos, aunque hasta el año 1609 no lo consiguieron. Entonces Abdallah se vio seriamente afectado, pues muchos de los nuestros optaron por marcharse — hizo una larga pausa y luego suspiró —. Por el libro que Abdallah continuó, supe que lo mataron en otra batalla, quedando solo Abu Jafar y que, poco tiempo después, perdió también los castillos que yo le había dejado. Fue entonces cuando, derrotado y sin tierras, vino aquí para cuidar de mi familia”. Todo esto está escrito en el libro. Yo lo empecé y lo han ido escribiendo mis sucesores.

—Hola Julia, buenos días —al oír la voz de Luís no pude evitar dar un gran salto. No lo había oído entrar embelesada con la historia que Al-Azraq me contaba y me asusté. Además, no me había advertido de su llegada como solía hacer siempre para que no me asustase. ¿Por qué no lo había hecho?

—Buenos días Al-Azraq —dijo Luís dirigiéndose a mi particular invitado. Estaba muy nerviosa. Supe entonces que también él podía verle igual que lo veía yo y, además, le había llamado por su nombre, lo que me hizo pensar que, ambos, se conocían. ¿Cómo podía estar pasando todo aquello? Mi cara debía de mostrar un gran gesto de duda y pánico al mismo tiempo, puesto que los dos me miraron e intentaron tranquilizarme.

—No te asustes Julia. Luís está al corriente de todo —Al-Azraq me acariciaba la mano que sostenía entre las suyas y con la otra rozó mi mejilla. Algo me sacudió con mucha fuerza en el interior. Posiblemente debido a la reciente maternidad y debido también a la fuerte impresión que sus palabras me habían ocasionado, sentí un gran nudo en la garganta que me oprimía la voz y no dejaba salir ninguna clase de sonido. Mi corazón latía con gran fuerza hasta el punto de que, sus latidos, me provocaban un ligero dolor en el pecho. ¿Cómo podía ser que durante todo este tiempo, no supe ver que Luís estaba al corriente de todo? ¿Sabía él que Farid no era hijo de Ramón?, por unos instantes mi cuerpo temblaba por la vergüenza que sentía, al haber sido descubierta en mi traición. Ruborizada y angustiada las lágrimas acudieron hasta mis ojos, saliendo de ellos sin control. Estaba muy avergonzada porque Luís, a quién yo consideraba prácticamente mi padre, parecía estar al corriente de mi infidelidad con mi marido. ¿Cómo podía haberme dicho en el hospital que mis padres estarían orgullosos de mí y de Farid, si sabía de antemano que no era hijo de Ramón? No entendía nada, pero me sentía sucia, culpable y no quería que me mirase a la cara. Sentía verdadero horror, porque mi secreto había sido, sin yo saberlo, descubierto desde hacía tiempo.

Inconscientemente tapé mi rostro con las manos por la vergüenza que sentí.

—¡No! ¡No!. No llores cariño —me rogó— No lo hagas, no debes sentirte mal. — Luís había llegado hasta mí y estaba arrodillado a mi lado; me abrazaba mientras hablaba con tono muy paternal.

—Pero... no puedo... Farid no es... perdón yo...—Imploré su perdón entre titubeos.

—Chist, chist, silencio... no quiero que digas nada. —Dijo Luís para tranquilizarme— Antes tendrás que escucharme, no debes sentir ninguna culpabilidad por nada de lo que tú no eres culpable.

—Pero... —Mis sollozos apenas dejaban que pronunciase palabra alguna, lloraba sin control y era incapaz de comprender lo que trataba de explicar. Solamente sentía que había traicionado a Ramón y a mis segundos padres, pero no alcanzaba a saber cómo me había dado la enhorabuena y me había

hecho entender que, mis padres, se hubiesen sentido muy orgullosos. ¿Orgullosos de qué? ¿de haberles dado un nieto, hijo de..., un fantasma, de alguien que no existía, de alguien que no era mi marido? Sentía el peso de la culpabilidad en mi cuerpo.

—Julia, escúchame por favor —dijo tratando de consolarme— No llores más. ¡Mírame!, te lo suplico. —Sus palabras me hacían daño y no quería mirarle, pero tenía que hacerlo. Le quería mucho; me había dado todo su cariño, su amor y toda su comprensión, cuando mis padres murieron. Se hizo cargo de mí y de mis abuelos y nos ayudó a superar sus muertes. Me tomé mi tiempo y por fin levanté los ojos. Muy tiernamente me sujetó por la barbilla y me obligó a mirarle, con la otra mano me limpiaba las lágrimas con una de las toallitas que yo tenía para utilizar con Farid.

—Mi niña, no tienes que temer nada. No sufras —me sorprendió mucho ver tanta sinceridad en sus ojos—. Al-Azraq me ha pedido que viniera porque, juntos, tenemos algo que contarte —pero ¿Cómo? ¿Qué relación podían tener Luís y Al-Azraq? —Sentí que aquellas palabras me tranquilizaron y decidí escucharles.

—Bueno..., eso está mejor—dijo—, sí mucho mejor. Respira hondo y escúchanos —hizo una pausa y miró a Al-Azraq que, a su vez, me dedicó una agradable sonrisa.

—No tienes por qué sentirte culpable por nada y, menos todavía, avergonzarte —Luís miró de nuevo a Al-Azraq y éste, hizo un gesto de consentimiento y después tomó el mando de la conversación.

—En el momento de tu entrada —dijo mientras se dirigía hacia Luís— le estaba contando a Julia que, mi sobrino Abu Jafar, se hizo cargo de mi familia, a la muerte de Abdallah. ¿Quieres continuar tú, por favor? —Le cedió la palabra a Luís como si éste formase parte de la historia familiar. No entendía nada, pero seguí escuchando.

—Sí, está bien. Como te ha dicho Al-Azraq, solo a la muerte de Abdallah, Abu Jafar vino aquí para hacerse cargo de su familia. Najma, la esposa de Al-Azraq había fallecido, por suerte, antes de perder a su hijo. Kamaria, la mujer de Abdallah y su hija Zaira, se quedaron completamente solas. Como se había dictado la orden de expulsión, Abu Jafar decidió venir a casa de su tío, para cuidar de ellas. Al-Azraq la había construido lejos de la vía augusta, y solo se tenía acceso a ella por el túnel, y tampoco era visible desde la misma vía; nadie sabía de la existencia de esta casa, con lo cual, las mujeres estarían a salvo de todo peligro —hizo una pequeña pausa y prosiguió— El tiempo fue

pasando y nunca supo nadie que, en este precioso y apartado rincón, la familia de Al-Azraq continuaba su linaje. Abu Jafar seguía aquí, cuando él —dijo señalando a mi invitado— regresó la primera vez desde su tumba —observé que le hacía un gesto para que, Luís, prosiguiera con su relato—. Por lo visto su tío le contó que había regresado para que su casta se hiciera fuerte y pudiese seguir vivo en el tiempo. Así pues Abu Jafar debía encargarse de que así fuese —levantó una ceja y ladeó la cabeza—. Y así lo hizo. Cada generación de Al-Azraq tendría un descendiente que debería continuar nuestra descendencia; éste debía ser cada primogénito, cada uno de ellos tendría sus ojos como prueba de sucesión. También debería transmitir el secreto familiar al siguiente primogénito, y así sucesivamente. De este modo su sobrino transmitió los deseos de su tío, a su nieta Zaira, y con ella empezó la estirpe. Y así ha permanecido en la historia hasta llegar a ti.

Mi llanto había cesado. Estaba tranquila, pero todavía no entendía qué lugar ocupaba él en toda esta historia. Respiré hondo y les pedí que siguieran.

—Como debes de suponer, tu bisabuela —la madre de tu abuelo materno— fue la sucesora más antigua que tú conociste, sin saberlo. Tu abuelo fue su primogénito y más tarde, tu madre fue la suya y, por supuesto, tú eras la siguiente. Al morir tan trágicamente tus padres cuando solo eras una niña, tu abuelo pasó a ser el encargado de transmitirte a ti su legado, el legado de AlAzraq, cuando cumplieras los dieciocho años pero al enfermar, debido a la dolorosa pérdida, no lo pudo hacer. —Hizo una leve pausa y prosiguió— antes de continuar es necesario que sepas que, Abu Jafar, también se casó y para seguir con el plan, a su primogénito le había encomendado la tarea de transmitir a sus sucesores, también primogénitos, que estuviesen siempre muy cerca de los descendientes del caudillo y, si alguna vez se presentaba cualquier problema, ellos deberían solucionarlo —se acercó y me besó en la mejilla; después me miró a los ojos—. Mi niña, al morir tus padres y enfermar tus abuelos, yo era el encargado de ponerte al corriente de tu legado. Soy uno de los primogénitos de Abu Jafar. Cuando cumpliste los dieciocho años, me correspondía a mí contarte todo lo que sabía al respecto, pero no te lo dije porque sabía que el mismo AlAzraq vendría para verte en el año 2008.

—Pero... ¿Cómo lo sabías? —Exclamé muy sorprendida por aquella revelación.

—Mi abuelo tenía veinticinco años cuando, este caudillo —dijo señalándole con una media sonrisa—, apareció en 1908 y le puso al corriente él mismo; con el paso de los años, mi abuelo me lo contó a mí, así que decidí que lo

mejor sería que lo descubrieseis vosotros mismos. Al darme cuenta de que no podíais tener hijos, por alguna razón, tuve que ingeniármelas para ponerme en contacto con él, cosa que no fue nada fácil pero, al final, lo conseguí. Fue entonces cuando le comuniqué que su legado llegaría al final si no ponía algún remedio. Poco tiempo después supe que estabas embarazada y él me confirmó que, de nuevo, su legado estaba fuera de peligro y que, esta vez, tenía más fuerza que nunca. No sabía qué pensar, tenía que meditar todo aquello con tiempo. Pero una duda me acechaba y decidí aclarar.

—¿María sabe quién eres en realidad? —Le pregunté.

—No, solamente lo sabe mi hijo Luís. Al igual que tú, él es el primogénito y en su momento se lo conté. Nunca nadie que no fuera el indicado, ha sabido nada al respecto. Solo los elegidos tenemos dicho privilegio. Y, sin duda alguna, tú has sido la que mejor suerte has tenido, puesto que, además de conocer al mismo Al-Azraq, has podido engendrar a su propio hijo. Ahora tú deberás poner al corriente a Farid cuando éste llegue a su mayoría de edad. De la misma manera, mi hijo Luís está al corriente de todo por si algún problema se presentase, aunque no lo creo.

Farid se despertó. Su verdadero padre se acercó hasta él y lo tomó en sus brazos.

—Me parece que este pequeño tiene hambre. Te dejaremos a solas con él mientras le das su alimento, así podrás reflexionar detenidamente sobre todo lo que te hemos contado—. Me acercó a Farid y lo dejó en mis brazos. Me dio un beso en la frente y los dos se marcharon. Yo me quedé atónita y en silencio. Acerqué a Farid hasta mi pecho y, tras buscar el pezón con cierta ansia, empezó a succionar.

Estaba totalmente absorta en mis pensamientos cuando oí llegar a Ramón.

—Hola cielo —dijo embelesado— me encanta veros a los dos juntos. — Sonrió abiertamente—. He quedado con Sole y con Rafa que vendrán a verte esta tarde, están ansiosos por conocer a Farid. Ana y Jorge seguramente vienen dentro de un rato, mientras están los niños en el colegio, ya sabes que Ana termina muy tarde.

—Tengo ganas de verla; quiero saber cómo se las arreglan sin mí. Espero que dentro de unos días, cuando ya me encuentre mejor, podamos organizar una comida con todos para celebrar el nacimiento de Farid.

—Eso me hace mucha ilusión pero, antes, quiero que estés totalmente bien. No quisiera que te cansaras demasiado.

—Está bien, ya lo hablaremos más adelante.

Los días iban pasando y era consciente de que me quedaba muy poco tiempo para disfrutar de la compañía de Al-Azraq. Muy pronto se marcharía y nunca jamás volvería a verle.

Farid estaba creciendo muy deprisa. Siempre que podía, su padre estaba con nosotros. Cada día que pasaba, se parecía más a él. Dábamos paseos por el jardín casi siempre los tres juntos.

Entre semana podía pasar muchas horas en su compañía, y él disfrutaba del tiempo que le quedaba junto a su hijo. Algunas veces Luís se nos unía en algún momento del agradable paseo. María también quería hacerlo pero Luís, al tanto del poco tiempo que nos quedaba para estar juntos, se las ingeniaba para que se olvidase del tema.

En el puente de la Inmaculada, todos nos organizamos para poner muchas luces navideñas por todo el jardín y por la casa. Luís se ocupó de adornar el enorme cedro con luces de varios colores que, con la ayuda de Al-Azraq, colocaron hasta lo más alto del árbol. Este año la Navidad tendría un toque especial pero, a la vez, se me haría muy amarga puesto que no había ninguna manera de evitarlo y, al final, se marcharía. Decidida a no pensar en ello hasta que llegase el momento, quise disfrutar de cada momento. Pensé en el regalo que tenía que comprar para cada uno de nosotros. Todos los años, por Navidad, comíamos en mi casa de Luís y María con sus hijos y sus nietos pero este año yo quería que fuese distinto, así que la convencí para hacerlo en casa. Quería que todos, incluido mi fantasma claro que en su forma transparente, estuviésemos juntos. Sería un día feliz para todos y tendría la oportunidad para que Al-Azraq disfrutara de su hijo estando todos juntos.

Desde que Farid había llegado, reinaba un ambiente feliz en todos nosotros. Ramón nos dedicaba muchas horas a los dos. Luís y María, me ayudaban mucho. Yo estaba encantada disfrutando de la compañía de cada miembro que formaba mi familia. Ahora que sabía que Luís también era parte de ella —o por lo menos en un tiempo muy lejano su familia y la mía había sido la misma— y parecía que ahora estábamos más cerca que nunca.

Justo como había planeado, todo salió perfectamente el día de Navidad. Los hijos de Luís y de Andrés estaban entusiasmados con los regalos que Papá Noel había traído la noche anterior. Hubo intercambio de regalos para todos y durante la comida todos disfrutamos mucho. Cantamos villancicos y Farid se portó muy bien. Ya de noche, cada uno se marchó a su casa.

Ramón y yo disfrutamos de un día que salió perfecto.

Durante la noche del penúltimo día del año, tuve algunas pesadillas.

Perdida en algún lugar que no reconocía, alguien me perseguía y yo echaba a correr sin un rumbo fijo. Aparecía de pronto en un largo túnel totalmente a oscuras. Tenía la sensación de que alguien me seguía y yo, aterrada, quería huir. Corría con todas mis fuerzas pero era incapaz de encontrar la salida. La oscuridad me impedía ver y una terrible sensación se adueñaba de mí. Algo más de medianoche me desperté muy sobresaltada y empapada en sudor. Me levanté muy despacio para no despertar a Ramón ni a Farid, y me dirigí hacia el baño para lavarme con agua fresca. El pulso lo tenía muy acelerado y aproveché para ir hasta la cocina y beber un poco de agua con el fin de tranquilizarme un poco. Mientras iba por el pasillo de la casa recordé lo que Al-Azraq me dijo al principio de conocernos; una noche que yo me levanté para beber, igual que hoy, le pillé por sorpresa y atravesé su cuerpo sin poderlo remediar. Cuanto tiempo hacía ya de eso, casi un año y me pareció una eternidad; era como si le conociese desde toda una vida.

Ya casi no me quedaba tiempo, todo llegaba a su fin. Había aprendido muchas cosas, había sentido mucho a su lado y lo que peor llevaba era que le quería con todas mis fuerzas.

Cuando llegué a la cocina una mano cogió la mía y me arrastró muy suavemente; noté que un cuerpo me abrazaba. Sentí unos labios carnosos y suaves que me besaban. Entonces percibí el olor de Al-Azraq; el pulso se me aceleró por momentos. Su beso me dejó sin aliento. Me estremecí entre sus brazos. Poco después nos separamos y, como era ya costumbre, su hermosa voz acarició mis oídos con su peculiar susurro aterciopelado que tanto me seducía.

—La primera vez que te vi, no supe cómo reaccionar y, en medio de la noche, me atravesaste sin que yo pudiese hacer nada para evitarlo; en cambio hoy todo es muy diferente —siguió bisbiseando— Julia, ya me queda poco tiempo para estar con vosotros. Quisiera quedarme siempre a tu lado; contigo y con Farid — la blanca luz de la luna llena inundaba la cocina y podía verle con claridad—. Nunca pensé que llegaría a quererte tanto como te quiero. No puedes imaginarte lo mucho que os quiero a los dos. Necesito que sepas que has sido alguien muy importante para mí—acarició mi rostro con el envés de sus largos dedos—. Siempre estaré con vosotros, a vuestro lado. Cuida de Farid por mí y dale todo lo que él se merece. Enséñale todo lo que te he enseñado y dile que le he querido mucho y, por favor, explícale quién soy. Pásale tu legado, nuestro legado, que debe permanecer siempre en silencio — entonces me besó de nuevo con una intensidad que no supe controlar. Sus

besos habían sido muy intensos siempre y me habían provocado una fuerte emoción, pero este último lo recordaría durante el resto de mi vida—. No sabes hasta dónde llega mi sufrimiento por tener que dejaros. Te quiero como nunca he querido a nadie Julia y siempre te querré, no me olvides jamás. — Noté que su voz se quebraba y vi lágrimas en sus ojos.

—Al-Azraq... yo... —No me dejó acabar la frase. Desapareció en la oscuridad de la noche. Todavía con el éxtasis del beso sentí que todo había llegado a su fin. Mis manos temblaban, no sabía muy bien si a causa del beso o a causa de su partida. Mi corazón ya no estaba feliz, sentía una gran tristeza; un enorme vacío. Algo temblorosa, bebí un sorbo de agua y respiré muy hondo. Sentí las lágrimas correr por mis mejillas. Era inevitable, Al-Azraq se había marchado para siempre. Lloré durante no sé cuánto tiempo, al fin, cansada y muy triste volví a la habitación donde Ramón y Farid dormían ajenos a mi enorme tristeza.

Al día siguiente, habíamos quedado con los amigos en casa, para celebrar la noche vieja. Estuve muy afligida durante todo el día y me costó un gran esfuerzo mantenerme firme.

Entre todos preparamos la cena y entre risas, chistes y alguna canción de Navidad, llegamos casi a la hora de las uvas. Todo estaba a punto, al año 2008 que, tanto había supuesto para mí, ya no le quedaban más que unos cortos minutos. Todos estábamos pendientes del reloj que empezó a dar las primeras campanadas. Entre la quinta y la sexta, la luz del salón parpadeó un par de veces. Sentí una fuerte sacudida en el corazón, sabía que Al-Azraq me estaba diciendo adiós. No pude seguir tomando las uvas. Hice un gran esfuerzo para que nadie notase que estaba conteniendo las lágrimas. En la penúltima campanada, la luz se apagó durante unos segundos y pude sentir los labios carnosos y suaves de Al-Azraq sobre los míos. La luz volvió de nuevo y todos empezaron con los besos y las felicitaciones de año nuevo. Entre el júbilo y la alegría que todos sentían, logré escaparme y salí corriendo en dirección al escondrijo. Tenía que verle una vez más y decirle adiós. Sentía que mis piernas corrían escaleras abajo. Bajaba los peldaños de dos en dos, incluso a veces de tres en tres. Abrí las puertas del gran salón y corrí todo lo deprisa que pude. Accioné la palanca y la puerta se deslizó ante mí; tenía la esperanza de verle por última vez. Antes de que el panel acabara de abrirse ya lo había cruzado. La luz se encendió y pude verle, estaba de pie, junto a la mesa. Tenía en sus manos el gran libro que había ido pasando de generación en generación. Corrí casi sin aliento hasta sus brazos que me ofreció con mucho amor, y los

dos nos fundimos en un beso.

—Creía que ya no te vería. Gracias por esperarme —en sus ojos vi una inmensa tristeza. Los tenía húmedos; supe que había estado llorando.

—Julia. No puedo esperar más, tengo que marcharme, pero Alá sabe que no quiero hacerlo. No te olvidaré jamás. Os quiero mucho a los dos. Siempre serás mi princesa de los ojos azules —me dio su último beso y, desapareció sin más.

Se había ido para siempre. Al-Azraq, mi fantasma y mi gran amor. Mis ojos estaban llenos de lágrimas y en la garganta un gran nudo apenas me dejaba respirar. Entonces miré su libro que había dejado en la mesa. Sobre la tapa, vi la pequeña llave y el cordón que siempre llevaba consigo y, junto al sello que también usaba. No pude evitar cogerlo y examinarlo detenidamente. El escudo de la casa con las dos palmeras inclinadas y siempre custodiando la media luna, y debajo de esta su nombre, Al-Azraq. Al dejarlo de nuevo sobre la mesa me di cuenta de que debajo había dos cartas, la primera iba dirigida a Farid.

Ata Farid ben Al-Azraq

La cogí y pude comprobar que estaba sellada con el sello que, todavía, tenía en la mano, y en la otra carta y con su hermosa caligrafía, figuraba mi nombre.

Julia

No podía leerla ahora, sabía que todos estarían preguntándose por mí. Pero también sabía que Ana saldría en mi ayuda si alguien notaba mi ausencia. Aunque tendría que ingeniármelas para volver más tarde.

Conseguí llegar antes de que notasen mi breve desaparición. Me uní a ellos e intenté pasarlo lo mejor que pude. Esa noche habíamos decidido que todos dormirían en casa, ya que teníamos suficientes habitaciones y camas para todos. Los niños fueron los que mejor lo pasaron y los que más disfrutaron de pasar la noche aquí.

Pasada la una de la madrugada, los más pequeños empezaron a irse a dormir y los mayores seguimos hablando y disfrutando de la noche. Cerca de las tres, nos fuimos todos a descansar.

Al día siguiente volveríamos a estar juntos en la primera comida del año a la que se unirían además, Luís y María.

No podía conciliar el sueño y sobre las cuatro de la madrugada, la casa se había sumido en un total silencio. Ramón dormía plácidamente y también Farid. Todos descansaban, excepto yo. Los oídos me zumbaban y me martilleaban las últimas palabras que me había dicho. No dejaba de pensar en la carta. La que iba dirigida a Farid, la guardaría hasta su dieciocho cumpleaños, cuando le comunicaría quién era su verdadero padre. En cambio, la mía necesitaba leerla ya. Me aseguré de que Ramón continuaba su sueño y me levanté con mucho cuidado. La casa parecía dormir. Sin hacer el menor ruido y, con gran sigilo, salí del ático y me dirigí escaleras abajo hasta el gran salón. Confiaba que en la mudez de la noche, no se oyera el sonido del panel al deslizarse. Todo estaba a oscuras y en calma. Palpé el panel en busca de la media luna. Medité unos instantes antes de abrirla; me preocupaba que alguien pudiese oírla. Por fin me decidí, respiré hondo y la accioné. Esperé temerosa por si oía algún ruido que procediese de la casa, pero todo continuó en silencio. La tenue luz del cobertizo se encendió y la habitación quedó iluminada. Me dirigí hacia la mesa y cogí la carta que iba dirigida a mí.

Estaba nerviosa, instintivamente me la llevé hasta la nariz para olerla. Su aroma era inconfundible. El papel envejecido tenía un agradable olor que me recordaba mucho a él. Mi carta también estaba lacrada con su sello. Muy suavemente lo rompí. La abrí con mucho cuidado y la desdoblé para leerla:

Mi muy querida Julia:

Como ya sabes, el tiempo se nos ha acabado y ahora debes de estar de pie junto a mi mesa, leyendo esta carta. No tengo mucho más que decirte, y nada para darte, puesto que creo, que te lo he dicho todo y te he dado todo mi amor. Quiero que sepas que, mientras fui Al-Azraq, mi corazón le perteneció a mi amada esposa Najma, pero en mi condición de fantasma, como tú bien me llamabas, solo te perteneció a ti. Nunca jamás había conocido a alguien como tú y, por supuesto, nunca jamás había llegado a sentir el amor como lo sentí contigo. Te di a Ata Farid porque quería que mi estirpe continuase creciendo, pero ahora puedes estar totalmente segura de que Ata Farid, nació únicamente de nuestro amor. Eres la mujer más hermosa que he conocido; sin duda alguna, eres digna de ser una mujer y de las más bellas y valientes que haya podido existir. Sigue siendo tú misma y siéntete muy orgullosa de ser como eres. Siempre estaré contigo y con Ata Farid desde la distancia. En cada rosa; en cada suspiro; en cualquier escalofrío que sientas; en cualquier brisa que acaricie tu piel; en cualquier sensación que pueda llamar tu atención, por pequeña que sea, sabrás que seré yo quien, desde la distancia, te haré saber de mi presencia. Espero y confío que, cuando llegue tu hora, podamos estar los dos juntos en la eternidad. No me olvides nunca y debes saber que yo estaré aquí esperándote, durante el resto de tu vida. Os deseo lo mejor para ti y para Farid y te pido que quieras a Ramón como él se merece. Sé que tendrás más hijos y que serás muy feliz. Muchas gracias por todo lo que me diste, amor; ternura; alegría; sinceridad; lealtad y un sin fin de cosas buenas y maravillosas. Te quiero y te querré durante toda la eternidad. Con mucho amor. Tuyo para siempre.

Al-Azraq

Al terminar de leer su carta, mi llanto era imparable. Con las manos traté de secar, en vano, mi rostro. Tomé la llave y me la colgué en el cuello. Guardé el libro junto con el sello, en el cajón de la mesa y deposité también las dos cartas.

En mis horas libres volvería hasta el escondrijo para leerlo; conocería entonces su historia y, al fin y al cabo, los orígenes de la mía. Sin duda alguna, aquel sería el lugar donde siempre estaría más cerca de él.

Ata Farid ben Al-Azraq

La cogí y pude comprobar que estaba sellada con el sello que, todavía, tenía en la mano, y en la otra carta y con su hermosa caligrafía, figuraba mi nombre.

Julia

No podía leerla ahora, sabía que todos estarían preguntándose por mí. Pero también sabía que Ana saldría en mi ayuda si alguien notaba mi ausencia. Aunque tendría que ingeniármelas para volver más tarde.

Conseguí llegar antes de que notasen mi breve desaparición. Me uní a ellos e intenté pasarlo lo mejor que pude. Esa noche habíamos decidido que todos dormirían en casa, ya que teníamos suficientes habitaciones y camas para todos. Los niños fueron los que mejor lo pasaron y los que más disfrutaron de pasar la noche aquí.

Pasada la una de la madrugada, los más pequeños empezaron a irse a dormir y los mayores seguimos hablando y disfrutando de la noche. Cerca de las tres, nos fuimos todos a descansar.

Al día siguiente volveríamos a estar juntos en la primera comida del año a la que se unirían además, Luís y María.

No podía conciliar el sueño y sobre las cuatro de la madrugada, la casa se había sumido en un total silencio. Ramón dormía plácidamente y también Farid. Todos descansaban, excepto yo. Los oídos me zumbaban y me martilleaban las últimas palabras que me había dicho. No dejaba de pensar en la carta. La que iba dirigida a Farid, la guardaría hasta su dieciocho cumpleaños, cuando le comunicaría quién era su verdadero padre. En cambio, la mía necesitaba leerla ya. Me aseguré de que Ramón continuaba su sueño y me levanté con mucho cuidado. La casa parecía dormir. Sin hacer el menor ruido y, con gran sigilo, salí del ático y me dirigí escaleras abajo hasta el gran salón. Confiaba que en la mudez de la noche, no se oyera el sonido del panel al deslizarse. Todo estaba a oscuras y en calma. Palpé el panel en busca de la media luna. Medité unos instantes antes de abrirla; me preocupaba que alguien pudiese oírla. Por fin me decidí, respiré hondo y la accioné. Esperé temerosa por si oía algún ruido que procediese de la casa, pero todo continuó en silencio. La tenue luz del cobertizo se encendió y la habitación quedó iluminada. Me dirigí hacia la mesa y cogí la carta que iba dirigida a mí.

Estaba nerviosa, instintivamente me la llevé hasta la nariz para olerla. Su aroma era inconfundible. El papel envejecido tenía un agradable olor que me recordaba mucho a él. Mi carta también estaba lacrada con su sello. Muy suavemente lo rompí. La abrí con mucho cuidado y la desdoblé para leerla:

Mi muy querida Julia:

Como ya sabes, el tiempo se nos ha acabado y ahora debes de estar de pie junto a mi mesa, leyendo esta carta. No tengo mucho más que decirte, y nada para darte, puesto que creo, que te lo he dicho todo y te he dado todo mi amor. Quiero que sepas que, mientras fui Al-Azraq, mi corazón le perteneció a mi amada esposa Najma, pero en mi condición de fantasma, como tú bien me llamabas, solo te perteneció a ti. Nunca jamás había conocido a alguien como tú y, por supuesto, nunca jamás había llegado a sentir el amor como lo sentí contigo. Te di a Ata Farid porque quería que mi estirpe continuase creciendo, pero ahora puedes estar totalmente segura de que Ata Farid, nació únicamente de nuestro amor. Eres la mujer más hermosa que he conocido; sin duda alguna, eres digna de ser una mujer y de las más bellas y valientes que haya podido existir. Sigue siendo tú misma y siéntete muy orgullosa de ser como eres. Siempre estaré contigo y con Ata Farid desde la distancia. En cada rosa; en cada suspiro; en cualquier escalofrío que sientas; en cualquier brisa que acaricie tu piel; en cualquier sensación que pueda llamar tu atención, por pequeña que sea, sabrás que seré yo quien, desde la distancia, te haré saber de mi presencia. Espero y confío que, cuando llegue tu hora, podamos estar los dos juntos en la eternidad. No me olvides nunca y debes saber que yo estaré aquí esperándote, durante el resto de tu vida. Os deseo lo mejor para ti y para Farid y te pido que quieras a Ramón como él se merece. Sé que tendrás más hijos y que serás muy feliz. Muchas gracias por todo lo que me diste, amor; ternura; alegría; sinceridad; lealtad y un sin fin de cosas buenas y maravillosas. Te quiero y te querré durante toda la eternidad. Con mucho amor. Tuyo para siempre.

Al-Azraq

Al terminar de leer su carta, mi llanto era imparable. Con las manos traté de secar, en vano, mi rostro. Tomé la llave y me la colgué en el cuello. Guardé el libro junto con el sello, en el cajón de la mesa y deposité también las dos cartas.

En mis horas libres volvería hasta el escondrijo para leerlo; conocería entonces su historia y, al fin y al cabo, los orígenes de la mía. Sin duda alguna, aquel sería el lugar donde siempre estaría más cerca de él.

Notas y agradecimientos

Éste es mi primer libro. En él he puesto todo mi amor y he de confesar que la experiencia como escritora, ha sido muy positiva. Espero que os guste tanto como a mí me ha gustado escribirlo.

En cuanto al personaje histórico al que se refiere mi novela, Al-Azraq, todo lo escrito aquí está basado en su verdadera historia. Sus ojos azules, los cuales le dieron el nombre por el que lo conocieron. La mayoría de los nombres y de las fechas; su hijo Abdallah, su sobrino Abu Jafar, sus hombres de confianza como Abembassol; la carta que escribió a la reina Violante y que, actualmente, se encuentra en los archivos de la corona de Aragón. Todo lo que “ambos” personajes le cuentan a Julia y los hechos que aquí se relatan, están sacados de los libros que he podido encontrar, y de lo que Jaime I, el Conquistador, escribió en su libro “dels faits” (de los hechos) y de más información que he encontrado en Internet; no obstante, he tenido que cambiar algunas cosas para que mi novela tomase forma. Por el contrario, el personaje ficticio del mismo, está basado únicamente en mi imaginación, de igual modo que todos los demás personajes.

En cuanto a la casa del Salt y sus jardines, la cascada y el balcón, y otros muchos de los detalles que aquí figuran, están tal y como los vi cuando visité la maravillosa finca; obviamente, otros muchos los he creado para la ocasión que me ha brindado este gran personaje y la trama de la novela.

Quiero agradecer tanto a mi marido Adolfo, como a mis hijos: Andreu y Arantxa, toda la paciencia que han tenido conmigo y por los ánimos que me han infundido hasta verlo acabado.

A mi padre, José Jordá Sancho, a quien va dirigido este libro y que supo mostrarme la gran belleza de los caballos árabes, y también a mi madre, Amparo Navarro, por apoyarme.

A mi tío, Jorge Mora Bañó, y a mi primo, Jorge Mora Jordá, por el cariño que me han dedicado y por todas las horas que han invertido en la primera corrección del texto.

También quiero dar las gracias a los dueños de la casa del Salt, la familia Payá —en especial a Patxi Urrutia Payá— por permitir que ésta, fuese la casa de Julia.

A mi amigo, Jorge Llopis, y a su hijo, Dani Llopis, por enseñarme los

nombres de aparejos, monturas, y, en general, todo lo que se utilizaba para el caballo árabe, en el siglo XIII.

Y por último quiero agradecer la colaboración de mi amigo, Óscar Llopis, por componer la hermosa canción de cuna que Al-Azraq le enseña a Julia para que siga de generación en generación, la nana Abril dedicada a la preciosa Abril.

ÍNDICE:

<u>CONTACTO</u>	<u>7</u>
<u>ÁNGEL DE LA GUARDA</u>	<u>32</u>
<u>RESULTADOS</u>	<u>43</u>
<u>VISITA INESPERADA</u>	<u>60</u>
<u>ANTIGUA LEYENDA</u>	<u>81</u>
<u>OSCURIDAD Y PÁNICO</u>	<u>94</u>
<u>TIEMPOS LEJANOS</u>	<u>113</u>
<u>EN EL TERRENO DE FUEGO</u>	<u>133</u>
<u>ALGUNOS CAMBIOS</u>	<u>140</u>
<u>LAS MIL Y UNA NOCHES</u>	<u>151</u>
<u>CONFESIONES</u>	<u>167</u>
<u>CELOS INFUNDADOS</u>	<u>179</u>
<u>MANUSCRITO PARA UNA REINA</u>	<u>195</u>
<u>AL-AZRAQ Y SUS RAÍCES</u>	<u>212</u>
<u>ATA FARID</u>	<u>224</u>
<u>LUIS</u>	<u>237</u>
<u>SECRETO FAMILIAR</u>	<u>247</u>
<u>NOTA Y AGRADECIMIENTOS</u>	<u>261</u>

Libros Mablaz, libros y Plan de publicación

Nº Fecha Autor

1 mar-12 Ricardo Muñoz Fajardo
2 sep-12 Ricardo Muñoz Fajardo
3 may-13 Emilio Arsís Abad y otros
4 jun-13 David J. Skinner
5 ago-13 Ricardo Muñoz Fajardo y Valentí Pons Toujouse
6 ago-13 Ana María Lorenzo
7 sep-13 Carlos Gran
8 oct-13 Patricia García Roldán
9 oct-13 Varios Autores
10 nov-13 Guillermo Cegarra
11 nov-13 Julia Zapata Rodrigo
12 dic-13 David López Rodríguez
13 dic-13 Patricia García Roldán
14 ene-14 Ricardo Muñoz Fajardo
15 ene-14 Arantxa Jordá
16 feb-14 Ana María Lorenzo
17 feb-14 Amparo Muñoz Rocha
18 mar-14 Varios Autores
19 mar-14 Luis Rafael García Lorente
20 abr-14 Ricardo Muñoz Fajardo
21 abr-14 Lucas Barrera
22 may-14 Julia Zapata Rodrigo
23 jun-14 Por decidir
24 jul-14 Ricardo Muñoz Fajardo

Título

El Último sueño

La Ley de la Gravedad

Poemario I Concurso

La Amenaza

Extremadura: El modernismo y sus influencias

Amarrada a Lunas

Averyn

El caso en el pueblo de difícil nombre Sugíereme (Relatos y Cuentos)

Arquitectura modernista

en la Región de Murcia

La Elegida

Filippo

El circo de las mil carcajadas

Las Siete Vidas

Las Siete Vidas

La Risa de Dios

Nina

Homenaje a Emilio Arsís

Los sueños de un joven despierto

Modernismo ausente y olvidado de Madrid y su provincia

La suerte de las marionetas

Perversión Diabólica

Ganador I Premio de Novela Libros Mablaz

La Asociación de Defensa del Muy